ARISTIDES ROJAS

Lecturas Históricas

SERIE TERCERA

987
R741
v.3
e.1

CARACAS
Imp. del Comercio
1927

ARISTIDES ROJAS

Lecturas Históricas

(Publicación ordenada por el Gobierno de la República, bajo la presidencia del General J. V. Gómez, con ocasión de celebrarse el primer centenario del nacimiento del distinguido polígrafo venezolano).

SERIE TERCERA

CARACAS
Lit. y Tip. del Comercio
1927

Busto del Dr. Arístides Rojas en el patio de las Academias

LA PALABRA FINAL

Corresponde este volumen al tercero y último de las Obras de Arístides Rojas, cuya publicación ordenó el Gobierno Nacional.

Ya, al principiar el año de 1924, el encargado de esta compilación, que era de los que se esforzaban porque se rememorara dignamente el primer centenario del nacimiento de aquel ilustre compatriota, había dado a las prensas los originales para el folleto: SIETE ESTUDIOS DE ARISTIDES ROJAS, cuya impresión costeó el señor doctor Rafael R. Revenga. Los trabajos que en dicho folleto figuran, los que forman las: LEYENDAS INÉDITAS DE VENEZUELA, REUNIDAS Y EDITADAS POR SU AUTOR COMO HOMENAJE A LA MEMORIA DEL PRÓCER GENERAL RAFAEL URDANETA, AL CELEBRARSE LOS CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO EN LA CIUDAD DE MARACAIBO, y algunos entresacados de las OBRAS COMPLE-

TAS, editadas en París, Garnier Hermanos, 1907, constituyen el presente libro, al que hemos dado el título de LECTURAS HISTÓRICAS, con que bautizó el autor varias de sus producciones.

A pesar de nuestros deseos no nos es dado ofrecer en esta recopilación trabajos inéditos de Don Arístides; pues aunque la buena amistad del Dr. Vicente Lecuna nos hizo conocer algunos papeles de aquel compatriota, que figuran en archivo que fué de él, luégo del señor J. B. Pérez y Soto, y ahora de la Nación, esos papeles son meros apuntes, casi ilegibles e inconclusos, tentadores para un paleógrafo, inapreciables para un estudio biblio-biográfico, pero de problemático interés para la generalidad de los lectores, que prefiere la obra ya hecha a la que de simples borradores pudiera sacar paciente y erudito investigador.

Se explica perfectamente la benedictina labor llevada a cabo para descifrar viejos códices castellanos, rastrear la edad de la *Gesta del Mio Cid,* o descubrir al problemático autor de la *Crónica de Turpin.* El esclarecimiento de esos puntos se enlazaba con arduos problemas de carácter filológico

e histórico, en que estaba interesada la literatura universal. No sucede lo mismo con trabajos de la índole de los de Rojas, en los cuales, sobre la novedad del dato, predominan la fuerza imaginativa y las galas del estilo, que casi desaparecen cuando sólo se tienen a la mano materiales incompletos, insuficientes para determinar por ellos la forma y las proporciones definitivas que el artífice pensaba dar al edificio que se proponía construir.

Entre los borradores que dejó Don Arístides, y que se encuentran en el ya citado archivo, están esbozadas las siguientes leyendas: *Bolívar y la Familia Trobiand; El Hombre del Gorro Frigio; La Noche de Casacoima;* y *El Arbol de las Queseras.* Trabajosamente desciframos el contexto de la primera; pero, ni nos satisfizo lo que sacamos en limpio, ni nos halagó la idea de intentar una reconstrucción para nosotros difícil, y que, a nuestro entender, en poco aumentaba la fama del autor, quien, pensando probablemente en que llegase este caso, había dispuesto, como en el tomo anterior dijimos, *que se quemasen todos sus papeles*, por el temor muy fundado de que no se entendiese la escritura.

Acaso los anteriores argumentos no sean sino excusa a nuestra incapacidad. De todas maneras, confesarla es honrado, como lo es también declarar que veríamos con placer el que mano más hábil que la nuestra reconstruyera aquellas Leyendas, y las intituladas: *El Hombre Mito;* y, *Carácter Inquieto y Profético,* que deben encontrarse por ahí, pues de ellas habla el autor mismo en una de sus obras.

***

Exorna la primera página de este volumen el busto de Arístides Rojas, costeado por suscripción popular, y erigido el 9 de mayo de 1897 en el patio del local donde celebran sus sesiones las Academias de la Lengua y de la Historia: hermosa fiesta donde quedó demostrado una vez más que fuera de la estrecha órbita en que giran intereses materiales y transitorios, hay algo trascendental y permanente; algo que no naufraga en el mar agitado de las pasiones. Ese algo vive y alienta en las colectividades humanas, que, cuando se mueven por sí mismas, saben con certero instínto a quiénes deben glorificar y cuáles frentes pueden ceñir sin desdoro el mirto y el laurel.

Allí, en la inauguración del busto, la palabra de Marco-Antonio Saluzzo se elevó justiciera sobre la memoria del más nacional de nuestros escritores. Dijo que Rojas era benemérito de la Patria, como civilizador de nuestro pueblo: por haber dado a la niñez enseñanzas; por haber divulgado las ciencias naturales; por haber enriquecido con valiosas investigaciones nuestros orígenes históricos.

No podemos ni queremos ocultar el placer que nos produce haber contribuido en la medida de nuestras facultades a formar esta colección. Muchos la habrían hecho con mayor acierto; ninguno con más amor y desinterés. Y estos sentimientos justifican la permanencia de nuestro nombre obscuro junto al del brillante escritor.

JOSÉ E. MACHADO.
De la Academia Nacional
de la Historia.

Caracas: 16 de julio de 1927.

LA CASA DE HUMBOLDT EN CARACAS [1]

—

¡HUMBOLDT, y siempre Humboldt!..... He aquí el tema espontáneo, fecundo, inagotable que inspira nuestra pluma por una vez más. ¿Qué tiene este nombre siempre propicio, siempre elocuente en toda ocasión en que la memoria lo evoca para dedicarle algunas líneas? Para nosotros, venezolanos, Humboldt, es, no sólo la gran figura científica del siglo XIX, sino también, el amigo, el maestro, el pintor de nuestra naturaleza, el corazón generoso que supo compadecerse de nuestras desgracias, compartir nuestras glorias y elogiar nuestros triunfos. Hay algo más todavía que nos hace fraternal su memoria; es la historia de la familia, porque cuando ésta ha vivido aislada, sin contacto con el mundo social, con el arte, con la ciencia; cuando ella no ha tenido por compañeros sino su cielo, sus montañas y sus ríos, su naturaleza virgen, ansiosa de encontrar el hombre que descifrara sus grandes enigmas o del artista que interpretara sus variados panoramas, entonces es cuando la visita del primer huésped ilustre deja en la atmósfera del hogar un recuerdo inefable que se trasmite de padres a hijos.

Un día, en aquellos en que el comercio del mundo estaba cerrado a nuestras costas, en que

la presencia del hombre europeo era un acontecimiento para nuestros pueblos, en aquellos en que vivíamos sin prensa, sin comunicaciones que nos enseñaran el progreso del mundo, aislados, silenciosos, viviendo como la caravana del desierto sin más testigos que la naturaleza, pisó Humboldt nuestras playas. Llegaba vestido de pasaportes reales y armado, no con la espada del mandarín, espíritu pasivo, en cuya conciencia obraban, en aquella época, más las órdenes escritas que las necesidades de los pueblos, sino con los instrumentos de la ciencia, de la benevolencia del sabio, de la justicia del espíritu cultivado, del amor a la humanidad. Llegaba como el legítimo intérprete de una naturaleza fecunda que hasta entonces ningún viajero había explorado.

A su encuentro le salió el rústico labriego y presentóle, bajo la techumbre de sus cocales de Oriente, leche de sus rebaños, que el viajero bebió en jícaras indianas; y el misionero, patriarca de las selvas, le ofreció, en seguida, bajo las verdes enramadas del monasterio, la fruta sabrosa de la fértil zona; en tanto que el viejo hidalgo, con la caballerosidad de sus progenitores, espontánea, franca, dadivosa, sin desmentir la nobleza de su raza, descubierta la cabeza, tendióle mano amiga y le introdujo en el salón de la familia venezolana, en la cual, la gracia sobrepuja la cultura del espíritu, e impera el corazón sobre la inteligencia. Humboldt quedó, desde entonces, instalado. Todo le pertenecía; el cariño de la familia, la admiración de los pueblos, el agasajo de las autoridades españolas: le pertenecían también la naturaleza, cielo y tierra que le habían aguardado durante siglos. Desde entonces data la veneración que se conserva como un talismán en la historia de nuestro hogar. Fué su voz, voz de aliento; en sus

obras nos dejó enseñanza provechosa; con su amistad, honra; gratitud en sus recuerdos, siempre rejuvenecidos, aun en sus días de ocaso. Ni la infidelidad, ni la inconstancia, ni el olvido—en toda ocasión en que se ocupó de Venezuela, porque al estampar en sus inmortales cuadros el nombre de ésta, fue siempre para honrarla, pagando así tributo de justicia y de admiración al primer pueblo que visitó y cuya imagen fué inseparable de su memoria. He aquí porqué le amamos.

Hace ya setenta y siete años que Humboldt visitó a Caracas. Esta ciudad era la segunda del continente que conocía, pues antes había estado en la de Cumaná. En otro escrito (*Recuerdos de Humboldt*) hemos dicho que el corazón del joven explorador se llenó de sombría tristeza al atravesar las calles silenciosas de la Caracas de 1800; pero que aquella impresión se desvaneció cuando dejando la casa del Conde de Tovar, donde estuvo por algunos instantes, se instaló en la que le había conseguido el capitán general Vasconcelos, en la plaza de la Trinidad.

En el ángulo donde la calle oeste 9 corta la avenida Norte, frente al Panteón Nacional, hay unos escombros que sirven de azotea a la vecina casa número 91 de la avenida Norte. La antigua puerta, que es hoy el número 1 de la calle Oeste 9, está tapiada hasta la mitad, pero se conserva el friso de vetusta arquitectura. Las ventanas han desaparecido en ambos lados de las ruinas, y sólo muros de piedras, ennegrecidos por el tiempo y cubiertos de paja, indican las antiguas paredes de un edificio. Las salas están al aire libre, y en el suelo de ellas se levantan bosquecillos llenos de arbustos conocidos que se han desarrollado al acaso, o sembrados quizá por mano amiga. Algodoneros cubiertos de rosas de oro, granados con

flores color de escarlata, papayos y cañas de bello porte levantan sus copas y se mezclan con otros arbustos, mientras que en la parte terrosa de los muros, gramíneas y *tillandsias* crecen entre las grietas abiertas por la acción del tiempo. Todo ese conjunto forma un gracioso paisaje cuyos únicos habitantes son, el pájaro viajero, que todas las mañanas desciende de la vecina montaña, el insecto nómade que liba la miel de las flores, el lagarto que fabrica su cueva al pie de los muros. ¡Sabia naturaleza! se desarrolla, se espontanea, sobre las ruinas de las ciudades, sobre los despojos humanos, sin cuidarse de la historia, que es la obra de un día; pero que le deja osarios, abono preparado por el arte para nutrición de los nuevos seres que aquella tiene en ciernes. Lo que ella necesita es un terrón de tierra donde depositar el germen fructífero, una rama donde pueda el ave fabricar su nido, una grieta segura donde el ofidiano guarde sus huevos, una hoja donde pueda la crisálida aguardar la hora de la emancipación.

Para el viandante que pasa todos los días por estos escombros ellos no tienen significación alguna: son una de tantas casas en ruinas, recuerdos de la catástrofe de 1812. Pero para el hombre que conoce los pormenores de la estadía de Humboldt en Caracas, aquellos representan una época, un nombre preclaro, porque hace setenta y siete años que en esta casa hubo una constante recepción, porque en ella moró durante dos meses, el hombre más extraordinario del siglo, Alejandro de Humboldt. (II)

¡Cuántos sucesos verificados en Caracas, después que la visitó Humboldt en 1800! A los seis años bajó al sepulcro Vasconcelos, el amigo oficial del sabio, el cual honró a España honrando al recomendado por el monarca castellano. Dos años

más tarde, comienza a prender la chispa revolucionaria que produjo el incendio de 1810. En 1812 viene al suelo la ciudad de Losada, y un montón de ruinas la convierte en osario. Cayeron los principales templos, entre estos, el que estaba frente a la casa de Humboldt, no quedando sino las paredes, la columna que sostenía las armas de España y también la horca que estaba en la plaza. Todo fué desolación en torno a la casa del sabio: sepultadas quedaron las tropas en el cuartel de San Carlos, en la calle Oeste 9, y las que estaban al Sur de la misma casa en el parque de artillería. La ciudad de 1800 había desaparecido casi en su totalidad.

Sesenta y cinco años han corrido, y ya Caracas está otra vez en pie; pero la casa de Humboldt permanece aun en ruinas. Estas recuerdan no sólo días de llanto y de tribulación, sino también la historia de nuestras guerras, la acción del tiempo sobre la naturaleza, el cambio de nuestra civilización, el renacimiento de la antigua ciudad, la mano benefactora del hombre. No es la Caracas de 1877 la Caracas de 1800. Todo ha cambiado. El Avila ha visto desaparecer sus bosques y agotar sus aguas. Talado fué el bosquecillo que a espaldas de la casa de Humboldt, sirvió a este en sus horas de meditación, y de los viejos árboles del Catuche solo se conserva el *Samán del Buen Pastor*. La famosa calle de cinco leguas que, desde la casa de Humboldt, unía a Caracas con el mar, según el parte del Gobernador Osorio al monarca de España en 1595, está destruida, conservando aun sus desagües y algunos pedazos. Obra admirable fué esta calle sólidamente empedrada, que conducida al través de una cordillera, ha resistido a la acción del tiempo. El castillejo de la Cruz, al comenzar la subida a La Guaira, está en ruinas y

en ruinas las fortalezas del camino que dejaron pasar, en su retirada, a los filibusteros de Preston en 1595. La antigua torre de 1800, fué rebajada en 1812. El convento de San Francisco, donde reposan los restos de Vasconcelos fué convertido en Universidad y Museo, y en Mercado público, el de San Jacinto. Desaparecieron los antiguos monasterios de monjas y fueron substituidos por edificios modernos, ornato de la ciudad. El templo de la Trinidad se ha transformado en Panteón Nacional, y al osario de 1812, descubierto durante muchos años, sucedió el osario histórico, oculto bajo el pavimento.

Allá al Noreste están las ruinas de San Lázaro, donde Humboldt fué obsequiado en repetidas ocasiones. Con el pretexto de fundar un lazareto, levantaron los españoles un palacio, que a veces fué lugar de orgías; pero el tiempo que es el reparador de todas las faltas, ha dejado en escombros el Lazareto del deleite, mientras Guzmán Blanco ha levantado al pie de las ennegrecidas ruinas el Lazareto de los desamparados. La escabrosa colina del Calvario, lugar histórico donde defendieron con heroico valor su nacionalidad, Terepaima, Caricuao, Conocoima y demás tenientes de Guaicaipuro, contra el invasor castellano, se ha convertido en jardines, con juegos de agua surtidos por el río Macarao, nombre de aquel Cacique que en este mismo lugar detuvo las huestes de Losada; y sobre la roca solitaría donde Paramaconi desafió al Jefe de sus contrarios a un combate personal, se levanta hoy la estatua de Guzmán Blanco. Ya todos los templos derribados por el terremoto de 1812 están reconstruidos, salvadas las antiguas zanjas de la ciudad por nuevos puentes, reedificadas las casas, abiertos los caminos. Talado fué el cedro de Fajardo, a orillas del

Guaire, visitado por Humboldt; pero aun existen los cipreses seculares de la vecina basílica de Santa Teresa. Refieren que cuando Humboldt salía de Caracas, le preguntaron sus amigos, cuándo regresaría; y que el gran sabio contestó, con calma: —"Cuando esté concluido el templo de San Felipe." Hace pocos meses que fué concluida esta obra y ya Humboldt tiene diez y siete años en el sepulcro. Así pasa el tiempo, que resuelve todos los enigmas. Al pié del Avila yacen los huesos de dos generaciones, y donde sucumbieron los patriotas al hacha sanguinaria en las noches pavorosas de 1814 a 1817, se levantan cruces y obeliscos circundados de árboles. De los amigos de Humboldt, todos desaparecieron unos en los campos de batalla, otros en el ostracismo, otros en la miseria, y sólo uno se ha conservado en la historia: Bolívar y que está de pié en el Panteón, y a caballo en la plaza donde fué levantada sobre una picota la ensangrentada cabeza del vencedor de Niquitao.

Como hemos dicho, desde la plaza del Panteón hasta La Guaira construyeron los castellanos en 1595 una calle de cinco leguas. Esta entrada a la ciudad fué la única que quedó después del terremoto de 1812, por hallarse toda la parte alta de la población reducida a escombros hacinados. Las ruinas de la casa de Humboldt fueron por lo tanto testigos de cuanto por ella pasó y ha pasado durante setenta y cinco años. Por esos escombros pasó Bolívar después de su derrota en 1812; y por ellos pasaron también Miranda y Bolívar, cuando en la misma época salieron fugitivos. Por esos escombros pasó Morillo en 1815 y pasaron Morales, Moxó, Cagigal. Por esas ruinas pasó Bolívar en 1821, cuando llevaba en mientes la libertad del continente, y por esas ruinas salía en 1827, después de haber realizado su obra inmortal. Le

aguardaban los sucesos de 1828 y 1829 y el ostracismo de 1830. Pero le estaba reservado que por las mismas ruinas pasarían sus restos doce años más tarde, conducidos en hombres de sus compañeros y veteranos de quince años de infortunio y de gloria.

Fué una tarde, 16 de diciembre de 1842. Los últimos rayos del sol en Occidente se reflejaban sobre la Silla del Avila cuando el tañido de todas las campanas anunció a la ciudad que los restos del Grande Hombre entraban al suelo natal. Miles de almas llenaban las avenidas Sur y Norte, la plaza del Panteón y la prolongada calle que se extiende hasta el templo de la Pastora. Banderas, oriflamas, pendones enlutados, trofeos de guerra, pebeteros, se levantaban en toda la carrera por donde debía pasar el fúnebre cortejo. Aquella población flotante iba y venía como dominada por un sentimiento extraño: pero cuando el cañón anunció a la población que los despojos del Libertador habían pasado la antigua puerta de la ciudad, lágrimas silenciosas brotaron de todos los ojos, y en actitud imponente todas las cabezas se inclinaron a proporción que pasaban los restos mortales del mártir de Santa Marta. (III)

Un arco colosal, frente a las ruinas de Humboldt, teniendo los nombres de cien batallas y de los compañeros de Bolívar, dominaba la carrera de la procesión que iba a efectuarse en el siguiente día. Más atrás del arco se destacaban las ruinas del templo de la Trinidad, que para aquel entonces estaban pobladas de arbustos y de huesos, restos de las víctimas de 1812. Bolívar debía en esta noche reposar en frente de la casa de Humboldt, en la modesta ermita que servía de templo hacía algunos años. Cuando desapareció el sol ya el Libertador estaba en su capilla ardiente, acompa-

ñado de sus veteranos. ¿Quién podrá describir las impresiones de aquella noche transitoria, precursora de un gran día, y ese estado del alma, en que el sueño huye, porque el corazón presiente?.... Al amanecer del 17, los primeros rayos del sol fueron saludados por el toque de los clarines, por la música marcial, y la población en las calles, en las ventanas, en los escombros, en las azoteas, vió desfilar y acompañó a Bolívar muerto. . . . . .

. . . . . .

Treinta y cuatro años han pasado, y Bolívar, después de haber permanecido durante este lapso de tiempo en la tumba de sus antepasados, ha vuelto de nuevo, 28 de octubre de 1876, al sitio donde reposó en la noche del 16 de diciembre de 1842. Ha vuelto, no a la capilla mortuoria que ha desaparecido, sino al Panteón Nacional que ha substituido al antiguo templo de la Trinidad. En este recinto todos los muertos están ocultos, sólo Bolívar está visible presidiendo este osario histórico donde reposan sus compañeros de gloria.

En tanto la casa de Humboldt permanece en escombros, y las especies vegetales y animales se suceden, cambiándose el paisaje.

Esas ruinas ¿qué aguardan?.... ¿Quién abrirá esa puerta por donde entró Alejandro de Humboldt? ¿Quién renovará la tierra de esas paredes, tostadas por el tiempo? ¿Quién techará esas salas donde estuvo la generación de 1800? ¿Cuántos sucesos importantes se sucederán antes que ellas vuelvan a lo que fueron? Aguardemos; entre tanto el pájaro viajero continúa sus visitas matutinas buscando los granados floridos, el lagarto está en sus grietas calentando sus huevecillos y la crisálida, en su hoja, aguardando la hora de la emancipación.

LOS PLATOS DE PARAGUACHI [1]

a don José M. Garbán Pérez.

No hay sitio, lugarejo, pueblecito que no tenga algo de que envanecerse, por lo menos, de un fruto, de un animal, de alguna roca de construcción, o finalmente, de sabrosa agua y templado clima. Santa Ana, en los Andes de Trujillo, por paupérrimo que aparezca a las miradas del viandante, hablará siempre de la célebre entrevista de Bolívar y Morillo en 1819. Ocumare de la Costa nos recordará las dos expediciones desgraciadas; la de Miranda en 1806, la de Bolívar en 1816. El Rincón de los Toros nos relata la sorpresa nocturna, de la cual se salvó Bolívar en 1818. En el caballo del vencedor muerto, se salva Bolívar, derrotado. Capadare es nombrado por su tabaco, Chichiriviche por sus ostiales, Mamo por sus aguacates, y si se quiere una cita más, recordamos a San Joaquín, que debe su fama a sus biscochos.

Al Este de la isla de Margarita, la Nueva Esparta de los días de la Independencia, existe un puertecito de pescadores, y más adentro, el pueblecito fundado por los conquistadores, por los años de 1530 a 1540, con el nombre de San José de Paraguachí. Paraguachí es nombre indígena que, en lengua cumanagota, equivale a *golfo de la lan-*

gosta. Con una población que oscila entre 500 y 600 habitantes, ahí está, con su costa cercana, orgulloso con su pobreza y conforme con su suerte. Refiere la historia antigua de Venezuela que, cuando el famoso tirano Lope de Aguirre se presentó de improviso en 1560 en las costas margariteñas, una tempestad separó las embarcaciones de la pequeña flota, arrojando a las costas de Paraguachí, la vela en que venía Aguirre. Aquí comienza, en territorio de Venezuela, la historia singular de aquel hombre leyendario. A poco después de la muerte de Aguirre, llámase a Paraguachí puerto del traidor, puerto del tirano. Quizá y sin quizá, este último nombre es el único que lleva un puerto del continente de Colón, de uno a otro polo. Y por de contado que, al decirse puerto del tirano, nadie tendrá que buscar o estudiar los ideales monstruosos de la tiranía, pues en Venezuela, al decirse El Tirano, todo el mundo se trasporta a los días de 1560 para contemplar al famoso Lope, que corona con la muerte de su hija una vida de crímenes; y deja su alma en pena, vagando en copos de luz hidrofosfórica que agita el viento durante la noche, y es todavía el espanto de los campesinos, como nos asegura la tradición. [II]

Hé aquí el primer mérito de la historia del pueblecito y costa de Paraguachí, fundado durante los primeros treinta años del siglo XVI, en la costa oriental de Margarita. El segundo se le acerca por el timbre de los personajes que saquearon el pueblo, un siglo más tarde, por los años de 1662 a 1680, cuando filibusteros holandeses primero, y franceses después, se propusieron acabar con los puertos de Venezuela. Si Aguirre apenas asustó a los pobladores de la comarca, porque quiso seguir en su carrera de aventurero, el marqués de Maintenon, filibustero de la cuadrilla de

Gramont, debía arrasar las costas de Margarita en 1678. El francés se hizo de dinero, de prendas y de efectos; pero dejó incrustados en la torre del templo dos platos de Rouen, como recuerdo de su visita *pacífica* a las costas de Trinidad y de Margarita.

Hace poco que los moradores de Paraguachí quisieron reconstruir su primer templo y levantar nueva torre, que vetusta y en ruina estaba la que dejaron los conquistadores. Al caer ésta, aparecieron en la mampostería del campanario dos platos azules que, con trabajo, fueron desprendidos de la amalgama que los sostenía. Y como hace muchos años que, cuanto aparece conexionado con la historia de la Isla, tiene que venir a nuestro estudio, porque así lo ha ordenado nuestro viejo amigo, colega, maestro y favorecedor, Eduardo Ortega, amante como el primero de las glorias de Nueva Esparta, los dos platos, sin dilación, llegaron a nuestro desván.

Sucios, rotos, averiados, así los recibimos, después de haber permanecido durante doscientos quince años en una torre castellana. Por supuesto que los recibimos como se recibe a seres curiosos, cuya nacionalidad, edad y condiciones de familia deseábamos conocer. Al instante comenzó el estudio de estos prisioneros que cambiaban de cárcel, sin poder tornar a su patria; y con lente en mano, hubimos de examinarlos detenidamente.

Serán estos platos de Delft, lo serán de Rouen? Cuando se tropieza con una marca nueva, no conocida de los ceramistas maestros, dudas y dudas nacen y mueren, sin que se pueda fallar. Aunque en los platos sobresalen caracteres de la célebre fábrica holandesa, de Delft, los hay igualmente que pertenecen a la no menos célebre de Rouen, centro artístico de la cerámica francesa.

En la necesidad de optar, nos decidimos por la fábrica de Rouen, con cierta reserva. Es un plato de 22 centímetros de diámetro, de mayórica del Siglo VII, camafeo azul con dibujos llamados de baldoquines, que pertenecieron a la época de Luis XIV. La edad de estas piezas las fijamos de 1660 a 1678. Bien puede creerse que el plato sea de Delft, y en este caso reputarse como bella imitación de la de Rouen, pues la fábrica Delft imitó los más bellos productos cerámicos de otros países.

Resuelta la primera parte del estudio, continuemos con la segunda. En qué época fueron colocados estos platos en la torre de Paraguachí? Qué nos refiere la historia? Era de costumbre, entre los misioneros castellanos, exornar con platos las fachadas de los templos que construían. Todavía el pueblecillo de Sanare, en las cercanías de Tocuyo, conserva muchos de los platos de su fachada. Tal adorno resiste los embates del tiempo y cautiva la curiosidad de los campesinos. Ya en otro estudio hemos hablado de los platos de Valencia, que los oficiales de Colón arrojaban a las bellas guaiqueríes de Cubagua, en cambio de los collares de perlas que éstas tenían en el cuello. También los filibusteros de los siglos XVI y XVII, sobre todo, los franceses, dejaban en las torres y castillos españoles que no destruían, platos de cada época, como triste recuerdo de la devastación que hacían por todas partes.

Es un hecho que en 1662 los filibusteros holandeses destruyeron la capital de Margarita y el fuerte que ésta tenía para su defensa; pero ignoramos si los arrasadores dejaron algún plato. Es necesario seguir más adelante para tropezar con el filibustero francés Gramont, quien, después de saquear a Maracaibo, a Gibraltar, y a Trujillo en 1678, dividió su flota para continuar la devasta-

ción en las costas venezolanas. Entre los oficiales de Gramont, figuraba el Marqués de Maitenon, a quien Luis XIV le había dado la fragata llamada La Sorcière, para que viniera al Nuevo Mundo en solicitud de pillaje, de asesinato y devastación. El Marqués destruyó primero la isla de Trinidad y después la de Margarita, en 1678. Más tarde, Gramont atacó los Caracas y costas de La Guaira. Los platos pertenecieron muy probablemente al valeroso Marqués, a quien se le antojó incrustarlos en la torre de Paraguachí.

Tal es la historia de los pobres prisioneros de Paraguachí, y aunque hoy están tratados con consideración y con cariño, no podrán jamás recuperar el movimiento que tenían, cuando figuraban a bordo de La Sorcière. Triste celebridad la de haber yacido en la torre del puerto del Tirano, y de haber sido sepultados por una de esas grandezas del robo, del asesinato y de la destrucción.

¡Platos ruaneses! nos contentamos con uno de vosotros; siga el otro a manos del joven amante del arte, en todas sus manifestaciones, a quién hemos dedicado estas líneas.

HERALDICA Y NUMISMATICA GENERAL

I

El Escudo de Armas de la antigua Caracas

En la procesión cívica que tuvo efecto en la mañana del 24 de julio de 1883, día del centésimo aniversario de Bolívar, a la cabeza del gremio de sastres de la ciudad figuraba un guión de seda blanca con borlas de oro, que condujo el señor Pablo Velázquez. En este guión está, bellamente pintado al óleo, el antiguo sello o Escudo de Armas de Caracas; y el gremio de sastres, al ofrendar a Bolívar con tal obra, quiso sin duda, recordar con esto que aquel escudo había sido concedido por el monarca castellano Felipe II a Simón Bolívar, el fundador en Venezuela de esta ilustre familia.

Ninguna ofrenda más meritoria, desde el punto de vista histórico, que aquella que recuerda al primer Bolívar que tanto contribuyó con sus talentos al desarrollo material y moral de la sociedad venezolana. Sábese que Bolívar, después de acompañar al gobernador Osorio en 1587, a la fundación del actual puerto de La Guaira, fue enviado por la colonia venezolana con el carácter de Procurador cerca del monarca español, pudiendo recabar de éste varias reales cédulas que fueron

de mucho provecho al comercio y engrandecimiento de Caracas.

Entre los grandes beneficios conseguidos por Bolívar, uno de los principales fué el que a La Guaira llegaran de España dos navíos anuales de menor porte, con flota o sin ella, para aprovechamiento de los vecinos; y además, un navío de registro anual, por cuenta particular de los habitantes de la capital. Así, la costa de Caracas, al crear su puerto, comenzaba directamente su comercio con los de la madre patria, prescindía del de Borburata.

Muchas fueron las reales cédulas traídas a Caracas por el Procurador Bolívar, figurando como principales, además de las mencionadas, las siguientes: por la de 4 de setiembre de 1591, Felipe II concede a Caracas un sello de armas; por la de 22 de junio de 1592, la creación de un Seminario, y por la de 14 de setiembre del mismo año, un preceptorado de gramática castellana. Estas primeras concesiones del Monarca de España, en pro de Caracas, pueblo pobre y reducido que apenas contaba veinte años de haber sido fundado, y sobre todo, las que se conexionaban con el adelanto intelectual de los pobladores, como la creación de un Seminario y en defecto de éste, un preceptorado de gramática castellana, están de acuerdo con las concesiones que, desde un principio, hiciera la corte de España a las diversas capitales de América.

Dignos son de recordarse los sellos de armas concedidos por los monarcas de España a las principales ciudades fundadas por los conquistadores castellanos, antes de surgir Caracas.

La Española tuvo desde 1507 un escudo de color encarnado atravesado por una banda blan-

ca, dos cabezas de dragones de oro en campo rojo, como lo tenía en su guión real, y por orla castillos y leones.

La ciudad de Santo Domingo tuvo por armas un escudo partido horizontalmente: en la parte superior una llave y en la inferior la Cruz de Santo Domingo. El escudo está sostenido por dos leones rampantes y arriba brilla una corona imperial.

Casi todas las ciudades de La Española tuvieron sellos de armas.

Santa María del Darién, esta primera ciudad del continente en 1509, de tan corta duración, tuvo por sello de armas un castillo de oro en campo rojo, y encima un sol del mismo metal. A los lados figuraban un león rampante y un cocodrilo. Por divisa se leía: Nuestra Señora de la Antigua.

El de Panamá, en 1521, consiste en un escudo partido en pal y en campo de oro: en la mitad de la derecha figuran un yugo y un manojo de flechas pardillo con los casquillos azules y las plumas plateadas, que era la divisa de los Reyes Católicos; y en la otra mitad de la izquierda dos carabelas, una encima de otra, como señal de que por allí se había de hacer el descubrimiento de la especería, y encima de ellas una estrella que denotaba el polo ártico, y en la orla del escudo castillos y leones.

En el de México, concedido en 1523, figura un castillo de tres torres, y sobre un nopal hermosa águila que lleva una culebra en el pico. Al pie de aquél corren las aguas, y a los lados, fuera del escudo, dos leones, y una corona imperial por remate. Este sello simboliza la antigua ciudad de las aguas, fundada en el sitio donde apareció sobre un nopal un águila de piedra, de que habla la tradición azteca.

El Ayuntamiento de México tuvo por sello de armas desde 1523, un escudo azul de color de agua, en señal de la laguna, un castillo dorado en medio y tres puentes de piedra que se dirigen a éste. Los dos de los lados sin llegar, y en cada uno un león con los pies en el puente y las garras en el castillo. Dentro de la isla se ven diez pencas verdes de nopal, y por remate del todó una corona.

En 1533 fué concedido a Cartagena el escudo que tiene: una cruz verde en campo de oro y a los lados, dos leones rampantes.

En el de Lima concedido en 1537 figuran tres coronas de oro en campo azul y encima una estrella con orla del mismo metal, acompañada de este lema: *Hoc signum vere regum est,* y por tenantes dos águilas coronadas, que tienen sobre las cabezas una J y una K, iniciales de Juana y Carlos. Llamóse a Lima ciudad de los reyes por el día en que fue fundada, y de aquí las coronas de oro.

El sello de armas de Quito, concedido en 1541, consiste en un castillo sobre dos montes, una cruz encima y dos águilas que extienden sobre ésta dos de sus garras.

El sello de armas concedido por Felipe II a la ciudad de Caracas consiste en un león pardo rampante, en campo de plata, que tiene entre sus brazos una venera de oro con la cruz de Santiago, y por timbre una corona con cinco puntas de oro: todo exornado con trofeos de guerra. [1] Desde esta época Caracas llamóse *muy noble y muy leal ciudad,* y tuvo el tratamiento de *Señoría,* y goce de

(1) Más tarde, por cédula de Carlos III, de 13 de marzo de 1766, este monarca concede al escudo de armas de Caracas, llevar una orla con la siguiente inscripción: *Ave María Santísima, sin pecado concebida, en el primer instante de su sér natural.*

los privilegios y preeminencias de *grande,* como cabeza y metrópoli de la Provincia de Venezuela, según lo confirman todas las ordenanzas municipales de la época colonial. [2] El origen de la venera en el escudo de armas de los pueblos que llevaron el nombre de Santiago, no es sino un recuerdo de la batalla de Clavijo en 808, donde por primera vez, según la tradición, se presentó *el apóstol* a los españoles, en medio de la batalla. Al visitar el campo después de la victoria, vióse que por todas partes estaba lleno de veneras fósiles: de aquí esta concha en la Orden de Santiago, instituida desde aquellos tiempos.

La venera y el león rampante fueron igualmente concedidos a otras ciudades de América.

La ciudad de Santiago de los Caballeros, en La Española, tuvo por sello de armas un escudo colorado con veneras blancas; sobre el escudo había una orla blanca y en éste siete veneras coloradas.

Santiago de Chile tuvo su escudo en campo blanco, y en medio, un león rampante con una espada en la mano, y por orla ocho veneras de oro. Así figuraba casi siempre la venera, en los pueblos que llevan el nombre del apóstol Santiago.

En el escudo de armas de la ciudad de Santiago de León de Caracas que fué fundada el día de Santiago, 25 de julio de 1567, debía figurar también la cruz roja de la Orden, lo que da al conjunto mucho realce. Este bello escudo de armas figuró en los pendones, estandartes, banderas, escudos, sellos, casas, reposterías y en los principales sitios y lugares de Caracas, así como en las

(2) Antiguamente se marcaba con el sello de armas de Caracas, cuanto se ponía en venta; operación que era vigilada por el empleado del Cabildo conocido con el nombre de *Fiel ejecutor.*

impresiones oficiales y documentos municipales: mas hoy solo existe, sobre la antigua fuente pública de la calle Oeste 2, entre las esquinas de Muñoz y Solís.

En las felicitaciones dirigidas al historiador de Venezuela, don José Oviedo y Baños, cuando éste publicó la primera parte de su obra, en 1723, aparecen unos versos del Licenciado don Alonso Escobar, presbítero, Canónigo de la Catedral de Caracas, en los cuales leemos los siguientes conceptos dirigidos al sello de armas de la capital:

Coronado León, de cuyos rizos
altivas Crenchas visten el copete,
gallarda novedad, que tu nobleza
generosa guardó para tus sienes.

Ilustre concha, que en purpúreas líneas
del Múrice dibujas los relieves
en cruzados diseños, que te exaltan,
cuando en fuertes escudos te ennoblecen.

. . . . . .

Además de este sello de armas de la ciudad de Caracas, se conocían, en primer término, el de España, por lo general, esculpido en piedra, el cual figuraba en las principales oficinas, como la Gobernación, la Audiencia, el Ayuntamiento, etc., etc. Al sello real seguían los sellos particulares de los titulados caballeros de Santiago y de Alcántara, etc., de los cuales se conserva uno que otro. (3)

(3) En el patio del edificio de la Exposición, se conserva un hermoso sello de armas. el de Carlos V. el cual figuró en el Ayuntamiento de la Nueva Cádiz. capital de Cubagua desde 1527 hasta pocos años después. en que fué destruida por completo esta primera Colonia castellana.

(Este escudo se encuentra ahora en el Museo de Bellas Artes).

¿Cómo es posible, nos hemos preguntado muchas veces, que Caracas abandone el más bello recuerdo de sus primitivos días, el sello de armas que brilló en su cuna y la acompañó en los años de su adolescencia, en todos sus reveses y triunfos, cuando sus primogénitos tanto hicieron para fundarla y conservarla? Este sello debía guardarse con veneración, no sólo porque fué timbre de la primitiva ciudad, sino por haberlo conseguido el primer Bolívar, quien en unión de Osorio Villegas contribuyó al progreso y desarrollo de Caracas. En los dos extremos de nuestra cadena histórica, al lado del sello de Colombia, y después del de Venezuela, debe figurar el sello de la primitiva Caracas, porque son inseparables el Bolívar de la Independencia, del Bolívar de la Colonia: y el sello de armas es timbre de la familia caraqueña, porque sintetiza la historia de su desarrollo, de sus conquistas, de sus aspiraciones, durante el espacio de tres siglos. Cuando se visita cada una de las capitales de la Edad Media, se remonta el pensamiento a la noche de los tiempos, al ver cómo éstas conservan con veneración su sello de armas. Son ellos como libros de piedra con figuras esculpidas que hacen desfilar por los campos de la memoria todas las generaciones que se han hundido en el sepulcro. El sello de armas de Caracas, concedido a esta capital por Felipe II, nos recordará siempre a los primeros moradores que plantaron el trigo en el valle del Guaire, a los primeros templos, a los primeros triunfos en el orden político, y al primer Bolívar que contribuyó con sus luces a la fundación de la Colonia y al engrandecimiento de aquella República compuesta de hombres trabajadores y probos.

II

Escudos americanos desde la Revolución de 1810

El Sello de armas de Caracas no desapareció después del movimento revolucionario comenzado en 19 de abril de 1810 que trajo nuevo orden de cosas. Continuó figurando en todos aquellos casos en que era de ley, y aun fue exornado con el nombre del nuevo gobierno. Así le vemos en el folleto publicado en 1811 con el siguiente título: "Manifiesto que hace al mundo la Confederación de Venezuela, en la América Meridional, de las razones en que ha fundado su absoluta Independencia de la España, y de cualquiera otra dominación extranjera, firmado y mandado a publicar por acuerdo del Congreso general de sus Provincias Unidas." Las armas de Caracas están como viñeta, después del título, y en lugar de trofeos, circunda las armas la orla: "Confederación de Venezuela, 19 de abril de 1810." Cuando regresaron los españoles en 1812, y después de la fatal campaña de 1814, volvió a aparecer el Sello de Caracas, como en los días de la Colonia. Así lo vemos en algunas publicaciones oficiales hasta 1819, entre otras en el "Manifiesto español" publicado en Caracas en este año. Fundada la República, después de Carabobo, el Sello de armas que existía desde los últimos días del siglo XVI, no volvió a figurar.

Verificada la revolución de 1810, se hizo necesario un Sello de armas que caracterizara los documentos e impresiones del Gobierno, y este surgió sin que hayamos podido tropezar con el decreto que lo creara. Consistía en un 19 en el centro de un sol, cuyos manojos de rayos constituían las provincias que habían aceptado el mo-

vimiento revolucionario, es a saber: Caracas, Cumaná, Barcelona, Margarita, Trujillo, Barinas y Mérida. Circundaban, al mismo tiempo, el 19, seis hermosas estrellas.

Este Sello figuró en los decretos y comunicaciones de los Ministerios, en el papel moneda de aquella época, en las publicaciones oficiales, etc., etc. En *El Publicista*, importante revista donde aparecieron los debates del constituyente de 1811, el Sello tiene en su porción superior una cinta con el siguiente lema: *Lux unita clarior*. Mas, este Sello fué transitorio, sobre todo, después que Miranda probó la necesidad en que estaba el gobierno de la nueva República, de aceptar la bandera y Sello de armas que debía llevar.

Recordarán nuestros lectores que cuando el gran Miranda invadió a Venezuela en 1806, tanto en las costas de Ocumare, como en el fortín de la Vela de Coro, que fue tomado, figuró la bandera llamada de Colombia, creación de aquél, que no llegó a recibir los honores del triunfo, sino después de Boyacá, Carabobo, Junín y Ayacucho, en las Repúblicas de Colombia, El Perú y Bolivia. La primera bandera de Colombia flameó en las costas de Haití, de donde salió la expedición de Miranda, y de donde salieron las dos de Bolívar en 1816. Esta bandera, finalmente, fué quemada con las proclamas de Miranda en 1806, en la Plaza de Caracas, hoy Plaza Bolívar.

La bandera consistía en tres fajas horizontales, de mayor a menor, la primera amarilla, la segunda azul y la tercera encarnada, simulando los colores del iris. Figuraba en ella el siguiente Sello de armas: Una india sentada en una roca, que lleva en la mano derecha una asta rematada por el gorro frigio: junto a la india se ven emblemas del comercio, de las ciencias, de las artes, un cai-

mán y vegetales, más allá buques mercantes, y en último término el sol que se asoma sobre el horizonte marino. Esta fué la bandera que acompañó a la numerosa comisión de la "Sociedad Patriótica" de Caracas, cuando, en la tarde del 4 de julio de 1811, fué aquélla recibida por el Congreso. Al siguiente día se declaró la Independencia de Venezuela. El día 6, el Constituyente nombra una comisión compuesta de Miranda, Clemente y Zata-Busy, con el único objeto de estudiar cual sería la bandera y Sello de armas que debía tener la República. El Constituyente aceptó por unanimidad la bandera y Sello de armas que figuraron en las desgraciadas expediciones de 1806. Coincidencias misteriosas de la historia! El 14 de julio se publica el acta de la Independencia, en medio de numerosa concurrencia presidida por el gobierno. Las tropas llevaban la bandera de la República, que flameó y fue saludada por las bandas marciales y por la juventud de Caracas, en la misma plaza en que cinco años antes habían sido quemados por el verdugo el retrato de Miranda, sus proclamas y la bandera de Colombia, la misma que acaba de aceptar el Constituyente.

El Sello de Miranda en algo modificado, lo encontramos en una obra publicada en Londres en 1812, con el siguiente título: "Interesting official documents relating to the United Provinces of Venezuela, etc., etc., in Spanish and English." 1 vol. en 8º de 309 páginas. En la portada figura el Sello de Miranda, pero con la variante siguiente: Un genio en los aires presenta a la india un pergamino con esta inscripción: "Colombia," y junto a ella un niño alado que carga en la mano izquierda el clarín de la paz y en la derecha otro pergamino en que se lee: "Constitución de Vene-

zuela." Ambas figuras se dirigen a la india que fija sus miradas sobre el grupo aéreo.

En las campañas desde 1813 hasta 1820, figuró el Sello de Miranda; pero después de Carabobo, los sucesos exigían nuevas modificaciones en la heráldica de la Revolución triunfante. El Congreso de Cúcuta en 1821, decretó el nuevo Sello de armas que debía sustituir al de Miranda. En el artículo primero del decreto, leemos: "Se usará en adelante, en lugar de armas, de dos cornucopias llenas de frutos y flores de los países fríos, templados y cálidos, y de las *fasces* colombianas, que se compondrán de un hacecillo de lanzas con la segur atravesada, arcos y flechas cruzadas, atadas con cinta tricolor por la parte inferior." Y en el artículo segundo leemos: "El Gran Sello de la República y sellos del Despacho, tendrán grabado este símbolo de la abundancia, fuerza y unión, con que los ciudadanos de Colombia están resueltos a sostener su independencia, con la siguiente inscripción en la circunferencia: *República de Colombia.*"

Aunque la ley no lo dice, en sellos de esta época que poseemos, aparecen abajo dos cintas con el siguiente expresivo lema: *Viva Bolívar: Muerte a los tiranos.*

Hasta esta época no figuraban sino Venezuela y Nueva Granada que constituían a Colombia. Emancipado el Ecuador, y agregada esta nueva sección a la República, el Sello de armas tenía que ser modificado. Suponemos que fue en 1822, cuando entró a figurar el siguiente sello, tan bello como original: En el centro está un escudo dividido en tres campos. En el superior sobresalen diez estrellas; en los dos inferiores, un caballo en el de la derecha, y un cetro roto en el de la izquierda: el escudo está coronado por un cóndor que tiene

las alas desplegadas. Sostienen el escudo dos figuras alegóricas: la de la izquierda es una mujer que extiende su mano derecha sobre el escudo, y lleva en la izquierda un racimo de frutos. Ella dirige sus miradas a la otra figura que representa un genio fornido, de barba larga, que lleva en la mano derecha un bastón, signo de autoridad. Entre estas dos figuras, y al pié del Sello, brotan dos fuentes que tienen en la porción superior estos nombres: *Magdalena-Orinoco.* A los lados, descuellan palmeras, aguas que simulan ríos o lagos, mientras que en el fondo sobresalen los Andes con sus cimas nevadas. Una cinta acompaña, finalmente, este hermoso Sello con el siguiente mote: *Ser libre o morir.*

Cuando se separaron las tres secciones que componían la República de Colombia, Venezuela aceptó por Sello de armas el creado por el Congreso de Cúcuta, con la siguiente variante, según leemos en el artículo primero del decreto: "El escudo de armas para el Estado de Venezuela, será, desde la publicación de este decreto, el mismo de Colombia, con la diferencia que en campo de oro, las cornucopias serán vueltas para abajo, y en la parte inferior de la orla llevarán la inscripción: *Estados de Venezuela.*"

A poco apareció la bandera de Miranda, con fajas de igual latitud en otro Sello de armas que es el siguiente, creado por decreto del Congreso de 18 de abril de 1836: "Las armas de Venezuela serán un escudo cuyo campo llevará los colores del pabellón venezolano en tres cuarteles. El cuartel de la derecha será rojo, y en él se colocará un manojo de mieses, que tendrá tantas espigas cuantas sean las provincias de Venezuela, simbolizándose a la vez la unión de éstas bajo su sistema político y la riqueza de su suelo. El de la izquierda será

amarillo, y como emblema del triunfo llevará armas y pabellones enlazados con una corona de laurel. El tercer cuartel, que ocupará toda la parte inferior, será azul, y contendrá un caballo indómito, blanco, símbolo de la independencia. El escudo tendrá por timbre el emblema de la abundancia, que Venezuela había adoptado por divisa, y en la parte inferior una rama de laurel y una palma atadas con tiras azules y encarnadas en que se leerán en letras de oro las inscripciones siguientes: *libertad*–19 de abril de 1810–5 de julio de 1811."

Desde 1863, figuran en la faja azul de la bandera venezolana siete estrellas; y el escudo de armas ha sufrido la siguiente variación: abajo, al pié del escudo se lee: *Dios y Federación:* a la derecha, *5 de julio de 1811.—Independencia:*—a la izquierda 28 de marzo de 1864—*Libertad.* [1]

Al comparar los diversos Sellos de armas que tienen las actuales naciones del Continente americano, sorprende, cómo casi todas ellas han hecho figurar en sus escudos o en la exornación de éstos, algunos de los dones de la naturaleza americana, siempre rica, espléndida, grandiosa. La República de Washington aceptó el águila de sus alturas que lleva en las garras manojos de rayos y de laureles, y en el pico el célebre lema: *E pluribus unum.* Siempre que contemplamos este famoso escudo, viene a nuestra memoria aquella célebre frase de Turgot en elogio de Franklin: *Eripuit cælo fulmen ceptrunque tirannis,* tan celebrada en la época de la revolución francesa.

En el de la República mexicana sobresale el águila posada sobre el nopal, como recuerdo de la tradición azteca, respecto de los orígenes de México. Lleva en el pico una serpiente, este ani-

mal simbólico que tanto figuró en la historia primitiva del Anahuac.

En los Sellos de armas de las Repúblicas de la América Central aparece algo de nuestra naturaleza espléndida: el ave de rico plumaje, los volcanes, los Andes, y las costas de los océanos Pacífico y Atlántico.

En el de la Nueva Colombia figura el célebre Istmo de Panamá, las costas de los dos océanos, y arriba, las cornucopias y la granada, como recuerdo ésta del nombre que llevara esta nación en los días de la conquista castellana, y de sus hechos gloriosos aquéllas.

En los Sellos de armas del Perú, El Ecuador y Bolivia, vemos también los volcanes y cimas nevadas de los Andes, y animales y vegetales, emblemas de la riqueza natural de la fértil zona americana.

El Brasil, en fin, exorna su Sello de armas con símbolos de su riqueza agrícola. Dos ramas floridas, una de café y otra de tabaco, realzan el bello escudo del imperio brasilero.

Pero lo que más cautiva en muchos de estos escudos de las naciones hispanoamericanas, es ver cómo el gorro frigio surge, ya solitario en campo de plata, ya sobre corona de laurel, ora como núcleo de un sol que se levanta, ora sobre la cima de los volcanes andinos.

Esta heráldica americana tiene cierta novedad que satisface, por la variedad de los símbolos y las diversas ideas que contribuyeron a la creación de cada escudo.

LOS PLATOS PARLANTES DE LA REVOLUCION VENEZOLANA

—

Uno de los más distinguidos escritores de la Francia moderna, Champfleury, talento investigador y fecundo, escribió, hace pocos años, un libro lleno de bellezas históricas realzadas por su estilo seductor, que lleva por título: *Histoire de faiences patriotiques sous la revolution.* Después de viajar por las principales provincias de la patria nativa y de estudiar las diversas obras del arte cerámico, durante los últimos veinte años del pasado siglo y los primeros del actual, el autor logró enriquecer con notables adquisiciones el Museo de Sevres, del cual es director, y en el que pueden estudiarse los históricos objetos de la cerámica parlante, en los días de la revolución francesa y del imperio, y desde la restauración hasta nuestros días.

He aquí un monumento levantado al arte y también a la historia de época tan fecunda en acontecimientos de todo género. Ante una colección tan rica como variada, el espíritu investigador estudia, medita, y sigue en toda su evolución el desarrollo de una idea que aparece velada en los primeros tiempos, que a poco toma creces, se impone, domina la mayoría, y llega a la escarpa-

da meta, después de haber producido estragos inauditos, de haber llevado a la fosa numerosas víctimas y de haber derribado antiguas y arraigadas preocupaciones. Sobre los humeantes y ensangrentados escombros de aquella revolución que cumple en estos días una centuria, se levantaron los cimientos de la sociedad actual.

En esta colección que nos relata la historia de luctuosos y brillantes días, las alegorías, los lemas, los emblemas, la más insignificante figura nos cautiva y habla con elocuencia persuasiva. Ya es la fortaleza de la Bastilla, sobre cuyas almenas ensangrentadas se levanta la bandera popular que lleva por lema: *ser libre o morir;* ya es el árbol de la libertad, la encina histórica, en cuya copa ondea este lema: *libertad o muerte:* ora es la elevada pica que conduce el gorro frigio, acompañando a la muchedumbre entusiasta que entona en coro las siguientes estrofas:

Tirans, le sort en est jeté
Le bonnet de la liberté
Fera le tour du monde.

Ya es la balanza de Astrea que cede al impulso que le da la mano del hombre de los campos, que toca uno de los platillos, mientras que en el opuesto se elevan los atributos de la realeza y del clero como para indicar que el trabajo unido a la aristocracia y a la religión constituyen las glorias y la felicidad de un pueblo; ya es el joven obrero, libre, consciente, que pisotea la corona real, mientras que ostenta en una mano el gorro frigio y en la otra la masa de Hércules: ora es el gallo vigilante que anuncia la aurora sobre el cañón siempre listo para ametrallar a los enemigos de la patria, o los emblemas de la agricultura que hacen cortejo al gorro de la libertad, ennoblecidos por

el sublime lema: *veneranda nutrix:* ora son las manos estrechadas por el libro en que están consignados los *derechos del hombre:* ya son las fasces, banderas y escarapelas coronadas de laureles y embellecidas por el lema, *Libertad-Igualdad:* ora es el retrato de Necker circundado de este elogio: *Tu eres la esperanza y el sostenimiento de la Francia:* ora es la urna que guarda los despojos mortales de Mirabeau coronados por el gorro frigio y ramas del árbol de la libertad, acompañados del siguiente lema: *A los manes de Mirabeau la patria reconocida.....* Por todas partes sobresalen los lemas: *La Unión hace la fuerza: Viva la libertad sin la licencia: amémosnos como hermanos: vencer o morir: viva la nación: viva la paz: veneranda nutrix,* mezclados con los diversos blasones de la revolución, es a saber: el ancla, la cadena rota, las espigas de trigo, laureles y palmas, el árbol de la libertad, el gorro frigio, la pala y el arado, el báculo, la cruz y la espada.

Es sorprendente ver cómo la reunión de todos estos objetos cerámicos, nos transporta a cada etapa de la evolución, y nos hace ser testigos de los diversos actos del drama sangriento. Creemos presenciar los días de entusiasmo y de esperanza, y sin pensarlo, nos encontramos en medio de aquellas orgías de sangre, de aquella prolongada noche sin crepúsculos. Pero al fin contemplamos los rayos benéficos de la nueva aurora, que con ellos ha venido la paz y las bendiciones de Dios sobre los despojos de las víctimas.

Y ¿qué hay de extraño en que la cerámica haya consignado en el tiesto el recuerdo de tantos hechos, si a su turno, la escultura, la pintura, la poesía y la música hicieron igualmente cortejo a la revolución, desde sus primeros días? Sin la contribución del arte y su influjo civilizador, la

revolución francesa carecería de la aureola que realza las grandes causas; aureola a la cual contribuyen la poesía popular, hija de la inspiración y de la patria; la estrofa cantada, hija del entusiasmo y del deber que electriza, inflama y precipita a los hombres en pos de la gloria; la escultura, la pintura, la cerámica, que trasmiten al mármol, al bronce, al lienzo y a la arcilla el recuerdo de las tempestades humanas, en la eterna lucha de lo que ella tiene de divino, la conciencia, la libertad contra la tiranía, contra la usurpación y la fuerza, contra la anarquía y el crimen.

En la revolución venezolana que tuvo su punto de partida el 19 de abril de 1810, el arte apareció al instante con canciones que se hicieron populares, y con elegías en que se celebraba la gloria de los primeros mártires; pero lo que dió un carácter único a la revolución fue la poesía popular, las endechas llaneras, las tonadas patrióticas, inspiración del momento, tan llenas de novedad y de gracia, en los días en que los contendientes luchaban con ardor en la dilatada pampa venezolana.

Existe una fuerza misteriosa que parece guiar los sucesos en todos y cada uno de los cataclismos políticos que tienen por objetivo la emancipación de un pueblo, cualesquiera que sean la latitud y la época. Las primeras ideas que se asoman sobre el horizonte son las mismas en todas partes, unos mismos los gritos, semejantes los propósitos: es la libertad que cuando alienta, acerca las inteligencias, funde los corazones y hace de cada hombre un baluarte y de cada pueblo un poder. Cuando la revolución venezolana hace al mundo su declaración el 5 de julio de 1811, ella aparece llevando en el Sello de armas, creado por Miranda,

la mujer indígena, la nueva Palas, que altanera lleva por arma su carcaj y su arco, trayendo en una mano la rama de laurel y en la otra la pica coronada por el gorro de la libertad. Este era el primer grito de la revolución, y con este escudo elocuente y sintético continúa, vence, sufre, lucha, atraviesa por los campos *de la guerra a muerte;* y cuando, después de cruentos reveses, vislumbra el iris de la victoria, cambia de librea y aparece de nuevo, no con el gorro frigio, sino con los emblemas de la riqueza americana: el Orinoco, el Magdalena, los Andes, y al pie de éstos el cetro roto y los símbolos de la libertad: el cóndor en las alturas, el caballo en la pampa: todo coronado por las tres estrellas, las tres naciones que constituían la República de Colombia. Un lema inmortal realzaba este escudo de armas: *ser libre o morir.* Era el mismo que había brillado sobre las torres ensangrentadas de la Bastilla, cuando el pueblo de París derribó este baluarte de la esclavitud; el mismo lema que brilló sobre la copa del árbol de la libertad al lado del gorro frigio, y cuyo recuerdo conmemoran hoy los platos de la fábrica de Nevers.

Constituida Colombia, la revolución toma nueva librea, abandona el escudo de armas que había coronado su triunfo, para aceptar los haces colombinos unidos a las dos cornucopias que derraman flores y frutos. Debía seguir y alcanzar nuevos triunfos sobre el dorso del planeta. ¿Cuál es el lema que adopta? —*Viva Bolívar, muerte a los tiranos.* Es el grito de guerra a muerte que se escucha de nuevo, porque es necesario independizar el resto del Continente. Este lema de *Viva Bolívar, muerte a los tiranos* es imitación de aquel de la revolución francesa:

"Ah! ça ira,
Les aristocrates a la lanterne!"
. . . . . .

grito de desesperación y de muerte, que acompañó hasta el fin a la revolución francesa y más tarde a las legiones de Colombia hasta las nevadas cimas del Cuzco y del Potosí.

Ça ira, ça ira que equivale en español a *así es, así será, así debe suceder:* era la frase favorita de Franklin, en sus conversaciones y discusiones familiares, durante la época en que permaneció en París, como Ministro de los Estados Unidos de la América del Norte, *ça ira* es una de tantas frases que corresponden a la labor del pensamiento y sintetizan un propósito anticipado. Lo mismo puede decirse de la frase favorita de Bolívar, *Por supuesto,* durante sus campañas en la pampa venezolana. *Por supuesto* equivalía a *así es, así sucederá,* etc., etc. De aquí el sobre nombre que los llaneros le pusieron al Libertador, llamándole, *El tío por supuesto.* Ambas frases corresponden a la inglesa *all right* que equivale a *está bien, está corriente, así es.*

La música de *ça ira* fué tomada según nos dice Champfleury, de una canción favorita de María Antonieta. En los primeros tiempos la canción fué inspirada por el entusiasmo del pueblo en la gran fiesta del 14 de julio de 1799; mas poco a poco la canción fue tomando creces hasta que se convirtió en canto de venganza y de muerte. Fue de esta manera, agrega el cronista, cómo tres pequeñas sílabas consagradas por un gran ciudadano, recorrieron la Europa.

Como complemento a estas frases de Franklin recordemos el siguiente escándalo. Franklin, este sabio apóstol de la libertad, fue tan venerado

por la sociedad francesa, al comenzar la revolución, que sus numerosos amigos encargaron, a uno de los más célebres escultores de la época, cinco medallones diferentes, donde el busto del filósofo estuviese circundado de la siguiente y expresiva leyenda: *Eripuit cælo fulmen sceptrumque tyrannis.* Luis XVI, que presenciaba tan notable entusiasmo en su derredor, sin ser partícipe, solicitó un ceramista a quien le encargó *cierto vaso,* que tuviese en el fondo igual medalla con retrato e inscripción, el cual fué remitido a la condesa Diane donde era festejado el gran patricio.—"Insultar a Franklin, agrega Champfleury, era insultar a la nación que lo había acogido con tanto entusiasmo. La nación se vengó."

Así son las pasiones humanas; pero del fondo de todos los cataclismos surge la justicia de origen divino. El *ça ira* de Franklin cantado por un pueblo desbordado, acompañó a María Antonieta al cadalso, y en este mismo murió Luis XVI. Ni su nombre, ni su memoria valen un bledo en la historia de la humanidad, mientras que sobre la tumba de Franklin han leído y leerán todas las generaciones este epitafio: *Eripuit cælo fulmen Sceptrumque tyrannis.* En vida se lo dedicó la Libertad: en la muerte la Justicia.

Cuando años después abandonó el hispano la porción Sud del Continente, desaparecieron los lemas amenazantes, hijos del ardor de la lucha, para ser sustituidos por expansiones hijas del triunfo y de la razón.

En la transformación política de la América del Norte no figuró, como en la revolución francesa, el arte cerámico, ni antes ni después de la lucha. No así el arte escultural que, con raras ex-

cepciones, descolló al sellarse la paz en 1783. Desde esta fecha datan las mil medallas fundidas en la América del Norte, en conmemoración de Washington y de los hechos de la magna guerra.... El genio de la ciencia, de las industrias y del comercio, sobresale más en la República de Washington que las bellas artes. Esta hija heredera de las antiguas civilizaciones no ha establecido todavía sus reales en las regiones del Nuevo Mundo que apenas cuentan cuatro centurias de existencia. (1)

En la revolución que dió nacimento a la República de Colombia, y más tarde a las del Perú y Bolivia, el arte cerámico apareció festejando los triunfos de Bolívar y de sus conmilitones, desde los primeros días de la República. De pronto no puede comprenderse este hecho, cuando en los diversos países que constituyeron a Colombia, no existe sino el plato indígena, la *mucura* y utensilios de cocina de que se sirven todavía los descendientes de los primitivos Caribes, Chibchas y Quechuas; y cuando hoy mismo la cerámica científica no ha podido aún instalarse. Dos causas nos parece que contribuyeron a ello: la Legión Británica en primer término, que desde 1817, se unió al ejército patriota y comenzó a prestar su contingente en la pampa venezolana y después en los Andes de Boyacá, en Carabobo, Santa Marta, etc., etc., y en segundo término, la industria inglesa, que, aprovechándose de la creación de Colombia,

(1) Al celebrarse la primera centuria de la revolución Norte Americana, de 1786, nos llamó la atención que los objetos del arte cerámico, que figuraron en la Exposición de Filadelfia, como platos, tazas, floreros, etc., que tienen el retrato de Washington y el sello de armas de la gran república, han sido fabricados en Inglaterra. Esto quiere decir que todavía el arte cerámico, muy en su cuna en la patria de Washington, no puede festejar con sus productos las glorias de la América del Norte.

fundó en esta región su comercio hasta entonces clandestino, por la rémora que le opusiera el gobierno de España. Esto explica el por qué los objetos de cerámica inglesa son más abundantes que los de la cerámica francesa, distinguiéndose los primeros que consisten en platos, pocillos y jarras de diversos tamaños, la nacionalidad originaria, desde el momento en que los lemas que los acompañan están escritos en español inglesado.

Dos fábricas célebres, desde el siglo último, la de Spode y la de Davenport, surtieron desde 1822 y 1823 los mercados de Venezuela y de Nueva Granada. Estudiemos estos diversos objetos que conmemoran las glorias de la primera Colombia.

1º Platos y objetos diversos de la fábrica de Spode con dibujos azules, entre los cuales figura el sello de armas que sustituyó al de Miranda, y del cual hemos hablado. Estos platos llevan por lema: *Ser libre o morir.* Todavía se encuentra en Caracas una que otra muestra de esta loza.

2º Platos y objetos de la fábrica de Davenport, dibujos encarnados, entre los cuales sobresale el sello de Colombia que acompañó a Bolívar hasta Bolivia, y tienen por lema: *Viva Bolívar, muerte a los tiranos.* De esta loza es muy difícil encontrar un ejemplar.

Sin lema, sin marca de fábrica, de loza más ordinaria que las precedentes, con borde azul y sobre fondo blanco, descuella en una pieza que poseemos el sello de Colombia en color azul, acompañado del siguiente letrero: *Viva la República de Colombia.* Esta pieza nos parece que pertenece a la época de 1826.

Los pocillos y jarras cuya fabricación sin duda, fue patrocinada por los oficiales de la Legión

Británica, unos exornados de flores, algunos en relieve con colores chillones, llevan los siguientes lemas:

1º En obsequió de Brión, muerto en 1821: *Valeroso colombianos. Vosotros debeis tener impreso en vuestras memoria para siempre la lamentable pérDida de vuestro Almirante Luis Brión.*

2º En obsequo de Padilla: *Memoria del accion dada en al Ansenal de Cartagena de India Por el valeroso General Padilla Donde fue decidido el 24 june 1821.*

3º En obsequio de Carreño: *Memoria del acción dada en la Sieuiga de Santa Martha por el General Carreno.*

4º En obsequio de Córdoba y Maza: *Memoria del acción dada en Tenerife por los valientes Cordoba y Maza.*

5º En obsequio de Bolívar y Páez: *Memoria del acción dada en el Campo de Carabobo por el Libertador Presidente General Simón Bolívar y el valerozo País donde fue decidido el 24 junio 1821.* (2)

En las jarras que conmemoran la batalla de Carabobo figura el gorro frigio arriba del lema. En la colección de nuestras leyendas históricas figura una titulada: *El gorro frigio,* y en élla hablamos del único Jefe de la Independencia Sudamericana que hizo uso de aquél, el General José Félix Ribas. Lo llevaba puesto donde quiera que tenía que pelear. Decapitado por los es-

(2) Todavía habia otras muestras más en recuerdo de Boyacá y de los Libertadores Anzoátegui, Montilla, etc., etc. Agradeceremos a los que conservan algunas de estas piezas que no figuran en nuestra colección, que nos faciliten copia de los letreros, si no quieren vendérnoslas.

pañoles, después de Urica, sobre su cabeza colocaron el emblema de la Libertad, y así la pusieron primero en una pica levantada en la plaza Bolívar, y después en la jaula que fué colocada en el camino de Caracas a La Guaira. El gorro frigio abrió la guerra de la revolución de Caracas en 1811, y este mismo gorro en el Sello de armas de Miranda, fue estampado en 1819, al anunciar el Gobierno de Angostura a los pueblos de Venezuela, el tratado sobre la regularización de la guerra concluido entre el Libertador Presidente de Colombia y el General en Jefe del ejército español Don Pablo Morillo. El actual Sello de armas de la República Argentina es una reminiscencia de la misma alegoría que brilló en los días de la revolución francesa, en 1790, a saber: dos manos estrechadas que conducen el gorro frigio, exornado de laureles, cuyo dibujo figura en uno de los platos de la revolución.

En un platillo, de dibujos azules de fábrica inglesa, está el retrato de Bolívar, de uniforme; abajo figura el último Sello de Colombia, y arriba en dos cintas se lee: *Simón Bolívar, Libertador Presidente de Columbia.*

En otro plato, con dibujo de varios colores, de fábrica también inglesa, leemos: *República de Colombia para siempre.* Este plato pertenece a la época en que comenzaba la decadencia de Bolívar, y la polémica entre unionistas y separatistas, 1826 a 1828.

Entre los objetos de loza con retratos y letreros, pertenecientes a la cerámica francesa conocemos los siguientes:

1º Un plato de loza blanca y bordes dorados que tiene en el centro el retrato de Bolívar en colores; abajo leemos: *Bolívar.* La obra no es bue-

na, pero parece que conmemora la estatua del Libertador en Bolivia, pues desde aquí fueron traídos a Venezuela los pocos ejemplares que se conservan.

2º Retrato en miniatura de Bolívar, dibujo finamente colorido en un pocillo de tres patas (estilo del primer imperio) de la célebre fábrica de Flamen Fleury. Es una obra de arte. La bandera de Colombia figura en una de las caras, y también en el platillo, donde leemos: *Patria-Honor.* En los últimos años de Colombia un corsario español se puso en esta colección de pocillos, que fué después vendida en las costas de Cartagena. El que conservamos perteneció al General Boguier.

En Bogotá existe una familia que poseía hasta ahora poco, una colección de platos para postres, en los cuales figuran los retratos de los principales campeones de la Independencia colombiana. Conservamos cuatro de aquellos platos que debemos a la cortesía de la señora doña Josefina de O'Leary. En uno leemos bajo del retrato: *Libertador de Colombia,* y en los otros: SUCRE, Héroe en Pichincha.—MONTILLA, Ocupador de Cartagena.—PAEZ, Terror de los españoles. Tienen poco mérito artístico y datan de los últimos años de Colombia.

El Sello de armas de Venezuela emanado de la revolución de 1830, no lo encontramos sino en dos piezas de la cerámica francesa: en una plancha que mide 21 centímetros de largo por 19 de ancho, de la fábrica de Pilivit, hecho en 1863 a 1864, y en un plato del servicio del General Guzmán Blanco salido más tarde de la misma fábrica. Ambas obras son de un mérito sobresaliente.

En una colección que conmemora los hombres y los sucesos de la revolución venezolana, no podía faltar el busto de Washington al lado del Sello de armas de la antigua Colombia.

Hace poco que la excelente familia Sevillano nos regaló un rico florero de porcelana francesa que mide 39 centímetros de altura por 19 de ancho. Es una obra artística de notable belleza, trabajo de porcelana, de estilo griego, graciosamente exornado. En una de las caras, sobre fondo de esmalte azul, figura el escudo de armas de Colombia bellamente dibujado y dorado, y en la otra, sobre fondo claro oscuro sobresale una espléndida miniatura de Washigton, que mide 11 centímetros de altura por 7 de ancho. En la garganta del florero y en la cara donde está Washington, leemos en una faja dorada el siguiente terceto, cuyo autor ignoramos:

"Bien aventurada Patria
Que tales hijos engendras
Que tanta virtud abarcas."

¿Obra tan hábilmente ejecutada es única? No; este florero debió tener un compañero con el mismo terceto y con el Sello de armas de la República de los Estados Unidos de América en una cara y en la otra el retrato del Libertador Bolívar. Tal obra debió ser obsequio mandado desde París por algunos de sus tantos admiradores en esta capital, después de la creación de Colombia, como la Baronesa de Villars, Rocafuerte, José Fernández Madrid, Olmedo, Palacios, etc. La época en que se hizo este presente debió ser en 1826, días en que el célebre Enrique Clay, en un banquete dado por el Gobierno Norteamericano al General Laffayette, festejó a Bolívar llamándole el Was-

hington de la América del Sud; al mismo tiempo que la familia de aquel fundador de libertad agasajaba con espléndida e histórica dádiva al mismo Libertador, por el intermedio de Laffayette.

Domina en este regalo una sola idea: la gloria de las dos Américas, representada por los dos Washington. Por esto aparecen trocados los Sellos de armas de cada República, como para manifestar el lazo que debe unir estas dos porciones del Hemisferio Oceánico; la una en la cual se eleva majestuosa el águila del Norte, la otra en la cual se posa el cóndor de las eternas nieves sobre los volcanes, atalayas del mundo de Colón.

Creemos que Bolívar nunca recibió el presente de los floreros, y que estos corrieron la misma suerte de los pocillos de la fábrica francesa de Fleury. Quizá llegaron juntos a manos del mismo corsario. Lo cierto es que ignoramos cómo llegó aquel a Caracas y cómo ha podido conservarse. El tiempo nos resolverá este enigma.

Hoy, que el indiferentismo ha penetrado en todas las capas sociales, formar una colección de estos tiestos parlantes que tanto nos recuerdan los hechos admirables de nuestra magna lucha, parece necedad; pero día llegará, cuando, dentro de veinte años, se celebre el centenario de la revolución de 1810, que llevó sus banderas triunfantes hasta los inaccesibles nevados del Cuzco y Potosí, en que todos estos objetos tendrán su puesto de honor y serán solicitados. Entonces, un documento inédito, una carta autógrafa, un instrumento de combate, una hoja periódica de los días de la *guerra a muerte,* serán tan solicitados como un plato, un jarro, un lema, un Sello de armas impreso sobre estos tiestos que con afán buscamos.

Y todos tendrán su valor intrínseco, su valor histórico, por los recuerdos que nos traigan de pasadas generaciones, de hechos heroicos que no pueden borrarse de nuestra memoria, porque la sociedad en su evolución progresista, necesita siempre de las lecciones del pasado, representadas en la historia de los siglos.

Cada objeto de arte, cada libro es un testigo admirable que nos dice la verdad, sin agregar ni empobrecer la historia de las generaciones que yacen en la tumba. La humanidad no perece en el movimiento del progreso; una porción de ella se ausenta, otra surge: ambas se complementan. La una crea porque la otra ha dejado la labor del pensamiento: las inscripciones, los monolitos, las pirámides, las esfinges, el papirus, la navegación, la imprenta, el arte desde sus orígenes. La musa de la historia preside las escavaciones del Asia, del Egipto, de Grecia, de Roma, de los pueblos bíblicos, de América. Nada se ha perdido; allí están los trabajos de millones de generaciones, los monumentos que hablan. Todo es elocuente, no sólo la obra del hombre, sino también su cráneo que nos habla de las razas del sér pensador, de la misma manera que los fósiles animales y vegetales son los elocuentes historiadores de las épocas geológicas.

LA ROSA DE DEVON

—

Eran los días de Isabel de Inglaterra, hija de Ana Bolena, época en que el espíritu de aventuras y de viajes hacia las costas del Nuevo Mundo se apoderó de los marinos ingleses, todos listos a cruzar el Atlántico, en pos de aventuras, de riquezas o de tierras con que ensanchar la hermosa conquista de Cabot, al Norte del Continente americano. En aquella época, fines del siglo décimo sexto, surgieron Raleigh y Hawkins, Drake y los temidos filibusteros, que durante un siglo, azotaron las costas españolas del Nuevo Mundo. Un hecho inmortal los estimulaba, la pérdida de la INVENCIBLE ARMADA de Felipe II, destrozada por las olas. Era necesario aprovecharse de este triunfo de la casualidad, para seguir hostilizando a las colonias españolas del Nuevo Mundo, y arruinar a España en todas partes, ya que así lo demandaban las necesidades de la política inglesa y las rivalidades y odios de aquellos tiempos.

Desde 1565, habían comenzado las expediciones de Hawkins contra la isla de María Galante, y contra Cumaná, Burburata y otros puertos de la costa venezolana. En 1576, el mismo Hawkins ataca a Trinidad, Margarita, Curazao y otras islas. En 1593, el pirata Langton, asalta las costas

de Margarita, y después de cinco días de correría, regresa a su nave con abundante cosecha de perlas. Mas no pertenecía solamente a los marinos ingleses el privilegio de azotar nuestras costas: ya en 1567, una expedición de franceses y escoceses había saqueado a la ciudad de Coro, capital de la primitiva provincia de Venezuela, y los holandeses se aprestaban a entrar en esta vía de aventuras, antes que rematara el siglo décimo sexto. Las expediciones inglesas contra las costas de La Guaira no debían comenzar sino desde 1583, antes que se verificaran las incursiones de Raleigh y de Simes, por las aguas del Orinoco, en solicitud de la ciudad de Manoa y de las riquezas de "El Dorado."

Dos célebres marinos, con el nombre de Amyas, son los jefes de las expediciones inglesas contra La Guaira, en el espacio de doce años, 1583 a 1595: Amyas Leigh y Amyas Preston. El puerto inglés de Bideford, en el condado de Devon, era en aquellos días, uno de los principales de Inglaterra, pues de él salieron la mayor parte de las expediciones capitaneadas por Raleigh, Hawkins, Cxenkans, Drake y otros muchos; todos ellos eran hombres de avería, piratas consumados que, alimentados por el odio que entonces existía entre Inglaterra y España, no tenían otra ambición sino la de pillar los pueblos españoles, en las costas del Nuevo Mundo, para en seguida regresar al suelo patrio, repletos de oro y de perlas, después de haber proclamado en todos los mares, las glorias de Inglaterra y las proezas de sus marinos. A este grupo de marinos célebres, pertenecían los hermanos Leigh, descendientes de una de las más antiguas y distinguidas familias de Inglaterra, a mediados del siglo décimo sexto. En el curso del tiempo, dos ramas llegaron a constituir esta fami-

lia: la protestante, a la cual pertenecían los hermanos Francisco y Amyas Leigh; y la católica en la cual se había afiliado un primo de aquéllos, Eustaquio Leigh.

Un moderno novelista inglés, ya célebre por sus obras, el conocido Carlos Kingsley, publicó hace años un libro que lleva por título: "*Westeard-ho!*", ¡al Oeste!! En esta narración, cuyo argumento se conexiona con las aventuras de los filibusteros ingleses de los últimos años de Isabel de Inglaterra, figuran dos marinos de la familia Leigh, de la cual acabamos de hablar. Sin despojar a la historia de lo que esta tiene de verdad, el autor tomó como punto de partida, en el desarrollo de su plan, el puerto de Bideford, y conduciendo sus personajes a las playas del Nuevo Mundo, los hace asistir a las escenas esplendentes de la naturaleza tropical, a la llegada de los hermanos Leigh a las costas de Caracas, los cuales venían en busca de la nueva Elena, de una compatriota robada por un prisionero español en el puerto de Bideford. Es muy curioso ver cómo en esta época se resucitaban dos episodios de la mitología helénica: la expedición de los argonautas en solicitud del Vellocino de Oro, y la expedición de los griegos en reclamo de la bella Elena, rapto que ocasionó la guerra de Troya.

Para que nuestros lectores tengan idea de la llegada de los hermanos Leigh a La Guaira, en 1583, es necesario explicar las razones que motivaron la salida de los aventureros de las costas inglesas.

El Corregidor de Bideford, en el Condado de Devon, tenía una hija llamada Rosa, bella y espléndida mujer. Y eran tanto los atractivos morales y físicos de élla, que bastaba tratarla, para

que quedaran prendados de sus gracias, tanto sus compatriotas, como los extranjeros que visitaban las afortunadas costas de aquella comarca. Entre los enamorados de Rosa, estaban los primos-hermanos Francisco y Eustaquio Leigh, sin que entre ambos pudiera existir rivalidad alguna, puesto que Rosa nunca quiso corresponder al amor de sus apasionados. Si con sus espinas hería con frecuencia a los corazones rendidos, ninguno pudo aspirar los aromas de aquella Rosa de Devon, que era para los armadores de Bideford, y para los expedicionarios de tan célebre época, la estrella confidente de los mares americanos.

Durante aquellos días de 1583, en que se habían roto las hostilidades entre ingleses y españoles, éstos habían desembarcado en las costas de Irlanda, con el objeto de ayudar a los rebeldes de esta isla, que querían independizarse del gobierno inglés. Uno de los guerreros que salió al encuentro de los asaltadores fué Amyas Leigh, quien, después de triunfar de los extranjeros, pudo hacer prisionero al jefe de la expedición española, un oficial llamado don María Magdaleno Guzmán Sotomayor de Soto, tipo esbelto y distinguido, cuyo talento y conversación indicaban un noble origen. Bajo su palabra, mientras que sus amigos en España recogían la suma señalada por su rescate, Sotomayor pasó dos años en el puerto de Bideford. Pero he aquí que la Rosa de Devon halla al fin el corazón con el cual soñara, y Sotomayor la mujer que la fortuna le deparaba como esposa. La protestante había encontrado su nido en el corazón católico del prisionero español. Se amaban, y todo el mundo lo ignoraba; se hablaban y nadie llegó a sospechar que aquellos corazones alimentaban el mismo fuego.

En esto llega el valor del rescate. Sotomayor queda libre, y al mismo tiempo en actitud de seguir para América con el nombramiento de Gobernador de La Guaira, que había recibido de su gobierno.

Entonces se despide de sus numerosos amigos de Bideford y sigue rumbo a las costas de Venezuela. Pero apenas había dejado de verse en el horizonte la nave que lo conducía, cuando se corrió en toda la comarca que la Rosa de Devon con su aya, habían desaparecido.

Aquí comienza la novela, que se abre con una inexactitud, pues La Guaira no existía para la época del suceso, 1583. El puerto de Caracas era entonces Caraballeda; pero como el autor escribió su narración hace como cuarenta años, no tuvo tiempo de investigar, si La Guaira que conocieron los piratas ingleses de 1595, en los días del marino Amyas Preston, existía doce años atrás, en 1583, durante el viaje del marino Amyas Leigh. Por otra parte, aun existiendo, no se conocía entonces el empleo de Gobernador de La Guaira, sino el de Alcalde o Corregidor.

Ya podrá suponerse la sensación que produjera tal suceso, al ser conocido de los moradores del Condado de Devon. La idea de un rapto hecho por un católico en una protestante, y la imposibilidad de que un noble como Sotomayor pudiera casarse con una niña tan sencilla como la Rosa de Devon, hubieron de despertar general indignación. Herido en su orgullo el padre de Rosa, que era hombre adinerado, ofreció costear un buque de guerra, si se presentaba uno que quisiera mandarlo y arrancar su hija del poder del español, para vengar de esta manera la ofensa inferida al orgullo de su raza. Al instante se presentaron

muchos jóvenes, dispuestos a afrontar todos los peligros de una empresa semejante; mas el preferido fue Amyas Leigh, que era ya un marino de nombradía.

Hechos los preparativos, Amyas se lanza al mar acompañado de su hermano Francisco y de varios jóvenes, unos, a quienes arrastraba el amor a la aventura, otros, que dominados por un sentimiento de patriotismo, querían vengar a la bella Rosa. El 15 de noviembre de 1583 hincha sus velas la fragata *Rosa* en las aguas de Bideford, y los cien tripulantes de ésta, después de haber recibido la comunión en la iglesia parroquial del puerto, zarpan en dirección del Nuevo Mundo.

Prolongada es la navegación en aguas del Atlántico, pero al fin los tripulantes de la *Rosa* divisan las costas de Barbada; y como a los marinos de Colón, el grito de *tierra!* los llena de regocijos. Habían dejado atrás las brumas del Norte, y se hallaban en medio de una naturaleza tropical, ataviada de luces y de colores, con un cielo poblado de estrellas, con un océano fosforescente, con brisas que traían a los marinos fatigados el aliento perfumado de la costa. Y cuando avanzó la primera noche en aquellas aguas, contemplaron a la Luna y a Venus, que tachonaban el cielo azul, límpido y sereno, y vieron sobre los montes de la costa, los insectos lucíferos, en su danza nocturna, apacible y misteriosa.

De Barbada siguen los expedicionarios a Borburata, de aquí a Margarita, donde se hicieron de cuantiosa cantidad de perlas. Retroceden entonces y llegan a La Guaira, atravesando, como dice el autor, aquella inmensa bahía que se extiende desde la península de Paria hasta el cabo Codera.

Al pasar éste, se encuentran frente a frente con las cumbres del Avila y de Naiguatá que coronaban un anfiteatro de cimas, y en presencia de tan espléndido panorama, aquellos marinos quedan atónitos.

Antes de llegar a La Guaira, Leigh tropieza con una canoa tripulada de indios guaiqueríes, quienes aconsejaron al jefe de los expedicionarios que no siguiese a aquel puerto, porque lo aguardaban. En efecto, al acercarse a La Guaira, vieron varios buques, entre ellos, uno de guerra, y dos corbetas tripuladas. ¿Quién había denunciado la expedición? El autor de la historia hace aparecer a Eustaquio Leigh, enamorado de Rosa y enemigo de su primo Francisco, quien, sabedor de los preparativos de la expedición se había adelantado para revelar a las autoridades españolas de La Guaira todo lo que se tramaba. Necesitábase para el desarrollo del plan, de un católico entregado a los Jesuitas, que hiciera contraste con los hermanos Francisco y Amyas Leigh, y Eustaquio se presenta en escena al lado de Sotomayor y en la costa venezolana. A poco sábese que Rosa estaba en una casa de campo, cerca de La Guaira, a donde con riesgo llegan los hermanos Leigh. Ellos la ven, le hacen cargos, pero ella se defiende. En esto tropiezan con Eustaquio Leigh, quien les confiesa que Rosa era la esposa de Sotomayor, y que ambos eran felices y vivían contentos. A poco salen guardias, y queda prisionero Francisco Leigh, en tanto que Eustaquio se escapa.

Desde este momento comienza a nublarse la estrella de la Rosa de Devon. Eustaquio siembra la discordia entre los esposos, aprovechándose de la diferencia de religión que profesaban. Amyas tiene que huir de La Guaira al ver la actitud de la

fragata y de las carabelas que salen a atacarle. En el combate, vence, pero queda su buque tan arruinado, que sigue la costa en solicitud de un puerto donde carenarse. Llegan los tripulantes a Higuerote, donde mueren de fiebre algunos de los marinos; pero sabedor Sotomayor de que allí estaban los ingleses, sale a batirlos, y después de un choque en que ambos sufren, el Gobernador se retira.

Amyas resuelve entonces quemar su buque, a ejemplo de Hernán Cortés, y seguir por la costa en busca del grande Orinoco, donde decía la tradición que estaba la ciudad de Manoa. Bajo la sombra de un ceibo gigantesco que había en el puerto de Higuerote, los marineros juran obedecer a su jefe hasta la muerte, servir a Dios, tener misericordia de los indios y llevar todo el botín que cogieran al fondo público. Y arrodillándose bajo el frondoso árbol reciben de manos del Capellán de la expedición la bendición, antes de continuar el viaje.

Entre tanto, comenzaba el triste fin de Rosa y de Francisco Leigh. Caídos en poder de la Inquisición fueron conducidos a Cartagena, y sometidos al tormento, para hacerlos renegar de su fe, fueron quemados juntos en aquel puerto.

En medio de las ficciones del autor, sobresale el hecho histórico de la venida de los hermanos Leigh a las aguas de la costa de Caraballeda y del Collado en 1583, y se habla de la imposibilidad que tuvieron para seguir al través de la cordillera, a la ciudad. Por otra parte, en las "Memorias" del almirante Leigh se habla de la Rosa de Devon, de su partida a las costas de Venezuela, con el prisionero rescatado, Guzmán Sotomayor, lo que revela que casi todo el argumento que con tanta be-

lleza ha desarrollado Kingsley, en su novela, *Al Oeste,* está basado en hechos históricos. [1]

A esta expedición siguió la de Amyas Preston a los mismos lugares, en 1595; expedición que puso el historiador Oviedo y Baños al mando del famoso corsario Francisco Drake. La tal invención del historiador ha sido ya rebatida victoriosamente por nosotros, aunque los copistas hayan continuado aseverando que Caracas fué saqueada en 1595, por el célebre pirata Francisco Drake.

(1) El patronímico de Sotomayor no es desconocido en Venezuela y data desde la época en que fue fundada la ciudad de Coro por Ampies. Aun existe en esta ciudad aquel patronímico.

EL NEGRO I [1]

—

Pedro Camejo, por sobrenombre *El Negro I*, lleva, entre los centauros que acompañaron a Páez en la famosa refriega de las Queseras del Medio, el número 34; mas entre los veinte y un tenientes del grupo, tiene el número 1º El Negro I es, por lo tanto, el primero de los tenientes que figuraron entre los ciento cincuenta héroes de las Queseras, el 2 de abril de 1819. Si este Pedro Camejo no hubiera alcanzado nombre y gloria en diversas ocasiones, antes y después de la fecha indicada, el haber figurado en el admirable grupo, hubiera sido lo suficiente para inmortalizarlo.

El nombre de Pedro Camejo ha desaparecido al hablar del famoso Negro, tema de este cuadro; primero esclavo, después soldado en las filas españolas, más tarde, en las patriotas, hoy celebridad histórica que lleva el título de *El Negro I*. El apodo sustituyó al nombre y se tornó en título de gloria, título único, porque no hubo un Negro II, en las páginas de nuestra magna lucha. Pedro es nombre de pila muy popular y Camejo es patronímico conocido. Si se dice Pedro Camejo, habrá muchos que preguntarán. ¿Y quién es él? Pero cuando se nombre al Negro I la imagen de la pam-

pa venezolana se dibuja en el horizonte, y presenciamos el combate de los hypántropos de Páez. La figura de éste se agigante y vienen a la memoria los nombres de Mucuritas, Mata de la Miel, Yagual, Queseras y Carabobo.

El Negro I pertenece no sólo a la historia, sino también al arte. En el notable trabajo de Arturo Michelena, que representa a Páez y el grupo de las Queseras, en el momento de *volver caras,* el Negro I está admirable. Aparece en el primer término del cuadro, altanero y salvaje, como el corcel que sofrena, con la mano agarrada de la crín del animal. Al oir el grito de mando, el centauro ha obedecido: con la mano izquierda trata de detener al indómito animal, y fija la mirada como para ayudar al oído y obedecer prontamente a la segunda orden. El centauro está al natural, vestido de llanero, con pañuelo en la cabeza, sombrero de paja, los pies descalzos, y apóyase en los estribos con el dedo gordo de cada uno. Su ademán es atento, sonreído, dispuesto a la terrible embestida, al choque sangriento, cuando llegue el momento de esgrimir la poderosa lanza que lleva en la mano derecha.

El Negro I tiene también su bibliografía, pues la musa de la historia y la del canto no se han desdeñado en dedicarle algunas páginas, porque él está en el número de los compañeros del Aquiles venezolano. Páez, Eduardo Blanco, Capella Toledo, Scarpeta y Vergara, Arismendi Brito y otros le han celebrado en prosa y en verso. (1)

---

(1) La bibliografía del Negro I comprende las siguientes obras:

PÁEZ.—Autobiografía. Este autor le dedica cuatro páginas, al hablar de Carabobo, página 575.

BLANCO.—Venezuela heroica. Este le dedica dos páginas, al hablar de Carabobo.

El Negro I y Páez son inseparables. Al contemplar a éste surge aquél; es como un satélite en derredor de su astro. Hay en este Negro militar dos faces: el centauro armado, incansable, invencible, el púgil, el lancero, la tromba impetuosa que todo lo arrastra en el torbellino de la pelea: el hombre humilde, sencillo, tranquilo, chistoso, de lenguaje especial y hasta sensible ante las desgracias ajenas.

¡El Negro I, su historia! Hé aquí un tema inagotable! Gloria para el mortal que supo cambiar un apodo en timbre, en título que resume numerosos servicios dedicados a la noble causa de un pueblo!

Esclavo, aventurero, soldado, sepulturero, tránsfuga, soldado patriota, centauro invencible, soldado mimado de Páez, celebrado por Bolívar, héroe y mártir: tales pueden ser los diversos capítulos de la breve y sublime historia del Negro I, tan digno de los anales americanos, del arte, de la epopeya.

¿Cómo ese bravo se llama?
¿Quién es? Modesto y sencillo,
Ha dado a su raza brillo,
Asociándole su fama.

Nada su valor abate,
Y de su lanza certera
Obra es siempre la primera
Sangre de todo combate;

CAPELLA TOLEDO.—Leyendas históricas. 3 vols. Bogotá, 1883. Este autor le dedica una leyenda intitulada: *La Sombra Negra*, 10 páginas, tomo I, página 170.

SCARPETA y VERGARA.—Diccionario biográfico de los Campeones de la libertad, etc., etc., Bogotá. Estos autores le dedican una página.

ARISMENDI BRITO.—La muerte de un héroe de Páez. Romance publicado como homenaje a Páez en *El Correo de la tarde* de 22 de abril de 1888, en los días en que celebró Caracas la traida de los restos mortales de Páez.

Y de ahí parte el llanero
Que admira tan rara audacia
Cuando, por antonomasia,
Lo llama el NEGRO PRIMERO.

Adora a Páez, y creer
Nadie en el mundo le haría
Que hay hombre de más valía
Ni otro a quien obedecer.

. . . . . .

ARISMENDI BRITO.

Narremos ahora, en vista de la Historia, lo que ésta nos dice acerca de este tipo admirable.

"Cuando yo bajé a Achaguas,—escribe Páez, —después de la acción del Yagual se me presentó este Negro, que mis soldados de Apure me aconsejaron incorporase al ejército, pues les constaba a ellos que era hombre de gran valor y sobre todo muy buena lanza. Su robusta constitución me lo recomendaba mucho, y a poco de hablar con él, advertí que poseía la candidez del hombre en su estado primitivo y uno de esos caracteres simpáticos que se atraen bien pronto el afecto de los que lo tratan. Llamábase Pedro Camejo y había sido esclavo del propietario vecino de Apure, Don Vicente Alfonso, quien le había puesto al servicio del rey porque el carácter del Negro, sobrado celoso de su dignidad, le inspiraba algunos temores.

"Después de la acción de Araure quedó tan disgustado del servicio militar que se fué al Apure, y allí permaneció oculto algún tiempo hasta que vino a presentárseme, como he dicho, después de la función del Yagual.

"Admitíle en mis filas y siempre a mi lado fue para mí, preciosa adquisición. Tales pruebas de valor dió en todos los reñidos encuentros que

tuvimos con el enemigo, que sus mismos compañeros le dieron el título de El Negro Primero. Estos se divertían mucho con él, y sus chistes naturales y observaciones sobre todos los hechos que veía o había presenciado, mantenían la alegría de sus compañeros, que siempre le buscaban para darle materia de conversación.

"Sabiendo que Bolívar debía venir a reunirse conmigo en el Apure,—agrega Páez,—recomendó a todos muy vivamente que no fueran a decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista. Semejante recomendación bastó para que a su llegada le hablaran a Bolívar del Negro, con gran entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiera que él había estado al servicio del rey.

"Así, pues, cuando Bolívar le vió por primera vez, se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor le dijo:

—¿"Pero qué le movió a usted a servir en las filas de nuestros enemigos?

"Miró el Negro a los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después:

—"Señor, la codicia.

—"¿Cómo así? preguntó Bolívar.

—"Yo había notado,—continuó el Negro,—que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada a conseguir tres aperos de plata, uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí. La primera batalla que tuvimos con los patriotas fué la de Araure: ellos tenían

más de mil hombres, como yo se lo decía a mi compadre José Félix: nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me diesen cualquier arma con qué pelear, porque yo estaba seguro de que nosotros ibamos a vencer. Cuando creí que se había acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fuí a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el comandante gritando: "A caballo." ¿Cómo es eso, dije yo, pues no se acabó esta guerra?—Acabarse, nada de eso; venía tanta gente que parecía una zamurada.

—¿"Qué decía usted entonces?—dijo Bolívar.

—"Deseaba que fuéramos a tomar paces. No hubo más remedio que huir, y yo eché a correr en mi mula, pero el maldito animal se me cansó y tuve que coger monte a pié. El día siguiente yo y José Félix fuimos a un hato a ver si nos daban que comer; pero su duefio, cuando supo que yo era de las tropas de Ñaña, (Yañez) me miró con tan malos ojos, que me pareció mejor huir e irme al Apure."

Pero Capella Toledo, en su interesante leyenda histórica intulada *La Sombra Negra*, nos da otro origen, del cual no nos habla Páez. Vamos a contemplar al famoso Negro bajo otra faz, la del hombre supersticioso. Es una serie de incidentes muy interesantes.

"Era Camejo,—escribe Capella Toledo,—un esclavo de Don Vicente Alfonso, rico propietario en el Apure. Por su valor y maestría en el manejo del caballo, como por su vigilancia, discreción y malicia, el amo lo destinó al servicio de las armas, y peleó contra Florencio Palacios en la ac-

ción de Araure. Una circunstancia lo hizo desertar de las filas del rey.

"Después de la batalla, el ejército realista pernoctó en la Villa, y el Jefe español obligó a Camejo a cavar sepulturas para oficiales peninsulares. Camejo reclamó de aquella distinción odiosa, mas en vano: era americano, era negro, era esclavo. Con otros de su misma condición se puso, pues, al trabajo, ya bien entrada la noche.

"Camejo refería después, con infantil candor, sus sustos durante aquellas horas mortales. Jamás había entrado a un cementerio; y sea por los vicios de la educación española, o porque la mansión de la muerte impone de suyo, el negro esclavo sudaba a torrentes, erizado el cabello, espeluznado el cuerpo. El tropezar del pie con una cruz de madera musgosa y movible al buscar apostura para descargar con la azada el golpe en la tierra, el olor nauseabundo, el hundimiento de la barra cuando esperaba hallar resistencia, la pala al chocar con las gruesas arenas y las piedras menudas, aquel hacinamiento a los bordes de la sepultura de barro húmedo, pedazos de madera y humanos despojos, y todo esto iluminado a los rayos moribundos de una luna que se apaga en el horizonte, cuando se oyen a lo lejos el canto monótono del gallo y los aullidos del perro, y cuando un viento tibio a bocanadas nos da en el rostro; pues a fe que en situación semejante fuera de verse a cualquiera de estos hombres despreocupados que se ríen y se burlan de la muerte.

"A la noche siguiente, Camejo tuvo sueños horribles.

"Una procesión de espectros, precedida por una *Sombra negra*, llegaba hasta su lecho y le interrumpía el descanso. Era en vano apartar con

la mano aquella visión importuna; en vano cerrar los ojos y volverse a este, al otro lado: la *Sombra* siempre delante, le abría los párpados, obligándole a fijar la mirada y con sólo tocarlo crispaba sus miembros con las apariencias de la muerte. Quería hablar, pero la voz se ahogaba en su garganta.

"Camejo no pudo evitar que lo amortajaran, que lo encerraran en la caja fatal. Camino del cementerio, la *Sombra,* en esas posas ordinarias en todo entierro mayor, atravesaba por en medio de aquel concurso de espectros, y se llegaba al negro, y le decía al oído:

—"Bien merecido lo tienes, puesto que fuiste a turbar el reposo de los muertos.

"Y seguía la fúnebre procesión, y la *Sombra* volvía y revolvía, y el desdichado Camejo veía cómo cruzaban en tropel ante su vista aquellos despojos humanos que él había removido la noche anterior en el seno de la tierra; cómo se buscaban los huesos y se juntaban; cómo se animaban luego, y cómo de aquellas calaveras con remedos de boca, salían voces de otro mundo que clamaban:

—"¿Qué mal te hice para que fueras a inquietarme?

"¿Por qué no me dejaste dormir?

"¡Maldito seas, negro esclavo!...

Camejo sentía un frío letal, que discurría por todo su sér. Trataba de moverse, de pedir socorro, de volver a otro punto los ojos, pero la *Sombra* le salía al paso para detener cualquiera de sus impulsos.

"Así llegaron a la puerta del cementerio.

"Una luz amarillenta iluminó de pronto aquella necrópolis. Las cruces negras con sus letras y

números blancos, señalaban el derrotero del camino; las bóvedas saltaron en pedazos con lúgubre són; la tierra se esponjó como levadura, y nuevos espectros vinieron silenciosos a formar en calle. Un canto que salía de los osarios daba triste solemnidad a aquella fúnebre escena.

"Camejo reparó en que le tenían destinada una de las fosas que él mismo había abierto en otro tiempo, y trató de incorporarse; mas la *Sombra* paralizó su sensibilidad.

Vió cómo le conducían al borde de ella y que en ella lo botaban; sintió que la tierra buscaba su nivel; que los espectros volvían a sus tumbas, que las cruces las señalaban de nuevo, que cesaba el canto, y que de pronto, bajo el montón de tierra, la *Sombra negra* lo estrechaba contra su seno, murmurándole al oído:

—"Voy a revelarte ahora los secretos de la tumba!

"Camejo se despertó adolorido y con ese malestar de ánimo que sucede siempre a una pesadilla.

"Desde luego, Camejo quedó aterrado con aquel sueño que, dada su condición, tenía que ser para él una revelación del demonio.

"Meditó en la esfera de su inteligencia y a la luz de su superstición, acerca de aquella noche en que había ido a turbar el reposo de los muertos y recibido por ello el castigo merecido; que lo habían obligado, bien es cierto, así como también que obedeció sin voluntad, de donde dedujo que somos nosotros mismos quienes podemos estimar mejor las acciones buenas y malas, y no un déspota o amo. De este raciocinio a la idea de la libertad no hay más que un paso. Camejo, pues, vino convencido a las filas de la Independencia.

—"Comandante! le dijo a Páez después de la acción del Yagual. Yo he peleado contra usted; pero quiero ser libre, quiero pelear ahora por la libertad: recíbame en su gente.

—"Está bien, contestó el héroe con indiferencia. Vé a que te alisten en el escuadrón Guías, y escoge lanza y caballo.

—"Pongo una sola condición, observó el Negro.

—"Vamos, despacha pronto, ¿qué quieres?

—"Que el día en que asaltemos alguna ciudad o pueblo, no me destinen al ataque del cementerio, ni a defenderlo si somos atacados en él; y que si me matan, no me entierren en Campo-Santo.

"Los llaneros son creyentes, y Páez, disgustado, reparó en el Negro con torvo ceño. Sin embargo, para concluir le dijo:

—"Concedido.

—"Camejo lanzó su sombrero al aire y gritó lleno de alborozo:

—"Viva la libertad!....

"Después, la historia reza sus hazañas. Vino Pedraza, El Mamón, Barinas, Churrera, San Juan de Payara, Coplé, Misión de Abajo, Oriosa, Sombrero, San Fernando, Biruaca, Ortiz, Rincón de los Toros, Cojedes, Guayabal, Cañafístolo, Gamarra, Queseras del Medio, Sacra Familia, La Cruz!.....

"La Cruz fue una acción terrible y sangrienta.

"El 22 de julio atacó Páez con 500 caballos, y don Juan Durán, con 350 veteranos del batallón

Barinas, le cerró el paso en todas las boca-calles del pueblo.

"Páez porfió.

"Con aquellas cargas que sólo sus llaneros sabían dar, obligó al enemigo a concentrarse en la plaza y en el cementerio; entonces nuestro héroe dividió sus jinetes en dos grupos y ordenó un ataque general. El atacó por la plaza y el Coronel Urquiola por el cementerio, pero a un mismo tiempo fueron rechazados. Otro ataque, un tercero: todos fueron inútiles.

"El batallón Barinas estaba sin un oficial siquiera: lo que restaba de las compañías era mandado por Sargentos o Cabos. Nuestras mejores lanzas yacían también por el suelo. Urquiola, el Comandante Navarro, el Mayor Gamarra, Gómez, Arraiz, Esteves, Ledesma, Peña, Oliva.... oh! qué carnicería aquélla!

"El *Negro Primero* era el Oficial de mayor graduación que quedaba al frente del segundo pelotón, y recibió orden de atacar. El asalto fue prevenido con un toque de *atención*, aunque siguió el de la señal de *degüello*. Páez, por fin, penetró en la plaza, y por sobre un montón de cadáveres voló con veinte húsares en auxilio del *Negro Primero;* mas éste había ocupado el cementerio, y Páez lo halló con el caballo hundido en tierra hasta las rodillas, rígido sobre la silla, rendida la lanza.

—"Camejo, le dijo, ¿te han herido?

—"No, peor que eso, contestó el Negro.

—"Pero, ¿quién demonios te detiene ahí?

—"*La Sombra negra*.....

"Camejo desobedeció la orden de pernoctar con sus jinetes sobre el campo conquistado, gloria que reclama y disputa siempre todo vencedor, y se retiró a las afueras del pueblo.

"En vano Páez amenazó, rogó: el *Negro Primero* estuvo inflexible.

"Durante el combate, le dijo, era mi deber obedecer. Después del triunfo reclamo la palabra de mi General.

"Páez recordó la palabra dada, y comprendió que no tenía el derecho de insistir.

—"Pero explícame a lo menos ¿cómo es que te bates como un león, y luego te asalta el miedo como a un niño?

—"Porque yo no temo la muerte, sino a los secretos del cementerio. Ah! yo la oí, continuó el *Negro Primero,* animándose. Si mi General supiera!... Al saltar por encima de las tapias, un vapor que brotaba de la tierra principió a tomar forma delante de mí. Yo cargaba y volvía a la carga, y el vapor se iba convirtiendo en una *Sombra negra.* Ya no había enemigos; todos habían perecido en la punta de nuestras lanzas, y entonces la *Sombra* detuvo mi caballo por la brida, lo hundió de patas en la tierra, y acercándose a mi oído, me dijo airada:

—"Temerario!....

"A su voz, sentí mis brazos y piernas rígidas; el frío de la muerte se apoderó de todo mi sér; no hallé voz para llamar a mis jinetes, y mis ojos, como paralizados en sus órbitas, no dejaban de mirar aquella risa satánica que plegaba sus labios y que en sueños otra vez me había aterrado.

—"Temerario! repitió, ¿para qué vienes a turbar la paz del cementerio?

"Y me atraía hacia sí, y se resbalaba conmigo bajo los cascos de mi caballo, y en tocando en el fondo de la fosa me dijo:

—"Voy a revelarte ahora, sí, los misterios de este sitio!....

—"Perdón, perdón! le repuse; la culpa no fué mía!

—"Véte, pues, agregó por último. Van dos veces ya: a la tercera.... no habrá piedad para tí.

"Páez guardó silencio porque no podía comprender aquel desvanecimiento de ideas, y repasó el Apure, con lo cual renunció a las ventajas que había alcanzado en aquella acción sangrienta y desigual".

Amigo de dichos agudos, en un lenguaje *sui géneris*, de los cuales no hacían caso los llaneros y sí los hombres superiores, Bolívar que conocía ya a Camejo, mandaba a buscarle al campamento de Páez, pues le gustaba pasar un rato agradable en conversación con el centauro. En cierta mañana Bolívar le pregunta:

—¿Es cierto que usted mataba las vacas que no le pertenecían, en la época que militó con los españoles?

—Por supuesto, replicó el Negro, y si no, qué comía? En fin vino el mayordomo (así llamaba a Páez) al Apure y nos enseñó lo que era la patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas. (2)

En su *Autobiografía*, Páez, que no podía ocuparse sino en el relato de sus hechos portentosos y actos trascendentales de su vida pública, dejó de narrarnos variados incidentes de la historia de sus compañeros; así es que al Negro I apenas le dedica cuatro páginas después de Carabobo, y esto,

(2) PÁEZ, obra citada.

como incidente necesario, al hablar de la muerte de su fiel Camejo. Pero nosotros trataremos de llenar este vacío dando los pormenores que hemos podido conocer respecto del Negro I, ya de boca de Páez, ya de alguno de sus notables tenientes o de obras publicadas.

El haber celebrado Bolívar las ocurrencias del chistoso teniente de los centauros y el llamarle con frecuencia cerca de su persona para escucharle, motivó el que los compañeros de Camejo celebraran igualmente los triunfos de éste; y refiriéndole a Bolívar cuanto sabían de aquél, le excitaban la curiosidad y proporcionábanle el placer de hacer al Negro I nuevas preguntas, cuyas respuestas siempre causaban hilaridad al Libertador.

En cierta mañana, al presentarse Camejo delante de Bolívar, éste le dice:

—¿Es cierto que usted, para obtener el sí de Bizarra (así se llamaba la hermosa zamba llanera, esposa del Negro I) la amarró a una palma y la fustigó con doscientos azotes?

El Negro, que no aguardaba semejante pregunta, miró a derecha e izquierda, y encontrándose entre la verdad del hecho y la indelicadeza de confesarlo, cruzó los dedos de sus manos, y formando cinco cruces exclamó:

—Por este puño de cruces, mi General, que es mentira cuanto le han dicho respecto de Bizarra.

Este es el juramento falso de los pueblos de Venezuela, con el cual pudo el llanero salvarse de nuevo interrogatorio.

En otra ocasión, después de uno de esos choques inesperados de Páez contra el ejército español, sabe Bolívar que el Negro I se había portado con un valor admirable, y queriendo felicitarle le manda a llamar.

—¿En qué puedo servir a usted, le pregunta Bolívar, en premio de tanta bravura como la que acaba usted de desplegar? Cualquiera diría que que el Negro iba a exigir honores y recompensas, pero no sucedió así.

—Yo no exijo, mi General, sino un poco de tabaco que no existe en el campamento.

Este era un artículo abundante en aquel entonces en los pueblos que tenían los españoles, y escasísimo en los pueblos patriotas.

—Usted lo tendrá dentro de poco, respondió Bolívar acentuando la frase.

Entonces el Libertador, dirigiéndose a un grupo de llaneros que estaba cerca de su persona, pregunta:

—¿Cuál de ustedes se atreve a solicitar un poco de tabaco en campo enemigo.

Se presenta uno y dice que se encarga de tan difícil comisión, y que espera triunfar. Al instante monta a caballo atraviesa el Apure llega a la opuesta orilla y desaparece entre el matorral. Al tercero día regresa al campamento y presenta al Libertador un rollo de tabaco de Barinas.

—Aquí está, mi General, el tabaco que hube en en campo enemigo después de evitar los peligros que me rodeaban.

—Venga el teniente Camejo, exclamó Bolívar. Y al presentarse le dice:

—Está satisfecho su deseo. Aquí tiene usted el tabaco que pidió, recíbalo como recompensa de su bravura. [3]

El Negro I estaba satisfecho de tanta atención, y se jactaba, entre sus compañeros de armas,

(3) Este hecho está consignado en la obra inglesa: *Tres años de residencia en Colombia.*

de haber recibido el premio que había solicitado. Si el *Mayordomo* (Páez), decía, me quiere, yo por él doy hasta la vida; al *Tío Porsupuesto* (Bolívar) puedo acompañarle hasta las Cocuizas, pero en Caracas no me verá jamás. [4]

En una mañana de 1819, atravesaba Páez, acompañado de su estado mayor y una porción de su guardia, cierta región de la pampa apureña, en dirección del Mantecal, cuando a poco andar, tropieza la comitiva con algunos toros matreros. [5]

Páez, que aprovechaba siempre la ocasión que se le presentara para adiestrar en ciertos ejercicios a sus centauros, les dice al ver los toros salvajes.

—Vamos a ver quién es capaz de apeársele a ese toro (señalando uno de ellos).

Desmóntase uno de los oficiales, y con espada en mano avanza sobre el terrible animal. Este se viene sobre el llanero, quien, con mano firme, y evitando la cornada del fornido cuadrúpedo, le atraviesa la cerviz, y el bruto cae. Tal ejercicio, que iba repitiéndose a proporción que caminaban, llamó al fin la atención del Negro I, que exclama:

—Eso es malo, señores, matar al animal de Dios, sin necesidad. Esos animales son necesarios para la cría.

Al escuchar esta sentencia, el Coronel Figueredo, hombre recio y de pocas palabras, contestó:

---

(4) Dejamos de referir uno que otro incidente referente a la vida de este teniente de los centauros, porque ellos figuran en leyendas todavía inéditas, que se conexionan con la historia militar de la pampa venezolana.

(5) *Toro matrero* quiere decir: viejo, peludo, furioso, temible, salvaje.

—Siempre este Negro está predicando humanidad, cuando es el primer agresor en la pelea. A lo que contestó Camejo con calma:

—Yo no ataco a nadie, por gusto.

—¿Y esos españoles que sacrificas en cada encuentro? replicó Figueredo.

—Yo no los mato, contestó el Negro. Ellos *mesmos* se matan. Vienen sobre mí y los recibo con mi lanza y ellos se ensartan. Y agregó:—Ya verán ustedes, señores, que hasta los chigüires van a desaparecer de estas sabanas.

Por una de tantas casualidades, esta profecía tuvo su cumplimiento, en 1832. En esta fecha una epidemia de fiebre maligna diezmó una gran porción de los pueblos de Apure. Tras ella apareció una epizootia, tan cruel que acabó con los peces y caimanes del Apure; luego atacó a los monos de de los bosques, los chigüires de las ciénegas, los caballos de la pampa, etc., etc.

El dicho del Negro I, *hasta los chigüires morirán,* vino a realizarse por completo, a los once años de haber fallecido el profeta.

Cuando en 1819, comenzaron las negociaciones del armisticio propuesto por el Jefe español Morillo al Libertador, varios comisionados españoles fueron enviados a los diversos campamentos del ejército patriota. Estaba Páez en Payara cuando en el mes de agosto se presentó como comisionado de Morillo el Teniente Coronel Jalón: y aunque Páez, al enterarse de los oficios, contestó que él no podía como subalterno entrar en negociaciones, quiso ser cortés y hospitalario con su huésped, a quien invitó para que le acompañase a almorzar.

Uno de los cuidados de Páez fué que el Negro I se presentara bien calzado, pues no le parecía natural que siendo uno de los centauros de su guardia más cercanos a su persona, apareciera con pies descalzos. A duras penas consiguiéronse en Payara medias y zapatos para el indómito centauro. Pero apenas se había sentado el Coronel Jalón al lado de Páez acompañado de los oficiales más distinguidos del estado mayor, cuando el Negro I queriendo hacer gala del desprecio que le inspiraban aquellos objetos de alta civilización, hubo de quitárselos, y llevándolos en una de las manos, cruzó de un extremo a otro de la sala donde tenía efecto el almuerzo. Aquella escena tan grotesca como inesperada motivó prolongada hilaridad, de la cual Páez supo sacar partido para entretener a su huésped acerca de las costumbres del llanero, desgraciado, en la generalidad de los casos, el día en que abandona sus hábitos, su pampa, su caballo, su libertad.

El Negro I tenía un hermano llamado José Paz, natural de Guacharas, catire, de carácter belicoso, epigramático y jovial como buen hijo de la pampa. Cuando Morillo pisó los llanos de Apure, Paz fué uno de los primeros que atacaron al ejército del Pacificador. Sus compañeros le apellidaban el *Mudo*, por su verbosidad inagotable, en armonía con su inclinación a la pendencia, como al baile de *joropo* y a la guasa. Y aunque el Negro I se diferenciaba del hermano por el color de la piel, ambos se trataban con franqueza. Los unía el sentimiento patrio y el valor a toda prueba. De estos hermanos se refiere la siguiente anécdota. (6)

(6) Debemos los datos de esta anécdota a la bondad de nuestro joven amigo, don Delfín Aguilera, que tanto ha estudiado las costumbres llaneras.

En cierta noche, en un baile en Guacharas, baile de *bandola, cuatro* y *maraca,* orquesta popular de llaneros, tuvo el catire Paz un altercado con uno de los músicos, porque en una de las coplas del *bandolista* le endilgaron la siguiente alusión:

"Hay un *mudo* en este baile
Que es zambo tan atrazao
Que parece cuando brinca
Conejo engarrapatao."

Amostazado el catire Paz, hombre de pocas pulgas, contestó con una bravata al impertinente músico. El Negro I que bailaba también, al advertir lo que pasaba, dijo en alto voz:—"Hermano, eso lo arreglaremos ahora; deje que pase *el Son.*" Otro cantor que escuchó esta amenaza improvisó la siguiente cuarteta:

No te dé cuidao hermano,
La verdad han confesao.
Y si son de padre y madre
Ese negrito es robao.

Aludía esta cuarteta a la diversidad de color entre Camejo y Paz. Pero apenas fueron pronunciados tales conceptos cuando el Negro y el catire, dejando sus parejas de baile, se abalanzan sobre los músicos: mas antes de que Paz llegara, el primer bandolista habíase armado con una daga que llevaba al cinto. En este instante el Negro I agarra a éste por el brazo que llevaba la daga, al mismo tiempo que descarga fuerte cabezada sobre el segundo bandolista: ambos músicos rodaron por tierra. Todo esto se efectuaba con la velocidad del pensamiento, pues Camejo era tan hábil en la lucha, como potente por su fuerza muscular. La confusión turba la placidez del baile, y todo el

mundo huye, mientras que Camejo y Paz, contra los dos bandolistas, fuera de la sala del baile, les dieron a éstos durante largo rato, numerosas puñadas, quedando vencedores. Así concluyó este baile en Guacharas, de *bandola, cuatro* y *maracas*, donde se lucieron por su agilidad los hermanos Paz y Camejo.

Paz y Camejo, valientes, esforzados, estaban destinados a morir en dos campos inmortales. El uno que había acompañado a Bolívar en su tramontada de los Andes en 1819, muere en aquella carga famosa de los centauros de Rondón de que habla la historia; al Negro I le esperaba morir en el campo glorioso de Carabobo, dos años más tarde, el 24 de junio de 1821. Cuando en su última carga, aquella en la cual debía morir, siente que bala española ha penetrado en su pecho, noble sentimiento de lealtad le sostiene y le hace retroceder en solicitud de Páez que venía más atrás. Iba a darle el adiós postrero antes de caer exánime.

Escuchemos a Eduardo Blanco cuando nos describe el acto final de la vida de Camejo.

"El caballo que monta aquel intrépido soldado, galopa sin concierto hacia donde se encuentra Páez: pierde en breve la carrera, toma el trote, y después, paso a paso, las riendas sueltas sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece a su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable retirada, Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza a su antiguo émulo en bravura, en cien reñidas lides, le grita amenazándole con un gesto terrible: *Tienes miedo?.... no quedan ya enemigos?.... Vuelve y hazte matar!....* Al oir

aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para abatirse: el segundo, abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luego arroja por tierra la ponderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dormán, y poniendo a descubierto el desnudo pecho donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: *Mi general.... vengo a decirle adiós.... porque estoy muerto.* Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, a tiempo que la nube se rasga y deja ver nuestros llaneros vencedores lanceando por la espalda a los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

"Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y a la cabeza de algunos cuerpos de jinetes que, vencido el atajo, han llegado hasta él, corre a vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo."

Así desapareció este tipo admirable de los tiempos heroicos de Venezuela, este famoso Negro I que llegó a conocer la gratitud, y supo sublimarla con el valor, con la constancia, con el sacrificio.

LA PRIMERA NODRIZA DE BOLIVAR

—

A fines del último siglo, por los años de 1770 a 1780, figuraba entre los altos empleados de Caracas un distinguido e ilustrado oficial, Don Fernando de Miyares, de antigua nobleza española e hijo de Cuba. De ascenso en ascenso, Miyares llegó al grado de General, siendo para comienzos del siglo, Gobernador de Maracaibo, y aún más tarde en 1812, Gobernador y Capitán General de Venezuela, aunque por causas independientes de su voluntad, no pudo tomar posesión de tan elevado empleo, muriendo poco después, antes de la emancipación de Venezuela, en la isla de Puerto Rico. Don Fernando había llegado a Caracas trayendo a su joven esposa, Doña Inés Mancebo de Miyares, de noble familia de Cuba, muchacha espléndida, poseedora de un carácter tan recto y lleno de gracia que, al tratarla, cautivaba, no sólo por los encantos de su persona sino también por las relevantes prendas morales y sociales que constituian en ella tesoro inagotable. No menos meritorio era su marido, caballero pundonoroso, apuesto oficial, de modales insinuantes y de un talento cultivado; bellas dotes que hacían de Miyares el tipo del militar distinguido. Don Fernando poseía, como su señora, un carácter recto, incapaz

de engaño, no conociendo en su trato y en el cumplimiento de sus deberes, sino la línea recta, pudiendo decirse de esta bella pareja que caminaban juntos en la vía del deber, sin que les fuera permitido desviarse. Y en prueba de esta aseveración refieren las antiguas crónicas el percance que a Don Fernando pasó, en dos ocasiones, por la rectitud de su esposa.

Fue el caso que Miyares, en la época a que nos referimos, después de haber fijado la hora de las diez de la noche, para cerrar su casa, regresó a ella en cierta ocasión después de las once; ya la puerta estaba cerrada. Al instante llama, y como nadie le responde, vuelve a golpear con el puño de su bastón.

—¿Quién llama? pregunta una persona desde la sala.

—Inés, ábreme, es Miyares, responde Don Fernando.

—¿Quién es el insolente que se atreve a nombrarme y tutearme, y a tomar en su boca el nombre de mi esposo? Fernando de Miyares duerme tranquilo, y nunca se recoge a deshora. Y retirándose a su dormitorio, Inés de Miyares, tranquila y digna, se acostaba, sin darse cuenta de los repetidos golpes que sobre el portón diera su marido.

Después de haber dormido en la casa de algún militar, Miyares tornaba al siguiente día a su hogar. Al encontrarse con Inés, el saludo cordial era una necesidad de aquellos dos corazones que se amaban y respetaban.

—¿Cómo estás, mi Inés? preguntaba Don Fernando.

—¿Cómo estás, Fernando- contestaba aquella. Y ambos, dándose el ósculo de la paz doméstica, continuaban, sin darse por entendidos, sin hacer-

se cargos de ningún género, y como si hubieran estado juntos toda la noche.

Doce o quince días más tarde, pues que los buenos maridos son como los niños de dulce índole, que no reinciden, después de la primera nalgada que les afloja la madre, sino algunos días más tarde, Don Fernando quiso tornar a las andadas.

Don Fernando había dicho en cierta ocasión, delante de su servicio, lo siguiente: mi esposa Doña Inés Mancebo de Miyares es el alma de esta casa y sus órdenes tienen que ser obedecidas como las mías. Olvidándose de esto, Don Fernando, en cierta tarde, ordena a su esclavo Valentín que le aguardara en la puerta de la calle, pues tendría quizá que recogerse tarde.

A las diez y media de la noche, Inés manda cerrar la puerta de la calle, cuando se le presenta el esclavo Valentín y le dice la orden que había recibido de su amo. Por toda contestación Inés le ordena, cerrar inmediatamente la puerta de la casa.

Al llegar Don Fernando, tropieza con la puerta cerrada, y creyendo que el esclavo estaba en el zaguán, comienza a golpearla.

—Valentín, Valentín, ábreme—grita Don Fernando.

—¿Quién es el insolente que da golpes en el portón?—pregunta Inés desde la sala.

—Abreme, Inés, ábreme, no seas tonta. Es tu marido Fernando de Miyares.

—Mi marido duerme, insolente—responde Inés—y retirándose a su dormitorio se entrega al sueño, cerrando los oídos a toda llamada. Don Fernando partió.

Al siguiente día, se repite la misma escena precedente, y todo continúa sin novedad. Así pasaban las semanas cuando Don Fernando le dice a su esposa cierta mañana.—Inés, eres una esposa admirable, el método que te guía en todas las cosas domésticas, el orden que observas, la atención que prestas a nuestros intereses, la maestría con que cultivas las relaciones sociales, éstas y otras virtudes hacen de tí una esposa ejemplar. Debo confesarte que estoy orgulloso y contento.

Y variando de conversación, añade Don Fernando:—¿sabes que mañana estoy invitado por el Intendente Avalos a un desafío de malilla? El Intendente creyéndome hábil en este juego desea que luchemos. Como llegaré tarde de la noche tengo el gusto de advertiírtelo para que sepas que estaré fuera.

—Bien responde Inés. — Quedará la puerta abierta y el esclavo Valentín en el corredor para que atienda a tu llamado. Celebraré siempre que me adviertas cuando tengas que recogerte tarde de la noche, pues ya en dos ocasiones no sé que tunante atrevido ha osado llamar a la puerta, tomando tu nombre. Todavía más, tomando el mío y tuteándome. Estaba resuelta si esto continuaba a quejarme al Capitán Gobernador para hacer castigar tanto desparpajo.

—Cosas de los hombres, hija—contesta Don Fernando—y besando la frente de su señora salió a sus quehaceres.

La familia Miyares vivía, cerca de la esquina de San Jacinto, en la casa hoy Nº 15 de la calle Este 2. A la vuelta y en la calle Sur 1 vivía el Coronel Don Juan Vicente de Bolívar casado con la señora Concepción Sojo y Palacios. [1] Amigas íntimas, habían de verse diariamente, pues entre

ellas existían atracciones que sostenían el cariño y la más fina cortesía. Inés criaba uno de sus hijos, cuando Concepción en vísperas de tener su tercero, pidió a su amiga que la acompañara y le hiciera las entrañas al párvulo que viniera al mundo.

Hacer las entrañas a alguno es frase familiar antigua que equivale a nutrir a un reciennacido, cuando la madre se encuentra imposibilitada de hacerlo. Antiguamente se aceptaba esto por lujo, entre familias de alto rango, y entre los pobres, como necesidad. Casi siempre se elegía de antemano una madre que en condiciones propicias pudiera alimentar no sólo a su hijo sino también al del vecino, del amigo, o del pariente.

Concepción quiso que su amiga Inés, hiciera las entrañas al hijo que esperaba, y este nació el 24 de Julio de 1783. Apenas vió la luz, cuando Inés le llevó a su seno y comenzó a amamantarle, —sirviéndole de nodriza por muchos meses, hasta que el niño pudo ser entregado a la esclava Matea. (11) Días después del nacimiento, el párvulo fué bautizado con los siguientes nombres: Simón de la Santísima Trinidad Bolívar.

En el curso de los años, el niño Simón, familiarizado con la amiga de su madre, hubo de tomarle cariño, cuando supo que ella había sido su primera nodriza, lo que contribuyó a que la llamara madre. El Coronel Bolívar murió en 1786 y su señora en 1792, dejando a Simón de nueve años de edad. El niño, aunque travieso y desobediente, continuó, no obstante, llamando madre y tratando con veneración y respeto a la que con tan buena voluntad le había alimentado durante los primeros meses de la vida. Fue por lo tanto, Doña Inés Mancebo de Miyares, la primera no-

driza de Bolívar, a la que sucedió la negra Matea que obtuvo cierta celebridad y alcanzó larga vida, pues murió en 1886, habiendo el Gobierno de Venezuela costeado su entierro. (1)

Ascendido Miyares a Gobernador de Maracaibo, dejó a Caracas y se instaló con su familia en aquella capital, con regocijo de sus compañeros. (2) Amado de los habitantes de esta región por su gobierno paternal y justo, estaba Miyares en posesión de su empleo, cuando reventó en Caracas la revolución del 19 de Abril de 1810. Empleado español, opúsose al torrente de las nuevas ideas, sabiendo sostenerse en la provincia de su mando, la cual no entró en el movimiento revolucionario de Caracas. Nombrado más tarde Capitán general de Venezuela, a causa de la deportación del mariscal Emparan, una serie de la obstáculos se opusieron a que llegara a tomar posesión de tan elevado encargo, sobre todo, la invasión inoportuna del oficial español Monteverde en 1812. Estaba destinado Miyares a ser víctima de este triste mandatario, que de otra manera, otros habrían sido los resultados al figurar en Caracas un militar de los quilates de Miyares.

---

(1) Una de mis leyendas inéditas lleva el título de *La Negra Matea.*

(2) No puede hablarse del general Miyares sin recordar su gobierno de Maracaibo, tan patriarcal, tan justo, tan progresista. Han pasado cerca de noventa años, y todavía el nombre de este mandatario español lo recuerdan los hijos de Maracaibo con placer y orgullo. Noble destino el de hacer el bien y dejar tras sí bendiciones que se perpetúan! El buen nombre del general Miyares, que respetaron los hombres notables de las pasadas generaciones, sin distinción de partidos, brillará siempre a orillas del dilatado Coquibacoa. Mora aquí un pueblo inteligente, amante de lo grande y de lo bello, que al hacer justicia a sus grandes hombres, rinde igualmente veneración a los mandatarios españoles que contribuyeron a su grandeza y a su dicha.

Inútiles fueron los esfuerzos que hiciera este legítimo mandatario español de Venezuela en 1812, para traer a buen camino a Monteverde, que prefirió perderse a ser justo y amante de su patria.

En la correspondencia oficial que medió entre estos hombres públicos, se establece el paralelo: Miyares aparece como un militar pundonoroso, cabal y digno, Monteverde como un hombre voluntario, cruel y cobarde.

El triunfo de la revolución de Venezuela contra Monteverde en 1813, encontró a Miyares en Maracaibo. La guerra a muerte comenzaba entonces y con ella las confiscaciones y secuestros de las propiedades pertenecientes a los peninsulares. Entre las haciendas confiscadas en la provincia de Barinas, estaba la que pertenecía a la familia Miyares. Doña Inés juzgó que era llegado el momento en que pudiera recordar a Bolívar la amistad que le había unido a su madre y la aprovechó para pedirle que le devolviesen la hacienda de Boconó, que estaba secuestrada. No se hizo aguardar la contestación de Bolívar, y en carta escrita al coronel J. A. Pulido, Gobernador de Barinas, entre otras cosas le dice: "Cuanto U. haga en favor de esta señora, corresponde a la gratitud que un corazón como el mío sabe guardar a la que me alimentó como madre. Fue ella la que en mis primeros meses me arrulló en su seno. ¡Qué más recomienda que ésta para el que sabe amar y agradecer como yo!—BOLÍVAR."

Al acto fue libertada la propiedad de Barinas, y hasta patrocinada, pues la orden de Bolívar tenía tal carácter, que para un hombre como el coronel Pulido era gala complementarla.

Perdida de nuevo la revolución, tuvo Bolívar que huir de Caracas, en Agosto de 1814, para que de nuevo la ocuparan las huestes españolas, a las órdenes de Boves. Entre tanto el general Miyares, después de haber estado en Maracaibo, Coro y Puerto Cabello, partió para Puerto Rico, donde feneció por los años de 1816 a 1817, después de haber celebrado sus bodas de oro. No pudo este militar tan distinguido llegar a la Gobernación de Venezuela, pero sí la obtuvo su hijo político el Brigadier Correa, militar recto y caballeroso, que si como español supo cumplir con sus deberes, supo igualmente dejar un nombre respetado y recuerdos gratos de su gobernación, que han reconocido sus enemigos políticos. (III)

Era la tertulia del Brigadier Correa, en la cual figuraba la incomparable viuda Doña Inés Mancebo de Miyares al lado de sus hijas y sobrinas, centro de muy buena sociedad. Esto pasaba en los días en que la guerra a muerte parecía extinguirse, y los ánimos menos candentes dejaban lugar a la reflexión. Una solución final se acercaba, y Morillo, victorioso, era llamado de España. La parte distinguida de la oficialidad española, Morillo y La Torre a la cabeza, frecuentaba la amena tertulia del Brigadier, donde era venerada la viuda de Miyares. (3)

---

(3) Esta casa es la de alto situada en la esquina de Camejo, donde estuvieron primero los patriotas en 1813, después los españoles, y finalmente el Gobierno de Venezuela desde 1834 hasta 1841.

Vive en Caracas una anciana muy respetable que revela en sus modales, conversación variada y ameno trato, lo que ella fué en los días de su juventud, cuando ahora setenta y cinco años, conoció a Miranda y a los hombres de la revolución de 1810, y trató más tarde a Morillo, La Torre, Correa, y después a Bolívar y las celebridades de Colombia y de Venezuela. Es Doña Inés Arévalo, descendiente de aquel Luis Antonio Sánchez Arévalo, de antigua familia española, que se enlazó en Caracas a mediados del último si-

No había noche de tertulia, y sobre todo, cuando la "Gaceta de Caracas" publicaba alguna derrota de Bolívar o de sus tenientes, en que no fuera la política militante tema de conversación. El haber Doña Inés amamantado a Bolívar o haberle hecho las entrañas, como se dice vulgarmente, era motivo de burla o de sorpresa.—¿Cómo es posible, señora, que una mujer de tantos quilates no le diera a ese monstruo una sola virtud?—Sedicioso, cobarde, ruin, ambicioso, insurgente; hé aquí la lista de dicterios que tenía que escuchar Doña Inés con frecuencia.

Pero como era mujer de espíritu elevado, a todos contestaba.—"Para obras el tiempo", decía a unos.—"Hay méritos que vienen con la vejez", contestaba a otros.—"¿Y si las cosas cambian?" preguntaba en cierta noche a Morillo.—"En las revoluciones nada puede preverse de antemano",

---

glo, con la espectable familia Hernández Sanavria. Fué el padre de Inés el Dr. Don Juan Vicente Sánchez Arévalo, Oidor honorario de la Audiencia de Caracas y caballero que respetaron los partidos políticos de su época.

Cuando queremos refrescar algunas fechas, aclarar algunos nombres, buscar la verdad de hechos dudosos, durante la época de 1812 a 1824, visitamos a esta distinguida compatriota y amiga nuestra, la cual nos deleita con el relato de hechos curiosos, de dichos notables, y nos habla de aquella sociedad española y venezolana en la cual figuró en primera escala. Inés conserva la memoria, a pesar de haber ya pasado de ochenta y seis años.

Retirada del mundo social, y dedicada solamente al amor de sus sobrinos, después de haber visto desaparecer cinco generaciones, Inés ha perdido esa vanidad que alimenta o entretiene los primeros cincuenta años de la existencia, y ama el aislamiento, aspiración de los espíritus que se acercan a la tumba. Pero como nosotros hablamos en este cuadro de la tertulia del Brigadier Correa donde figuró Doña Inés Mancebo de Miyares, y con ella, la amiga que la ha sobrevivido, nos es satisfactorio decir a nuestros lectores que todavía existe una de las distinguidas venezolanas de aquella época: venerable anciana que es honra de su familia y modelo de virtudes sociales y domésticas.

Reciba nuestra amiga públicamente los sentimientos de nuestra gratitud.

añadía.—"El fiel de la balanza se cambia con frecuencia en la guerra."—"El éxito corona el triunfo."

De repente llega a Caracas el correo de España con órdenes terminantes a Morillo, Marqués de la Puerta, Conde de Cartagena, para que propusiera a Bolívar un armisticio, y regresara a España, dejando en su lugar al general La Torre. Tal noticia cayó en la tertulia del Brigadier como una bomba, pues sabíase que Bolívar acababa de llegar a Angostura, después de haber vencido a Barreiro y libertado del yugo español a Nueva Granada. El aspecto de los acontecimientos iba a cambiar de frente y nueva época se vislumbraba para Venezuela.

En la noche en que se supo esta noticia en la tertulia del Brigadier, las conversaciones tomaron otro rumbo. Bolívar no apareció con los epítetos de costumbre, sino como un militar afortunado con quien iba a departir el jefe de la expedición de 1815. Días después Bolívar y Morillo hablaban amigablemente en el pueblecito de Santana. Bolívar se presenta acompañado de pocos, mientras que Morillo lo estaba de lucido estado mayor. Cuando se acercaron, ambos echaron pié a tierra. —"El cielo es testigo de la buena fe con la cual abrazo al general Morillo"—dijo Bolívar al encontrarse frente de su temido adversario.—"Dios se lo pague"—contestó secamente el español, dejándose abrazar. A poco comenzaron las presentaciones por ambas partes, reinando la intimidad y buena fe que caracteriza entre hombres cultos, un acontecimiento de este género.

Entre los diversos temas de conversación que tuvieron Bolívar y Morillo, éste hubo de traer al primero recuerdos gratos.

—En Caracas tuve el gusto de conocer y tratar a vuestra bondadosa madre en la casa del Brigadier Correa—le dice.

—Mi madre, exclamó Bolívar, como sorprendido de semejante recuerdo, y llevando la mano a la frente añadió:—Sí, sí, mi madre Inés ¿no es verdad? Qué mujer! qué matrona tan digna y noble! cuánto talento y cuánta gracia!—añadió el Libertador.

—¿No os parece una de las más elevadas matronas de Caracas?

—Sí, sí, contestó Bolívar. Más que elevada es un angel, añadió. Ella me nutrió en los primeros meses de mi existencia.

—Si es cierto—dijo Morillo—que las madres al nutrir a sus hijos, les comunican algo de su carácter, en el vuestro debe haber obrado el de tan digna matrona.

—No sé que contestaros—replicó Bolívar.—En medo de estas agitaciones de mi vida, ignoro lo que me aguarda; pero creo que el hombre debe más al medio en que se desarrolla, al curso de los acontecimientos y a la índole del carácter, que a la nutrición de la madre. Estas influyen mucho en los primeros años de nuestra vida. Después, pierden el poderío y la influencia, conservando el amor modificado.

Doce años más tarde, en 1821, Bolívar entraba triunfante en Caracas, después de Carabobo. Hacía ocho años que no la veía. Entre sus necesidades morales figuraba la de hacer una visita a Inés de Miyares que había dejado la casa de su yerno, en la esquina de Camejo, por una casita modesta y pobre situada en la actual Avenida Este. Allí fué Bolívar a visitarla.

—Simón! Eres tú!...—exclamó Inés al ver a Bolívar en la puerta interior del zaguán.

—Madre querida, vengan esos brazos donde tantas veces dormí—exclamó Bolívar.

Y aquellos dos seres en estrecho abrazo, permanecieron juntos prolongado rato.

—Siéntate—dijo Inés enternecida—cuán quemado te encuentro!—añadió.

—Este es el resultado de la vida de los campamentos y de la lucha contra la naturaleza y los hombres—contestó Bolívar.

—Y ¿qué te importa—replicó Inés—si tú has sabido sacar partido de todo?

—Sí, parece que la gloria quiere sonreirme.

Bolívar había comenzado a hablar de los últimos sucesos de su vida militar, cuando de repente, toma las manos de la señora, las estrecha y le dice:

—Os he recordado mucho, buena madre. Morillo me hizo vuestro elogio en términos que me cautivaron. ¿En qué puedo seros útil!

—Los bienes de Correa están secuestrados!

—Serán devueltos hoy mismo—dijo Bolívar. Vuestro yerno es un oficial que honra las armas españolas. Nos ha combatido como militar pundonoroso. Os ofrezco un pasaporte para todos vuestros hijos, agregó Bolívar. Es necesario que ellos figuren con nosotros.

—Eso nó, hijo, eso nó—exclamó doña Inés—como herida. Todo te lo acepto menos eso. Ellos pertenecen a una causa por la cual deben aceptar hasta el sacrificio. Mucho te agradezco este rasgo de tu bondad, pero creo que cada hombre tiene una causa, la causa de la patria. Ellos son españoles y su puesto está en España.

—Muy bien, muy bien—contestó Bolívar.—Así habla la mujer de inteligencia y de corazón.

Al siguiente día Bolívar libraba del secuestro los bienes del Brigadier Correa.

Ignoramos si cuando Bolívar estuvo por la última vez en Caracas, en 1827, visitó a su madre doña Inés. Es muy natural suponer que así lo hiciera, pues ya en la edad avanzada en que estaba ésta, con sus hijos ausentes y sin fortuna, las atenciones y la gratitud son como rocío del cielo en el hogar silencioso y digno de la pobreza.

Doña Inés no sobrevivió a Bolívar sino en tres años, pues murió en 1833.

Cuando alguno de los descendientes del general Don Fernando de Miyares, escucha a alguien que hace gala de poseer algún recuerdo del Libertador o de agradecer algún servicio hecho por éste, hay siempre una frase que ahoga toda pretensión, y es la siguiente: *"Quite usted, que en mi familia fue donde se le hicieron a Bolívar las entrañas"*, queriendo decir con esto, que la primera nodriza de Bolívar fue la esposa de aquel notable militar, Doña Inés Mancebo de Miyares, noble hija de Cuba.

ARAMENDI

—

De los llaneros de Páez, de aquellos hombres ágiles, fornidos, hercúleos, siempre dispuestos al combate personal y a la pelea en el campo de batalla, para quienes no había fuerza de la naturaleza que se opusiera a sus ardores bélicos, de aquellos hombres semejantes a los dioses-bestias, los antiguos hipántropos, escaladores del Olimpo, puede decirse que no había entre ellos que escoger. Tan valeroso y hábil aparecía Aramendi, como Carmona, Rondón, Mina, Paredes, y como estos, Mujica, Infante, Figueredo, Camejo, Angulo, etc., etc., que cada uno de ellos y todos parece que habían sido fundidos en un mismo molde, formado del bronce de los héroes. Sólo uno, a quien todos reconocían como Jefe, descollaba, cual nuevo Centauro, en medio de estos adalides que hubieran podido rivalizar con los héroes de la antigua Grecia.

No hay pluma que pueda describir esta legión mandada por Páez. Era la tromba, el alud, el rayo eléctrico, fuerzas de la naturaleza en su desorden vertiginoso obedeciendo a una sola voluntad. Para descollar entre ellos, Páez había tenido que vencer a cada uno y a todos en conjunto, apareciendo sublime, ya en la defensa personal contra el jaguar

y el caimán, ya luchando contra el toro indómito, ora salvando el río desbordado, soportando el hambre y la inclemencia del clima, ora venciendo cuerpo a cuerpo a sus rivales, ya descollando en el manejo del corcel y de la lanza, ya finalmente con la astucia, con la inteligencia, con los hechos fabulosos que relata la historia de este portentoso hombre.

Semejante figura tenía que ser el ideal de sus tropas, siempre dispuestas a obedecerle sin titubear, cualquiera que fuese el peligro. Y si por una de tantas flaquezas del corazón humano, en un momento de duda, aquella falanje retrocedía ante fuerzas superiores, un grito del Jefe bastaba para que los fugitivos cambiando de dirección, tornaran a la pelea y aparecieran entusiastas, valerosos, invencibles.

Entre los centauros de Páez figuraba Francisco Aramendi, que llegó al grado de Coronel, después de haber conquistado brillante hoja de servicios. Pelea en Chire, Mata de la Miel, Yagual, Achaguas, Banco Largo, Santa Catalina, Barinas, Pedraza, Calabozo, Queseras del Medio y en mil acciones más al lado de Páez. Cuando llega la trasmontada de los Andes en 1819, acompaña a Bolívar en Paya, Bonza, Gámeza, Vargas y Boyacá, para después sobresalir en Carabobo, siempre valeroso, siempre afortunado.

Páez y Aramendi comenzaron casi en una misma época en las guerrillas de la pampa venezolana; pero Páez por sus méritos llegó a ser Jefe, mientras que Aramendi se quedó como subalterno. Era Aramendi un hombre alto, bien formado, de fuerzas hercúleas, de carácter altivo y dominante, el primero en la pelea, y más que todo, decidido por la causa republicana que había aceptado con entusiasmo.

Para conocer el temple de este oficial de Páez, basta referir el siguiente hecho que es la fotografía del hombre de carácter, de audacia y de resolución. En uno de tantos encuentros que tuvo Páez con las tropas de López, de Calzada, de La Torre, de Morales y de Morillo, sufrió Aramendi la desgracia de ser sorprendido en las filas enemigas. Por supuesto que a un hombre tan valeroso, conocido y admirado de los españoles, no podían estos sacrificar, sino tratar de atraerle por cuantos medios pudieran ponerse en juego. Esto mismo sucedía con los hombres de valor que caían prisioneros en las filas patriotas; y Páez refiere en su "Autobiografía", cómo hizo para que el venezolano Peña, decidido realista, se convirtiera en terrible defensor de la causa americana.—Sólo militares como Monteverde, Morales y Boves sacrificaban a los prisioneros, dignos de general admiración.

En el campo español, Aramendi fue agasajado con promesas si aceptaba la causa del Rey; pero como el llanero era hombre astuto, hacía concebir tales esperanzas, agregando que era obra del tiempo y que de ninguna manera podía hacerlo inmediatamente, porque ellos mismos le verían con desprecio. Este modo de raciocinar Aramendi le conquistó la amistad de los españoles, quienes le regalaron un hermoso caballo y un sable de filo cortante, pues le querían como jefe y no como lancero.

Llegó al fin el día de la prueba, en que Aramendi debía, según los españoles, aceptar el siguiente dilema: o destrozaba a sus compañeros y amigos y se afiliaba en la causa del Rey, o resolvía pasarse a los patriotas, y , en este caso, iba a ser víctima de aquellos. En una de las ocasiones en

que de antemano se anunciaba uno de esos encuentros terribles entre los lanceros de Páez y los peninsulares, Aramendi fue colocado en la primera fila, entre dos oficiales que montaban buenos caballos y manejaban buenos sables. Bien comprendió el prisionero que aquellos hombres iban a sacrificarle si no atacaba como ellos deseaban, a los lanceros de Páez. En vista del peligro, Aramendi concibe su plan, y al divisarse los ejércitos, los dos bandos se precipitan uno contra otro. Al grito del jefe español "¡adelante!" Aramendi grita igualmente, "¡adelante, compañeros, adelante!"... Ya van a chocarse los combatientes, cuando gritando a toda voz "¡adelante!" y con velocidad increíble, Aramendi derriba de un sablazo la cabeza de uno de los oficiales e instantáneamente la del otro, y grita: "¡Viva América libre!" en el momento en que los suyos gritaban también: "¡Aramendi, Aramendi!" y se confundían en la pelea. Voltear gurupa y caer Aramendi sobre los lanceros españoles, derribando cabezas e infundiendo el espanto, fue obra de momentos. Así pudo el célebre llanero salvarse de un sacrificio al cual estaba de antemano destinado. Al llegar al campamento es felicitado por sus compañeros, por la manera como se había salvado de las garras del tigre, según la frase de Páez.

Todos estos guerreros estaban ya tan acostumbrados a estos episodios variados y repetidos, que juzgaban como hechos muy naturales, luchar contra el toro y el caimán, tomar embarcaciones a caballo y a nado e introducirse en el campo enemigo y salir después de producir espanto y confusión.

Celillos ocultos que con frecuencia se trasparentaban, abrigaba Aramendi contra Páez. Es siempre la superioridad una fuerza de tal presti-

gio, que si la mayoría de los hombres la acepta y la admira, es para la minoría una pesadilla constante. De aquí esas rivalidades ocultas que estallan cuando menos se las aguarda. Aramendi se manifestaba reacio a obedecer las órdenes de Páez, en tanto que los otros oficiales de igual graduación, servían con espontaneidad y placer. Necesitaba por lo tanto aquél una o más leccioncillas de su jefe que le amellaran el carácter altivo y voluntarioso; y Páez que venía estudiando a su subalterno hacía tiempo, velaba el momento oportuno en que debía domar a su inconsciente rival.

En cierta mañana, cuya época y sitio no podemos fijar, pues los beligerantes cambiaban con frecuencia de localidad, juzgó Páez que había llegado el momento. Preséntase Aramendi en el campamento estrenando una camisa de fuerte cotonía, de la cual hacían mucho uso los llaneros, en tanto que Páez tenía una muy galana y fina de la tela que se conocía entonces con el nombre de purciano. En una lucha personal, Páez se hubiera salvado de su contendor porque su camisa sin resistencia, no ofrecía apoyo a la mano que la asiera, mientras que la de Aramendi, de tela tramada, podía ser agarrada y ayudar a su contrario a sacudirle y echarle por tierra.

—Salgamos a la sabana—dice Páez a Aramendi,—tengo necesidad de tus servicios.

Y ambos bien montados y acompañados de tres ayudantes caminaron largo trecho. Páez conociendo el carácter del oficial que tenía a su izquierda, dobla la pierna derecha sobre la cabeza de la silla como en disposición de desmontarse sin dificultad en un momento dado.

—Te necesito, Aramendi—dice Páez—lleva este oficio a su dirección, sin pérdida de tiempo, pues es urgente.

—Yo no llevo oficio de ninguna especie.

—¿Cómo que no llevas oficio? Inmediatamente te pones en marcha para estar de regreso dentro de cuatro horas.

—No obedezco; no voy a ninguna parte—contesta Aramendi.

Y Páez, dejándose caer del caballo, agarra a Aramendi por la pechera, le derriba y le imposibilita todo movimento. Y sacando su daga para amagar a su contendor, le dice:

—Voy a matarte, insubordinado.

¿Y qué supone el lector que contestó el valiente llanero?

—Máteme—contestó Aramendi—con la mayor sangre fría.

Al instante Páez se pone de pie, guarda la daga, y reculando hacia atrás, le dice a Aramendi que se había erguido al verse libre de los hercúleos brazos de Páez.

—¿Cómo matarte? Nó, nó; los hombres de tu temple, de tu valor, de tus servicios, no se sacrifica así. Venga esa mano—agrega Páez—dirigiéndose hacia su contendor.

Aramendi le extiende la mano, ambos se juntan.

—Obedezco, mi Jefe—dice Aramendi—iré adonde me habéis indicado. Podéis darme la vida que quiero; yo sabré emplearla.

Aramendi sigue a desempeñar su encargo, acompañado de un ayudante, en tanto que Páez regresa al campamento.

Pero si esta primera lección había sido elocuente, pues Páez había probado a su contendor que podía vencerle con la fuerza, Aramendi, a po-

co andar, gruñía a solas, indicando que aún necesitaba de otra.

En efecto, llegó el momento de recibirla. Un día, antes de la célebre batalla del Yagual, en el camino que media entre este sitio y Bancolargo, marchaba aquel ejército de llaneros, infantes, emigrados, militares de todas las graduaciones, abogados, clérigos, médicos, hombres notables arrojados por la suerte de la guerra al campamento de Páez y entre los cuales descollaban como militares y jefes de la infantería Urdaneta, Santander y Serviez.

Páez había puesto al frente de la retaguardia a Aramendi que venía en esa mañana algo pesado y bamboleante. Cuando Aramendi estaba excitado por alguna gota de licor, se hacía impertinente, amenazante y todo el mundo le temía. Viendo Páez que la marcha se retardaba, envió dos o más edecanes cerca de Aramendi para que apurase el paso; pero el jefe de la retaguardia se contentó con dirigirles algunas chuscadas.

En esto se presenta Páez y apremia a Aramendi a acelerar el paso.

—Que marcha ni marcha—contesta el llanero.—Yo ando como me acomoda y los otros que anden como quieran. Yo a nadie temo. Soy hombre para todos, y soy también hombre para usted, señor General. Y al acabar la última frase, echa pié a tierra, como en son de atacar a Páez.

Este se desmonta, avanza sobre el atlético llanero, le mete una zancadilla y le arroja a distancia. Inmediatamente le dice Páez con voz de mando:

—Levántate, monta, y sígueme.

Y Aramendi se levanta, monta su caballo y sigue sin proferir una palabra.

Al siguiente día, tenía efecto la célebre batalla del Yagual.

Pero no por esto se extinguieron en Aramendi los celillos que de vez en cuando se daban a conocer, aunque ya debilitados. La gloria de Páez se agigantaba, después del Yagual. Los antiguos militares y los hombres de la ciencia habían fallado sobre el héroe que había salvado con gloria los restos admirables de las campañas de 1813 y 1814. Los hechos eran más elocuentes que las luchas de los púgiles. Aramendi iba a ser vencido con un acto de generosidad.

Recordarán nuestros lectores aquel diálogo que tuvieron Bolívar y Páez, cuando éste promete al primero que tomaría con sus lanceros las flecheras españolas ancladas en el río Apure. [1] Ha llegado el momento en que Páez, escogiendo cincuenta de sus centauros y a la cabeza de éstos Aramendi, va a dar cima a una empresa desconocida. Ya las monturas han rodado por tierra sin que los jinetes hayan tenido que apearse de los caballos y sólo se aguarda la orden de Páez, cuando éste dice a sus compañeros: — "Debemos apoderarnos de esas flecheras o morir. Sigan a su *Tío*". [2]—Al instante salen del monte jinetes y caballos y se lanzan al río y nadan en dirección de la escuadrilla española.

Al ver la velocidad con la cual Páez se lanza al agua, Bolívar, que desde la orilla asistía a todos los preparativos de la empresa, sin poder darse cuenta de si era realidad o sueño lo que pasaba, exclama, dirigiéndose a Páez:—"Usted es un loco, usted es un loco".—Y abriendo los ojos y fijando

(1) Véase "Autobiografía de Páez", vol. 1º, pág. 145.
(2) Nombre que daban los llaneros a Páez.

toda su atención observa cómo los llaneros llevaban las lanzas en la boca, nadaban con un brazo, mientras que con la mano que sostenía la rienda, acariciaban los cuellos de los corceles, animándolos a vencer la corriente, al mismo tiempo que, según el relato de un escritor inglés testigo de este suceso, ahuyentaban con gritos la muchedumbre de caimanes que poblaban las aguas. Bolívar escucha el disparo de los cañones españoles, ve levantarse las espirales de humo y dispersarse los marinos de la escuadrilla, en el momento en que los centauros conducidos por Páez, desde el anca de los caballos, brincan a bordo de las flecheras. Antes de llegar, Aramendi que seguía a Páez, dice a éste, en el momento de acercarse a la primera embarcación:

—Mi General, si usted pone la mano sobre la flechera, primero que yo, se la corto.

—A tí te pertenece esta gloria—contesta Páez.—Ninguno más meritorio que tú.

Y Aramendi parándose sobre el anca de su caballo, se agarra del borde de la flechera y brinca. El capricho de Aramendi estaba satisfecho. Bien podía concedérselo quien era el autor de aquel pensamiento que al realizarse, deja atónito a Bolívar y causó espanto a Morillo.

¡Inexcrutables destinos del mundo! Este hombre que había alcanzado tanta gloria, que había figurado en tantos choques y batallas; este hombre que se hubiera sacrificado por Venezuela y por Páez, a quien había acompañado por todas partes, fué villanamente asesinado en el pueblo de Guasdualito en 1822.

Dormía Aramendi acompañado de su esposa, en una hamaca colgada en el corredor exterior de la casa, cuando en oscura noche llegan los asesi-

nos que iban a sacrificarle. Acércanse a la hamaca, pero viendo que el llanero tenía al lado a su señora, cortan uno de los hilos de aquella, y la pareja cae en tierra. Aramendi que comprende al instante lo que pasa, se levanta como un león, y sin tiempo para defenderse, porque los asesinos le acribillan y le circundan, siente que le falta el brazo derecho que ha quedado colgando, al sablazo de uno de los conjurados. Haciendo entonces uso de la otra mano, logra coger por el pescuezo a otro de los conjurados y le extrangula, en tanto que los restantes acaban de asesinar al atlético llanero que cae exánime.

Así murió aquel corazón de hierro, aquel célebre adalid de los centauros de Páez, que había salido trunfante de los más crudos lances, y había sabido esculpir su nombre en los anales de la patria colombiana.

RENOVACION MILAGROSA DE UNA PINTURA

—

¡Cómo se trasparentan los milagros y se disputan los orígenes de las vírgenes americanas a proporción que cada pueblo, en posesión de un retablo o de una escultura, rinde a estos constante culto! De las tres secciones de la América española que sintetizaron en remotos días la civilización indígena, cada una de ellas proporcionó a los conquistadores alguna virgen milagrosa. Pertenece a los mejicanos Nuestra Señora de *La Guadalupe*, y a los neo-gradinos la de *Chiquinquirá*, en tanto que los peruanos vieron surgir a la de *Copacabana* de las orillas del hermoso Titicaca. [1] Al través de los años y de las revoluciones, el culto a estas vírgenes de la conquista española en América, se conserva, y todas ellas tienen sus templos y cofradías al par que sus panegiristas y biógrafos. La historia de éllas ha proporcionado tres libros que se conservan en todas las bibliotecas antiguas y son consultados todavía por curiosos y devotos modernos.

Estas tres obras, según su antigüedad, son:

ANDRÉS DE S. NICOLÁS (P. Fray Agustín Descalzo).— Imagen de Nuestra Señora de Copaca-

bana, portento del Nuevo Mundo, ya conocido en Europa.—Madrid, 1 vol. en 8º, 1663.

PEDRO DE TOVAR Y BUENDÍA.—Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la imagen de la Sacratísima Virgen María, Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, que está en el Nuevo Reino de Granada, etc., etc.—Madrid, 1 vol. en 8º, 1735.

FRANCISCO DE FLORENCIA. (De la Compañía de Jesús). — La Estrella del Norte de Méjico, aparecida al rayar el día de la luz evangélica en este Nuevo Mundo, en la cumbre del cerro de Tepeyac, etc., etc. en la historia de la milagrosa imagen de María Santísima de Guadalupe que se apareció en la manta de Juan Diego, etc., etc.—Madrid, 1 vol. en 8º 1741. (11)

Entre los conquistadores del Nuevo Reino de Granada (hoy Nueva Colombia), figuró un tal Antonio de Santana, hombre devoto de la Virgen del Rosario. Encomendero de los pueblitos de Suta (hoy Marchena) y de Chiquinquirá que dista del primero ocho leguas, quiso hacerse de una imagen de la Virgen para el templo que había levantado en Suta, lugar de su residencia; y para realizar su deseo fuese a la ciudad de Tunja y encargó al pintor Alonso de Narváez una imagen del Rosario que tuviese de un lado al Apóstol San Andrés y del otro a San Antonio de Padua, dándole al efecto larga manta de algodón que le sirviera de tela. Concluida la obra y puesta en cuadro, como mejor se pudo, fué colocada en el altar de la capilla y expuesta a la devoción de castellanos e indios.

Como el altar se mojaba cuando llovía, sobre el cuadro corrieron abundantes goteras de agua, lo que contribuyó a que lentamente sufriera la obra y desapareciera en ciertos lugares la pintura. Y a tal grado llegó el deterioro, que obligado se vió el Cura doctrinero de Suta, a recurrir a Santana en solicitud de nueva imagen de la Virgen, puesto que ya la primera no inspiraba devoción alguna. Como no pudiera Santana satisfacer los deseos del Cura, se vió éste en la necesidad de exigir de su padre, Juan Alemán, la imagen del Crucificado pintada en Nueva España, que éste poseía. Exornado de nuevo el altar de Suta con el cuadro del Cristo, dispúsose que el lienzo deteriorado de Nuestra Señora del Rosario fuese remitido a la Capilla del vecino pueblo de Chiquinquirá, nombre éste que en idioma chibcha equivale a *lugar de muchas lluvias y continuas nieves.*

Tenía Antonio de Santana un hermano llamado Pedro, cuya esposa, María Ramos, había permanecido en España, en tanto que Don Pedro buscaba fortuna en Tunja, donde llegó María en 1585 llamada por su marido. Feliz fué la travesía y alegre se preparaba María a encontrarse con su cara mitad, después de prolongada ausencia, cuando al abrazar a Don Pedro no encontró en éste sino un marido indiferente, un corazón frío a las ternuras de la esposa, y cierta fisonomía en la cual había dejado huellas el olvido. Abundante llanto fue el consuelo de María ante tan cruel desengaño; pero lenitivo a éste fué la oración, que es la piedad consuelo y también amor que a Dios dedica el alma dolorida.

En cierta mañana del año de 1585, María, con permiso de su esposo, siguió al pueblo de Chiquinquirá con el objeto de visitar a su pariente Cata-

lina García de Irlos. Devota de la Virgen del Rosario, solicitaba María una imagen de ésta, ante la cual quería orar, cuando al visitar la triste Capilla del pueblo tropieza con un cuadro que yacía en el suelo: era el lienzo de Nuestra Señora del Rosario que de Suta había sido trasportado a Chiquinquirá, donde caído del altar permanecía en tierra, mezclado con la basura de la Capilla. María lo toma, lo examina, quiere descifrar lo que en él figuraba y nada logra: tal era el estado de la pintura hecha en 1532 y borrada en su totalidad en el espacio de cincuenta años. María barre la Capilla, y después de haber orado delante del lienzo, regresa a la casa de Catalina, quien al verla tan contristada, le refiere la historia de la imagen. Desde este momento, María poseída de nuevo entusiasmo, continúa con perseverancia en sus oraciones y visitas al templo en el cual, llena de éxtasis, imploraba de la Madre de Dios la renovación de aquel lienzo, creyendo hallar de esta manera realizadas sus más nobles aspiraciones.

Corrían los días y con ellos las visitas de María, cuando en cierta mañana, el 26 de diciembre de 1586, después de prolongada oración, sale a la calle. Y aún no había llegado a la puerta, cuando tropieza con cierta india cristianizada que traía un niño que llamaba la atención de la madre hacia el interior de la Capilla, diciéndole:—*Madre, mira a la Madre de Dios, que está en el suelo.*—Y observando la india lo que pasaba, vió en efecto que la capilla estaba iluminada y la imagen llena de suaves resplandores.—La india, llena de asombro en vista de tal prodigio, llama la atención de María, que a la sazón salía del Templo, y le dice: "*Mira, mira Señora, que la madre de Dios se ha bajado de su lugar, y está allí en tu asiento parada, y parece que se está quemando.* Vuelve María

Ramos el rostro, refiere la tradición; y ve, que la madre de Dios estaba de la manera que decía la india; y admirada en presencia de tan inesperado portento, llena de asombro y pasmo, dando voces y derramando lágrimas, entra de prisa al lugar donde estaba la milagrosa Imagen, y arrojándose a sus santísimos piés, con mucho temor, fija los ojos en ella y ve cumplidos sus deseos, porque estaba manifiesta la Imagen de la Madre de Dios, con hermosura celestial, y con colores muy vivos y alegres, y con el rostro muy encendido, y rosado, despidiendo de sí grandísimo resplandor, que bañando de luces a los santos que tenía a su lado, llenaba de claridad toda la Capilla, y el alma de María Ramos de celestial consuelo", como agrega el Cronista. "Y derramando lágrimas de alegría y devoción, prorrumpe en estas razones: *Madre de Dios, Señora mía, ¿dónde merezco yo, que os bajéis de vuestro lugar, y estéis en mi asiento parada?*" (1)

A los clamores de María, acude gente a la Capilla, y todos y cada uno de los concurrentes son testigos de la sorprendente renovación del lienzo en el cual hacía cuarenta años que había figurado la Imagen de Nuestra Señora del Rosario.

Desde aquel día comienza la fama de la renombrada imagen de Chiquinquirá, divúlganse los milagros que hace, y acuden a ella enfermos de los sitios más distantes. Peregrinaciones de fieles visitan a la virgen, y a su turno, ésta es conducida en triunfo a las ciudades de Tunja y de Bogotá para salvarlas de las epidemias que las afligían. Brota cerca del templo de Chiquinquirá fuente de agua milagrosa, proporcionan salud los panecillos hechos con barro del templo de María, en tanto

(1) Obra citada.

que mano invisible llena de aceite la lámpara inextinguible que arde delante de la Virgen. Fúndase en Chiquinquirá convento de Predicadores, y la devoción a la Soberana de los cielos pasa los límites del suelo nativo para recibir culto en El Ecuador y El Perú y cruzar el oceano en solicitud del mar gaditano y de las islas Filipinas del archipiélago índico. Ciegos, tullidos, envenenados, náufragos, heridos, cuantos necesitados acuden a la Virgen son otros tantos clarines que pregonan la gloria de la *Rosa Mística* y de la *Casa de Oro* de los Andes de Chiquinquirá.

Al recibir culto a orillas del Magdalena era natural que aquel se propagara por las costas que descubrieron Ojeda y Vespucio y que recuerdan al virtuoso Bastidas; pero sólo la ciudad de Maracaibo estaba destinada a que el milagro de la renovación del cuadro se efectuase por segunda vez, haciendo de esta ciudad el nuevo santuario de la celebrada Virgen de Chiquinquirá.

¿Cómo apareció a orillas del hermoso lago de Coquibacoa el culto a la Virgen andina? La tradición maracaibera, conforme nos la contaron ahora muchos años en la casa número 5 de la calle del *Milagro*, es la siguiente:—Vivía en ésta por los años de 1749 a 1750 una molendera de cacao, cuyo nombre se ignora. En su trabajo estaba en la mañana de un sábado, cuando le llama la atención ligeros golpes que sobre una de las paredes del corredor de la casa, daba un cuadro de pequeñas dimensiones allí colgado. Representaba éste copia de la imagen de Chiquinquirá que poseía la molendera hacía muchos años. Por segunda vez la buena mujer oye los golpes del cuadro y dirige a éste sus miradas; mas viéndolo inmóvil, torna la vista a su trabajo. A poco golpea el cuadro por

tercera vez, y la mujer, ya excitada por la curiosidad, se encamina hacia la imagen de la Virgen. Pero cuánta fué su sorpresa, cuando al acercarse, observa que la vieja y denegrida pintura se ilumina, apareciendo visibles todas las figuras. Al grito de "Milagro" acuden los vecinos, testifican muchos el hecho, comienzan las visitas, establécese la peregrinación, surge el culto a la Virgen de Chiquinquirá, y la pequeña choza es convertida en sitio de adoración. Con ésta comienzan los milagros, acuden los enfermos y necesitados, en tanto que los nuncios de la fama publican por todas partes los prodigios de María, bajo la advocación de la Chiquinquirá.

Pero esta leyenda difiere en algo de la que conservaban escrita los frailes domínicos de Caracas en sus viejos libros que leímos y de los cuales extractó el viajero francés Depons lo que acerca de este suceso figura en su obra. [2] Sábese que la orden de predicadores ha sido desde que apareció la Virgen de Chiquinquirá, la gran panegirista de los portentos de ésta, y la que más ha contribuido a extender el culto y veneración a Nuestra Señora del Rosario.

Refieren los Padres domínicos, que una anciana mulata de Maracaibo, al tomar en cierta mañana, por casualidad o necesidad, el único limpión o toalla que tenía en su casa, notó con sorpresa que en el lienzo se dibujaban ciertos colores; pero mayor fué la emoción cuando al extender el lienzo, vése en este a la imagen de la Virgen de Chiquinquirá. Sin poder darse cuenta de lo que pasaba, la mulata, con los ojos fijos sobre la pintura, observa que los colores se avivan y que el cuadro

(2) Voyage a la partié orientale de la Tèrre-Ferme. 3 vols. París, 1806.

se inunda de brillo deslumbrante. Llama, la pintura vacila en las manos que la sostienen; grita, como queriendo tener testigos de un hecho del cual no podía darse explicación alguna. A las voces de la pobre mujer acuden los vecinos, que quedan absortos en presencia de la luz que baña el cuadro. La admiración, el recogimiento se apodera de todos, brilla la fe en los corazones sencillos y la Virgen comienza a recibir culto y admiración de todas las secciones de la ciudad en derredor de la calle del milagro. A poco, el culto cobra creces, se trasparentan los milagros, y la capital de Maracaibo dirige fervientes votos a Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Tamaño éxito no podía pasar por inadvertido a las autoridades civil y eclesiástica, las cuales comprendieron que era imposible a la imagen recibir culto en el lugar donde se había efectuado el portento, y para remediar tal inconveniente presentóse el Ayuntamiento, en cierto día, en la casa de la mulata anunciándole que la Virgen sería trasladada a la iglesia parroquial. Abundantes corrieron las lágrimas de la buena mujer al ser enterada de la resolución del Ayuntamiento, que no cedió ni a las representaciones, ni a las reiteradas súplicas.

Llegó al fin la tarde en que el clero, las autoridades civiles, el señorío y pueblo de Maracaibo dándose anticipadamente cita, llegaron en procesión a la calle del milagro en solicitud de la Virgen de Chiquinquirá para colocarla en el templo parroquial. Por orden del gobernador, dos caballeros de los más distinguidos de la ciudad tomaron la tela pintada, poniéndose en marcha la procesión. Pero ¡oh prodigio! al llegar la imagen a la primera esquina que debía doblarse, la pintura

adquiere un peso tal que la fuerza humana es impotente para levantarla. Entonces comienzan las súplicas y ofrecimientos de los devotos a la Virgen. Opinaban unos porque esta regresara a la casa donde se había verificado el portento, en tanto que otros señalaban la esquina como sitio que escogía la Soberana para que se le levantara una Capilla. Encontradas parecían las diversas opiniones cuando uno de los concurrentes dijo, que quizá la Virgen no quería ir al templo de la parroquia, es decir, a la iglesia matriz, y sí a la de San Juan de Dios que estaba más cercana. Este parecer fue el que triunfó, porque al instante la imagen se aligera, lo que fue bastante para que continuase la procesión y la llevasen en triunfo al templo mencionado. Desde aquella tarde, Nuestra Señora de Chiquinquirá es no sólo la protectora y ahogada de los moradores de Maracaibo y ciudades que bordan el dilatado lago de Coquibacoa, sino también la Virgen de los marinos zulianos, que la invocan en las noches tempestuosas, para saludarla y bendecirla de nuevo a los rayos del sol naciente.

Como se ve, un mismo origen y semejantes incidentes acompañan a la aparición de esta imagen de Chiquinquirá, tanto en los Andes de Cundinamarca, como a orillas del lago de Coquibacoa, aunque medie entre una y otra renovación de las pinturas el espacio de dos siglos. La leyenda maracaibera tiene cierto carácter local que la realza: no es culto que ha llegado de otros países y se ha impuesto, sino la posesión de un hecho sobrenatural que da a la narración nacionalidad indisputable. El culto a esta Virgen está en la índole de la población maracaibera y en sus viejas tradiciones. El vocablo Chiquinquirá pertenece ya a la topografía zuliana y a la familia, pues el nombre

de Chinca, contracción del de Chiquinquirá, abunda en las mujeres de Maracaibo, desde mediados del último siglo; y a proporción que el culto externo toma creces, y la familia zuliana se desarrolla amparada por la fe, el marino de Coquibacoa no abandona a su estrella confidente que le guía la prora en los mares procelosos. El la contempla como a Nuestra Señora de la Guarda los marinos de la antigua Marsilia, como los de Génova a la Virgen de Monte Alegre, y a la de Monte Negro los que viven en el bello golfo de Tigulio; que cada puerto de los antiguos mares, al derrocar los genios tutelares del paganismo, encontró en la historia del Cristo las nuevas creaciones de la fe cristiana que han continuado en los relatos de la familia. Así el marino zuliano al dejar su hogar, al dirigirse a la Virgen de su devoción, recuerda aquellos versos del poeta Chiabrera, con los cuales invocan los marinos de Savona, desde remotos tiempos, a la Virgen de la Misericordia:

"In mare irato, in subita procella
"Invoco te, nostra benigna Stella".

LA SANTA RELIQUIA DE MARACAIBO

—

El nombre árabe de Gibraltar lo llevan hoy en la superficie de la tierra dos localidades: el Gibraltar europeo, tan celebrado, y el Gibraltar venezolano, pueblo situado en el extremo Sur del lago de Maracaibo.

Para los que conocemos un poco la historia y la geografía antigua del Meditarráneo, el nombre de Gibraltar trae a la memoria los de Calpe y Abyla, esas columnas de Hércules del mundo fenicio, la última Tule por el Oeste de los navegantes antiguos.

Todo en Gibraltar es marcial, desde su nombre, grandiosidad de la naturaleza y tenacidad del hombre. Gibraltar es corrupción del nombre árabe DJEBEL AL TARIK que equivale a MONTAÑA DE TARIK, nombre este del primer general moro que desembarcó en aquellos lugares en 711. En cuanto a su naturaleza, Gibraltar es un peñón de cuatrocientos metros de altura, baluarte de rocas, aborto titánico, cuando en remotas épocas surgieron las montañas hespéricas que luchando con las de Atlas y los Apeninos formaron la cuenca del Mediterráneo, que después debían conquistar las aguas de Atlante. Desde entonces este pasea sus

olas sobre las costas y lame los piés de las montañas, en tanto que las aguas del Mediterráneo, vergonzosas y pesadas, se escapan por debajo y van al Océano, subiendo escalas a manera de salteadores que surgieran de los antros tenebrosos.

Cuando se dice Gibraltar, viene a la memoria no sólo la obra de la naturaleza, sino también la de los hombres, la fortaleza ciclópea erizada de cañones, llena de fosos y de galerías subterráneas, armada a maravilla y custodiada por soldados invisibles.—¡Santo Dios! qué monstruo tan dispuesto siempre a vomitar toneladas de metralla sobre los pobres barquichuelos que atraviesan el famoso estrecho! Hace ciento ochenta y tres años que Albión se ha incrustado en el cuerpo de la madre España, y hasta hoy no ha habido poder humano que haya podido sacar de las carnes de la señora esta garrapata, este pólipo, esta escrecencia que ha resistido a todos los cauterios y disolventes más poderosos. Inútil ha sido la diplomacia e inútil será la sorpresa, porque Gibraltar es campo volante, avanzada donde jamás se duermen los centinelas ni se abandona la boca del cañón. El día en que este volcán de metralla extremezca las aguas del Mediterráneo, será el día de la *última ratio rerum*, es decir, Europa victoriosa contra John Bull. (1)

No puede al pronto comprenderse por qué se le puso el nombre de Gibraltar, que implica las ideas de roca, de montaña, de alturas, de escarpados y abismos, a una costa de Maracaibo, baja, anegadiza y cubierta de bosques. Tal contraste tiene que haber obedecido a causa desconocida. Los castellanos bautizaban las más de las regiones americanas por los recuerdos que les despertaban de las provincias españolas. Así llamaron con el

nombre de Nueva Andalucía, las bellas regiones bañadas por el Magdalena y el Orinoco, con su cielo azul, su vegetación esplendente, sus noches pobladas de estrellas, que hacían recordar las costas andaluzas bañadas por los tibios rayos del Africa. Los mismos recuerdos tuvieron cuando fundaron a Nueva Cádiz, Nueva Córdoba, Mérida, Trujillo, Nueva Segovia, Valencia, etc., etc. Pero si en la mayoría de los casos, el recuerdo de la patria fue la idea dominante, en el nombre de Gibraltar no entró como actor principal sino la guasa de la soldadesca. Es el caso, refiere la tradición, que cuando el conquistador Gonzalo de Piña Lidueña merodeaba a orillas del lago de Maracaibo por los años de 1594 a 95, en persecución de los indios motilones, hubo de pernoctar, en cierto día, en los lugares donde fue fundada la villa de Gibraltar. Los soldados, sin esperarlo, fueron sorprendidos por un eclipse total de luna que les trajo recuerdos gratos del patrio suelo. Todos se extasiaban en la contemplación del fenómeno, cuando uno de ellos, a quien habían despertado, apareció entre sus compañeros y exclamó:—"Este lo ví yo en Gibraltar, cuando estuve de guarnición".—"Cómo!—le interrogaron sus compañeros—cómo es posible que hayas visto este mismo?"—"Sí, sí—exclamaba el palurdo—es el mismo, el mismito". La guasa que se apoderó de la soldadesca contra el ignorante soldado, fue tal, que Piña Lidueña, al fijar el lugar en que debían establecerse para dominar a los motilones, le bautizó con el nombre de *San Antonio de Gibraltar*, en memoria de este suceso y de ser Gibraltar el lugar de su nacimiento.

Posesionados los castellanos de esta localidad comenzaron a edificar casas y templos, a desmontar las costas para fundar haciendas de cacao, y a traer a la villa cuantos recursos podían haberse

de Maracaibo y España. Y a tal grado llegó el entusiasmo de los pobladores, que familias ricas de la nobleza de Maracaibo juzgaron como meritorio fundar haciendas en Gibraltar, introducir esclavos y pasar en la nueva localidad algunos meses del año. La competencia entre las dos villas llegó a su colmo, cuando hubo de concederse a la de Gibraltar más riqueza y comodidades que a la de Maracaibo, y más porvenir por la fertilidad de sus tierras, abundancia de sus cosechas, y las importaciones que hacía para su comercio con los pueblos andinos.

Figuraba en el primer templo de Gibraltar una imagen del Crucificado, la cual era venerada por toda la población. Así corrían los años y con estos la prosperidad de la pajiza ciudad, cuando en cierta noche aparecieron de súbito los indios motilones, quienes habiendo aparentado retirarse de sus tierras en presencia de los conquistadores, se habían fortalecido a ocultas para caer con toda la saña de que eran capaces sobre la indefensa población. En efecto, armados y resueltos, llegan en gran número y acometen al poblado durante la oscuridad de la noche. A tan inesperado suceso, los moradores de Gibraltar, no tuvieron tiempo sino para huir; llegan unos pocos a las piraguas que estaban ancladas en el puerto, mientras que gran número son sacrificados por los feroces motilones. Estos, victoriosos, ponen fuego al caserío, y concluyen por abandonar las ruinas después de haberse embriagado y cometer todo género de desmanes. Así concluyó la primera Gibraltar en 1600, casi en los mismos días en que su fundador Gonzalo de Piña Lidueña, ascendido por sus méritos a la Gobernación de Caracas, moría súbitamente en esta, después de haberse captado el amor de sus moradores.

Entre los objetos escapados de las llamas estaba el Crucijo venerado de los gibralteños. Había sido ennegrecido por el humo, como se le ve hoy en Maracaibo. Refiere la tradición que la cruz fue destruida por el fuego, permaneciendo el Cristo en el aire: que los indios le dieron un flechazo en la mejilla izquierda, el cual produjo un tumor, conocido en el vulgo con el nombre de *macana:* que por mucho tiempo se creyó que este tumor crecía y que fue necesario limarlo, en ciertas ocasiones, para que la imagen pudiera salir en la tarde del jueves santo. Agrega la tradición que, cuando los indios vieron al Cristo en el aire, se llenaron de pavor y huyeron, mientras que otros pidieron perdón. Sea de esto lo que se quiera, el historiador Oviedo y Baños, al hablar de Maracaibo, nos dice: "Venérase en la iglesia parroquial una devota imagen de un milagroso Crucijo, a quien los indios Quiriquires, habiéndose levantado contra los españoles el año de 1600, y saqueado y quemado la ciudad de Gibraltar, en cuya iglesia estaba entonces esta hechura, con sacrílega impiedad hicieron blanco de sus arpones, dándole seis flechazos, cuyas señales se conservan todavía en el santísimo bulto, y es tradición asentada y muy corriente, que teniendo antes esta imagen la cara levantada (por ser de la espiración), como lo comprueba el no tener llaga en el costado, al clavarle una de las flechas que le tiraron sobre la ceja de un ojo, inclinó *la cabeza* sobre el pecho, dejándola en aquella postura hasta el día de hoy". [1]

Al abandonar las ruinas de Gibraltar los pocos de sus moradores que sobrevivieron a tanta

---

(1) Oviedo y Baños.—Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela.—Madrid 1724, 1 vol. en 4º

desgracia, llevaron consigo el Santo Cristo que depositaron en el principal templo de Maracaibo. Pero a poco hubieron de retornar, obligados por la necesidad, con el objeto de levantar a la segunda Gibraltar, que fue reconstruida de una manera tan sólida como duradera. De nuevo apoderóse de los habitantes de esta comarca el espíritu de comercio con los pueblos de la cordillera andina, apareciendo Gibraltar rica, poblada y sin temores respecto de los indios motilones, que no se atrevieron a sorprenderla. En posesión de nuevas riquezas y construida la ermita que iba a servirles de Templo, los gibralteños reclaman el Santo Cristo a los moradores de Maracaibo, quienes se niegan a entregarlo. Guardianes de una efigie que había resistido al fuego y a los instrumentos mortíferos de los indios, se resisten por repetidas ocasiones a la entrega del tesoro piadoso que se les había encomendado, prefiriendo que se les hiciera el reclamo por los tribunales, antes de ver salir la santa reliquia, de la cual no poseían ningún título de propiedad.

Enojosa cuestión iba a ventilarse, y, como en casos semejantes, dos partidos surgieron, reclamando iguales derechos. De un lado aparecían los moradores de Gibraltar, compactos y firmes, acompañados de muchos habitantes de Maracaibo, y del otro, gran porción del pueblo de esta ciudad. Competencia tan absurda, después de engendrar disgustos personales, hubo de atravesar el Atlántico, como todas las que se ventilaban en las diversas capitales de América, en solicitud de una solución real. Según dice la tradición y asegura un escritor de Maracaibo, "los señores del Consejo de Indias remitieron la resolución al mismo Cristo, ordenando que la imagen fuese embarcada cuan-

do soplase el viento hacía Gibraltar, y que el lugar de la costa del lago adonde llegase el divino Pasajero, *sería el dueño* de tan deseado tesoro".

Después de sentencia tan peregrina, los dos partidos, deseando concluir cuestión tan enojosa, quisieron tomar parte en la ceremonia que iba a efectuarse, y la cual consistió en colocar la Santa reliquia en una embarcación, en medio de las aguas, distante de Maracaibo, y dejarla a la ventura, desde el momento en que soplara el viento hacia Gibraltar. Pero como el resultado final no podía conocerse sino después de hechos repetidos, estableciose que debía hacerse el ensayo en tres ocasiones. Dispúsose que ambos partidos en embarcaciones de todo género formando alas separadas, irían tras de la nao conductora del Santo Cristo, y a distancia. En la primera sesión, después que se inflaron todas las velas de la comitiva, en dirección de Gibraltar, condújose al lugar designado de antemano la nave misteriosa, la cual fue entregada al capricho de las olas. Con gracia surca las aguas y es saludada por los vivas de ambos partidos, cuando de repente se detiene frente a la *Punta del chocolate,* de donde no continúa ni con el viento, ni con el remo. Al siguiente día se celebra la segunda sesión y lo mismo acontece. Cuando al tercer día, todo el mundo aguardaba igual resultado, y colócase al Cristo en un cayuco, los ánimos quedan de pronto sorprendidos por un milagro. El Cristo seguía los impulsos del viento, cuando éste cesa, y el cayuco retrocede al puerto de Maracaibo, saludado por los gritos de ambos partidos .De esta manera tan misteriosa como inesperada, pudo la sociedad de Maracaibo entrar

(2) SÁNCHEZ.—Geografía y breve historia de la Sección Zulia, &, &, 1 vol. Caracas 1883.

en posesión completa de la Santa reliquia de Gibraltar.

Gibraltar que había perdido su Cristo a poco de comenzar el siglo décimo séptimo, debía perder su grandeza a fines del mismo siglo. Saqueda fue por el pirata francés El Olonés en 1666 y por el pirata inglés Morgan en 1669.

La primera Gibraltar desapareció bajo el fuego de los motilones; la segunda bajo el saqueo de los filibusteros; la tercera, montón de casas pajizas, sin población, sin riquezas, es una triste reminiscencia de su pasada grandeza. Entre los viejos escombros de piedra y en medio de las espaciosas salas de la nobleza maracaibera, vegetan árboles seculares, mientras que a orillas del lago, graznan las aves acuáticas, y el boa duerme entre las raíces cenagosas de los manglares, al soplo ardiente de temperatura tropical:

Lo que va de ayer a hoy,
Ayer maravilla fuí
Y hoy sombra de mí no soy.

LA LEYENDA DEL MORICHE

—

Los poetas de todos los tiempos, los viajeros que han visitado las fértiles campiñas de nuestro Continente, así como los pintores que han contemplado el paisaje tropical, están de acuerdo en conceder a la palmera el primer rango entre los diversos tipos del reino de Flora. El árbol de la palma ha sido llamado por donde quiera, *el príncipe del reino vegetal,* simbolizando el triunfo de la fuerza y de la belleza. Tal es su porte, tales sus atractivos, que, si el mundo antiguo hubiera conocido los más esbeltos tipos de esta familia, cuya aparición data del descubrimiento de América, de Africa y Oceanía, el arte escultural se hubiera enriquecido con nuevos modelos que aparecerían hoy en las ruinas de pasadas civilizaciones.

El día en que fue descubierto el nuevo mundo, la palma apareció en toda su belleza y majestad. Las islas que saludaron a Colón, el Continente que surgió más tarde, el Africa que acabaron de descubrir los portugueses, las costas que escucharon los cantos de Gama, aparecieron a la mirada del hombre europeo, exhornadas de palmas. Saludaron estas a los nuevos conquistadores, como habían saludado a los primeros y los acompañaron hasta las nevadas cimas de los Andes, después de

haber descubierto las costas, los oasis, los valles, las altiplanicies y las cimas encendidas del dorso del planeta. Complementando el relieve geográfico de este apareció la zona de las palmas ciñendo el ecuador terrestre y vistiendo de verde follaje la fecunda zona que al "sol enamorado circunscribe".

Si fuera posible contemplar desde el espacio semejante anfiteatro de verdura, nada habría más sorprendente que esta zona tórrida bañada por los grandes oceanos, y coronada por las inaccesibles nevadas y los volcanes del planeta. En ella figuran todas las alturas, todos los colores, todos los climas, todas las formas, la gerarquía vegetal y geológica, siempre ascendiendo hasta ocultarse bajo las eternas nieves. Ora es el templo, ora es la gruta, ya el pórtico, ya la columna solitaria: acá el bosque, las palmas apiñadas queriendo extrangular la roca secular de los Andes, allá en lontananza, el oasis con sus palmas solitarias a cuyos pies apaga la sed la caravana, y más allá las hoyas de los grandes ríos, las costas y los archipiélagos que hacen horizonte. Seguid y cavad en uno y otro mundo la tierra, penetrad en las cuencas carboníferas, en estas hallaréis las palmas que acompañaron en su cuna, a los continentes y a los archipiélagos en sus tumbas. En las viejas hulleras reposan ya carbonizadas y fósiles las palmas del mundo primitivo, cuando el hombre estaba muy lejos de aparecer sobre la costra terrestre.

Hé aquí la palma en el reino vegetal y en las entrañas de los continentes, buscadla ahora en la historia y la hallaréis acompañando al hombre desde sus primeros días. La palma es el primer vegetal que presencia el nacimiento de las primeras familias. Los pueblos bíblicos aparecieron en su cuna coronados de dátiles. Recuerda esta pal-

ma a Persia, a Arabia, a Egipto y a las costas del Mediterráneo. Aceptaron los romanos la palma como símbolo y dió esta su nombre a Palmira. No puede hablarse del Lago de Genezaret, de la peregrinación de Jesús y de la entrada de éste a Jerusalem, sin recordar al pueblo que, llevando palmas, saludó al Salvador del mundo. Tamariz llamaron los hebreos a la palma, para recordar así la elegancia, majestad y belleza de aquella mujer del mismo nombre que cautivaba a cuantos la veían; y Jericó fue llamada igualmente la ciudad de las Palmas. El dátil de hoy es bella reminiscencia del de los tiempos bíblicos, cuando la sociedad antigua, desde la hoya del Mediterráneo, comenzó a establecerse y a poblar las regiones de Asia, de Africa, de Europa, y a navegar las costas del mar Indico.

La palma figura en las pagodas del pueblo de Buda, en los archipiélagos asiáticos, cuna de la civilización indostánica. Así, en los más antiguos pueblos de la tierra como en los más modernos, la palma ha presenciado la historia del hombre, desde los pueblos bíblicos hasta la conquista de América, desde los mares de Grecia y de Egipto, de Persia y del Indostán, hasta las columnas de Hércules, desde las costas del Atlántico y del mar Indico, hasta las del dilatado Oceano de Balboa.

La palma dátil tiene su patria; a orillas del Mediterráneo; ella es la palma histórica por excelencia. La palma del coco tiene la suya en los archipiélagos asiáticos de donde ha pasado a todas las costas de la zona tórrida. Representa ella los antiguos pueblos del Asia, cuyos descendientes yacen sumidos en la ignorancia. Simboliza la palma moriche la llegada de Colón a las costas de Paria, las bocas del Orinoco, patria de los Gua-

raunos, el descubrimiento del Continente Americano. No puede comprenderse el oasis en los desiertos de Africa, sin la palma dátil; no puede admirarse la pagoda del malayo sin el cocotero: no puede recordarse la pampa venezolana sin el moriche. A la sombra del moriche vive el hombre, porque el moriche es pan de vida como la llamaron los primeros misioneros castellanos, y a sus pies está el agua potable, la cabaña, la familia.

Refiere Schomburgk que los indios Macousi, en las regiones del Esequibo, creen que el único sér racional que sobrevivió a una inundación general, volvió a poblar la tierra cambiando las piedras en hombres. Este mito, añade Humboldt, fruto de la brillante imaginación de los Macousi y que recuerda a Deucalión y Pirra, se reproduce todavía bajo diferentes formas entre los Tamanacos del Orinoco.

Debemos la tradición de los Tamanacos, sobre la formación del mundo, después del diluvio, a un célebre misionero italiano, el padre Gillii que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que Amalivaca, el padre de los Tamanacos, es decir, el Creador del género humano, llegó en cierto día sobre una canoa, en los momentos de la gran inundación que se llama la *edad de las aguas,* cuando las olas del Océano chocaban en el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada. Cuando les preguntó el misionero a los Tamanacos, cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los indios le contestaron al instante; que todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los es-

pañoles Cuchivero; que desde allí, ambos comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de ésta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra. Amalivaca, viajando en su embarcación grabó las figuras del sol y de la luna sobre la roca pintada *(Tepu-mereme)* que se encuentra cerca de la Encaramada.

En su viaje al Orinoco, Humboldt vió una gran piedra que le mostraron los indios en las llanuras de Maita, la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca.*

La leyenda no queda, empero reducida a esto, según refiere Gillii. Amalivaca tuvo un hermano, *Vochi,* quien le ayudó a dar a la superficie de la tierra su forma actual; y cuentan los tamanacos, que los dos hermanos, en su sistema de perfectibilidad, quisieron desde luego, arreglar el Orinoco de tal manera, que pudiera siempre seguirse el curso de su corriente al descender o al remontar el río. Por este medio esperaban ahorrar a los hombres el uso del remo, al buscar el origen de las aguas, y dar al Orinoco un doble declive; idea que no llegaron a realizar, a pesar de su poder regenerador, por lo cual se vieron entonces obligados a renunciar a semejante problema hidráulico.

Amalivaca tenía además dos hijas de decidido gusto por los viajes; y la tradición refiere, en sentido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarlas en sus deseos de viajar, y poder de esta manera poblar la tierra de los Tamanacos. [1]

(1) Gillii.—Saggio de historia americana.

Después de haber arreglado las cosas en la región anegada del Orinoco, Amalivaca se reembarcó y regresó a la opuesta orilla, al mismo lugar de donde había venido. Los indios no habían visto desde entonces llegar a sus tierras ningún hombre que les diera noticia de su regenerador, sino a los misioneros; e imaginándose que la otra orilla era la Europa, uno de los caciques Tamanacos preguntó inocentemente, al padre Gillii: "Si había visto por allá al gran Amalivaca, el padre de los Tamanacos, que había cubierto las rocas de figuras simbólicas".

No fue Amalivaca una creación mítica sino un hombre histórico; el primer civilizador de Venezuela, cuyo nombre se ha conservado en la memoria de millares de generaciones.

"Estas nociones de un gran cataclismo, dice Humboldt, estos dos entes libertados sobre la cima de una montaña, que llevan tras sí los frutos de la palma moriche, para poblar de nuevo el mundo; esta divinidad nacional, *Amalivaca,* que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes a la naturaleza y obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención. Cuanto se nos refiere en el día, de los Tamanacos y tribus que hablan lenguas análogas a la tamanaca, lo tienen sin duda de otros pueblos que han habitado estas mismas regiones antes que ellos. El nombre de Amalivaca es conocido en un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve a encontrarse como designando al *Padre de los hombres* (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones Caribes, cuyo idioma se parece tanto al tamanaco, como el alemán y el griego, al persa y sánscrito.

Amalivaca no es primitivamente el *Grande espíritu* y el *Viejo del cielo,* ese sér invisible, cuyo cuyo culto nace del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad; sino más bien un personaje de los tiempos heroicos, un hombre extranjero que ha vivido en la tierra de los Tamanacos y Caribes y grabado rasgos simbólicos en las rocas, para en seguida retornar más allá del Océano, a países que había antiguamente habitado. (2)

Ningún pueblo de la tierra presenta a la imaginación del poeta leyenda tan bella: es la expresión sencilla y pintoresca de un pueblo inculto que se encontró poseedor del oasis americano, coronado de palmeras, de majestuosos ríos poblados de selvas seculares, de dilatada, inmensa pampa, imagen del Océano.

La palma moriche no sólo recuerda la existencia de un pueblo que desapareció y nos dejó su nombre y la traza de sus conquistas; sino también a aquellos misioneros que fundaron en la pampa venezolana el cristianismo a fuerza de constancia, de amor y sacrificios. ¡Cómo viven en la memoria de estos pueblos aquellos ministros del Evangelio! En cada uno, palmeras de diferente porte, al mecer sus penachos a los caprichos del viento, parecen túmulos de verde follaje sobre extinguidos osarios. La palma Píritu recuerda a los padres observantes en la tierra cumanagota, en las sabanas que bañan los afluentes del Orinoco. Recuerda la palma Corozo al pueblo Chaima, y a los padres capuchinos, en las fértiles dehesas de Maturín. Chaguarama es el nombre de la palmera que desde las costas cumanesas, cautivó a

(2) HUMBOLDT. Viajes al Orinoco.—ROJAS. Estudios indígenas.

los misioneros catalanes del Guárico: *Oreodoxa* la llaman los botánicos, nombre griego que significa *alegría del monte.* Temiche llaman los guaraúnos, en el Delta del Orinoco, a una de sus bellas palmas; nombre indígena que equivale a *pluma del sol.* Pero ninguna de ellas, con más historia y atractivos que el moriche, la palma histórica de cuyo fruto nació el hombre venezolano; la palma que saludó a las naos de Colón, abrigó a los misioneros, dió alimento al conquistador fatigado y agua al herido que, después del sangriento combate, en los días de la guerra a muerte, sucumbía al pie de los palmares.

Tu tienes también tus palmas, tierra de Coquibacoa. Tu pórtico de verdura que saluda al viajero que visita las aguas de tu dilatado lago, está en "Punta de Palmas", y son tus cocales florones de penachos, cima de esmeralda que circunda tus costas.

Cuando Amalivaca, el creador de la civilización venezolana, al verificarse el último cataclismo geológico que levantara el suelo del Orinoco y se paseó sobre las llanuras dilatadas, para que brotaran hombres del fruto del moriche, ya el ramal andino de Itotos guardaba por el Oeste la tierra de Mara, en tanto que la cuenca de Coquibacoa al llenarse con el agua de sus innúmeros tributarios, se abría paso al mar, después de haberse coronado de palmeras que celebran las glorias de Amalivaca y de su esposa, fundadores de la gran nación caribe-tamanaca.

NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS

—

La época de los filibusteros en la América española, desde 1529 hasta 1717, es una de las páginas inéditas de nuestra historia patria. Durante un siglo se ha creído en Caracas, que esta ciudad fue saquedaa por el corsario Drake, cuando este marino no visitó, en ninguna época, las costas de Venezuela; y a pesar de que, en escritos publicados ahora años, hemos probado esta verdad, y combatido las falsas aseveraciones del historiador Oviedo y Baños, todavía hay quien crea que fue Drake, y no Amyas Preston, el que saqueó a Caracas en 1595.

Son interesantísimos los pormenores de cada una de las invasiones extranjeras a los puertos de Margarita, Guayana, Cumaná, Barcelona, Caracas, Coro y Maracaibo, durante los siglos XVI y XVII. Nada dicen los españoles acerca de esta materia,—que tiempo les faltó para defenderse en todas las islas y costas del continente. Para conocer estas páginas de la historia antigua, es necesario consultar a los cronistas holandeses, franceses e ingleses, en cuyas obras se encuentran todos los datos. Es necesario leer a Labat, Du Tertre, Charlevoix, Oexmelin, Esquemeling, etc., etc. El único cronista español que nos ha dado a

conocer las primeras expediciones a la isla de Margarita, es Castellanos, en sus *Elegías de varones ilustres de Indias.* Poco tienen Herrera y Fray Simón, mientras que Oviedo y Baños no conoció las fuentes verdaderas de la expedición inglesa de 1595.

El Olonés (L'Olonnais) que equivale en español al natural de Olona, pueblecito (Sables d'Olone), a orillas del mar de la Vendea, en Francia, fue el sobrenombre que llevó el célebre filibustero Juan David Nau, nacido por los años de 1630 a 1636. Era aún muy joven, cuando el deseo de venir a la América española, le hizo abandonar el patrio suelo. Tan dispuesto se hallaba a la vida de aventuras y de pillaje, que sin perder tiempo, quiso comenzar la carrera que debía proporcionarle triste celebridad. Después de entrar en ella como subalterno, y corrido con fortuna, llegó por sus hechos a ser jefe, hasta que víctima de un naufragio, en las Costas de Campeche, tuvo la fortuna, diremos, de caer prisionero de los castellanos, joven aún, pues rayaba en los treinta años. Mal herido, después de una defensa de muchas horas, hubo de fingirse por muerto, para lo cual mancha sus vestidos con sangre y se confunde con los cadáveres de sus compañeros. Al retirarse los castellanos, David se levanta, sigue al riachuelo vecino donde se baña, y poniéndose los vestidos de uno de los castellanos muertos en la refriega, se introduce en las cercanías de Campeche, y sin darse a conocer, pónese al habla con unos negros de las haciendas limítrofes. Como hablase el español, con astucia y tino pudo seducir a algunos de los esclavos contra sus amos, y les ofrece la libertad, si en una de las canoas de las cercanías, podían tomarle en sitio determinado, y seguir jun-

tos a la isla de La Tortuga, refugio en aquella época de los filibusteros franceses. Realizada que fue esta estratagema, David cumplió su palabra, dió libertad a los esclavos, y comienzo a nuevas aventuras. Implacable era el espíritu de venganza que le animaba contra los castellanos, que quedan sorprendidos al oir de nuevo el nombre de El Olonés a quien tenían por muerto.

En La Tortuga, David tropieza con uno de sus antiguos compañeros, Miguel Vasco, llamado también Miguel el Vascongado, hombre de avería, muy conocido de los castellanos.

El Olonés y el Vascongado, después de haberse asociado de nuevo, convinieron en ser jefes de una nueva expedición, en la cual el primero mandaría a bordo y el segundo en tierra. No habían fijado el rumbo a donde debían ir en pos de botín, de robos y de asesinatos, cuando se lanzan al mar y la fortuna les favorece. Después de reñido combate de tres horas, se apoderan de una embarcación española, de diez y seis cañones, tripulada por setenta hombres, que tenía a bordo elementos de guerra, doce mil pesos en plata, y provisiones abundantes. El Olonés remite la presa a La Tortuga y hace regresar el barco prisionero, que une a la escuadra. Un hecho casual le indica entonces el rumbo seguro que debía seguir. A bordo de la última presa estaban dos franceses ex-prisioneros de las autoridades de Maracaibo, donde durante algunos años, uno de ellos había servido de práctico en la barra del lago. En posesión de los importantes informes que le diera éste, acerca de la riqueza de Maracaibo y Gibraltar, El Olonés resuelve seguir a ambas ciudades. Llevaba a bordo un piloto conocedor de la barra, y esto le bastaba.

Contento David con tener un guía hábil, da las últimas disposiciones a sus compañeros, se hace a la vela, y llega en el término de la distancia a la isla de Oruba, donde debía hacerse de algunas vituallas. Como era su objeto llegar a la barra del lago al amanecer del siguiente día, y permanecer en ella el menor tiempo posible, leva anclas por la tarde, navega toda la noche y muy temprano estaba ya cerca de la sonda y frente a la barra, donde fue visto por el vigía que con señales avisó al castillo. Cañonazos repetidos, indicaron, muy temprano, a los moradores de Maracaibo, que había enemigos en la barra. Los piratas tropiezan con dos islitas, en una de las cuales se levantaba un vigía elevado, y en la otra, que se conocía entonces con el nombre de "Isla de las Palomas torcaces", figuraba un fortín. El vigía pudo estar quizá en la isla de Zapara, y el fortín debió ser la pequeña fortaleza que precedió a la actual de San Carlos. El nombre de Palomas torcaces que entonces tenía la isla de San Carlos, lo debió a la abundancia de estas aves. En el curso de los siglos, parece que las palomas torcaces han abandonado su primitiva patria por la isla de Toas.

¡Que escena para los tranquilos moradores de la capital, cuando se enteran de la fatal noticia que les indicaba el cañón!

Al instante cunde el pavor por todas partes y apréstase cada uno a huir y salvar lo que puede llevar consigo. Salen los unos por agua, en dirección a Gibraltar, salen otros por tierra, y se aprovechan de las bestias de carga que había en la ciudad; y unos y otros se internan sin darse cuenta de lo que les aguardaba.

La población de Maracaibo no alcanzaba en aquella época, 1666, sino a cuatro mil almas más

o menos, aglomeradas en un recinto muy diferente del actual. Las aguas del lago llegaban hasta el convento de los franciscanos, que tenía puertas hacia el mismo, y un castillito insignificante defendía la ciudad por la punta de Arrieta. De manera que durante doscientos veinte y dos años, las aguas han formado nueva y extensa área de tierra, donde figuran la actual calle de la Marina y la calle Ancha.

El filibustero llega a la costa, a un sitio distante una legua del castillito, donde el Gobernador de Maracaibo tenía una emboscada. Al desembarcar las tropas, Miguel el Vascongado se pone a la cabeza de éstas, y embiste a la pequeña fortaleza que era de gaviones formados de estacas y de tierra, detrás de los cuales estaban listos catorce cañones y doscientos cincuenta hombres. Ruda y tenaz fue la pelea por ambas partes; mas como los filibusteros apuntaban mejor que los castellanos, estos fueron diezmados de tal manera, que los invasores pudieron penetrar en las troneras, degollar gran parte de la guarnición y dejar prisionera la restante. [1]

El Olonés, después de destruir los gaviones y clavar los cañones, sin pérdida de tiempo, sigue a Maracaibo. Cuando los expedicionarios llegan a esta, en pocas horas, se ven frente a una ciudad abandonada. Ni un curioso que viniera a encontrarlos, ni un criminal que acusara a sus jueces, se acerca a la playa: era una ciudad sin habitantes. Al momento los franceses desembarcan y se apoderan del caserío, donde había almacenes repletos de mercancías y cuevas llenas de pipas de

(1) Años más tarde, el Obispo Fray Antonio González de Acuña, al visitar estos lugares, mandó levantar en Zapara, nueva y sólida fortaleza, que resistiera a nuevos invasores.

vino. Con semejante hallazgo comienza la vida alegre, y comienzan también las correrías por las calles de la ciudad y de los alrededores de esta, tropezando con seres desgraciados que sin medios para huir, se habían quedada a merced de los piratas.

El Vascongado establece su cuartel en la iglesia matriz, se apodera de las principales casas de la plaza y da licencia a sus tropas para que a rienda suelta, gozaran del rico botín que había conquistado. En seguida visitan y registran los cuatro conventos que entonces tenía Maracaibo: dos de franciscanos y neristas, y dos de concepciones y clarisas. Y entretanto que los soldados profanaban los templos y gozaban de vida licenciosa, El Olonés, acompañado de ciento sesenta soldados, registraba los alrededores de la ciudad, en solicitud de riquezas y de prisioneros, para regresar a poco con recuas cargadas de mercancías, de dinero, y con veinte prisioneros. Ninguno de estos se atreve a comprometer a sus compatriotas, e indicar el rumbo que habían seguido, cuando el inicuo pirata los somete a tormento, y aquellos infelices tuvieron que confesar que los ricos de Maracaibo habían seguido a Gibraltar.

Diez días más tarde, El Olonés dejaba la capital Maracaibo para seguir a Gibraltar. Cuando los prisioneros castellanos llegan a bordo de la nave capitana y revelan a los piratas que Gibraltar estaba fortificada y toda la población lista a defenderse. "No importa, añadió el jefe, la captura será mejor". Después de tres días de navegación, la escuadra anclaba en el deseado puerto. Los fugitivos habían construido gaviones a lo largo de la costa, tras de los cuales se habían atrincherado y parapetado, para atacara sin ser vistos. Habían

también levantado un castillejo, a manera de terraplén, donde fue colocada una batería de seis cañones. Y para oponer al enemigo cuantos obstáculos pudieran, habían derribado grandes árboles con los cuales obstruían los caminos, que anegados por las lluvias de la estación y llenos de barrizales peligrosos, contribuían como agentes de destrucción contra los resueltos invasores.

A pesar de todo esto, El Olonés hace desembarcar su gente, acomete con furia la primera línea de defensa y vence a los castellanos, que retroceden y pasan a la segunda, donde se hacen fuertes. Al ver los jefes piratas que sus contrarios se defendían con buen éxito, se valen de conocida estratagema. Y fue el hecho, que simulando derrota, huyen en desorden, lo que estimula a los castellanos a abandonar su ventajosa posición y perseguirlos. Cuando El Olonés ve que no le queda para avanzar sino el camino que los españoles le habían dejado, y en el cual podían marchar seis en fondo, vuelve cara contra aquellos. *Animo, hermanos,* les dice. *Es preciso apoderarnos de esa gente o perecer. Seguidme, y si sucumbo no os desaniméis.* Así les dice y se avalanza con todas sus fuerzas contra los españoles. Cuando están a tiro de pistola del atrincheramiento, se hunden en el lodo hasta las rodillas, a pesar de haber aplanado el camino con varas de árboles, incidente que aprovechan los castellanos para disparar sobre los piratas los veinte cañones de la batería. Caen muchos, pero las últimas palabras de los que caían no hacían sino reanimar el valor de los restantes. *Animo,* se decían. *No os acobardéis, que nuestra será la victoria.* Y en efecto, después de inauditos esfuerzos, se apoderan del atrincheramiento, y obligan a los castellanos a rendirse,

después de haber sucumbido gran número de esclavos. De seiscientos que eran los castellanos, quedaron en el campo cuatrocientos muertos y cien heridos; sucumbió casi toda la oficialidad y entre ésta el Gobernador de Mérida, gran capitán que había servido en Flandes al Rey católico. Los aventureros sólo perdieron cien soldados entre muertos y heridos.

Después de tan fructífera victoria, El Olonés y el Vascongado ponen todo en orden, y piensan en reunir el deseado botín. Con tal propósito salen partidas por los alrededores de Gibraltar en solicitud del oro y de la plata que los castellanos habían escondido en los montes, aplican el tormento a los prisioneros que no querían declarar, y aun a los heridos, que sucumbieron de tan feroz manera.

"Los aventureros se detienen seis semanas en Gibraltar, continúa el cronista francés, y al ver que ya no encontraban nada más que saquear, resuelven retirarse; lo que se habrían visto obligados a hacer tarde o temprano, porque principiaban a resentirse del mar olor que exhalaban la sangre esparcida y los cuerpos muertos que sólo estaban a medio enterrar; pues los vencedores no se habían tomado este trabajo sino con los que estaban próximos a ellos; y dejado a los demás abandonados a las aves y a las moscas.

"Los soldados que no estaban bien curados de sus heridas, se ven atacados por la fiebre, sus llagas se abren de nuevo, y muchos mueren repentinamente. Las enfermedades obligaron, pues, al Olonés a retirarse más pronto de lo que quisiera; pero antes de su partida, hace saber a los principales prisioneros, que tenían que pagarle rescate por aquel caserío, o que lo reduciría a cenizas. Los españoles conferencian sobre el caso, pero inú-

tilmente, porque mientras que ellos altercaban entre sí, El Olonés hace embarcar su gente con todo el botín, después de lo cual vuelve a insistir sobre el rescate.

"Por último, al ver que los españoles no habían resuelto nada, hace pegar fuego al caserío por sus cuatro esquinas, y en menos de seis horas queda consumido. En seguida da a entender a los prisioneros, que si no pagaban cuanto antes el rescate en el lugar a donde iba a conducirlos, tendrían que prepararse a recibir ellos mismos igual trato. El rescate fue pagado.

"En el término de la distancia, El Olonés retornaba a Maracaibo, acompañado de sus prisioneros, a quienes da la orden de traerles quinientas vacas gordas para reabastecer sus barcos. Así lo hicieron prontamente creyéndose libres con esto; pero la cosa fue de otra manera, porque les pidió además el rescate de la ciudad, concediéndoles ocho días para pagarlo, sin lo cual les juró quemarla como había hecho con Gibraltar.

"Mientras que los españoles trataban de reunir el rescate que El Olonés les exigía por la ciudad, los aventureros demolían los templos, embarcaban los ornamentos, cuadros, imágenes, esculturas y campanas, para llevarlo todo a la isla de La Tortuga, donde querían construir una capilla. Y no había aún trascurrido el tiempo concedido por el jefe de los piratas para el rescate, cuando este llega: tan intranquilos estaban los castellanos por tener tales huéspedes en sus casas.

"Los aventureros después de recibir el rescate, sin más que coger, saquear o romper, resuelven al fin dejar a Maracaibo. A los pocos días estaban en la isla de La Vaca donde proponen repar-

tirse el botín; pero como no todos estaban de acuerdo, no la llevaron a término sino en la isla de Santo Domingo". [2]

"No la hagas y no la temas", dice una sentencia castellana. El Olonés, después de nuevas aventuras por las costas de la América Central, después de haber saqueado nuevas poblaciones; torturado y sacrificado a centenares de hombres desgraciados, ve que su estrella mengua y que la fortuna le abandona. Son las amistades constantes y serviciales si la fortuna sonríe, e inconstantes y fugitivas cuando sopla el viento de la desgracia. El primero que abandona al Olonés es Miguel el Vascongado, después todos los discípulos del famoso pirata. Cuando le llega la última hora, El Olonés, después de naufragar en las cercanías del golfo de Darien, busca la costa, y cae en manos de indios antropófagos de la isla de Barou.

Alegres se llevan los indios bravos la buena presa que les proporcionaba la suerte. Ni llanto, ni súplicas, ni promesas de ningún género, aplacan el corazón de los indios. Rica es la presa y abundante será el festín. Después de bailar en derredor del Olonés que fue amarrado de un árbol, los antropófagos le sacrifican, dividen en diversas porciones el cuerpo, las asan, y lentamente, en medio del entusiasmo, los indios dejan satisfecho su apetito.

El que hizo derramar tantas lágrimas, atormentó a tantos hombres y arruinó tantos pueblos, estaba destinado a tener por sepultura, sin cruz y sin flores, los estómagos de los caribes del mar antillano.

---

(2) Oexmelin. Histoire des aventuriers fiilibustiérs, etc., etc.—1784. Lyon, 3 vols.

EL PRIMER BUQUE DE VAPOR EN LAS COSTAS DE PARIA

—

Ninguna región tan espléndida en la historia de América, ninguna más digna de recibir en sus costas la primera nave de vapor en los mares antillanos que la célebre de Paria. Uno de los majestuosos ríos del Nuevo Mundo, el Orinoco, al abrirse paso por entre numerosas bocas, vacía sus aguas en el Atlántico, cuyas olas huyen a gran distancia de la costa americana, lejos del hermoso delta coronado de islas y de palmeras, y del dilatado golfo, ya manso, ya temido, desde cuyas costas saludaron los Parias a las carabelas de Colón, en 1497. La brisa embalsamada de los montes, la perla que ocultan los escollos de las islas, los manglares, entre cuyas raíces aéreas se rompe la ola que lame las orillas; ruinas seculares que nos recuerdan la lucha sangrienta entre dos razas, y el sepulcro de los primeros mártires en las costas del Nuevo Mundo; la colina siempre verde, porque la acaricia primavera eterna; las rocas, los árboles, los ríos, las grutas y últimamente, los descendientes de aquellos Parias vencidos por la fuerza, hoy vencedores, después de sangrienta lucha: he aquí los factores de esta sublime región de Paria, en

cuyo Golfo, la imaginación de Colón creyó ver el Paraíso terrenal.

La península de Paria limitada al Este por el golfo del mismo nombre, lo está al Oeste por el de Cariaco, cuna y tumba de los primeros misioneros cristianos sacrificados por la humana codicia. En toda la costa, entre uno y otro golfo, están los sitios de Maracapana, Cariaco, Cumaná, Río Caribe, Carúpano, Güiria y otros más, todos célebres en los días de la conquista castellana, más célebres aún cuando la guerra a muerte hizo de cada hombre un centauro y de cada roca un baluarte. Hermosas islas descubiertas por Colón, coronan la costa Norte, en tanto que la isla inglesa de Trinidad cierra el golfo de Paria por el Este. Al Sur está el pintoresco Delta, después Orinoco, con sus numerosos tributarios, y la tierra que se prolonga hacia el austro. Ya hemos dicho en otro escrito, que Paria es el pórtico oriental del Nuevo Mundo.

Desde el cabo Galera, hoy Galeote, al Sureste de la graciosa Trinidad, contempló Colón el dilatado Delta del Orinoco, en la mañana del 31 de julio de 1498. El 2 de agosto siguen sus carabelas a la punta del Arenal, hoy Icacos, hacia el Sudoeste, donde anclan. Al instante puede conocer a los moradores de la comarca, que, en grande canoa, se adelantan a contemplar las carabelas: eran esbeltos, simpáticos, más blancos que cuantos indios se habían conocido hasta entonces, y de ademanes cultos y graciosos. Cargaban escudos, y en la cabeza pañuelos de algodón tejidos a labores, por lo que juzgó Colón que eran más civilizados que los indios de las Antillas. Manda el almirante a los marinos castellanos que danzen al son de la música; pero los parias tomando esto por comienzo de hostilidades, retroceden a la costa,

después de lanzar sobre las carabelas abundantes flechas: eran dos civilizaciones que al acercarse, no podían de pronto comprenderse.

Tranquilo estaba Colón en su carabela, cuando durante la noche del 2 de agosto escúchase hacia el austro ruido espantoso. El almirante sube a cubierta y ve elevada montaña de agua que se precipita sobre el bajel. Por instantes, la embarcación temblorosa queda suspendida sobre la espantosa ola, y Colón se cree perdido: pero al momento todo vuelve a la calma: era la corriente impetuosa de uno de los caños del Delta que buscaba salida por la boca situada al Sur del golfo. Esta impresión de un peligro inesperado, así como las contorsiones del agua, entre numerosos arrecifes, dió motivo para que Colón diera a aquel estrecho el nombre de *Boca de la Sierpe.*

Al nacer la aurora del 3, y favorecido por la brisa, sigue Colón hacia el Oeste, donde aparece a sus miradas mar tranquilo de agua dulce, con sus bellas costas exornadas de palmas: era el célebre Golfo de Paria que saludaba al hombre europeo. Desde aquel momento estudia Colón la topografía de la localidad, da nombre a los cabos, a las islas y a las puntas, descubre la salida al Norte del golfo, y hace que uno de sus tenientes acompañado de tropas, tome posesión de aquella tierra, en el puerto de Macuro, cerca de Irapa. [1] Armados de penachos, los indios parios de las costas occidentales del golfo, salen en canoas y se dirigen hacia la carabela de Colón. Cogidos por sor-

(1) Lamartine, en su "Vida de Colón", asegura que este durmió una noche en la costa de Paria, al abrigo de una tienda de campaña. Esta es una mentira hija de la inspiración de este gran poeta. Mal podía Colón, enfermizo como estaba, dejar las comodidades de que gozaba a bordo, por dormir en una playa húmeda y poblada de hombres desconocidos. Colón no pisó jamás el Cotinente.

presa algunos de ellos y conducidos a presencia del almirante, éste los agasaja y después de adquirir noticias de la localidad, deja cuatro a bordo y despide a los restantes : acababan de entenderse las dos civilizaciones que momentos antes no habían podido avenirse. A poco comienzan los obsequios por ambas partes. Regálalos el almirante, y son por los caciques de Paria festejados los marineros, después de saborear los frutos y vinos de la costa de Irapa. Obséquianles igualmente las mujeres parias con graciosas sartas de perlas procedentes de la isla de Cubagua. Colón, en presencia de las bellezas de aquella costa, la bautizó con el nombre de *Los Jardines.*

Después de dar nombre a muchos sitios y de contemplar los manglares de Paria con sus raíces aéreas, entre las cuales se crían perlas, las carabelas siguen al Norte del golfo buscando la salida. Al presenciar el choque de la corriente contra los arrecifes, el almirante duda si debe seguir; pero marino experto, lánzase resuelto; mas de repente cesa el viento. Ya van las carabelas a precipitarse sobre los escollos, cuando la corriente de agua dulce que viene del Oeste, las levanta y las conduce victoriosas al mar Caribe. El temor que le infundiera tan inesperado peligro, causa fué de que bautizara el estrecho, al Norte del golfo, con el nombre de *Boca del Dragón.* Se había salvado de Escila para vencer a Caribdis.

Al llegar a la mar libre, Colón tropieza con las diversas islas que coronan la costa oriental de Venezuela. Detiénese en la de Cubagua, se pone al habla con los indios. Regálales platos de Valencia, y las mujeres agradecidas, obsequian a los marineros con abundantes sartas del alfójar que llevaban al cuello. Colón acababa de descubrir la

existencia de la perla en las costas de Cubagua y de otra isla a la cual le puso el justo nombre de Margarita. He aquí el punto de partida de los más horrorosos crímenes y de la más escandalosa irrupción de aventureros que iban a surgir en los primeros años de la conquista castellana.

Y dejando aquellas islas y la dilatada costa de la península de Paria, comienzo de la porción Sur del continente americano, parte Colón para no volverlas a ver más.

Vieron los parias partir las carabelas que pronto debían retornar a aquellas regiones con hombres feroces, los cuales debían exterminar una gran porción de la raza índica, incendiar los poblados, talar los campos y dejar como recuerdo de victoria, el suelo empapado en sangre y sembrado de cadáveres.

Pero de aquel montón de ruinas debía surgir el cisne de la fábula. El paria que no había conocido por embarcaciones sino el cayuco y la curiara, llegó a contemplar la carabela que le anunciaba el progreso de la náutica. Años más tarde, conoce la goleta y tras esta el bergantín. A poco, aparece en los mares de Paria el navío y tras este la fragata. Asiste el indio a la lucha del castellano contra filibusteros franceses, ingleses, holandeses, feroces buitres que se disputan la presa americana. Contempla el indio a sus antiguos perseguidores en la defensa del suelo americano, y tórnase el odio en admiración. Así continúan los parias, y con estos sus hermanos los chaimas, cumanagotos y guayqueríes, hasta el día en que de las mismas cenizas de razas mezcladas debía renacer, por segunda vez, el cisne de la fábula. Cuando llega esta época, ármanse todos ellos en defensa del patrio suelo, y a los clarines bélicos de Marga-

rita, de Cumaná, de toda la región de Paria, asisten a la pelea, vencen, luchan, mueren y renacen para asistir de nuevo a la lid. Presencian las carnicerías de la guerra a muerte, afilíanse en los batallones de Mariño, Bermúdez, Gómez y Arismendi, e impasibles ven llegar la bella escuadra de Morillo, para ser a poco testigos del incendio del navío "San Pedro", en las aguas de Coche. Habían luchado contra la naturaleza y contra los hombres, y nada les había arredrado, porque ignoraban el progreso de la ciencia y no habían conocido los prodigios de la náutica; es a saber, el monstruo marino, la máquina que rueda sobre las olas embravecidas, y deja tras sí blanca cabellera de espuma, y avanza y se aleja, o se acerca, brama, ronca, muje, silba, lanza a los aires sus bocanadas de humo, tachonadas de chispas, y celebra ella misma sus triunfos sobre el salado elemento. Lo que habían hecho sus antepasados, hacía tres siglos, huir delante de la carabela de Colón, debían hacerlo sus descendientes en presencia de la obra de Fulton, cuando por la primera vez visitó esta las costas de la América del Sur. En una y otra época eran dos civilizaciones que de pronto no podían comprenderse.

Eran los días en que Bolívar, después de prolongados años de sacrificios y de desventuras por la emancipación de Venezuela, alcanzaba triunfos brillantes en las pampas del Apure y el Arauca. En este entonces, fines de 1818, llega a las costas de la isla inglesa de Trinidad, frente al golfo de Paria, el primer bote de vapor que iba a recibir los saludos del continente americano, en las costas orientales de Venezuela. El primer ensayo de Fulton en las costas de la América española, no podía efectuarse sino en el Delta del Orinoco, en el célebre golfo que vió zozobrar la carabela de

Colón, y donde tierras y aguas, y pampas y cordilleras, soles y estrellas, cantaron hosanna al descubridor del Nuevo Mundo. [1]

El gobierno revolucionario de Angostura se ofreció a secundar esta primera empresa de comunicación rápida entre el Orinoco y las costas de la Trinidad; empresa que por el pronto sólo exigía veinte novillos gordos y baratos, como carga, y el combustible necesario para alimento de la máquina. El bote caminaba 6½ millas por hora, salvando en tres la distancia que antes exigía nueve; suceso que hubo de llamar la atención de toda la comarca. Refiérese a esta época el hecho de que cuando el Gobernador de la Trinidad señor Wooffor, paseaba en el bote-vapor las aguas de Paria, y salía de Río Caribe una goleta con pasajeros que iban a la vecina isla, los tripulantes al encontrarse con el *monstruo flotante,* como llamaron los guayqueríes y parias al bote, y ver las ruedas que cortaban las olas, y la chimenea de la cual salían en confusión espesas bocanadas de humo, gritan, se deseperan, claman misericordia. Los unos acuden en su dolor, a la Virgen de su devoción, otros a los penates protectores de los marinos; y creyéndose perdidos, se lanzan al agua, y con rapidez, a nado, ganan la costa, no dejando a bordo sino a un pobre cojo que, por no poder huir, se resigna a ser víctima del *monstruo marino.* [2] El gobernador Wooffor, testigo de suceso tan imprevisto, viendo abandonada la goleta, la hace remolcar por el bote y la conduce a la casa consignataria en Trinidad. Refería el cojo, que, cuando la tripulación de la goleta vió de cerca el monstruo, fue tanto el pavor que este infundiera

(2) La noticia de este suceso corre inserta en el "Correo del Orinoco", Angostura 1818-1819.

que, él mismo, olvidándose de su cojera, iba a lanzarse al agua, cuando cayó y no pudo levantarse: tal fue la impresión que entre los descendientes de los primitivos Parias produjera el primer bote de vapor en las costas de la América del Sur.

En 1822 los señores Alfredo Seton y Juan Bautista Dallacosta, de Angostura (Ciudad Bolívar), solicitan privilegio del Poder Ejecutivo de Colombia, por ocho años, para navegar en aguas del Orinoco, en un bote de vapor. El Gobierno, no encontrándose con autoridad suficiente para firmar el contrato, manifestó a los interesados, que la concesión del privilegio competía solamente al Congreso de la República.

En 1823 el Coronel James Hamilton obtiene del Congreso de Colombia el privilegio de navegar el Orinoco y otros ríos, por buques de vapor, a cuyo efecto se comprometía a pagar la suma de veinte mil pesos, si al cumplirse el plazo de un año no había dado comienzo a los trabajos. Llegado el plazo fijado, el Ejecutivo de Colombia quiso cobrar la multa a Hamilton, por no haber llenado los requisitos del contrato; pero el contratista probó lo contrario, que había dado cima al proyecto antes de vencerse la fecha fijada.

A fin de cuentas, el 29 de enero de 1829, a las 10 de la noche, llega a Angostura el primer buque de vapor que saludaba de antemano a la ciudad histórica que debía tener y tiene el nombre glorioso de Ciudad Bolívar. Este primer vapor llamado *Venezuela*, su capitán E. A. Turpin, fue propiedad del Coronel Hamilton.

Doce años más tarde, en 30 de noviembre de 1841, anclaba en aguas de La Guaira, el *Flamer*, primer paquete de vapor que abría el tráfico entre Europa y los países de la América del Sur.

Ninguna región más célebre y meritoria para saludar la ciencia de Fulton que aquella de Paria, donde está el célebre golfo que saludó a Colón, la primera tierra que contemplaron sus miradas en 1498, y donde tres siglos más tarde, creó Bolívar la primera Asamblea de Colombia. La ciencia de Fulton saludó a Colón en las aguas de Paria en 1818: seis años más tarde, la primera idea de una locomotora al través de los Andes, debía surgir en el espíritu de Stephenson, en presencia del pico de Naiguatá, y en la cuna de Bolívar, en los días en que el triunfo de Ayacucho coronaba la libertad del continente, 1824. Así, los grandes sucesos en el mundo político, coinciden con los fecundos descubrimientos del mundo científico. Bolívar, Fulton y Stephenson no podían ser sino contemporáneos. Sí; a proporción que los pueblos se emancipan, el espíritu de la ciencia viene al encuentro de las nuevas nacionalidades, como para probar que la libertad del hombre y la luz de la ciencia son emanaciones de Dios.

PEOR QUE EL OLONES ES EL INGLES

—

Cuando visitamos, ahora treinta y cinco años, a Maracaibo, nos llamó la atención un refrán vulgar que dice:—"Paga un inglés la que hace un francés"—refrán que nos pareció inexacto, pues hasta hoy, que digamos, el inglés no ha sido responsable de lo que hagan las demás naciones. Los maracaiberos de entonces ignoraban quizás, que a fines del último siglo, durante muchos años, se repitió otro refrán que decía todo lo contrario, y es el que encabeza este cuadro: *Peor que el olonés es el inglés,* con lo que quisieron significar que tan malo es uno como otro, cuando llega el caso. El Olonés había saqueado y destruido a Maracaibo y Gibraltar, en 1666, y años más tarde, en 1669, el inglés le supeditó, y dió origen al extinguido refrán: *Peor que el olonés es el inglés.*

El joven inglés Enrique Morgan, nacido en la misma época que David Nau (El Olonés), se había dado a conocer, desde los primeros años de su juventud, por cierta afición al filibusterismo, la que debía elevarlo a la condición de pirata, terror de los castellanos. Protegido de un viejo corsario, Morgan ascendió muy pronto a mandar una o más embarcaciones, y llegó a triunfar con ventaja en

las costas de Cuba y de la América Central, y con menos fortuna en las de la Española.

El saqueo de Maracaibo y Gibraltar por El Olonés, en 1666, debía traer más tarde, 1669, el de las mismas ciudades por el famoso filibustero Morgan; y de aquella expedición tan fructífera, debía salir el marino piloto que aconsejara al nuevo invasor. Pedro de Picard, espíritu brioso, que había acompañado a Nau, aconsejó a Morgan, después de la rota que éste tuvo en las costas de la Española, a que siguiera al Continente y tomase a Maracaibo, lugar rico y poblado que le proporcionaba abundante botín. Con piloto tan expontáneo, el inglés, sin vacilar, acepta la indicación, que pone en práctica, y sigue con su flota compuesta de ocho naves tripuladas por 500 hombres, a la isla de Aruba, con el objeto de hacerse de vituallas.

Horas más tarde, estaba a la vista de la isla de Zapara, donde figuraba el fuerte llamado de la Barra, que había sido reconstruido, después de las desgracias de 1666. Consistía el tal fuerte en un reducto pequeño, con sótanos llenos de pertrechos, a los cuales se llegaba por medio de escaleras de hierro. Los cañones de este vigía fueron los que alertaron a los pobladores de la ciudad. Los filibusteros, después de pasar tres días en aguas de la Barra, y de destruir el vigía, ya evacuado por las tropas españolas, siguen a Maracaibo. La ciudad había sido abandonada, y aunque los piratas se presentaron en son de guerra, hubieron de cesar en sus hostilidades, al anclar a poca distancia de un castillejo guarnecido de cuatro cañones, que figuraba en aquella época cerca de la punta de Arrieta.

Morgan dispone que cien hombres desembarquen y registren la pequeña ciudad. Los prime-

ros moradores con quienes tropiezan, son enfermos del hospital y esclavos inútiles; pero más adelante encuentran fugitivos, a la cabeza de gran número de bagajes. Sometidos los primeros prisioneros a tormento, declaran el camino que habían seguido las recuas cargadas de riquezas, las cuales caen en poder del pirata. Como corolario de este botín, es ahorcado uno de los guías que trataba de escaparse.

Aquí comienza el drama sangriento, a cuya cabeza figura Morgan. Asistamos a estas diversas escenas de contrastes entre el bien y el mal.

Dos esclavos que venían a Maracaibo en solicitud de comestibles para las familias que estaban ocultas en los montes, son cogidos, y como nada quieren revelar de cuanto se les pregunta, ordena Morgan que sean sometidos a tormento. ¡Qué sublime escena! Uno de los esclavos sufre los más agudos dolores, con admirable abnegación, y espira. Los ingleses descuartizan el cadáver, y someten a tormento al segundo esclavo; pero cuando, después de heroico estoicismo, se le creía triunfante, flaquea de ánimo y delata al amo que fue capturado y hubo de entregar treinta mil escudos en vajillas de plata. Así, el tormento aplicado a todos los prisioneros y aun a aquellos que no tenían bienes de fortuna, proporcionó dinero y noticias acerca del rumbo que había tomado la población.

Ocho días más tarde, la flota inglesa cargada de prisioneros y de riquezas, era conducida por el capitán Picard a las costas de Gibraltar, donde los castellanos, en son de guerra, aguardaban a los filibusteros; mas inútilmente, porque Picard conocedor del terreno, en lugar de arremeter a los castellanos en sus atrincheramientos, desembar-

ca con su gente en la costa libre, con el objeto de atacar a los sitiados por la espalda, plan que le produjo admirables resultados. [1]

Continuemos con las escenas horribles del drama sangriento. El primer prisionero que cae en poder de los ingleses es un hombre, al parecer acomodado, a quien someten a interminable serie de preguntas, las cuales evade de una manera graciosa. Creían los ingleses que aquel buen hombre evadía las preguntas con el objeto de escaparse y lo someten a tormento, le suspenden y le amarran piedras pesadas en los piés. Durante dos horas, el infeliz, en medio de horribles sufrimientos, dice llamarse Juan Sánchez, y ser hermano del gobernador de Maracaibo que poseía cuantiosas riquezas, y les ofrecía carta para su hermano. Entonces átanle los brazos y le conducen a Gibraltar. Cerca ya del poblado, el prisionero dice a sus verdugos:—"Yo soy un mendigo que vivo de la limosna pública y duermo en el hospital".—Encolerizados los filibusteros, ya quieren ahorcarle, ya quemarle, para lo cual preparan la hoguera, cuando, entre aquellos salteadores, hay uno que clama por la desgracia: el buen hombre estaba demente.

A poco un anciano es ahorcado en presencia de sus hijas; y un esclavo, para vengarse del maltrato que le habían dado los castellanos, revela el paradero de muchas familias. Morgan le ofrece entonces la libertad y le arma para que sacrificara a cuantos castellanos hubiera a las manos. Otro anciano de origen portugués, a quien un esclavo acusa de poseer riquezas, es sometido a tormento. Como declarase que nada tenía, manda Morgan que le amarren por pies y manos a los cuatro rin-

(1) Oexmelin. Obra citada.

cones de una sala, y que se le ponga sobre el dorso enorme piedra de quinientas libras de peso. Cuatro hombres golpeaban sobre las cuerdas que sostenían el cuerpo de aquel mártir, para que así sufriera más. Colocan en seguida una fogata que le ahumase el rostro y le abandonan, en tanto que a su compañero se le suspendía de una manera todavía más atroz.... Cuando llegan a Gibraltar, que toman sin esfuerzo, el portugués es atado a un pilar del templo y allí le tienen durante ocho días, sin comer ni beber, al cabo de los cuales, el pobre hombre confiesa que poseía mil escudos que tenía enterrados, los cuales entregó.

Tras este desgraciado, es interrogado un prisionero de tipo respetable, acusado de poseer fortuna, por un antiguo esclavo que le guardaba rencor. Niega el prisionero la calumnia del esclavo, y es por lo tanto sometido a tormento. Sufría aquel hombre su martirio en silencio y con entereza, cuando los prisioneros castellanos indignados de semejante hecho y rechazando tamaña injusticia, manifiestan a Morgan que aquel compatriota no tenía bienes de fortuna, y que era víctima de algún resentimiento del esclavo delator. El jefe de los piratas aparece entonces como recto juez, manda suspender el tormento, y pide permiso al castellano para hacer del esclavo lo que el amo quisiera. El castellano renuncia ser juez y parte, y Morgan para satisfacerle, hace descuartizar al victimario en presencia de la víctima.

Después de quince días de pillaje por los campos y haciendas de Gibraltar, Morgan llega a esta cargado de riquezas y de prisioneros. A poco se le unen las cuatro embarcaciones igualmente repletas de familias y de tesoros que habían sido capturadas en la desembocadura del río Zulia.

Durante cinco semanas de merodeo, Morgan exige el rescate a los moradores de Gibraltar, y parte.

A su arribo a las costas de Maracaibo, el inglés sabe que en la Barra estaba anclada una escuadra española, la que enviaba el monarca a estos lugares, después de reiteradas súplicas de diversas ciudades, tanto de las Antillas como del continente, que pedían un auxilio eficaz contra los repetidos ataques de los filibusteros. En efecto, era la que mandaba el contra-almirante Don Alonso del Campo y Espinosa, compuesta de tres naves de guerra: "La Magdalena", de 38 cañones, con tripulación de 350 hombres, el "San Luis", de 26 cañones y 300 hombres, y "La Marquesa", de 14 cañones y 150 hombres; total, 78 cañones y 700 marinos que aspiraban a vencer a Morgan.

Quería el jefe de los filibusteros cerciorarse de la verdad, y con tal objeto despacha a la Barra una de sus embarcaciones para que observara lo que allí había, la que regresó confirmando en todas sus partes la noticia. Morgan reune entonces sus oficiales y les pide consejo, acerca del plan que debía seguir en tan críticas circunstancias: comisiona en seguida a dos de los prisioneros españoles para que siguieran a la Barra y notificasen a Don Alonso la resolución del Consejo de oficiales, es a saber:—"Si la ciudad no paga los veinte mil escudos que debe por su rescate, será quemada; y serán pasados por las armas todos los prisioneros, sin que la escuadra que está en aguas de la Barra, pueda impedirlo".—Fue tal el terror que infundiera esta amenaza entre los prisioneros, donde sobresalían hombres notables, que estos pidieron a los comisionados que intercediesen cerca del Contra-almirante, para que dejara pasar a los filibus-

teros, pues de lo contrario, los moradores de Maracaibo iban a ser víctimas del fuego y de la horca.—A la fanfarria del inglés, contestó el Contraalmirante con la siguiente baladronada española:

"Sabedores por nuestros aliados y vecinos, de que vosotros habéis tenido el atrevimiento, a pesar de la paz y buena amistad que se conserva entre el Rey de Inglaterra y Su Majestad Católica el Rey de España, mi Señor, de entrar en el lago de Maracaibo, con el único objeto de hostilizar y pillar sus súbditos, e imponerles rescate; he creído que era de mi deber, llegar lo más pronto posible para remediar estos males. Por tales razones, me he apoderado del reducto que está a la entrada del lago, destruido por vosotros, después de haber sido abandonado por hombres tan cobardes como afeminados. Lo he puesto en estado de defensa, y pretendo, con los navíos de mi escuadra, haceros entrar en razón y castigar vuestra temeridad. No obstante, si queréeis devolver lo que habéis robado, el oro, la plata, las joyas, los prisioneros y esclavos, así como las mercancías, os dejaré pasar para que retornéis a vuestra patria. Ahora, si rehusáis la vida que os concedo y que no debía hacerlo, llegaré a cogeros, a pesar de todo, y os pasaré por las armas. He aquí mi última resolución, reflexionad acerca de lo que debéis hacer y no molestéis mi paciencia, al abusar de mi bondad, pues tengo valientes compañeros que no aspiran sino a vengar las crueldades que habéis inferido diaria e injustamente a la nación española".

D. ALONSO DEL CAMPO Y ESPINOSA.

Navío "La Magdalena", anclado en la embocadura de la Barra del Lago de Maracaibo, 24 de abril de 1669.

Don Alonso, al entregar esta misiva a los comisionados, les encargó que dijeran a Morgan, que la moneda con la cual sería pagado el rescate que reclamaba, no consistía sino en balas de cañón, y que dentro de poco, vendría él en persona a saldar la cuenta.

Morgan reune su oficialidad al instante, y les lee en francés y en inglés la misiva de Don Alonso, y todos, despreciando las bravatas del jefe castellano, resuelven que se luche hasta el exterminio, antes de devolver las riquezas adquiridas. Y ya por ganar tiempo, o por tantear fortuna, despacha uno de los prisioneros con las siguientes proposiciones: 1ª Que dejaría a Maracaibo, sin las exigencias pedidas y devolvería los prisioneros y la mitad de los esclavos. 2ª Que aunque no había sido pagado el rescate de Gibraltar, serían devueltos los rehenes sin rescate, ni para los prisioneros ni para la villa".

Rechazada por Don Alonso la lectura de proposición tan ventajosa para los intereses generales, Morgan resuelve aventurarlo todo, a pesar de que los castellanos tenían una escuadra superior a la inglesa, y admirables ventajas topográficas. Morgan pone toda su gente en movimiento, y, después de algunas días, aparece el navio español tomado en la desembocadura del Zulia, transformado en brulote. Para que el ardid proporcionara el resultado esperado, el inglés había hecho construir a la ligera, cañones de madera, y colocar bastones rematados de gorras marinas, que simulaban compacta tripulación. Cuando todo estuvo concluido, es izado el pabellón almirante y la escuadra deja las costas de Maracaibo. Adelante surcaba las aguas la nao capitana, erguida con el

pabellón inglés y cargada de soldados y cañones de madera.

Morgan llega al canal y se coloca frente a frente de la escuadra castellana, la cual aparecía gigante comparada con la de los filibusteros que simulaba un convoy de pescadores. Cuando están a tiro de fusil, avanza el brulote de Morgan, sobre la Capitana de los españoles, que la aguarda sin disparar un cañonazo. El brulote se acerca más y más; cuando Don Alonso le acomete, le apresa, y ordena que le corten los mástiles. Llénase al instante de soldados españoles, y cuando Morgan cree que ha llegado el momento, pone fuego al brulote. Al acto llamaradas en torbellino se levantan de las dos capitanas rivales, sin dar tiempo a Don Alonso, sino para lanzarse a la primera canoa con que tropieza, y la cual le conduce a tierra. En este momento avanzan los filibusteros sobre los buques castellanos que quedaban, toman uno al abordaje, mientras que otro, libre de sus amarras, es arrastrado por la corriente que lo precipita sobre el puerto, donde es consumido por las llamas antes de recibir auxilios.

Tras este triunfo, los piratas efectúan un desembarco, para hacerse dueños del castillo, empresa difícil, pues carecían de escaleras: por lo tanto fueron violentamente rechazados, después de perder treinta soldados y de tener muchos heridos fuera de combate, lo que motivó el regreso de Morgan a la costa de Maracaibo, después de dejar uno de sus buques en observación de Don Alonso que unido a los náufragos escapados del incendio, se hizo fuerte en el castillo.

Morgan victorioso, pide a la ciudad de Maracaibo el valor del rescate, amenazándola con quemarla, si dentro de ocho días no entregaba la su-

ma pedida. Exige quinientas vacas para la flota, las cuales fueron entregadas por los maracaiberos a los dos días, regalo que fue complementado con el valor del rescate, a la hora del vencimiento. Quince días después, durante los cuales Morgan dejó bien abastecida su escuadra de todo lo necesario, siguió para la Barra.

Llegamos al acto final de esta narración.

El pirata al encontrarse cerca del castillo, envía uno de los prisioneros españoles a Don Alonso, y le exige que le dejara pasar, y aceptara la entrega de los prisioneros; y que de lo contrario los expondría atados a las cuerdas de sus embarcaciones a los cañonazos del castillo, para arrojar al agua a los que sobrevivieran. (2)

Apela el inglés a cierta estratagema, pero antes de ponerla por obra, se ocupó durante ocho días en distribuir el botín, frente a Don Alonso, testigo de cuanto pasaba sin poder remediarlo.

Eran los días de mayo de 1669, cuando llegó a Morgan el momento de forzar la barra. Para esto hace gala de preparativos, como en són de querer atacar el castillo. Al momento gran número de soldados bien armados y escogidos, acompañados de la bandera inglesa, descienden a las canoas y llegan a tierra. Cuando los filibusteros se ven cubiertos de los árboles de la costa, sin dejarse ver de los castellanos del castillo, se acuestan en las canoas, y casi arrastrándose vuelven a a bordo sin ser vistos.

Don Alonso, en la inteligencia de que era plan de los aventureros atacar el fuerte por detrás, hace trasladar, para impedirlo, la mayor par-

(2) Oexmelin. Obra citada.

te de sus cañones al reducto que miraba a tierra; lo que iba en provecho de los soldados de Morgan que tenía a bordo todo listo para pasar la noche, a la luz de la luna. Acostados estaban los más, bajo el entrepuente, y otros preparados a cerrar las troneras que abrieran los cañones, cuando la escuadra, aunque atacada por los fuegos de tierra, sale y se ve libre de los tiros de Don Alonso que queda con un palmo de narices. Morgan le remite entonces los prisioneros que tenía a bordo. La temeridad del Contra-almirante español había costado a Maracaibo pérdida de hombres y riquezas, y a la escuadra española tres navíos de guerra bien armados y tripulados.

La flota de Morgan, había dejado apenas las aguas del lago cuando la sorprende furioso huracán. Durante los tres primeros días, luchan aquellos hombres contra las fuerzas de la naturaleza, de manera heroica. Ya habían perdido anclas y velas, se habían hecho impotentes las bombas, faltaba el alimento y los hombres se sostenían con cuerdas; ya había desaparecido el sueño, y los marinos extenuados se entregaban a la desesperación, cuando llega el cuarto día y el huracán no cesa. Muerta la esperanza, la imaginación cree ver en las rocas y arrecifes de la costa, abismos que van a sepultar a los tripulantes que se creían ya presa de indios antropófagos o de castellanos vengadores. De pronto, sombra pavorosa se proyecta en el horizonte: era la escuadra francesa del Conde de Estrées, en persecución de los piratas. Avanza sobre los marinos-espectros, y cuando estos, llenos de duda, temían el valor de Estrées, participaron de su bondad. Informado el jefe de la escuadra francesa de las desgracias de que eran víctimas aquellos piratas, supo socorrerlos de una manera tan generosa como espléndida.

Así concluyó esta invasión que tan fatal fue para los pobladores de Maracaibo y Gibraltar. Los que merecían la muerte, como piratas perpetradores de tantas tropelías, alcanzaron el perdón, en momentos de terrible angustia.

Un cronista inglés, Dalby Thomas, que escribió acerca de la historia de las antillas inglesas en 1690, después de hablar con entusiasmo de las expediciones prácticas de Morgan, agrega: "Este hombre, grande honra de Inglaterra y terror del castellano, fue traído de Jamaica a Londres y encerrado en una prisión, sin que se le acusara de crimen alguno, ni le juzgase tribunal. Después de tres años de encierro, agotadas sus riquezas, perseguido de sus conmilitones, y bajo la influencia de un clima inclemente, Morgan fue poco a poco extenuándose, sin fortuna, sin amigos y devorado por tisis lenta que le llevó al sepulcro". [3]

Es sensible que cuando este gran bandolero desaparecía, abandonado de sus semejantes y de la suerte, no hubiera tenido a su lado a los descendientes de las numerosas víctimas que, en la América española, constituyeron su efímera gloria. De ellos habría recibido el perdón, en tanto que de sus compatriotas no había alcanzado sino el desprecio.

---

(3) SOUTHEY. Chronogical History of the West Indies. 3 vols. en 8º, 1827.

DE COMO LOS FRANCESES HUYERON DE CARACAS SIN SAQUEARLA

—

Dice la tradición y confirman los geógrafos e historiadores de Venezuela, que Caracas fue saqueada en 1679 por piratas franceses. El jesuíta Coleti así lo asegura, en su *Dizionario Storico-Geográfico dell'America Meridionale*-1771, y también Alcedo en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, que fue publicado años más tarde, 1789. A estos siguen, Yanes en su *Compendio de la Historia de Venezuela* publicado en 1840, y Baralt en su *Resumen de la Historia de Venezuela*, que vió la luz pública en 1841. Y si los primeros citan el hecho, Baralt agrega a la aseveración de sus predecesores, "que los piratas se llevaron gran botín a bordo".

Pues bien, nada de esto es exacto, aunque lo hayan escrito cronistas, historiadores y geógrafos de ahora cien años, y confirmado Yanes y Baralt, y se repita en Manuales y Compendios de la Historia de Venezuela. Todo esto es un mito, pues Caracas nunca fue saqueada por filibusteros franceses.

Hé aquí una cuestión, al parecer, embrollada, y sin embargo muy sencilla. Caracas nunca fue saqueada por los franceses, y no obstante, los franceses huyeron de Caracas: Caracas no fue saquea-

da por filibusteros franceses, y sin embargo, estos se llevaron a bordo un rico botín. Y lo más curioso de todo esto es, que los únicos perjudicados con motivo de la entrada de los franceses en Caracas, fueron los miembros del venerable Cabildo eclesiástico, a quienes costó el percance la suma de seis mil pesos.

Ahora parece la noticia más intrincada, pues entra un nuevo factor, el Cabildo eclesiástico. De manera que Caracas fue y no fue saqueada en 1679; y los franceses entraron y salieron, llevándose hasta las gallinas; y además, los capitulares de nuestra Catedral, fueron los únicos que tuvieron que pagar rescate a los invasores.

Referían nuestros antepasados y lo sabían sin duda alguna de sus padres y abuelos, que un tal Don Jaime Urrieta, hombre muy acaudalado, que figuró allá por los años de 1608 a 1610, tuvo el capricho de llamar a sus hijos varones con un solo nombre y a las hembras con otro. Hubo dos hembras y estas se conocieron con los nombres de Francisca y de Paquita. Hasta aquí todo va en orden; pero como Don Jaime llegó a tener seis varones, al primero le llamaron Pablo, a los dos que siguieron se les bautizó con los derivados Pablito y Pablote. Al llegar al tercero, Don Jaime, sin querer contrariar su resolución, limitóse a estudiar los defectos físicos de sus nuevos hijos, antes de bautizarlos, para darles un distintivo que pudiera acentuar el nombre que todos debían llevar. Así se le puso al cuarto el nombre de Pablo el tuerto; y al quinto Pablo el zurdo; pero el último, por haber salido algo zote, obtuvo el nombre de *El gallo pelón.*

He aquí en qué paran las manías de dar un mismo nombre a una serie de hermanos. Y esto

mismo puede decirse respecto de los nombres geográficos. La Caracas saqueada por los filibusteros franceses en 1679 ¿fué la Caracas de Pablito y de Pablote, la de Pablo el zurdo, la de Pablo el tuerto, o finalmente, la Caracas de *El gallo pelón?*

Caracas es el nombre que lleva, no sólo la capital de Venezuela, sino también un riachuelo en la costa, a barlovento de Naiguatá, que se desprende de la Cordillera y desagua en el mar. La *ensenada de los Caracas* figura en estos lugares, *y los Caracas* es el nombre que tienen, igualmente, las ricas haciendas en la misma costa. El valle en que está construida la capital de Venezuela se llama *valle de Caracas*, y *Caracas* dicen también del grupo de islas de la costa, a sotavento de Cumaná. En los primeros años de la conquista castellana, no se conoció con el nombre de *Provincia de los Caracas* o *de Caracas*, sino la porción de costa vecina a las cimas del Avila, y tierras interiores despobladas.

Por los años de 1678 a 1680, el conocido filibustero francés Francisco Gramont, después de haber saqueado varios lugares de la costa venezolana, se apoderó en 1680, del puerto de La Guaira, del cual tomó lo que quiso y se llevó prisioneros al Jefe y a la guarnición del puerto que alcanzaba a 150 hombres. Y no se limitó a pillar este lugar, sino que arrasó con los animales y objetos que hubo en la costa de los *Caracas* y haciendas de este nombre, para las cuales fue terrible azote. Este es el hecho que confirman las frases del historiador Baralt, cuando, al repetir lo que habían dicho sus predecesores, respecto del saqueo de la capital de Venezuela por filibusteros franceses, agrega: "llevaron a sus bajeles gran botín". Este botín no salió de la capital Caracas, ni menos fué

conducido por el camino y veredas que comunican a esta con el puerto de La Guaira; sino tomado en las costas *Caracas* y haciendas ricas de esta comarca, que fueron saqueadas en 1680, por el célebre pirata Francisco Gramont. [1]

Esta es la *Caracas del gallo pelón,* teatro de las fechorías de los franceses, y no la capital Santiago de León de Caracas que no ha sido saqueada sino en una sola vez, cuando en 1595 estuvo en ella, durante ocho días, el filibustero inglés Amyas Preston, aunque los mismos cronistas e historiadores como Oviedo, Alcedo, Baralt y otros, hayan asegurado que fue Francisco Drake.

En los días de que hablamos, los moradores de Caracas eran víctimas a cada momento, de alarmas que infundían el pánico en las familias. Era la época del filibuterismo, cuando Inglaterra, Holanda y Francia, armadas contra España, trataban de arrancarle a ésta su conquista de América. Y aunque Caracas, por su pobreza, no despertaba la codicia de los aventureros extranjeros, sus habitantes temblaban, cuando se anunciaba en la costa alguno de tantos buitres rapaces, conocidos entonces con el nombre de filibusteros.

Por uno de estos sustitos pasaron los moradores de Santiago, en los días en que Gramont se llevó hasta las gallinas, de las costas de los *Caracas.* Figuraba como gobernador de Venezuela en ese entonces, Don Diego Melo Maldonado, hombre activo, que en presencia del peligro que podía correr la capital, hizo abrir fosos en las cuadras cercanas a la plaza mayor, donde pensó atrincherarse y defenderse. A la realización de esta idea

(1) Southey.—Chronological History of the West Indies.—3 vols. 8º 1827.

contribuyeron los pobres con su trabajo personal y los ricos con sus caudales. En la lista de magnates de la capital se inscribió el Cabildo eclesiástico, voluntariamente y sin ninguna coacción, con la cantidad de seis mil pesos. Grande se despierta el entusiasmo en el momento del peligro, y menguado aparece cuando cesa el temor. Al partir los piratas, después de pillajes repetidos, Caracas respira, huye el pavor, y los moradores se entregan al regocijo religioso, pues la Providencia los había libertado de la miseria. Creía el Cabildo, que, por no haber Gramont bajado a Caracas, se libertaba de la suma que había suscrito, cuando el gobernador, después de recoger la suscrición en totalidad, recuerda a los capitulares, la obligación a que se habían comprometido. Es curiosa la correspondencia que se entabla entre el gobernador que apremia y ellos que tratan de escaparse por la tangente, como con frecuencia se dice. Después de idas y venidas, de vueltas y revueltas, el Cabildo, en fin, de buena o de mala gana, con sonrisa o con lágrimas, entrega los seis mil pesos. [2]

Y tan escarmentados quedaron los canónigos después de este chasco, que cuando más tarde, el monarca quiso comprometerlos, en caso semejante, es decir con contribución espontánea, pero forzosa, por la manera de pedirla, el Cabildo logró, en esta ocasión, irse de veras por la tangente.

Está probado que Caracas jamás fue saqueado por los franceses; pero como es cierto que los franceses tuvieron que huir de Caracas, departamos acerca de este hecho, para que así desaparezcan los mitos y triunfe por completo la verdad histórica.

---

(2) Archivo del Cabildo eclesiástico.

En los días de la segunda expedición de Miranda y arribo de éste a las costas de Coro, 1806, fue tal el espanto que este suceso infundió en el ánimo de los caraqueños que, el gobernador Guevara Vasconcelos, a pesar de haber desplegado grande actividad, juzgó que era oportuno pedir un auxilio a la isla francesa de la Guadalupe, de donde enviaron a Caracas, en el término de la distancia, doscientos soldados al mando de un oficial, cuyo nombre no hemos podido averiguar. [1] Es lo cierto, que los doscientos franceses fueron instalados en el Cuartel de San Carlos, y que en éste permanecieron hasta fines de 1808.

Muy lejos estaba de la mente de Vasconcelos, suponer que aquellas tropas iban a salir de Caracas, dos años más tarde, empujadas por un motín popular, contra los franceses, y más lejos aún, prever su muerte que acaeció en 1807.

Muerto el capitán general, sucedióle en el mando el segundo designado por la ley, el coronel teniente de Rey Don Juan de Casas, español de buena índole, aunque de carácter débil para afrontar las difíciles circunstancias que iba a atravesar su gobierno. Sabía Don Juan los sucesos de Bayona, en mayo de 1808, cuando a mediados de julio, fueron aquellos conocidos de la población de Caracas, de una manera inesperada. En aquellos días, dos comisiones habían sido enviadas al gobierno de Venezuela, con encargos diametralmente opuestos: la una era francesa, inglesa la otra. El gobierno de Napoleón encargaba a su representante que entregara al gobernador y capitán general de Caracas, los documentos referentes al cambio político que acababa de verificarse en España, e invitar a la Colonia a hacer parte de la nueva monarquía. El gobierno inglés encargaba

al suyo que alertara al mismo gobierno de Caracas, para que no fuera víctima de las perfidias de Napoleón, y le ofreciera todo género de protección, como aliado que era de España. Ambos delegados, que llegaron a Caracas casi a un tiempo, fueron recibidos por el gobierno y pueblo de la capital de diferente manera, pues estaban diametralmente opuestos.

El 15 de julio se sabe en Caracas que había llegado a La Guaira el bergantín francés *Le Serpent,* que tenía a bordo al comisario francés, el que en el término de la distancia se presentó ante el coronel Casas, y le entregó los pliegos de que era portador. No habían corrido breves instantes, cuando se trasparenta en el público la comisión que traía el emisario francés, y grupos de curiosos llenan las calles principales. En esto, uno de los oficiales de la comisión, Mr. Lemanois, que estaba alojado en la posada del Angel, se pone a leer las noticias que acerca de los sucesos de Bayona, contenían las *Gacetas* francesas. Escuchábanle algunos curiosos y entre éstos el oficial ingeniero Diego Jalón, que, indignado con procedimientos tan bajos como los empleados por Napoleón contra España, prorrumpe en dicterios contra el gobierno francés. Comienza la polémica, exáltase el patriotismo, es secundado Jalón por oficiales venezolanos, y la posada se convierte en campo de Agramante, cuando se escuchan los gritos de:—"¡Viva Fernando VII y muera Napoleón con todos sus franceses!"—Por instantes la concurrencia se hace más numerosa, más entusiasta, y, en menos de una hora, como diez mil personas, escribe un testigo presencial, se hallaban al frente

del palacio de gobierno y gritaban con furia: —"Viva Fernando VII y muera Napoleón". [3]

En esto se reune el Ayuntamiento en la sala capitular, y envía una comisión de su gremio al capitán general, con el objeto de que se reconociera a Fernando como Rey, y se le jurara públicamente la obediencia debida. Por tres ocasiones el gobierno quiere evadir el deseo popular, y por otras tres se presentan los diputados del Ayuntamiento, el cual triunfa por completo. Momentos más tarde, el gobierno, acompañado de todos los cuerpos oficiales y de numeroso concurso, proclamaba a Fernando VII.

Entre tanto, los comisionados de Napoleón que almorzaban tranquilamente en la casa del comerciante Joaquín García Jove, para quien habían traído cartas de recomendación, llegan a alarmarse, al conocer las proporciones que tomaba la asonada contra los franceses. Así lo participan al gobernador Casas y éste les envía a su secretario, el joven Don Andrés Bello, quien al ponerse al habla con el principal, oye la siguiente bravata del bonapartista:

"Sírvase usted decir a su Excelencia que ponga a mi disposición media docena de hombres, y no tenga cuidado por lo que pueda hacerme la turba que está vociferando en la calle". [4] A pesar de esta fanfarria, los comisionados franceses hubieron de salir de Caracas en aquella misma noche, protegidos por el gobernador, que les facilitó una escolta de seguridad.

---

(3) La posada del Angel, destruida por el terremoto de 1812, estuvo en el sitio que ocupa la actual casa de dos pisos, número 9, en la Avenida Norte, cerca de la Metropolitana.

(4) Amunátegui. Vida de Andrés Bello. Santiago de Chile 1 vol. en 4º 1882.

En la misma tarde en que se verificaba en Caracas el suceso que acabamos de narrar, llegaba a La Guaira la fragata inglesa, *Acasta*, a cuyo bordo estaba el capitán Beaver, comisionado del gobierno inglés para manifestar a los venezolanos, que los pueblos de la Península se habían levantado contra los invasores. Y mientras que los franceses bajaban a La Guaira, muy bien escoltados, el capitán inglés subía a Caracas, donde fue recibido con frialdad por el gobierno, y con entusiasmo por las familias, lo contrario de lo que había pasado con los franceses. Esto contribuía a que la situación se definiera y el horizonte se despejara. De todas modos, estos sucesos de 1808, fueron los precursores de la revolución de 1810.

Antes de dejar a Caracas, el capitán Beaver quiere apoderarse del bergantín francés, en aguas del puerto, pero el gobernador Casas le amenaza con hacerle fuego, si intenta tal proyecto. Sin poder contar, por lo tanto, con una protección decidida de parte del gobierno de Caracas, Beaver baja a La Guaira, se reembarca y parte. Días después, el gobernador Casas mandaba salir, en dos porciones, a los soldados franceses, que desde 1806 estaban en Caracas, con el objeto de que permanecieran en Puerto Cabello y en La Guaira, de donde debían seguir a Guadalupe, en la primera ocasión. Mientras que esto pasaba con los franceses de 1806, ya los comisionados de Bonaparte y el bergantín *Le Serpent* habían sido buena presa del capitán inglés Beaver.

Así fue como los franceses que, en remotos tiempos, según los cronistas e historiadores de Venezuela, saquearon a Caracas, huían de ésta, dos siglos más tarde, sin haberla saqueado.

LA PRIMERA TAZA DE CAFE EN EL VALLE DE CARACAS [1]

—

Con el patronímico francés de Blandain o Blandín, se conocen en las cercanías de Caracas dos sitios; el uno es la quebrada y puente de este nombre, en la antigua carretera de Catia, lugar que atraviesa la locomotora de La Guaira; el otro, la bella plantación de café, al pie de la silla del Avila, vecina del pueblo de Chacao. Recuerdan estos lugares a la antigua y culta familia franco-venezolana que figuró en esta ciudad, desde mediados del último siglo, ya en el desarrollo del arte musical, ya en el cultivo del café, en el valle de Caracas, y la cual dió a la iglesia venezolana un sacerdote ejemplar, un patricio a la revolución de 1810 y dos bellas y distinguidas señoritas, dechados de virtudes domésticas y sociales, origen de las conocidas familias de Argain, Echenique, Báez-Blandín, Aguerrevere, González-Alzualde, Rodríguez-Supervie, etc., etc.

Don Pedro Blandain, joven de bellas prendas, después de haber cursado en su país la profesión de farmacéutico, quiso visitar a Venezuela, y al llegar a Caracas, por los años de 1740 a 1741, juzgó que en ésta podía fundarse un buen estableci-

miento de farmacia, que ninguno tenía la capital en aquel entonces. La primera botica en Caracas databa de cien años atrás, 1649, cuando por intervención del Ayuntamiento, formóse un bolso entre los vecinos pudientes, para llevar a remate el pensamiento de tener una botica, la cual fue abierta al público, y puesta bajo la inspección de un señor Marcos Portero. Pero esta botica, sin estímulo, sin población que la favoreciera, sin médicos que la frecuentaran, pues era cosa muy rara, en aquella época ver a un discípulo de Esculapio por las solitarias calles de Caracas, hubo de desaparecer, continuando el expendio de drogas en las tiendas y ventorrillos de la ciudad, como es de uso todavía en nuestros campos. El estudio de las ciencias médicas no comenzó en la Universidad de Caracas sino en 1763.

La primera botica francesa que tuvo Caracas, fundada por Don Pedro Blandain, figuró cerca de la esquina del Cují, en la actual Avenida Este, número 54, casa que hasta ahora pocos años, tuvo sobre el portón un balconcete. [1]

A poco de haberse Don Pedro instalado en Caracas, unióse en matrimonio con la graciosa caraqueña Doña Mariana Blanco de Valois, de la cual tuvo varios hijos: y como era hombre a quien gustaba vivir con holgura, hízose de nueva y hermosa casa que habitó, y fue esta la solariega de

(1) Ya sea porque los limites al Este de Caracas, llegaban, en la época a que nos referimos a la esquina del Cují, ya porque los sucesores de Don Pedro quisieron vivir en un mismo vecindario, es lo cierto que las hermosas casas de la familia Blandain y de sus sucesores Blandain y Echenique-Blandain-Báez-Blandain, Aguerrevere, Alzualde, etc., etc., figuran en esta área de Caracas, conservándose aún las que resistieron el terremoto de 1812.

la familia Blandain. [2] En los días de 1776 a 1778, la familia Blandain había perdido cuatro hijos, pero conservaba otros cuatro: Don Domingo que acababa de recibir la tonsura y el grado de Doctor en Teología, y figuró más tarde como Doctoral en el Cabildo eclesiástico; Don Bartolomé, que después de viajar por Europa, tornaba a su patria para dedicarse a la agricultura y al cultivo del arte musical, que era su encanto; y las señoritas María de Jesús y Manuela, ornato de la sociedad caraqueña en aquella época. A poco esta familia, con sus entroncamientos de Argain, Echenique, Báez, constituyó por varios respectos, uno de los centros distinguidos de la sociedad caraqueña.

A estas familias, como a las de Aresteigueta, Machillanda, Uztáriz y otras más que figuraron en los mismos días, se refieren las siguientes frases del Conde de Segur, cuando en 1784, hubo de conocer el estado social de la capital de Venezuela. "El gobernador—escribe—me presentó a las familias más distinguidas de la ciudad, donde tropezamos con hombres algo taciturnos y serios; pero en revancha, conocimos gran número de señoritas, tan notables por la belleza de sus rostros, la riqueza de sus trajes, la elegancia de sus modales y por su amor al baile y a la música, como también por la vivacidad de cierta coquetería que sabía unir muy bien la alegría a la decencia". Y a estas mismas familias se refieren los conceptos de Humboldt que visitó a Caracas en 1799:—"He encontrado en las familias de Caracas—escribe—decidido gusto por la instrucción, conocimiento de

(2) Esta casa destruida por el terremoto de 1812, bellamente reconstruida hace como cuarenta y cinco años, es la marcada con el número 47 de la misma avenida.

las obras maestras de la literatura francesa e italiana y notable predilección por la música que cultivan con éxito, y la cual, como toda bella arte, sirve de núcleo que acerca las diversas clases de la sociedad".—Todavía, treinta años más tarde, después de concluida la revolución que dió origen a la República de Venezuela, entre los diversos conceptos expresados por viajeros europeos, respecto de la sociedad de Caracas, en la época de Colombia, encontramos los siguientes del americano Duane, que visitó las arboledas de Blandain en 1823, y fue obsequiado por esta familia. Después de significar lo conocido que era de los viajeros el nombre de Blandain, así como era proverbial la hospitalidad de ella, agrega: "el orden y felicidad de esta familia son envidiables, no porque ella sea inferior a sus méritos, sino porque sería de desearse que toda la humanidad participara de semejante dicha". (3)

En la época en que el Conde de Segur visitó esta ciudad, el vecino y pintoresco pueblo de Chacao, en la región oriental de la Silla del Avila, era sitio de recreo de algunas familias de la capital, que, dueñas de estancias frutales y de fértiles terrenos cultivados, pasaban en el campo cierta temporada del año. Podemos llamar a tal época, época primaveral, porque fue, durante ella, cuando se despertó el amor a la agricultura y al comercio, visitaron la capital los herborizadores alemanes que debían preceder a Humboldt, y se ejecutaron bajo las arboledas al pie del Avila, los primeros cuartetos de música clásica que iban a dar ensanche al arte musical en la ciudad de Lo-

(3) Conde de Segur. Memoires, Souvenirs et Anecdotes, 3 vol.—Humboldt. Viajes.—Duane. A visit to Colombia, 1 vol. 1827.

sada. En estos días finalmente, veían en Caracas la primera luz dos ingenios destinados a llenar páginas inmortales en la historia de América: Bello, el cantor de la Zona Tórrida; Bolívar, el genio de la guerra, que debía conducir en triunfo sus legiones desde Caracas hasta las nevadas cumbres que circundan al dilatado Titicaca.

¿Cómo surgió el cultivo del café en el valle de Caracas? Desde 1728, época en que se estableció en esta capital la Compañía guipuzcoana, no se cultivaba en el valle sino poco trigo, que fue poco a poco abandonado a causa de la plaga; alguna caña, algodón, tabaco, productos que servían para el abasto de la población, y muchos frutos menores; desde entonces comenzó casi en todo Venezuela el movimiento agrícola, con el cultivo del añil y del cacao, que constituían los principales artículos de exportación. Mas la riqueza de Venezuela no estaba cifrada en el cacao, que ha ido decayendo, ni en el añil, casi abandonado, ni en el tabaco, que poco se exporta, ni en la caña, cuyos productos no pueden rivalizar con los de las Antillas, ni en el trigo, cuyo cultivo está limitado a los pueblos de la Cordillera, ni en el algodón, que no puede competir con el de los Estados Unidos, sino en el café, que se cultiva en una gran parte de la República.

Sábese que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fue traído de París a Guadalupe por Desclieux, en 1720. De aquí pasó a Cayena en 1725, y en seguida a Venezuela. Los primeros que introdujeron esta planta entre nosotros fueron los misioneros castellanos, por los años de 1730 a 1732, y el primer terreno donde prosperó fue a orillas del Orinoco. El Padre Gumilla nos dice, que él mismo lo sembró en sus misiones, de donde

se extendió por todas partes. El misionero italiano Gilli lo encontró frutal en tierra de los Tamanacos, entre el Guárico y el Apure, durante su residencia en estos lugares, a mediados del último siglo. En el Brasil, la planta data de 1771, probablemente llevada de las Misiones de Venezuela.

La introducción y cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, remonta a los años de 1783 a 1784. En las estancias de Chacao, llamadas "Blandín", "San Felipe" y "La Floresta", que pertenecieron a Don Bartolomé Blandín y a los Presbíteros Sojo y Mohedano, cura este último del pueblo de Chacao, crecía el célebre arbusto, más como planta exótica de adorno que como planta productiva. Los granos y arbustitos recibidos de las Antillas francesas, habían sido distribuidos entre estos agricultores que se apresuraron a cuidarlos. Pero andando el tiempo, el padre Mohedano concibe en 1784 el proyecto de fundar un establecimiento formal, recoge los pies que puede, de las diversas huertas de Chacao, planta seis mil arbolillos, los cuales sucumben casi en totalidad. Reunidos entonces los tres agricultores mencionados, forman semilleros, según el método practicado en las Antillas, y lograron cincuenta mil arbustos que rindieron copiosa cosecha.

Al hablar de la introducción del café en el valle de Caracas, viene a la memoria el del arte musical, durante una época en la cual los señores Blandín y Sojo desempeñaban importante papel en la filarmonía de la capital. Los recuerdos del arte musical y del cultivo del café son para el campo de Chacao, lo que para los viejos castillos feudales las leyendas de los trovadores: cada boscaje, cada roca, la choza derruida, el árbol secular, por donde quiera, la memoria evoca recuerdos placenteros de generaciones que desaparecieron.

Cuando se visitan las arboledas y jardines de "Blandín", de "La Floresta" y "San Felipe", haciendas cercanas, como lo estuvieron sus primitivos dueños, unidos por la amistad, el sentimiento y la patria; cuando se contemplan los chorros de Tócome, la cascada de Sebucán, las aguas abundosas que serpean por las pendientes del Avila; cuando el viajero posa sus miradas sobre las ruinas de Bello Monte, o solicita bajo las arboledas de los bucares floridos, cubiertos con manto de escarlata, las arboledas de café coronadas de albos jazmines que embalsaman el aire: el pensamiento se trasporta a los días apacibles en que figuraban Mohedano, Sojo y Blandín; época en que comenzaba a levantarse en el viejo mundo la gran figura de Miranda, y a orillas del Anauco y del Guaire, las de Bello y Bolívar.

El padre Sojo y Don Bartolomé Blandín acompañado éste de sus hermanas María de Jesús y Manuela, llenas de talento musical, reunían en sus haciendas de Chacao a los aficionados de Caracas; y este lazo de unión que fortalecía el amor al arte, llegó a ser en la capital el verdadero núcleo de la música moderna. El padre Sojo, de la familia materna de Bolívar, espíritu altamente progresista, después de haber visitado a España y a Italia, y en ésta muy especialmente a Roma, en los días de Clemente XIV, regresó a Caracas con el objeto de concluir el convento de Neristas, que a sus esfuerzos levantara, y del cual fue Prepósito, El convento fue abierto en 1771. [4]

---

(4) En el área que ocupó el convento y templo de Neristas, figura hoy el parque de Washington, en cuyo centro descuella la estatua de este gran patricio. Nuevos árboles han sustituido a los añejos cipreses del antiguo patio, pero aún se conserva el nombre de esquina de los Cipreses, a la que lo lleva hace más de un siglo.

Las primeras reuniones musicales de Caracas se verificaron en el local de esta institución, y en Chacao, bajo las arboledas de "Blandín" y de "La Floresta". El primer cuarteto fue ejecutado a la sombra de los naranjeros, en los días en que sonreían sobre los terrenos de Chacao los primeros arbustos del café. A estas tertulias musicales asistían igualmente muchos señores de la capital.

En 1786 llegaron a Caracas dos naturalistas alemanes, los señores Bredemeyer y Schultz, quienes comenzaron sus excursiones por el valle de Chacao y vertientes del Avila. Al instante hicieron amistad con el padre Sojo, y la intimidad que entre todos llegó a formarse, fue de brillantes resultados para el adelantamiento del arte musical, pues agradecidos los viajeros, a su regreso a Europa en 1789, después de haber visitado otras regiones de Venezuela, remitieron al padre Sojo algunos instrumentos de música que se necesitaban en Caracas, y partituras de Pleyel, de Mozart y de Haydn. Esta fue la primera música clásica que vino a Caracas, y sirvió de modelo a los aficionados, que muy pronto comprendieron las bellezas de aquellos autores.

Planteado el cultivo del café, como empresa industrial, los dueños de las haciendas mencionadas acordaron celebrar aquel triunfo de la civilización, es decir, el beneficio del arbusto sabeo en el valle de Caracas; y para llevar a término el pensamiento, señalaron en la huerta de Blandín los arbustos que debían proporcionar los granos necesarios para saborear la primera taza de café, en unión de algunas familias y caballeros de la capital aficionados al arte musical.

A proporción que las plantaciones crecían a la sombra paternal de los bucares, con frecuencia

eran visitadas por todos aquellos que, en pos de una esperanza, veían deslizarse los días y aguardaban la solución de una promesa. Por dos ocasiones, antes de florecer el café, los bucares perdieron sus hojas, y aparecieron sobre las peladas copas macetas de flores color de escarlata que hacían aparecer las arboledas, como un mar de fuego. ¡Cuánta alegría se apoderó de los agricultores, cuando en cierta mañana, al cabo de dos años, brotaron las capullos que en las jóvenes ramas de los cafetales anunciaban la deseada flor! A poco, todos los árboles aparecieron materialmente cubiertos de jazmines blancos que embalsamaban el aire. El europeo que por la vez primera contempla una arboleda de café en flor, recibe una impresión que le acompaña para siempre. Le parece que sobre todos los árboles ha caído prolongada nevada, aunque el ambiente que lo rodea es tibio y agradable. Al instante, siente el aroma de las flores que le invita a penetrar en el boscaje, tocar con sus manos los jazmines, llevarlos al olfato, para en seguida contemplarlos con emoción. No es nevada, no es escarcha; es la diosa Flora, que tiende sobre los cafetales encajes de armiño, nuncios de la buena cosecha que va a dar vida a los campos y pan a la familia. Pero todavía es más profunda la emoción, cuando, al caer las flores, asoman los frutos, que al madurarse aparecen como macetitas de corales rojos que tachonan el monte sombreado por los bucares revestidos.

De antemano se había convenido, en que la primera taza de café sería tomada a la sombra de las arboledas frutales de Blandín, en día festivo, con asistencia de aficionados a la música y de familias y personajes de Caracas. Esto pasaba a fines de 1786. Cuando llegó el día fijado, desde

muy temprano, la familia Blandín y sus entroncamientos de Echenique, Argain y Báez, aguardaban a la selecta concurrencia, la cual fue llegando por grupos, unos en cabalgaduras, otros en carretas de bueyes, pues la calesa no había, para aquel entonces, hecho surco en las calles de la capital ni el camino de Chacao. Por otra parte, era de lujo, tanto para caballeros, como para damas, manejar con gracia las riendas del fogoso corcel, que se presentaba ricamente enjaezado, según uso de la época.

La casa de Blandín y sus contornos ostentaban graciosos adornos campestres, sobre todo, la sala improvisada bajo la arboleda, en cuyos extremos figuraban los sellos de armas de España y de Francia. En esta área estaba la mesa del almuerzo, en la cual sobresalían tres arbustos de café artísticamente colocados en floreros de porcelana. Por la primera vez, iba a verificarse, al pie de la Silla del Avila, inmortalizada por Hunboldt, una fiesta tan llena de novedad y de atractivos, pues que celebraba el cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, fiesta a la cual contribuía lo más distinguido de la capital con sus personas, y los aficionados al arte musical, con las armonías de Mozart y de Beethoven. La música, el canto, la sonrisa de las gracias y el entusiasmo juvenil, iban a ser el alma de aquella tenida campestre.

Espléndido apareció a los convidados el poético recinto, donde las damas y caballeros de la familia Blandín hacían los honores de la fiesta, favorecidas de la gracia y gentileza que caracteriza a personas cultas, acostumbradas al trato social. Por todas partes sobresalían ricos muebles dorados o de caoba, forrados de damasco encarnado, espejos venecianos, cortinas de seda, y cuan-

to era del gusto de aquellos días, en los cuales el dorado y la seda tenían que sobresalir.

La fiesta da comienzo con un paseo por los cafetales, que estaban cargados de frutos rojos. Al regreso de la concurrencia, rompe la música de baile, y el entusiasmo se apodera de la juventud. Después de prolongadas horas de danza, comienzan los cuartetos musicales y el canto de las damas, el cual encontró quizás eco entre las aves no acostumbradas a las dulces melodías del canto y a los acordes del clavecino.

A las doce del día comienza el almuerzo, y concluido éste, toma el recinto otro aspecto. Todas las mesas desaparecieron menos una, la central, que tenía los arbustos de café, de que hemos hablado, y la cual fue al instante exhornada de flores y cubierta de bandejas y platos del Japón y de China, llenos de confituras, y de salvillas de plata con preciosas tacitas de China. Y por ser tan numerosa la concurrencia, la familia Blandín se vió en la necesidad de conseguir las vajillas de sus relacionados, que de tono y buen gusto era en aquella época, dar fiestas en que figurasen los ricos platos de las familias notables de Caracas.

Cuando llega el momento de servir el café, cuya fragancia se derrama por el poético recinto, vése un grupo de tres sacerdotes, que precedidos del anfitrión de la fiesta, Don Bartolomé Blandín, se acercaron a la mesa: eran estos, Mohedano, el padre Sojo y el padre Doctor Domingo Blandín, que, desde 1775, había comenzado a figurar en el clero de Caracas. [5] Llegan a la mesa en el mo-

(5) El Doctor Don Domingo Blandín, Racionero de la Catedral de Cuenca, en el Ecuador, tomó posesión de la misma dignidad, en la Catedral de Caracas, en 1807. El 25 de junio de este año, ascendió a la de Doctoral, y el 6 de noviembre de 1814, a la de Chantre.

mento en que la primera cafetera vacía su contenido en la trasparente taza de porcelana, la cual es presentada inmediatamente al virtuoso cura de Chacao. Un aplauso de entusiasmo acompaña a este incidente, al cual sucede momento de silencio. Allí no había nada preparado, en materia de discurso, porque todo era espontáneo, como era generoso el corazón de la concurrencia. Nadie había soñado con la oratoria ni con frases estudiadas; pero al fijarse todas las miradas sobre el padre Mohedano, que tenía en sus manos la taza de café que se le había presentado, algo esperaba la concurrencia. Mòhedano conmovido, lo comprende así, y dirigiendo sus miradas al grupo más numeroso, dice:

"Bendiga Dios al hombre de los campos sostenido por la constancia y por la fe. Bendiga Dios el fruto fecundo, dón de la sabia Naturaleza a los hombres de buena voluntad. Dice San Agustín que cuando el agricultor, al conducir el arado, confía la semilla al campo, no teme, ni la lluvia que cae, ni el cierzo que sopla, porque los rigores de la estación desparecen ante las esperanzas de la cosecha. Así nosotros, a pesar del invierno de esta vida mortal, debemos sembrar, acompañada de lágrimas, la semilla que Dios ama: la de nuestra buena voluntad y de nuestras obras, y pensar en las dichas que nos proporcionará abundante cosecha".

Aplausos prolongados contestaron estas bellas frases del cura de Chacao, las cuales fueron continuadas por las siguientes del padre Sojo:

"Bendiga Dios el arte, rico dón de la Providencia, siempre generosa y propicia al amor de los

seres, cuando está sostenido por la fe, embellecido por la esperanza y fortalecido por la caridad". [6]

El padre Don Domingo Blandín quiso igualmente hablar, y comenzando con la primera frase de sus predecesores, dijo:

"Bendiga Dios la familia que sabe conducir a sus hijos por la vía del deber y del amor a lo grande y a lo justo. Es así como el noble ejemplo se trasmite de padres a hijos y continúa como legado inagotable. Bendiga Dios esta concurrencia que ha venido a festejar con las armonías del arte musical y las gracias y virtudes del hogar, esta fiesta campestre, comienzo de una época que se inaugura, bajo los auspicios de la fraternidad social". Al terminar, el joven sacerdote tomó una rosa de uno de los ramilletes que figuraban en la mesa, y se dirigió al grupo en que estaba su madre, a la cual le presentó la flor, después de haberla besado con efusión. La concurrencia celebró tan bello incidente del amor íntimo, delicado, al cual sucedieron las expansiones sociales y la franqueza y libertad que proporciona el campo a las familias cultas.

Desde aquel momento la juventud se entregó a la danza, y el resto de la concurrencia se dividió en grupos. Mientras que aquella respiraba solamente el placer fugaz, los hombres serios se habían retirado al boscaje que está a orillas del torrente que baña la plantación. Allí se departió

(6) Hace más de cuarenta años que tuvimos el placer de escuchar a la señora Dolores Báez de Supervie, una gran parte de los pormenores que dejamos narrados. Todavía, después de cien años, se conservan muchos de estos, entre los numerosos descendientes de la familia Blandín. En las frases pronunciadas por el padre Sojo, falta el último párrafo que no hemos podido descifrar en el apagado manuscrito con que fuimos favorecidos, lo mismo que las palabras de Don Bartolomé Blandín, borradas por completo.

acerca de los sucesos de la América del Norte y de los temores que anunciaban en Francia algún cambio de cosas. Y como en una reunión de tal carácter, cuyo tema obligado tenía que ser el cultivo del café y el porvenir agrícola que aguardaba a Venezuela, los anfitriones Mohedano, Sojo y Blandín, los primeros cultivadores del café en el valle de Caracas, hubieron de ser agasajados, no sólo por sus méritos sociales y virtudes eximias sino también por el espíritu civilizador, que fué siempre el norte de estos preclaros varones.

Ya hemos hablado anteriormente del padre Sojo y de Don Bartolomé Blandín, aficionados al arte musical, que después de haber visitado el viejo mundo, trajeron a su patria gran contingente de progreso, del cual supo aprovecharse la sociedad caraqueña. En cuanto al padre Mohedano, cura de Chacao, nacido en la villa de Talarrubias (Extremadura), había pisado a Caracas en 1759, como familiar del Obispo Diez Madroñero. A poco recibe las sagradas órdenes y asciende a Secretario del Obispado. En 1769, al crearse la parroquia de Chacao, Mohedano se opone al curato y lo obtiene. En 1798, Carlos IV le elige Obispo de Guayana, nombramiento confirmado por Pío VII en 1800. Monseñor Ibarra le consagra en 1801, pero su apostolado fué de corta duración, pues murió en 1803. Según ha escrito uno de sus sabios apologistas, el Obispo de Trícala, Mohedano fué uno de los mejores oradores sagrados de Caracas. Su elocuencia, dice era toda de sentimiento religioso, realzado por la modestia de su virtud. La sencillez y austeridad que se trasparentaban en su semblante, daban a su voz debilitada dulce influencia sobre los corazones".

Hablábase del porvenir del café, cuando Mohedano manifestó a sus amigos con quienes departía, que esperaba en lo sucesivo, buenas cosechas, pues su producto lo tenía destinado para concluir el templo de Chacao, blanco de todas sus esperanzas. Morir después de haber levantado un templo y de haber sido útil a mis semejantes, será, dijo, mi más dulce recompensa.

Entonces alguien aseguró a Mohedano, que por sus virtudes excelsas, era digno del pontificado y que este sería el fin más glorioso de su vida.

—No, no, replico el virtuoso pastor. Jamás he ambicionado tanta honra. Mi único deseo, mi anhelo es ver feliz a mi grey, para lo que aspiro continuar siendo médico del alma y médico del cuerpo. [7] Rematar el templo de Chacao, ver desarrollado el cultivo del café y después morir en el seno de Dios y con el cariño de mi grey, he aquí mi única ambición.

Catorce años más tarde de aquel en que se había efectuado tan bella fiesta en el campo de Chacao, dos de estos hombres habían desaparecido: el padre Sojo que murió a fines del siglo, después de haber extendido el cultivo del café por los campos de los Mariches y lugares limítrofes; y Mohedano que después de ejercer el episcopado a orillas del Orinoco, dejó la tierra en 1803. Solo a Blandín vino a solicitarle la Revolución de 1810. Abraza desde un principio el movimiento del 19 de abril del mismo año, y su nombre figura con los de Roscio y Tovar en los bonos de la Revolución Venezolana. Asiste después, como suplente, al Constituyente de Venezuela de 1811, y cuando

(7) Aludía con estas frases a la asistencia y medicinas que facilitaba a los enfermos de Chacao y de sus alrededores.

todo turbio corre, abandona el patrio suelo, para regresar con el triunfo de Bolívar en 1821.

Siete años después desapareció Bolívar, y cinco más tarde, en 1835, se extinguió a la edad de noventa años, el único que quedaba de los tres fundadores del cultivo del café en el valle de Caracas. Con su muerte quedaba extinguido el patronímico Blandain.

Blandín es el sitio de Venezuela que ha sido más visitado por nacionales y extranjeros durante un siglo; y no hay celebridad europea o nacional que no le haya dedicado algunas líneas, durante este lapso de tiempo. Segur, Humboldt, Bonpland, Boussingault, Sthephenson, y con estos Miranda, Bolívar y los magnates de la Revolución de 1810, todos estos hombres preclaros, visitaron el pintoresco sitio, dejando en el corazón de la distinguida familia que allí figuró, frases placenteras que son aplausos de diferentes nacionalidades a la virtud modesta coronada con los atributos del arte.

Un siglo ha pasado con sus conquistas, cataclismos, virtudes y crímenes, desde el día en que fueron sembrados en el campo de Chacao los primeros granos del arbusto sabeo; y aún no ha muerto en la memoria de los hombres el recuerdo de los tres varones insignes, orgullo del patrio suelo: Mohedano, Sojo y Blandín. Chacao fue destruido por el terremoto de 1812, pero nuevo templo surgió de las ruinas para bendecir la memoria de Mohedano, mientras que las arboledas de "San Felipe", y las palmeras del Orinoco, cantan hosanna al pastor que rindió la vida al peso de sus virtudes. Del padre Sojo hablan los anales del arte musical en Venezuela, las campiñas de "La Floresta" hoy propiedad de sus deudos, los

cimientos graníticos de la fachada de Santa Teresa y los árboles frescos y lozanos que en el área del extinguido convento de Neristas circundan la estatua de Washigton. El nombre de blandín no ha muerto: lo llevan, el sitio al Oeste de Caracas, por donde pasa después de vencer alturas la locomotora de La Guaira; y la famosa posesión de café, que con orgullo conserva uno de los deudos de aquella notable familia. En este sitio célebre, siempre visitado, la memoria evoca cada día el recuerdo de sucesos inmortales, el nombre de varones ilustres y las virtudes de generaciones ya extinguidas, que supieron legar a lo presente lo que habían recibido de sus antepasados: el buen ejemplo. El patronímico Blandín ha desaparecido; pero quedan los de sus sucesores Echenique, Báez, Aguerrevere, Rodríguez Supervie, etc., etc., que guardan las virtudes y galas sociales de sus progenitores.

Desapareció el primer clavecino que figuró entonces por los años de 1772 a 1773, y aún se conserva el primer piano clavecino que llegó más tarde, y las arpas francesas, instrumentos que figuraron en los conciertos de Chacao. Sobresalgan en el museo de algún anticuario las pocas bandejas y platos del Japón y de China que han sobrevivido a ciento treinta años de peripecias, así como los curiosos muebles abandonados como inútiles y restaurados hoy por el arte.

Los viejos árboles del Avila aún viven, para recordar las voces argentinas de María de Jesús y de Manuela, en tanto que el torrente que se desprende de las altas cumbres, después de bañar con sus aguas murmurantes los troncos añosos y los jóvenes bucares, va a perderse en la corriente del lejano Guaire.

CONTRA INSURGENTE AGUA CALIENTE

—

Desde el 19 de abril de 1810, comienzo de la revolución que, después de desastres y matanzas, concluyó victoriosa en las alturas de Ayacucho, en 1824, la familia venezolana hubo de dividirse en dos bandos políticos: españoles y americanos, o en términos más locales, godos y patriotas: Sostenían los primeros la realeza, los segundos la República. Con estos epítetos acompañados de odios y de persecuciones por ambas partes, todos llegaron a la última meta.

Vencieron los patriotas y se fueron los godos oficiales, pero quedaron los urbanos que muy necios hubieran sido, al abandonar el suelo donde tenían sus hijitos y propiedades.

Cuando reventó la revolución de 1810 no había partidos, pero cuando a poco se transparentaron las ideas republicanas, los realistas pusieron el grito en el cielo y la reyerta comenzó, y con esta las persecuciones, las diabluras políticas de 1811, finalmente el terremoto de 1812, como precursor de la caída del gobierno patriota. Surgen de nuevo los patriotas en 1813 para sucumbir en 1814. Desde fines de este año hasta 1821 estuvieron los beligerantes de quien a quien hasta que

ondeó, de veras, el pabellón de la República en Carabobo en 1821 y en Puerto Cabello en 1824. Tascaron el freno godos y godas, a pie firme y comenzaron los retozos republicanos. Pero lo más sorprendente para los vencidos fué que habiendo cundido el contagio en toda la porción española del continente de Colón, Bolívar se encargó de llevar la victoria hacia el Sur, y galopando sobre el dorso del Ande, la condujo hasta las nevadas y volcánicas cimas de la soberbia cordillera. Desaparecieron desde entonces los godos de antaño pero quedan los de ogaño, con quienes no romperemos lanzas.

Entre las familias caraqueñas, los odios políticos estuvieron tan acentuados, durante la guerra a muerte, que hubo algunas de ambos bandos, que con o sin intención tropezaban para vapulearse públicamente en las calles de Caracas. Y aun se refiere de una dama, cuyo nombre dejaremos en el tintero, que no contenta con los encuentros fortuitos, entraba de sopetón en las casas de los contrarios, y fustigaba a cuantos encontraba, sin conmiseración.

¿Quién fué ella y a qué bando político pertenecía? ¿Y qué ganaría la historia con conocer estos arrebatos realistas o republicanos?

"Te aconsejo que no te mezcles en los negocios políticos, escribía Bolívar a su hermana Antonia en 1826, ni te adhieras ni opongas a ningún partido. Deja marchar la opinión y las cosas, aunque las creas contrarias a tu modo de pensar. Una mujer debe ser neutral en los negocios públicos. Su familia y sus deberes domésticos deben ser sus primeras ocupaciones".

Y en verdad que las cosas anduvieron muy complicadas cuando, desde 1815 hasta 1819, se

fusilaba a los hombres por simple sospecha y se metía a otros en el embudo de los empréstitos hasta que se adelgazaran como anguilas, y exánimes, salieran por el pico.

La antigua familia Blandain, después Blandín, que tanto figuró en las tertulias caraqueñas de fines del último siglo, y de la cual hemos ya hablado en otra ocasión, [1] la constituian al comenzar la guerra a muerte en 1813, dos secciones, con ideas políticas diametralmente opuestas: la española, a la cual pertenecía la familia Echenique con sus entroncamientos de Alzualde, Zarzamendi, Aguerrevere, Medina, Martínez, etc., y la americana donde campeaban las de Blandín, Argain y Báez. Por la República se decidieron los hermanos Bartolomé y Domingo Blandín, y los jóvenes Argain y Báez, que figuraron en las filas patriotas. Por la realeza se decidió la familia Echenique con sus entroncamientos.

Concluida la contienda, los patriotas de la familia que estaban en el extranjero, regresaron al patrio suelo donde también quedó la familia Echenique a pie firme llevando levantada la bandera de Ataulfo, se entiende, en sus ideas y aspiraciones políticas. Goda fué la primera pareja, por los años de 1774 a 1775, godos continuaron los hijos, godos los nietos; pero ya entre los bisnietos comienzan a despuntar las medias tintas, tal es el influjo de los retozos republicanos sobre el corazón humano. Lo que nosotros admiramos en esta familia es la firmeza política de las matronas a la altura de sus méritos y virtudes sociales. Como los girondinos, cada una de ellas oc-

(1) La primera taza de café en el Valle de Caracas. *Leyendas históricas de Venezuela*, vol. I.

togenaria, muere en su ley, envuelta en la bandera de Castilla, y si en sus últimos años no dejaron de perdonar por completo a Bolívar, quizá le pidieron a Dios que le salvara, pues el ideal político de todas ellas estaba más allá del Atlántico. [2] Rindamos culto a la memoria de estas matronas, gala en pasadas épocas de la sociedad caraqueña y origen de muchas familias actuales de reconocido mérito.

Doña Josefa Echenique, la heroína de esta silueta, casada en primeras nupcias con el comerciante D. Jerónimo Alzualde de quien tuvo familia, lo fué en segundas con Don Miguel Zarzamendi, también comerciante español. Conocida por su carácter sostenido, en favor de la causa española, algunos del bando patriota la molestaron en 1813 y 1814, imponiéndola contribuciones y complicándola en enredos y chismografías, armas tan conocidas de todos los partidos políticos. Pero lo que más molestaba a los patriotas era que doña Josefa había casado a su hija María Isabel Alzualde con el coronel Gervasio Medina, del ejército de Morillo, quien militaba por lo tanto contra Bolívar desde 1815.—Así, la señora tenía que andar con los ojos muy abiertos, cuando llegaron los días del armisticio que trajo repique general en los campanarios de los ejércitos patriotas, pues a buen entendedor pocas palabras bastan. Doña Josefa había sufrido, y aunque durante el gobierno español, desde fines de 1814 hasta 1821, había descansado, temía encontrarse con un nuevo or-

(2) El fundador de la familia Echenique en Caracas, tuvo una hija de su primer matrimonio, doña Josefa Echenique, antes de entroncar con la familia Blandín. De las cuatro hermanas Echenique, Josefa, Catalina, Sebastiana y Marta, las tres últimas pertenecieron al segundo matrimonio.

den de cosas. Vivía esta excelente matrona en la avenida Este, número 53, casa de su propiedad que había refaccionado, cerca de la esquina del Cují, sitio donde los descendientes de la familia Blandín, tenían variadas fincas que aún conservan casi en totalidad. [3]

Comenzaba el año de 1821, después de haber sido roto el armisticio, cuando los republicanos vislumbraron la victoria tan deseada, después de miles de desgracias capaces de afligir el ánimo más templado. Pero como Bolívar era un espíritu inquebrantable que poseía el vuelo del Aguila y la tranquilidad del León, supo sacar partido hasta de las derrotas más vergonzosas... Todo anunciaba que iba a librarse una batalla final entre peninsulares y venezolanos y que el lugar de la contienda sería la llanura de Carabobo. Bolívar lo juzgó así y creyó que la suerte iba a decidirse en el campo afortunado donde ya en otra época, en 1814, le había sonreído la victoria. Para llevar a feliz término su pensamiento, Bolívar se propuso dar jaque a los diversos cuerpos del ejército español situados en diferentes lugares, para evitar la reconcentración de fuerzas sobre el campo de Carabobo, y con tal fin, dispuso que el general Bermúdez, por la costa de Barlovento, atacara al Jefe español Morales, y a Pereira que tenía tres mil combatientes.

Después de variados sucesos referentes a la historia de esta campaña en los valles del Tuy y

---

(3) Cuando el fundador de esta familia se estableció en Caracas por los años de 1745 a 1746, la ciudad no pasaba por esta dirección de la esquina del Cují (véase la leyenda Cují de Casquero). Por esto los diversos miembros de la familia pudieron hacerse de solares que levantaron de nuevo. La casa de doña Josefa conserva todavía sobre el portón el sello de la virgen María.

de Aragua y cuyos incidentes pueden verse en los autores, Bermúdez que había ya estado en Caracas y había tenido que dejarla, tornaba a ella por el camino del Este.

Propone Pereira una suspensión de armas, pero el Jefe oriental contesta exigiendo la capital, la cual abandona Pereira, durante dos días, para situarse en la colina del Calvario. En el mismo día en que se decidía la suerte de la República en el campo de Carabobo entraba Bermúdez con su pequeño ejército a Caracas por la avenida Este. Serían las 9 de la mañana cuando Pereira al ver a su contendor dueño de la Capital, destacó contra él varias guerrillas que comenzaron a tirotear a los patriotas por las calles vecinas al Caroata.

Doña Josefa había visto pasar a Bermúdez al frente de su estado mayor en el cual figuraba como oficial un primo de ella y el comandante Melchor Báez. [4] Sea porque en la mujer el sentimiento político es más ideal, o porque obedece a ciertas inspiraciones que en ella obran de una manera misteriosa, es lo cierto que a doña Josefa se le ocurrió que el Jefe insurgente huiría en esta ocasión, como lo había hecho días antes, no por el camino del Sur, sino por el del Este; así esperaba verle pasar de nuevo por sus ventanas, para jugar carnaval con el temido cumanés, empaparlo, si era posible, no con líquidos sucios, sino con agua potable elevada a una temperatura más alta que la tibia. Pensar y ejecutar fue obra de cortos instantes, y ya para las dos de la tarde estaba lista el agua, dispuestas las criadas esclavas, que en los postigos de las ventanas debían sostener la

(4) Acerca de este oficial distinguido de los patriotas, hombre de pelo en pecho, hablaremos más tarde.

guerrilla y las que adentro debían ayudarlas con pertrechos renovados sin cesar. *Contra insurgente agua caliente,* exclamó doña Josefa, después de dar las últimas órdenes a las esclavas dispuestas y contentas a obedecer con adiciones los mandatos de su ama.

El tiroteo entre los contendientes comenzado desde las 9 de la mañana había sido nutrido durante cinco horas, cuando comenzó a menguar. Bermúdez había obtenido el más completo triunfo contra las guerrillas de Pereira y todos habían vuelto a subir la colina del calvario en solicitud del Jefe español que se había situado en el picacho más elevado, donde figura hoy el Observatorio Astronómico. En disposición de continuar, Bermúdez deja su retaguardia en la plaza mayor y con el frente de su ejército sigue el puente de San Pablo y comienza la subida, cuando un incidente inesperado, da al traste con los vencedores, y la más espantosa derrota se apodera de los patriotas. Eran las tres de la tarde. Es el hecho que el corneta de órdenes, en lugar de tocar adelante, toca retirada. Al instante prende el desorden, cunde el pánico y no hay fuerza capaz de contener el desbordamiento de las tropas.

Con la rapidez del rayo, Bermúdez descarga sobre el cuello del corneta fuerte sablazo y la cabeza del infeliz rueda por tierra. El terrible sable se descarga sobre el cuerpo de los fugitivos más cercanos, sobre oficiales y soldados y nada puede conseguirse. Los oficiales pundonorosos logran reunir agrupaciones de cuatro o más soldados. Bermúdez al galope de su corcel viene a la Plaza Bolívar, en solicitud de su retaguardia; pero ya esta y la impedimenta compuesta de indios cumanagotos se habían dispersado en variadas

direcciones. Bermúdez lleno de ira y con el brazo no fatigado aún de planear y de cortar cabezas, retrocede, se multiplica, despacha oficiales con órdenes severas, se defiende personalmente de las primeras guerrillas españolas desprendidas de la colina del Calvario, pero todo es inútil. Había sonado la hora de la derrota, y sólo le quedaban montoneras sin cohesión, y parte del estado mayor. Entonces, desesperado, llevando la esclavina rota y el pecho herido, emprende la huida por la prolongada avenida Este. Ya el grito de "derrota", repetido por millares de bocas, había penetrado en todas las casas del poblado, y por todas las calles en dirección de Oeste a Este, no se veían sino soldados y pelotones fugitivos en solicitud de las arboledas del Guaire y del Anauco.

Al despuntar la comitiva de Bermúdez por la esquina de Marrones, doña Josefa exclama, "ha llegado el momento", y las criadas se aprestan en los postigos, cada una con su totuma llena de agua más que tibia. Doña Josefa iba a asistir a una escaramuza carnavalesca, desde la puerta de la sala que mira al corredor. La comitiva pasa las primeras ventanas a la izquierda del zaguán, donde doña Josefa nada había ordenado, por estar bajas, cuando se acerca el grupo de fugitivos a la primera ventana de la derecha.

"*Contra insurgente agua caliente* exclaman las criadas de la primera ventana, al lanzar sobre el grupo las primeras totumadas de agua". Al instante Bermúdez se detiene. ¿Qué es esto? exclama sorprendido; miserables esclavas, agrega, cuando de dos ventanas a un tiempo sigue el carnaval y los gritos de *contra insurgente agua caliente*. Enfurecido Bermúdez, prorrumpe en frases destempladas, y de su boca salen sapos y cule-

bras, cuando se escucha en repetidas ocasiones la frase de *contra insurgente agua caliente;* y tras de cada apóstrofe, allá iban totumadas de agua.

Detén a tus esclavas, Josefa, dice entonces el comandante Báez que pertenecía a la comitiva, y por toda contestación las esclavas le endilgan totumadas de agua. Bermúdez está como fuera de sí, trata de herir a las guerrilleras, y éstas ocultando el bulto, vuelven a bañarlo. El combate se ha hecho general, y si imprecaciones y amenazas contra los godos salen de la boca de los fugitivos, agua va de las ventanas de doña Josefa. Altaneras aparecen las guerrilleras con el triunfo, colérico Bermúdez y su Estado Mayor, cuando por intervalos vuelve a escucharse la voz del comandante Báez que repite: "Josefa detén a tus esclavas".

Aquella reyerta carnavalesca duraba ya tres minutos, cuando Bermúdez, queriendo marcar la casa de doña Josefa, descargó un sablazo sobre una de las celosías, y continuó: "Ya sabrás infame goda a quién has querido ultrajar". Y no había concluido la frase de amenaza, cuando cayeron sobre el grupo de fugitivos nuevas totumadas de agua. Y contra insurgente agua caliente. Todadavía, al emprender la retirada, de la última ventana, una de las esclavas más diestras baña con la última totumada de agua el anca del caballo del primo hermano de doña Josefa.

Los que han presenciado alguna de esas interesantes escaramuzas, del carnaval moderno, en este mismo sitio de la avenida Este, cuando la juventud elegante de Caracas en carruajes llenos de ramilletes y de cestillos de flores, entra en combate contra las beldades que engalanan las ventanas, podrán formarse idea del carnaval de agua caliente que jugó doña Josefa Echenique con el fa-

moso general cumanés, en la tarde de la rota del Calvario, 24 de junio de 1821.

Cuando los fugitivos continuaron, con ampollas en el pescuezo, casi todos, Bermúdez iba lanzando bocanadas de metralla y de espuma contra doña Josefa y las godas de Caracas. Y tan furioso iba y tan temible, después de haber cortado cabezas, planeado a centenares de soldados y recibido el baño carnavalesco de doña Josefa Echenique, que cerca de Sabana Grande, al tropezar con un sargento que no atendió a la llamada, de un sablazo le separó la cabeza del tronco.

Cuando a los pocos días, después de Carabobo, llegó Bolívar a Caracas, al ser enterado de todos los accidentes de la derrota de Bermúdez, y entre otros, del carnaval de doña Josefa Echenique, exclamó: "La goda tiene razón y ha obrado con talento. Tras de una mañana de tiroteo y de fatiga bien asienta por la tarde un baño refrigerante".

Concluida la guerra, las amenazas de Bermúdez se desvanecieron, olvidóse del percance carnavalesco y nadie volvió a molestar a doña Josefa. Pero un incidente inesperado, si por un lado causó satisfacción, años más tarde, a la señora, por el otro le produjo sinsabores que oportunamente cesaron por la intervención de Páez y de Soublette: fué el siguiente:

Durante los meses en que Bermúdez, años después de 1821, permaneció de paso en Caracas, vivió en la esquina del Cují, cerca de la casa de Doña Josefa Echenique. Desde la Habana el coronel Medina había pedido a su familia en Caracas que le remitieran su tricornio de parada que necesitaba. Con este objeto la familia se valió de un carpintero que debía acomodar la encomienda en caja especial; mas éste, que guardaba cierto

rencor oculto contra Medina, en lugar de construir el mueble, tomó el sombrero y se lo llevó de regaló al general Bermúdez, asegurándole que aquella prenda la había querido comprar una familia goda para regalarla al coronel Cisneros, entonces sublevado contra el gobierno de Colombia y a favor de los Españoles. Bermúdez aceptó el regalo y de éste hizo uso en variadas ocasiones.

"Que papujado va el general insurgente", dijo doña Josefa a su familia, al ver pasar en cierta tarde, a Bermúdez que, como todos saben, tenía abultado el pecho y arrogante el busto. "Pero lo que más hermosea a este Adonis de los insurgentes, añadió la señora, es el rico tricornio de mi yerno, el coronel Medina, que con tanta gracia cubre la bien peinada melena de este loco cumanés".

No contentos los enemigos políticos de doña Josefa, al verla tranquila en su casa, hubieron de fraguar contra ella una calumnia, diciendo que tenía correspondencia con el cabecilla Cisneros, que había comprado un tricornio para enviárselo y mil vulgaridades más del mismo jaez. Abresele un juicio a la señora con el único objeto de sacarle dinero, comienza el proceso que alimentaban unos tantos farsantes políticos. Y ya habían salido de las arcas de la señora, centenares de pesos, cuando Páez y Soublette hubieron de intervenir y poner punto final a tamaña iniquidad.

Doña Josefa Echenique había jugado carnaval con uno de los leones patriotas, había perdido el tricornio de parada de su yerno y por añadidura algunos centenares de pesos. Todo lo hubiera perdido con satisfacción, menos sus ideas políticas, pues ella y sus hermanas murieron en olor de santidad godiana, como en remotísimos tiempos habían muerto Ataulfo, Alarico y compañeros mártires.

SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE

—

EL FAROL DEL CAPUCHINO

—

En la antigua y celebrada ciudad de Barinas, lugar abierto, hoy montón de escombros, cuando en noches oscuras y húmedas sopla el viento que barre antiguos terrenos de la sabana donde existieron putrefacciones animales, los fuegos fatuos se introducen en el poblado y vagan como llamas de luces pálidas, indecisas, solitarias.

Ya en otra ocasión hemos disertado sobre estas luces, almas errantes, almas en pena, bola de fuego, el alma del tirano Aguirre, como las llaman en varios pueblos de Venezuela. [1] Pero en Barinas, durante los veinte y más años que siguieron a la guerra a muerte, estas luces llevaron cierto nombre de grato recuerdo para los moradores de la ciudad: *el farol del capuchino.* Así dijeron los antiguos barineses a los fuegos fatuos que, durante ciertas noches, vagan por las calles de la ciudad escombrada.

---

(1) Contribuciones al Folk-lore venezolano.—El Alma del tirano Aguirre.—El Tiempo.—1893.

Triste y conmovedora es la historia que vamos a narrar.

Antes de que Bolívar comenzara su campaña de 1813, ya los patriotas de Barinas habían sido víctimas de las tropelías de Tiscar, de Puy, de Ñañez. Estos Jefes españoles no perdonaban a ningún patriota, y Puy se vanagloriaba de haber sacrificado a quinientos de ellos. Es un hecho que Tiscar, gobernador de Barinas, con fecha 3 de mayo de 1813, publicó un bando por el cual disponía que no había cuartel para los venezolanos. De los degüellos repetidos a orillas del Santo Domingo y de los asesinatos en las cárceles, habían sido testigos los moradores de la capital. Estos y otros asesinatos estimularon a Bolívar a lanzar su proclama de guerra a muerte publicada en Trujillo en 15 de junio de 1813. Acéfalo el Gobierno de Barinas por la huida de Tiscar y compañeros, entraron los republicanos que venían vencedores.

La guerra a muerte había comenzado implacable y feroz. Nadie se escapaba, y si el derecho de represalia alimentaba la hoguera infernal que envolvía con sus llamas campos, ciudades, aldeas; pasiones ocultas, venganzas sociales, odios inveterados estallaban, al mismo tiempo, revistiéndose con el ropaje de la política militante.

Desapareció la sana lógica que siempre guía en situaciones anormales y dominaron solamente las pasiones. Así fué que españoles meritorios, altos empleados de Hacienda que a la huida de Tiscar se encontraron depositarios de dinero que pertenecía a la nación, entre huir con los que huían y aparecer ladrones o indiferentes, prefirieron presentarse al vencedor y poner en manos de éste lo que no les pertenecía. Era natural dejar a estos hombres probos y dignos en comple-

ta libertad; mas no fué así, pues para salvarse de la muerte debían aceptar la República. Entre la República y la patria española ellos optaron por ésta, y fueron por lo tanto sacrificados. Prefirieron la muerte y la orfandad de su familia a aparecer traidores ante su patria. Estos y otros ejemplos aparecen en esta época caliginosa, como estrellas lejanas que el huracán, en sus espasmos, deja ver en las profundidades del espacio.

La guerra a muerte llegó a hacerse de moda, y si en ciertos casos obedeció a la ley de la conservación, en muchos apareció como necesidad social que obedecía a la ley escrita. Oficiales españoles y venezolanos cazaban, en ciertos lugares, a los campesinos y hombres indefensos que ajenos a toda pasión buscaban pacíficamente la vida.

El asesinato tiene también sus voluptuosidades cenagosas. El olor de la sangre que posee la fuerza atractiva del imán, embriaga como la morfina.

Existió en Barinas, en la época de que hablamos, un capuchino venerable, verdadero apóstol de Jesús. Si no estamos equivocados, conocíase con el nombre del padre Campomanes, cura de Barinas.

Espíritu justo, corazón lleno de bondad evangélica, el santo capuchino era en Barinas el primero que se despertaba, el último que se recogía. Era un hombre que frisaba en los cincuenta años, ya su barba había encanecido, y en su rostro se transparentaba la vigilia, el trabajo del obrero de Dios. No había en aquella dilatada región quien no le amara, porque había sabido entrañar el amor, no sólo en el corazón de los necesitados y pobres de espíritu, sino también en el espíritu intransigen-

te de los magnates políticos. Todos estos desde 1810 le amaban. Cura, médico, consejero, padre de los enfermos y menesterosos; todos, todos cabían holgados dentro del círculo de caridad en cuyo centro brillaba este apóstol de Dios.

Había arrancado víctimas al banquillo, había limado las cadenas de presos políticos; había presenciado las tropelías de los unos y de los otros, y su pensamiento continuaba siempre en la vía luminosa del Calvario.

¡Cuánta mansedumbre celestial! Todas las noches cuando llegaba la hora del reposo, el santo capuchino tomaba su farol y recorría el poblado, en solicitud de algún necesitado, de algún enfermo, por pudiente que fuera. Y si tropezaba con alguna casa que no se hubiera cerrado todavía, allí estaba para ofrecerse. Los moradores al divisarlo, no tenían sino una frase: "allá va el capuchino con su farol". Y así que quedaba convencido de que no había necesidad de su presencia y de que todas las familias dormían tranquilas, se recogía para orar y descansar.

Aquella llama apacible que diariamente, al avanzar las sombras, cruzaba cual exhalación las calles de la ciudad, era nuncio de la buena noche. Había un angel de Dios que velaba.

En cierta mañana, el capuchino sale de Barinas y sigue el camino de Torunos, a visitar un enfermo, cuando, en las afueras de la ciudad, tropieza con un jefe de alta graduación que se dirigía a la capital acompañado de su Estado Mayor.

—¿De dónde viene usted?—pregunta el Jefe.

—¡De Barinas, señor!

—¿Quién es usted?

—Soy el cura de Barinas.

—¿Es usted español?—insiste el jefe.

—Sí, señor—contesta el capuchino, sereno y sonreído.

—¿Y a usted por qué no lo han matado?

—Dios sólo lo sabe, y ante su voluntad me inclino—responde el capuchino con admirable humildad.

—¿No hay quién se encargue de pasar a este hombre por las armas?—pregunta el jefe a su séquito.

—Yo me encargo—dijo uno de los oficiales. Y la comitiva continuó.

El oficial indica al capuchino un sitio cercano donde entonces se levantaba un árbol llamado Flor Amarilla.

—Allí, padre—agrega el oficial.

—¿Me permitirá el señor oficial reconciliarme con Dios?

—Todo el tiempo que usted necesite—contesta el oficial.

El capuchino se arrodilla, cubre con sus manos el rostro y permanece corto rato en oración. En aquel instante recorre su hoja de servicios a la humanidad y, al encontrarse justo, se levanta erguido, sereno.

—Estoy dispuesto, señor—dice. Y la cabeza del santo varón rueda por tierra bajo las ramas de Flor Amarilla.

Triste, tristísima fué aquella noche para las familias de Barinas, y así continuaron. Una víctima más había caído en la fosa siempre abierta de la guerra a muerte. El tiempo de los mártires no había pasado todavía.

Al desaparecer el capuchino, al extinguirse con él aquella llama que recorría las calles del poblado, los fuegos fatuos, las almas en pena de las

sabanas, comenzaron a ser notados por las familias. La luz del farol las había eclipsado durante algunos años, y libres, empujadas por el viento, continuaban como luces de la noche. Al verlas pasar, al distinguirse desde las ventanas y balcones, los moradores se decían: "ahí va el farol del capuchino".

¡Cuántas noches tristes para muchas familias! Imposible era separar de la memoria aquel semblante lleno de mansedumbre y de amor, aquel farolillo nuncio de paz para los moradores de la ciudad. ¡Cuántas veces, a la alucinación que producía el recuerdo seguía el llanto de las niñas!

—Madre querida, me ahogo, estréchame y ampárame—decía la niña a la madre.

—¿Qué tienes, hija, qué te aflige si tú no conoces todavía el dolor?

—¿No oiste, buena madre? Pasó el capuchino y me preguntó por cada uno de la familia. Y cuando salí a la ventana se desvaneció y se apagó la luz del farol.

—No, hija mía, el santo capuchino mora en la gloria. Lo que tú has visto son los fuegos de la sabana que penetran en el poblado.

—No madre; es él, es él, aún le veo. Y la niña, deshecha en llanto, caía, en brazos de la madre.

Así fueron desvaneciéndose poco a poco estas imágenes ficticias de un hecho real, del cual no debía quedar sino el símbolo; los fuegos fatuos, reprsentantes de los gases inflamados de las putrefacciones animales, avivadas, por el recuerdo de luz querida: el farol del santo capuchino.

Las almas en pena, las almas errantes, la bola de fuego, el alma del tirano Aguirre, el farol del capuchino, tales son los nombres que llevan, en Venezuela, los fuegos fatuos.

EL ULTIMO DE LOS EXPEDICIONARIOS

—

Aún vive.

Allá, al rematar la calle Sur 5, entre grupos de palmera que anuncian el puente de hierro sobre el Guaire, vive un anciano que frisa ya en los ochenta y ocho años. Es de rostro benévolo, simpático, que atrae por la modestia y amabilidad; y de tez rosada que se conserva a pesar de las arrugas. El cuerpo es pequeño, encorvado por la edad; canos están barba y cabello; y son azules los ojos y casi sin brillo; pero hermoseados por una mirada plácida, en la cual se transparentan corazón sano, alma generosa. Aunque agobiado de dolencias físicas, pobre y abatido por la fortuna, él conserva todavía el carácter franco, expansivo y caballeroso que hubo de sus progenitores y que sostiene con orgullo, como timbre de raza. Por esto es querido y venerado de cuantos tienen la satisfacción de tratarle.

Cincuenta y más años hace que nos profesamos cariño y siempre le hallamos el mismo, siempre a la altura del deber.

—¿Sufrís?—le preguntamos hace días al encontrarnos.

—Mucho, nos contestó. Siento que la vida se escapa y que la muerte me sonríe. A mi edad, esta es necesidad y recompensa.

—¿No la teméis?

—No cabe temor en corazón tranquilo y en espíritu que sabe remontarse a Dios.

—Así habla el justo, le respondimos.

Y cambiando de conversación le preguntamos. —¿Nos permitís que escribamos algunas líneas acerca del último de los expedicionarios de 1816? Os debemos una reparación y deseamos haceros justicia. Cuando ahora años dimos a la estampa la lista de los expedicionarios que acompañaron a Bolívar en 1816, por olvido involuntario no mencionamos vuestro nombre.

Nos estrechó la mano, y vimos que sus ojos se humedecieron. El corazón decía lo que los labios por modestia callaban.

¿Quién es este anciano se preguntarán muchos, tan lleno de merecimientos, tan venerado por sus compatriotas?—Ya diremos quien es; departamos mientras tanto, con nuestros lectores, acerca de hechos históricos de remotos tiempos que, cuando se trata de una de esas existencias que llevan el cuerpo encorvado más por los merecimientos que por los años, tales reminiscencias aparecen como ecos melodiosos, como luces plácidas que sirven de compañeras en el camino de la tumba.

En los días de la célebre Compañía Guipuzcoana, por los años de 1730 a 1740, llegó a Caracas, como empleado de aquélla, cierto español natural de Granada, quien se hizo conocer con el título de *Escribano público de la Costa Firme del mar Oceano,* autorizado por Real Cédula. Don Francisco Antonio Vásquez de Rojas, que así se

llamaba el escribano, contrajo matrimonio, a poco de fijarse en la capital, con doña María de la Luz Perea y López, de la cual tuvo un hijo que recibió en la pila bautismal el nombre de su padre.

Quiso éste que su niño, después de recibir la instrucción primaria y secundaria que se conocía en aquella época, se dedicase a la carrera eclesiástica. Inclinaciones no faltaban a Francisco Antonio, que frecuentaba el trato de los teólogos, leía retazos de los Santos Padres, y recitaba de coro alguno que otro párrafo de oradores cristianos. Ignoramos cuál fué el tiempo que dedicara el aspirante a los estudios serios; pero lo único que podemos asegurar es que antes de llegar a la edad provecta, Francisco Antonio Vásquez de Rojas contrajo matrimonio con doña María Dominga Miñoni, teniendo de este enlace un niño, a quien bautizaron con el nombre de Marcos José.

Pero un incidente triste e inesperado en la familia, la muerte de doña Dominga, dejó huérfano al párvulo, y al esposo sumido en el más acerbo dolor. Resolución tenaz se apodera del ánimo del viudo: la de abandonar el mundo para concluir sus días en el ejercicio de la carrera eclesiástica. Parecióle escuchar voz misteriosa que le indicaba el camino que debía seguir, y sin perder tiempo, complementa sus estudios, familiarízase con el seminario y con el templo y aparece en cierto día por las calles de Caracas, llevando con dignidad el vestido talar. Así el Padre Francisco Antonio Vásquez de Rojas daba comienzo a la carrera del apostolado, para la cual había nacido y en la cual debía morir, amado y bendecido de su grey. Sacerdote ejemplar, fué también orador estimado, cuya palabra comprendida por el hombre de mundo, llegó hasta mover el corazón del rústico la-

briego. Después de haber servido en Caracas y otros lugares, el Padre Vásquez de Rojas, fue nombrado en 1794 cura y vicario de la ciudad de Carora. A su lado, y bajo su ilustrada vigilancia, comenzó su apostolado en la misma época, como monaguillo, aquel otro pastor que conoce Venezuela con el nombre de Fray Ildefonso Aguinagalde, de grata recordación. Diez y seis años contaba el vicario de ejercicio espiritual en Carora y sus parroquias, cuando la salud del buen pastor comenzó a deteriorarse, de tal manera, que le imposibilitaba el cumplimiento de sus sagrados deberes.

Dos acontecimientos imprevistos vinieron a turbar los días del virtuoso pastor; el terremoto del 26 de marzo de 1812, la invasión y toma de Carora por las tropas invasoras de Monteverde el día 25; calamidades que se correspondían por la orfandad, lágrimas y muerte de que venían acompañadas. Las familias de la Torre y Oropeza, queriendo endulzar los últimos días del vicario, le hicieron transportar a un campo vecino de la ciudad, donde reunidas otras personas prodigáronle al santo varón todo género de atenciones. En medio del sollozo de familias numerosas, el vicario Vásquez de Rojas bendijo por la última vez a su grey y expiró el 12 de julio de 1812. (1)

Marcos José Vásquez de Rojas rayaba en los treinta y dos años cuando murió su padre. Educado en Caracas, bajo los cuidados de sus parientes, llegó a figurar entre los niños de su época, como uno de los más sobresalientes por su vivacidad y talento precoz. Es un hecho, que entre los

(1) Datos manuscritos del Archivo de Carora que nos ha suministrado el actual vicario de aquella ciudad, Pbro. M. Hurtado.

centenares de educandos que se tratan en un plantel de enseñanza, no son los más aprovechados y simpáticos los que granjean nombre entre sus coetáneos, sino los más talentosos que, en la generalidad de los casos, llegan a imponerse, alcanzando estimación y fama. Así sucedió con Marcos José, que contaba entre sus numerosos amigos a los hermanos Toro, sobre todo, José Ignacio, a Francisco de Paula Alcántara, Simón Bolívar, Sutil, Carrillo, Milano, Granadillos y otros muchos. Rojas por su carácter epigramático, sus improvisaciones en verso, sus chistes, tenía que alcanzar cierta aura que alimentaban los compañeros de escuela. Tales antecedentes contribuyeron a que más tarde, Bolívar y Alcántara que eran inseparables de Rojas, estimularon a éste a seguir la carrera de las armas, en la época de la guerra a muerte.

En 1798, el joven Simón Bolívar deja a Caracas y a sus compañeros de infancia, y un año más tarde, tiene efecto en la plaza mayor la ejecución del reo de Estado don José María España. En presencia de una víctima tan meritoria, atada y traída a la plaza a la cola de un caballo, en presencia de la muerte de este mártir y de la mutilación del cadáver, cuyos fragmentos fueron expuestos en sitios públicos, la juventud de aquellos días debió inspirarse en cierto orden de ideas que debía traer nuevo orden de cosas. Entre los numerosos jóvenes que presenciaron este punto de partida de la Revolución caraqueña estaban Francisco de Paula Alcántara y Marcos José Vásquez de Rojas, destinados más tarde a militar juntos.

En aquellos días, al comenzar los albores del siglo actual [1] quiso Rojas dedicarse al estudio de la medicina, al cual se inclinaba; pero no pasó

mucho tiempo, sin que lleno de impaciencia, abandonase el claustro universitario, y comenzase a ejercer la profesión, ayudado de los conocimientos que había adquirido, prefiriendo así el título de romancista al de Médico Doctor. Para un hombre de ingenio como era Rojas, que de todo sabía un poco, principalmente de artes y oficios mecánicos, y facilidad y comprensión poseía en alto grado, no le arredraba el ejercicio de la profesión médica, sobre todo, el de la parte quirúrgica. Así fué que contando con el éxito, alma de los hombres de ingenio, lanzóse a los campos de San Sebastián, Orituco y otros lugares en los cuales alcanzó clientela.

A la sazón acontece el 19 de abril de 1810. Identificadas sus opiniones políticas con las de sus amigos de Caracas, Vásquez de Rojas saluda la nueva época, proclama en San Sebastián el acta del 5 de julio de 1811, y contribuye a la creación de las milicias de la misma localidad. Cansado de firmar Vásquez de Rojas, el nuevo republicano abréviase el apellido, suprime la partícula de nobleza, y firma desde entonces Marcos Rojas; y con este nombre y el grado de capitán, sigue en 1812, bajo las órdenes de su amigo Francisco de Paula Alcántara, a la primera campaña de Miranda contra Valencia. En la segunda continúa en los Valles de Aragua, donde le sorprenden los tristes sucesos del mismo año. Alcántara, joven que contaba con recursos, logra escaparse a las Antillas, en tanto que Rojas, pobre, trata de salvarse como pueda sin abandonar el país. Cuando en 1813 aparece Bolívar, Rojas vuelve a afiliarse en el ejército, figurando en las campañas de 1813 y 1814 al lado del Libertador. Y cuando de nuevo se pierde la República, jefes y oficiales huyen, menos el

teniente coronel Marcos Rojas, quien por segunda vez, buscaba la vida en el ejercicio de la profesión médica.

Ayudado de la práctica y de un carácter tan franco como insinuante, pudo ser favorecido por los jefes españoles de Turmero y de otras villas de los Valles de Aragua.

Así pasaron para Rojas siete años llenos de temores e incertidumbres, cuando en 1821, después de Carabobo, Bolívar vuelve a tropezar con su compañero de infancia. Alcántara que había seguido al Libertador por todas partes, y conseguido alto grado en la carrera militar, estaba en Turmero, de comandante general de los Valles de Aragua, cuando Bolívar se detiene en aquella localidad en su paseo triunfal de Valencia a Caracas. La familiaridad que existía entre estos dos militares era tal, que dondequiera que estuvieran habían de tratarse con intimidad de hermanos. Quizá, entre todos los Tenientes del Libertador, Alcántara fué el único que trató al ilustre jefe con la misma confianza que lo hiciera desde la infancia. Esto motivó el siguiente diálogo entre Alcántara y el Libertador.

—¿Sabes quién está aquí, Bolívar?

—¿Quién?

—Marcos Rojas.

—¡Cómo! ¿y por qué no se me ha presentado?

—Porque está contrariado, por la pobreza, aunque conserva siempre el carácter chistoso.

—¿Se habrá olvidado de su antiguo camarada? mándale a buscar, añade el Libertador.

A poco aparece Rojas complacido y animado en presencia de su antiguo camarada.

—¿Qué es esto? exclama Bolívar al verle.

—¿Por qué me esquivas? ¿No es este Simón Bolívar, tu compañero y amigo de infancia? Y abrazándole le sienta a su lado y departen por largo rato.

Al dejar a Turmero, el Libertador dispuso que su amigo Marcos Rojas fuese incorporado al ejército con el grado que había alcanzado en 1814, el de teniente coronel, debiendo seguir al sitio de Puerto Cabello, donde le dejaremos para retroceder a los primeros días del siglo.

Antes de abandonar los estudios de medicina en la Universidad de Caracas, el joven Rojas se había casado con doña Juana Perea y Carreño, familia esta última que tánto figuró en la Historia de nuestra Independencia; lo que hacía que Rojas y los hermanos Carreño, militares y civiles, se trataran como parientes muy cercanos. De este enlace no vino al mundo sino un hijo que fue bautizado con el nombre de José Luis. Trece años había cumplido, cuando la catástrofe de 1814, la aproximación a Caracas de las huestes de Boves y la caída de Bolívar infundían el espanto por todas partes. Al fin suena la hora de aquella tremenda emigración comenzada en la madrugada del 22 de agosto, y tras la cual seguía Bolívar con pocos soldados.—Prolongado cordón de fugitivos, compuesto de hombres, de mujeres y de niños, anillo viviente, que parecía seguir las inflexiones del mar antillano simulando una hidra de mil cabezas bañada por las olas.

Ignorante del paradero de su padre, y horrorizado con la aproximación de Boves, el niño José Luis, aguijoneado por compañeros imprudentes, y sin decir palabra alguna a su madre, sale con los fugitivos que acompañan a Bolívar.

Después de mil penalidades el niño encuentra en Barcelona protección de un señor Guerra, de la familia del general Bermúdez, con quien sigue a Cumaná y a Margarita. Pocos meses después, surta está en las costas de esta isla la famosa escuadra de Morillo. Entre los que abandonan la isla figura el niño José Luis, que arriba a Carúpano, donde encuentra protección del padre Juan Bautista Molinar, quien le nombra su sacristán. Así pasan los meses cuando llega a la costa de Carúpano la primera expedición de los Cayos al mando de Bolívar en 1816. El joven sacristán se entusiasma, abandona el incensario y la esquila, toma el fusil y se une al cuerpo de los expedicionarios. Acariciado de los jefes que le cobraron simpatías, y estimulado por sus compañeros en edad: Buroz, Guerra, Manrique, Pompa Rodríguez y otros más, el niño José Luis se embarca con todos ellos y llega a las playas de Ocumare.

En formación estaba en la plaza de este puerto, cuando por su tamaño y edad llama la atención del Libertador.

—¿Quién eres niño? le pregunta Bolívar.

—Soy hijo de Marcos Rojas, contesta el voluntario.

—¿Cómo? del amigo y compañero de mi infancia, pregunta Bolívar.

—El mismo, mi general, responde el soldadito.

—Pues bien, iremos a vengar su muerte si es cierto como nos han asegurado que murió asesinado. Y el Libertador llamando al coronel Montesdeoca le dice:—Os entrego a este niño para que le dejéis de guarnición en la primera plaza que tomemos.

Pero en aquellos momentos nada podía ordenarse y menos preverse, pues la suerte que hasta entonces se había presentado propicia, cambió de rumbo en un instante. Sábese que Bolívar hubo de reembarcarse, mientras que su ejército abandonado, tuvo que abrirse paso y retroceder hasta las costas orientales de Venezuela, peleando de día y de noche; serie de hechos admirables, que constituyen lo que llama la historia de nuestra independencia, internación de Ocumare, bajo las órdenes de Soublette y de Mac Gregor.

Cuando llegó el momento del primer fracaso, el joven José Luis Rojas fué uno de los primeros que quedaron en poder de los Españoles; mas a su corta edad y gracia debió el que le dieran la libertad, concediéndosele licencia para seguir a Turmero donde tropezó con su padre. Así continuaron padre e hijo hasta el triunfo de Bolívar en 1821.

Este niño de trece años que sigue a los fugitivos de Caracas en 1814 y se une a Bolívar en 1816, que recibe de éste en Ocumare saludo lisonjero; este joven que después de mil trabajos y penalidades vuelve a encontrarse con su hogar de familia, y presencia en la plaza de Turmero el abrazo que diera a su padre el Vencedor de Carabobo; este joven que se encuentra huérfano antes de que se rindiese el Castillo de Puerto Cabello, y a fuerza de trabajo alcanza por dos veces la fortuna que pierde; este patricio que sirve a la República en los comicios, en los municipios, en las asambleas, que honra el nombre de sus progenitores, y aparece siempre cumplido y digno, es el anciano de quien hablamos al comenzar estas líneas. Su nombre es José Luis Rojas, hijo del teniente coronel Marcos Rojas y nieto de aquel vir-

tuoso vicario de Carora, Francisco Antonio Vásquez de Rojas, ambos de grata memoria. (2)

Pero el último de los expedicionarios, desde temprana edad, como sus ascendientes, debía igualmente formar familia y alcanzar, como ellos, un solo hijo de su esposa la señora Mercedes Acosta. Cristóbal Rojas fué nuestro compañero en el Colegio de la Independencia, cuando ambos frisábamos en los once años. Más tarde, continuamos juntos en la Universidad de Caracas, ora como estudiantes de filosofía, ora como de medicina cuyos estudios concluimos en 1852, época en que nos separamos. Fué Cristóbal Rojas de carácter franco y corazón generoso, de talento impresionable, sagaz, epigramático. Con éxito cultivaba la pintura y la música, habiéndose familiarizado con el arte dramático, desde la infancia. (II)

Llegó a admirar las obras notables de su tiempo, y al darlas a conocer entre nosotros, no desdeñóse en ser actor o director en teatros de familia. Algunos de sus cuadros de pintura figuran en templos de Caracas.

Ya dejamos asentado que Marcos Rojas llegó a poseer cierto ingenio que le hizo admirar de sus amigos y contemporáneos, sobresaliendo por su carácter chistoso y amor al arte. Refieren las tradiciones de esta familia, que en cierta ocasión, don José Rojas, queriendo obsequiar al pueblo de Turmero, da comienzo a una escultura, la efigie

(2) La familia con la cual provisionalmente vive don José Luis Rojas es la del señor Luis Z. Carrillo, su ahijado de bautismo. Dignos de elogios son los respetos, atenciones y cariño que al noble anciano tributan el señor Carrillo y su señora. Esto pone de manifiesto que las buenas amistades que fundan ciertos padres de familia en vida, pasan a sus hijos, para quienes es deber conservarlas, haciendo así de la amistad un culto que embellece los recuerdos del hogar extinguido por la muerte.

del Nazareno. Al concluirla llama a su hijo Cristóbal, quien al examinarla dice al padre.—"No está mala desde el momento que puede cautivar el corazón de los fieles"; y se puso a pintarla. A poco la efigie salía en procesión por las calles de Turmero.—"Es necesario confesar, dijo Cristóbal a su padre, al ver pasar la imagen, que si nosotros y nuestros mayores no somos artistas, en la verdadera acepción de la palabra, poseemos por lo menos insignificante chispa del fuego sagrado. Contentémonos papá, con ser los artistas de nuestro hogar". Estaba escrito que uno de sus hijos el que lleva su nombre, refundiría el talento de sus antepasados coronando de gloria a la familia.

No pudiendo Cristóbal Rojas dejarse arrastrar por su amor al arte, pues había estudiado con éxito la profesión médica, para la cual había heredado talento e inclinación, visita después de 1852 varios lugares de Venezuela, permaneciendo algún tiempo en las Antillas, donde dejó buen nombre. Estímulo justo lo aguijoneaba en el ejercicio de la Medicina y era el parentesco inmediato que tenía con el célebre Eliseo Acosta, cuya muerte prematura llora Venezuela.

Después de quince años en que estuvimos sin vernos, ausentes de la patria, volvimos a encontrarnos. Padre de familia era ya nuestro amigo cuando tenaz enfermedad por los años de 1869 a 1870, puso fin a sus días, dejándole a su padre por herencia una viuda con cinco graciosas criaturas.

He aquí los dulces compañeros del último de los expedicionarios en los días de su senectud. En la orfandad han crecido bajo el ala protectora de la buena madre, y en presencia del varón justo que representa cinco generaciones de hombres notables y de familias virtuosas. Ya las niñas son

madres, y los varones adultos. Sonríe, señora, que Dios te ha concedido la gracia e inocencia de tus nietos. [3] En tanto los varones solteros, amorosos, unidos prosperan: Marcos que se ha dedicado al comercio, Rafael que es el levita de la familia. Pero sólo a Cristóbal le estaba reservada la suprema dicha, la de ser el talento artístico que desde las orillas del Sena, coronara las sienes de su madre y reflejara gloria sobre su hogar y sobre el patio suelo.

Ven, artista, y corona la obra de tus mayores con una creación de tu ingenio, que cual recuerdo de familia brille en el hogar de tu buena madre. Sea tu tema el último de los expedicionarios en el camino de la tumba. Sean tu madre y hermanas ángeles del hogar, las que sostengan, en su paso vacilante, al anciano, simbolizando así la Fe, la Esperanza y la Caridad. Abran tus dos hermanos el pórtico de este cuadro; uno de ellos beneficia los tesores de la industria; lleva el otro el cayado del buen pastor, y en su semblante plácido, se refleja el alma del discípulo del Evangelio. Gracioso rayo de luz que se pierde en el lejano horizonte, serás tú, tu espíritu luminoso que desde lejanas tierras, contemple la escena sublime del varón excelso en el camino de la tumba.

Satisfechos llegamos a este punto, después de haber cumplido un deber y de haber rendido jus-

---

(3) De las dos niñas de la señora Alejandra Poleo de Rojas, Mercedes es la esposa del señor Ramón Chapellín, y Alejandra, la del señor Guillermo Barnola.

ticia. La reivindicación póstuma hubiera sido tardía, la reparación histórica para ser augusta y solemne necesita de la satisfacción de aquel que, por circunstancias fortuitas, pudo ser víctima del olvido. Anticipándonos a la muerte del último de los expedicionarios de 1816, y refundiendo en un solo cuadro los méritos de cinco generaciones, aspiramos a nuestro turno, no a aplausos, si a las bendiciones del varón justo.

BELLO MONTE

—

La brillante campaña de 1817 abre a Bolívar la posesión del Orinoco. En esta región aparece el Libertador, desde 1818, con toda la actividad de sus fuerzas, con todos los ideales de su genio. "Dadme un punto de apoyo, dijo Arquímides, y con una palanca muevo la tierra". Bolívar, después de heroica constancia y de crudo batallar, encontró al fin, la palanca de la revolución para mover, de uno a otro extremo, la América del Sur. La conquista del Orinoco da a esta lucha política un carácter admirable. A la presencia de las huestes guerreras, la hidra de la Libertad extiende sus mil brazos sobre los poderosos afluentes del Orinoco, y pampas y bosques se animan a los gritos de pelea. La riqueza natural en posesión de vías seguras, afluye a las costas venezolanas, y elementos de guerra surgen, como por encanto, al frente de legiones extranjeras, nuevos adalides en el campo de la defensa americana. Bolívar tiende mano generosa al comercio universal, y los puertos de la embrionaria República, se abren en medio del estruendo de las batallas, más aún, de la anarquía. A los corsarios españoles opone Bolívar los corsarios de la revolución; a la armada peninsular

las escuadrillas improvisadas. La gran feria de la emancipación venezolana tiene por teatro las regiones del Orinoco, y nacionales y extranjeros, de común acuerdo, trabajan por el éxito de noble idea: la emancipación política de la América española.

Hay algo más aún que realza las regiones del Orinoco. En éllas, por la primera vez, el radio visual de Bolívar se prolonga, y éste cree divisar horizontes luminosos, ignorados de los pueblos que le aplauden. Desde las orillas, el joven guerrero contempla las cuestas inaccesibles del Ande, y cree que su caballo, no desbocado como el de Mazzepa, sino conducido por hábil jinete, irá a detenerse allá a orillas del Titacaca, cuna de Manco Cápac. En repetidas ocasiones el sonámbulo de la Libertad delira con este tema, y se espacía como si recitara alguno de los cuentos de las Mil y una Noches.

¿Era una alucinación hija del ideal? Ya lo veremos.

Nunca fué la historia más justa que al bautizar a la Angostura de los conquistadores con el nombre espléndido de Ciudad Bolívar; nombre que sintetiza una prolongada historia de sacrificios, de reveses, de triunfos, donde el pensamiento del genio constituye la primera cabeza de la hidra, y es el principal brazo, aquel que al trasmontar el Ande, llama a las antiguas generaciones de los Chibchas, en los sepulcros de Sogamoso y de Tunja, para incorporarlas a las huestes vencedoras de Boyacá.

*
* *

Eran días de junio de 1818. Bolívar acampaba entonces frente a Caicara. Al sentarse a la mesa bajo la arboleda, en cierta tarde, el Liber-

tador manifestó a su séquito que presentía la llegada del bergantín *Meta.* Era éste una embarcación contratada para solicitar en el comercio de las Antillas elementos de guerra; y había corrido con tan buena fortuna, al verse perseguida de los corsarios españoles, que el dueño de élla, un comerciante inglés, había querido acompañar al capitán y compartir con éste los reveses y victorias que alcanzaran durante el viaje de ida y vuelta. Bolívar tomaba café cuando le llega la noticia del arribo del *Meta,* y celebraba con frases de entusiasmo el suceso, cuando vió que se acercaba hacia la mesa un joven inglés que le saludaba de lejos, con sombrero en mano, y decía: "Admirable noticia, general; el *Meta* ancla en aguas del Orinoco. Viva la patria, viva Bolívar".

—Es Alderson exclama éste, y alegre deja la taza de café para ir al encuentro del amigo que es recibido en brazos del Libertador. Con saludos semejantes, Alderson es celebrado por Zea, Roscio, Briceño Méndez y demás miembros del séquito de Bolívar.

—Aquí, aquí a mi derecha, dice Bolívar al joven inglés tan luego como tornaron a la mesa. Una taza de café para el viajero, agrega el Libertador, al prestar su atención al relato de Alderson.

Este, lleno de verbosidad, entretenía a Bolívar sobre temas referentes al viaje, cuando observó que un mayordomo se acercó al Libertador y le dijo algo en voz baja.

—Vea usted, amigo, fatal es la noticia que con tanta reserva me comunica este mayordomo.

—¿Y cuál es esa noticia, pregunta el viajero lleno de sorpresa? ¿Se trata de algo serio, general? añade Alderson.

—En mi vajilla de campaña, sólo existe una taza para café, la que tengo en las manos, contesta Bolívar lleno de sonrisa.

—No, no, mi general, un vaso suplirá. Para tamaña honra tal sorpresa, agregó Alderson.

Esto nos recuerda aquella otra orden de Bolívar, cuando estaba en Jamaica en 1816, y dice a su mayordomo: "Entregue usted a este compatriota una de mis camisas. A lo que contesta el mayordomo: General, sólo existe la que V. E. lleva sobre el cuerpo".

¿Quién es este joven inglés a quien trataba Bolívar con tanto cariño?

En los días de 1811 visitó a Caracas un extranjero que fué muy bien recibido por los patricios de aquella época: era don Juan Alderson, súbdito inglés, espíritu entusiasta de las nuevas ideas, quien al enterarse de cuanto pasaba, simpatizó con la causa patriota, y comenzó con los hombres de la revolución una amistad que sólo la muerte pudo interrumpir. Sálvase del terremoto de 1812, y cuando se creía seguro, al entrar en Caracas las huestes de Monteverde, por sospechoso le encierran en una de las bóvedas de la Guaira. Cuando el almirante inglés Durham tuvo en Curazao noticia de esta tropelía, presentóse en el término de la distancia, y reclamó al súbdito inglés que le fué inmediatamente entregado.

En esta oscura prisión tuvo Alderson su bautismo político, pues salió de élla más patriota que Roscio, Madariaga y demás patricios que fueron conducidos a Ceuta como insignes criminales. Más tarde vemos a Don Juan establecerse en el comercio de Caracas, asociado a un venezolano de grato recuerdo, don José Toribio Iribarren, y última-

mente en Angostura en 1817 a 1818. Ya para esta época había tratado y simpatizado con Bolívar.

En estos días de 1818, llegó al campamento de Bolívar, Mr. W. Irwing, como agente del gobierno de los Estados Unidos de América, y fué tan significativo este hecho a las miras de la revolución que el contento de los patriotas llegó a su máximum. Obsequióle Bolívar con espléndido banquete, y desplegó sus alas la elocuencia tribunicia de los compañeros del Libertador, al influjo del vino generoso; pero la de Bolívar que alimentaban solamente el poder de la idea y la fuerza de voluntad, llegó a dominar la selecta concurrencia. En alas del delirio político, después de haber arrancado a su auditorio los más frenéticos aplausos, Bolívar se pone de pié, sube a la silla en que estaba sentado, en uno de los extremos de la prolongada sala, y de la silla salta a la mesa. Al verlo la concurrencia atónita, queda en suspenso, y silencio profundo, sigue a los gritos del entusiasmo. Bolívar de uniforme, con botas jacobinas y espuelas, asumiendo toda la dignidad del caso, como escribe un cronista inglés de aquellos días, sigue hasta el extremo opuesto de la mesa del banquete, y sin darse cuenta de los diversos objetos de porcelana y de cristal que al caer estallaban, exclama: "Así como atravieso esta mesa de uno a otro extremo, así marcharé del Atlántico al Pacífico, desde Panamá al Cabo de Hornos hasta expulsar al último español". Entonces retrocede, sin que ningún objeto de adorno sufriera en esta ocasión, y al llegar al extremo de donde había partido exclama: "Y así retrocederé sin hacer mal a nadie, excepto a aquellos que se opongan al cumplimiento de mi encargo providencial". El entusiasmo es-

talla entonces, se convierte en frenesí, y Bolívar cae en brazos de sus admiradores. Tan solo Roscio, Zea y algunos más, bajaron la cabeza y llevaron las manos a la frente, como queriendo ahogar impresiones desagradables; mas a su turno fueron estimulados por el entusiasmo de la concurrencia y tuvieron que aplaudir. (1)

Pronto, muy pronto, llegó a realizarse aquel vaticinio que hizo inclinar las cabezas de Roscio y Zea. Con efecto, tras la campaña de 1818 vino la trasmontada a los Andes de Cundinamarca y el triunfo de Boyacá; y tras de Boyacá vino Carabobo. Lo que siguió, fué admirable serie de triunfos que condujeron a Bolívar hasta las más encumbradas ciudades de la tierra.

***

Abierto el comercio de Colombia a las naciones del mundo, desde 1821, el señor Alderson retornó a Caracas para establecerse en esta ciudad con su familia en 1824, y dedicarse al cultivo del campo. Un sitio le llamó la atención desde luego, y fué la estancia de la familia Ibarra, en el camino de Sabana Grande, donde figuran las ruinas de la antigua casa. Para entonces se había unido a esta finca el trapiche contiguo que está al otro lado del Guaire y varios terrenos hacia el Norte, lo que constituía una finca de mérito, donde comenzaron a prosperar el café y la caña bajo la dirección inteligente del nuevo propietario. Esta finca no tenía nombre hasta entonces y feliz ca-

(1) Esta escena figura en la obra inglesa intitulada: Tales of Venezuela illustrative of revolutionary men, manners and incidents. London, 3 vol. 1832. En notas inéditas, el señor Alderson confirma el relato del cronista inglés, y aplaude las frases de Bolívar que llegaron a coronarse por el más espléndido triunfo.

sualidad contribuyó a dárselo. En cierta mañana de 1826, almorzaban con la familia Alderson algunas notabilidades de Caracas, entre las cuales figuraba don Santos Michelena, este espíritu gentil y eximio de elevada cultura. Al llegar la hora del café, hablóse de dar un nombre al risueño campo bañado por las aguas del Guaire y embellecido por la naturaleza tropical. "Isabel, dijo Michelena, es la primogénita de nuestro excelente amigo el jefe de este amable hogar, y tal nombre, los ingleses por una figura de retórica dicen: *Bel. Belmount* contracción del francés, equivale en inglés a lugar o sitio bonito. Aceptemos el nombre de la primogénita y digamos: *Bel-mount* que familiarmente equivaldría a *Monte de Isabel.* Con entusiasmo de la concurrencia fué aceptado el expresivo nombre que llevó el campo desde aquel momento; pero como el pueblo, sabe también bautizar y poner nombres, según su leal saber y entender, siguiéndose por el sonido, dijo: Bello Monte, y este nombre ha prevalecido, sin que los moradores de Quebrada Honda, de Sabana Grande, de Chacao, pueblos vecinos, se hayan ocupado en investigar tan legítimos orígenes.

Bello Monte o Monte de Isabel es sitio que despierta grandes recuerdos. Allí jugó Bolívar, niño calavera; allí Humboldt, antes de emprender su exploración al Orinoco; allí Bolívar más tarde, en el apogeo de Venezuela, en 1827; allí el Centenario de Humboldt en 1867. Ya en otra ocasión hemos departido con nuestros lectores acerca de Bello Monte en los días de este sabio viajero, cuando el espíritu del hogar venezolano ignoraba por completo el estrago de las pasiones políticas y la ruina de los poblados. [2] Antes de Humboldt,

(2) Rojas, *Recuerdos de Humboldt.*

Bello Monte había sido uno de los sitios predilectos de Bolívar, cuando apenas frisaba éste en los diez y ocho años. Refieren las crónicas de aquel entonces que Simón repetía con frecuencia, cierto ejercicio de equitación, del cual siempre salió vencedor. Consistía en picar el corcel que montaba a cien varas de distancia de las gradas de Bello Monte y detener el animal en el corredor de la casa, después de vencer el obstáculo de la subida. Tal ejercicio tan forzado como peligroso, lo repetía el jinete con frecuencia. Y queriendo probar que a pie era igualmente hábil, desafiaba a alguno de sus compañeros de infancia a correr la misma distancia, subir las gradas y llegar al corredor. En diversas ocasiones Bolívar era el primero que ponía las manos sobre la puerta de la sala.

Hace veinticinco años que en las ruinas de Bello Monte celebróse, en cierta noche, al mágico resplandor de hachones campestres, el Centenario de Humboldt. Celebrar a Humboldt en los mismos lugares donde había pasado tan felices días, escribimos entonces, ¿no es unir lo pasado a lo presente por medio de recuerdos llenos de gloria y de amargura, pero también de noble orgullo y enseñanza? Un escritor alemán, al hablar de esta fiesta, al reproducir los elocuentes conceptos con los cuales evocó el doctor Ernst la augusta sombra de Humboldt, concluye con aquellos conceptos de Gœthe en el *Tasso*. "Los lugares donde ha morado un hombre eminente, quedan consagrados para siempre: los siglos pasan, pero la posteridad se encarga de repetir el eco de su nombre y de sus acciones".

A poco de haber sido bautizado el sitio predilecto de Bolívar con el nombre de Bello Monte, llegó aquél a Caracas, al comenzar el año de 1827.

En su paso por Maracay, el señor Alderson, entonces en la Hacienda "La Trinidad", obsequió a su viejo amigo; y Bolívar, agradecido, se presentó a poco en Bello Monte acompañado de su edecán general Ibarra, y del marqués del Toro. Para un hombre tan culto en la familia como Bolívar, esta tertulia tuvo sus atractivos, así fué que con frecuencia, durante su estada de seis meses en Caracas, visitaba a la familia Alderson. En ésta tropezaba siempre con lo más selecto de Caracas y de la colonia inglesa, en la cual figuraban algunos notables oficiales de las Legiones extranjeras que habían contribuido a la independencia de Colombia desde 1817, sobre todo, en las batallas de Boyacá y de Carabobo, ya bajo las órdenes del Libertador, ya bajo las de Páez y otros.

En vísperas de dejar Bolívar a Caracas, últimos días de junio, la señora de Alderson tuvo una niña; era el sexto y último de sus hijos. Al saberlo, Bolívar se presentó solo en Bello Monte, con el único deseo de conocer a la nueva niña de su viejo amigo. Anuncióse y acto continuo, pasó al dormitorio de la señora, la que tenía la niña en los brazos. "Cuidado con la cabecita", exclama el Libertador al creer que la niña podía recibir algún golpe al ponerse de pie la madre, y comenzó a acariciarla. En la generalidad de los hombres el sentimiento de ternura por la niñez es acto natural; en las grandezas históricas, por lo contrario, son hechos raros, y por esto perduran en la historia de la familia.

—¿Y que nombre llevará esta niña en la pila bautismal? preguntó Bolívar, después de un rato de conversación.

—No puede ser sino uno, contestó la señora: el de Simona Bolivia, si V. E. lo permite.

Al escuchar tan franca contestación, Bolívar se pone en pie y se inclina con profunda cortesía delante de la matrona. Al sentarse de nuevo, la conversación rueda sobre el mismo tema y Bolívar manifiesta a la señora que acepta con satisfacción la nueva ahijada.

Pero la pronta salida del Libertador, la ausencia del señor Alderson e indisposición de la esposa, impidieron que se realizara el padrinazgo, no obstante que la párvula recibió en la pila del bautismo el nombre de Simona Bolivia.

Eran aquellos los días en que comenzaba a florecer en Venezuela el comercio e industria ingleses, y la colonia británica que databa desde 1810 tomaba vuelo. Bolívar había aceptado para la educación popular, hacía años, el sistema lancasteriano y favorecía las ediciones españolas que, para la instrucción de los suramericanos, daba a la estampa la celebrada tipografía de Ackermann, en Londres. Eran los días en que el ingeniero Stephenson, hijo del sabio ingeniero de este nombre, visitaba a Venezuela, y se hablaba en Caracas de caminos de hierro y de túneles. La colonia inglesa en Caracas y La Guaira fué coronada años más tarde, cuando uno de los Soberanos de Inglaterra, Guillermo IV, obsequió a Páez con una espada-sable, donde el monarca escribió con su propia mano honrosa dedicatoria, y con el nombramiento como ministro de Inglaterra en Caracas, de aquel sir Robert Ker Perter, diplomático, hombre de letras, notable artista y alma rica en caridad y amor al prójimo.

En la colonia inglesa figuraban, en primera escala, los restos gloriosos de la Legión Británica, con los militares y civiles que habían ayudado a la emancipación de Venezuela. A éstos seguían los

comerciantes ingleses que habían aceptado la República como segunda patria, enlazados muchos de éllos, como los precedentes, con familias venezolanas; y finalmente, los que se establecieron después de disuelta Colombia. A pesar de haber desaparecido muchos patronímicos que corresponden a ciertas familias por la parte materna, el número de familias de origen inglés en Venezuela es respetable. Recordamos en los momentos en que escribimos los siguientes: White, Alderson, Mac Gregor, Flinter, Hamilton, Mattison (Ciudad Bolívar), Asthon Stopford, Smith, Minchin (Coro), Weir (Maracaibo), Richard, Chitty, Campbell, Woodberry (Valencia), Mac Pherson (Maracaibo), O'Leary (Bogotá) Mawdsley, Boulton, Anderson, O'Callaghan, Dunlop, Tood, Ackers, Sanderson (Cumaná), Mocatta, Gosling, Daly, Syers, Renshaud, Nevett, Miranda, Wallis, Tiller, Robert, etc., etc., a las que pueden agregarse las de Uzlar y Flegel, que, aunque de origen hanoveriano, deben figurar en los restos de La Legión Británica, a la cual pertenecieron como ingleses.

¡Cuán grande el abismo que media entre aquellos días, cuando el gobierno de la Gran Bretaña no se desdeñaba de tratar con el de una República que comenzaba, y éstos, en los cuales el mismo gobierno, contra las leyes de la justicia y del honor, absorbe nuestro territorio de la Guayana y nos despoja de lo que heredamos de nuestros mayores sin más para ello que la ley del más fuerte! [1]

En la familia Alderson la ilustración es virtud de raza, la lectura pan cotidiana; y cuando a esto se agregan el culto a la sociedad y los puros sentimientos del corazón y del espíritu, nada entonces puede faltar a este hogar plácido. El amor

a lo bello y a lo grande, y el culto a la memoria de Bolívar, continúan en él, a pesar de los achaques de los años y de los desengaños del mundo.

Isabel, la primogénita de esta familia, aunque frisa hoy en los ochenta años, conserva el espíritu lúcido. En la bibliografía de nuestra literatura, ella ha dejado páginas donde se refleja el alma de la escritora de nobles sentimientos. Después de haber seguido, durante algunos años, correspondencia amena con Revistas de Inglaterra y de los Estados Unidos de América, escritas en inglés, Isabel quiso fundar en Caracas un semanario literario en español, que resumiera, en síntesis, su variada ilustración, su caudal de buena lectura. Esta publicación que llevó el título de *Ensayo Literario,* vió la luz pública por los años de 1872 y 1873. En sus páginas todo es ameno y moral, y todo inspira interés porque instruye y deleita al mismo tiempo. En muchas familias se conserva este grueso volumen de 1244 páginas a dos columnas. Lástima que achaques de salud impidieran a la ilustrada redactora continuar sus tareas literarias.

Isabel contribuyó también con pequeño contingente, durante los primeros años de Venezuela, al conocimiento y ensanche de la más espléndida familia de nuestra Flora: la de las Orquídeas. Es curioso saber cómo la colonia inglesa, tanto en La Guaira como en Caracas, hizo más por la ciencia y la industria, en los primeros años de Colombia y de Venezuela, que los españoles durante tres siglos de no interrumpida posesión. Si éstos despreciaron por completo la Flora del Avila, aquellos se llenaron de entusiasmo ante flores que simulan pájaros e insectos, enteramente desconocidas hasta entonces del mundo europeo. Así,

Lindley notable botánico inglés, bautizó, en los días de Colombia, el género al cual pertenece nuestra flor de mayo, con el nombre de *Cattleya.* El capitán Cattley, según informes, después de haber visitado el Brasil y recogido variados objetos americanos, abrió en Londres una exposición e hizo conocer una de las más hermosas y espléndidas flores: la *Cattleya labiata.* (3)

Veamos ahora, cómo otro botánico también célebre, Hooker, bautizó con el nombre de *Cattleya Mossiæ,* la especie más conocida de nuestra celebrada flor de mayo, dada a conocer por Isabel Alderson.

En 1836, al dejar Isabel a Caracas con dirección a Liverpool se le antojó llevar consigo una cepa de nuestra Flor de mayo. Al llegar, la regaló como flor preciosa a su amiga la señora Yates, quien la trasmitió a su hermana la señora Moss. Enrique Moss, marido de ésta, comerciante espléndido, de notable fortuna, poseía en las cercanías de Liverpool, en el sitio pintoresco de Otterpool, un invernadero, en el cual fué colocada la orquídea caraqueña. Al año, en 1837, esta abre sus galanas y aromadas flores. Admírala la señora Moss que poseía el arte pictórico, y con rara habilidad sabe trasmitir la imagen al papel. Al instante la estudia Hooker y la clasifica con el nombre de *Cattleya* mossiæ, en honor de la señora del rico banquero señor Moss. La espléndida orquídea caraqueña parecía saludar en un jardín inglés el surgimiento del fecundo reinado de Victoria que ha cumplido su jubileo.

---

(3) London. *An Encyclopedia of plants,* etc. London, 1 vol. 1841.—Ernst, la *Flor de Mayo,* interesante estudio botánico en *El Cojo Ilustrado,* de enero de 1892.

¡Coincidencia singular! Al recordar estos hechos, este invernadero de la familia Moss, como homenaje a Isabel, sabemos que hace poco bajó a la tumba sir Eduardo Moss, el hijo de Enrique Moss, y también el señor Thompson, esposo que fué de Isabel Yates. El primero dejó un millón de libras esterlinas, el segundo, rico banquero de Liverpool, un millón trescientas mil libras.

Al mismo tiempo que la *Cattleya Mossiæ* abría el reinado de Victoria, un rico inglés en La Guaira y Caracas, Mr. George Ward, el primero que se dedicó al cultivo de esta familia vegetal, enviaba a Lindley dos muestras de la flor llamada *Cigarrón.* El celebrado botánico dió al género el nombre inglés *Stanhopea,* en honor de Lord Stanhope. A la una, la blanca, bautizó con el nombre de *Stanhopea eburnea,* y a la otra con el de *Stanhopea wardi,* en honor del señor Ward. De manera que en el curso de pocos años, cuatro nombres ingleses figuran en la historia de las orquídeas caraqueñas: los de *Cattley* y *Stanhope* como géneros; los de Moss y Ward como especies.

A Isabel Alderson

"Con el espíritu plácido, con el corazón en paz", ambos caminamos en solicitud del más elocuente de los ideales: la Eternidad.

No pensamos en las orillas del Leteo ni en el césped florido de los Campos Elíseos, y sí en los olivos de Getsemaní y en la Colina del Calvario. Te prometí, ahora mucho tiempo, mi colaboración de amigo y de colega, a tu *Ensayo literario;* y a los veintitrés años realizó mi ofrecimiento. "No hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla". En estas líneas te he hablado de tus pa-

dres, de tu hogar, de Bello Monte y de los recuerdos que tan pintoresco sitio trae a la memoria: Humboldt, Bolívar y los patricios de la revolución venezolana. Te he hablado, finalmente, de la familia Moss, que dió su nombre a una de nuestras espléndidas flores; la flor de mayo de nuestras selvas que llama hoy la ciencia *Cattleya Mossiæ*.

¿Que falta? Todo ha pasado, padres, hermanos, amistades, que así la muerte es la cuna de la vida. En el vaivén de las sociedades humanas sólo la naturaleza que renueva a cada instante sus vestiduras primaverales, tiene derecho a proseguir. Bello Monte no ha desaparecido. Cambió de dueños, pero quedó inmortalizado con el recuerdo de las pasadas grandezas, bajo la atmósfera luminosa que baña con el aroma de Flora, arboleda, maleza, ruinas, casa silenciosa, cedros seculares y las añejas *Erithrinas*, que al perder anualmente su manto de esmeralda, es para vestirse de celajes de aurora y regar en seguida el pavimento con tapiz de grana y de oro.

EL LORO DE LOS ATURES

A don Francisco Davegno.

En el sitio donde las aguas del Orinoco, después de haber seguido al Oeste, en numerosas curvas, tuercen bruscamente al Norte y se abren paso al través de los montes y rocas de Parima, está la bellísima región llamada de las grandes Cataratas. Es un anfiteatro de raudales que, en una longitud de seis a ocho mil metros, se precipitan unos en pos de otros, y producen el paisaje más hermoso de los ríos del Nuevo Mundo. Saltos de agua, cabelleras de espuma, islas que tiemblan entre numerosos arrecifes, laberinto misterioso donde la onda líquida se esconde y parece que gime, moriches que coronan de verdura la roca granítica y cobijan a los animales dueños de la tierra y de las aguas; todo parece que celebra a un tiempo las bellezas de la naturaleza americana: y solo al hombre es dado conocer los peligros de esta región, donde el viejo Orinoco lucha, se retuerce y logra vencer el poderoso anillo de granito que estrangula la corriente. Tales son los diversos actores de la lucha secular entre las aguas y las rocas en la espléndida región venezolana de las Cataratas.

Las ruinas de dos pueblos antiguos fundados por los misioneros jesuítas y capuchinos, se ven todavía al pie de los hermosos raudales de Atures y Maipures, al Norte y Sud de esta región. Recuerdan las unas el sepulcro de los Atures, raza extinguida, que sucumbió gloriosamente en defensa de sus libertades; recuerdan las otras el antiguo golfo geológico a la izquierda del Orinoco, frente a las rocas de Oco y Keri, islotes del primitivo río, cuando el dilatado golfo, coronado de palmeras y gramíneas, era un lago o remanso de las aguas. Recuerdan ambas a los pueblos indígenas, a aquellos misioneros que levantaron templos y casas al pie de las Cataratas, cultivaron la tierra, segaron la selva y cubrieron la fértil dehesa de animales útiles, hasta el día en que hombres desapiadados concluyeron con la riqueza aglomerada por el trabajo, y talaron las campiñas y los poblados, y acabaron con los modernos pobladores de Orinoco, como habían acabado los Caribes antropófagos con los primitivos Atures y Maipures, antes que el conquistador castellano hollara con su planta la tierra colombiana.

¿En qué se parece esta onda del Orinoco que baña hoy los arrecifes, a la onda primitiva, cuando yacían a flor de agua las enormes rocas donde el hombre prehistórico de América grabó las primeras creaciones del arte pictórico? "Del centro de las ondas, dice un célebre viajero, levántanse negras rocas, como el hierro, que parecen torres ya arruinadas. Cada isla, cada piedra, ostenta gran número de árboles de vigorosa producción; espesa nube flota constantemente sobre el cristal de las aguas y al través de este vapor espumoso, asoman las altas copas de los moriches. Cuando ya a la tarde los ardientes rayos del sol vienen a

quebrarse en la húmeda niebla, estos efectos de luz producen un espectáculo mágico. Arcos coloreados aparecen y desparecen sucesivamente y sus imágenes vaporosas se mecen a impulso de los vientos". [1]

Al Sud del raudal de Atures está situada la caverna de Ataruipa; tumba de una raza extinguida, donde reposan los osarios de pasadas generaciones. Aquí, en este sepulcro de un pueblo valeroso, referían los indios Guarecas que se refugiaron los Atures perseguidos por los Caribes antropófagos; lúgubre morada, donde toda la raza pereció sin dejar indicios de la lengua que hablara. Agregaban que en Maipures existía un Loro viejo que nadie entendía, porque hablaba la lengua de los Atures.

He aquí la tradición referida por los Guarecas a Humboldt, y que dió a conocer en sonoros versos el poeta alemán Ernesto Curtius:

"En las soledades del Orinoco vive un Loro viejo, frío e inmóvil, como si fuera su propia imagen tallada en piedra.

"Las rotas y espumosas olas del río ábrense paso al través de los peñascosos diques, y los troncos de las palmeras inclínanse anegados en las ondas de luz del sol.

"La ola, a pesar de sus esfuerzos, no puede llegar al fin. El sol mezcla jugueteando el reflejo de sus colores al polvo del agua.

"Abajo, en el sitio en que las olas caen rompiéndose, goza un pueblo del eterno descanso; expulsado de los lugares que habitó, refugióse en aquellas rocas.

---

(1) Humboldt. *Tableaux de la Nature.*

"Y los Atures murieron libres y orgullosos como habían vivido; los verdes cañaverales de la la orilla, ocultan todo lo que queda aún de su raza.

"Allí gime en señal de duelo el Loro, único que ha sobrevivido a los Atures; aguza su pico en la piedra y hace resonar el aire con sus gritos.

"Ah! los niños que le han enseñado los sonidos de su lengua materna, y las mujeres que le han educado, que han construido su nido con sus manos.

"Todos, heridos por la muerte, están tendidos sobre el río; sus inquietos gritos no han podido despertar a nadie.

"Solo él llama y en este mundo extranjero nadie puede comprender su voz. No oye más que el ruido de las aguas; alma alguna piensa en él.

"El salvaje que le distingue sobre el río, rema vigorosamente para llegar a la orilla. Nadie ha visto sin extremecerse el Loro de los Atures". (2)

Un distinguido venezolano, cuya amistad nos es grata, el señor Doctor Lisandro Alvarado, ha vertido la misma tradición de los versos alemanes de Curtius, publicados no hace mucho en el número 3 de *La América Ilustrada y Pintoresca.* El traductor dice así: (1)

En el Orinoco agreste
hay un viejo papagayo,
triste y yerto, cual si fuera
de dura piedra tallado.
Entre diques rocallosos,
espumante y destrozado,

(2) Traducción del español Giner, en *Los Cuadros de la Naturaleza,* por Humboldt.

corre el río entre palmeras
que al sol le roban sus rayos;
y nunca logran sus olas
traspasar el fiero blanco,
mientras velos esplendentes
son del iris matizados.

Allá do luchan las ondas
una tribu a esos peñascos
llegó proscrita y vencida,
y hoy goza eterno descanso....
Sucumbieron los Atures,
siempre libres, siempre osados,
y so cañas ribereñas
yacen sus últimos rastros.

De esa raza el postrimero,
cuenta el ave un hecho aciago,
y en la peña el pico afila,
al aire gritos lanzando.

Ah! los niños que el nativo
dulce idioma le enseñaron
y la mujer que sustento
dióle y nido, busca en vano!
En la playa a duros golpes,
todos cayeron, y en tanto
del ave la ansiosa queja
a ninguno ha despertado.
Solitario, incomprensible,
vocifera en suelo extraño;
oye el rugir de las aguas
y a nadie más el cuitado;
y el salvaje al contemplarle
huye veloz del peñasco....
Nadie vió sin que temblara
ese antiguo papagayo!

"Tan bella tradición simboliza en su poética sencillez—ha escrito el señor Doctor Ernst—la historia melancólica de numerosos pueblos y tribus que antes habitaban el suelo americano, y que desaparecieron unos tras otros en las sangrientas luchas de su propia barbarie, o bajo la espada desapiadada y la servidumbre inhumana de conquistadores europeos?

Hablando Humboldt de la noche en que visitó la tumba de los antiguos Atures, dice:

"Era una de esas noches frescas y serenas de que tan frecuentemente se disfruta en los trópicos. El disco de la luna rodeado de anillos encarnados brillaba en el zénit, iluminando los extremos de la niebla de purpúreos contornos, que como una nube velaba el espumoso río. Innumerables insectos esparcían sobre la tierra, tapizada de verdura, rojizas fosforescencias, resplandeciendo el suelo como si la estrellada bóveda hubiese descendido a la pradera. Las trepadoras *bignonias,* las perfumadas vainillas y las *banisterias* de doradas flores adornaban la entrada de la gruta, sobre la cual murmuraban los penachos de las palmeras".

"Así mueren y desaparecen las razas humanas! Así se pierde el ruido que su nombre produjera! Mas si todas las flores del espíritu se marchitan, si el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador, del seno de la tierra brota siempre nueva vida. La fecunda naturaleza desenvuelve incesantemente sus gérmenes sin que parezca inquietarse en investigar si el hombre, implacable raza, ha de destruir el fruto antes de su madurez".

No, no; ni las flores del espíritu se marchitan ni el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador. La naturaleza siempre bella, fecunda, armoniosa y sublime, hasta en sus noches tempestuosas, no es tumba sino cuna perenne, pues que todo cambia de forma y nada se pierde.

El espíritu investigador que ha sondeado las profundidades del firmamento y sorprendido en su composición la onda luminosa; el arte que ha interpretado el sublime panorama de la vida, no son sino actores que se suceden en el campo de la naturaleza. Sobre todas las ruinas y despojos de la sociedad humana flota el espíritu creador, inmortal, porque simboliza lo perdurable, lo eterno; la verdad, descubierta por la ciencia, por la lucha; la belleza, cantada por el arte; la aspiración celeste concebida por la fe y sostenida por las grandes virtudes de que es capaz el corazón humano.

UN LAZARETO AMBULANTE [1]

—

El viajero que contempla, desde cualquiera de las colinas que circundan, por el Este, Sud y Oeste, el panorama de Caracas, tiene que posar las miradas sobre un montón de ruinas que en la dirección del Noreste, se levantan al pie de la cordillera del Avila.

Desde el terremoto de 1812, que destruyó gran porción de la ciudad, figuran estos escombros por el tiempo ennegrecidos, cubiertos de yerbas silvestres y llenos de grietas que sirven de asilo a animales rastreros, dueños feudales del terreno. De seis años a esta parte, las ruinas han perdido mucho de aquella originalidad que caracteriza a los edificios derruidos, abandonados por el hombre, pues ha sido techada la porción izquierda, donde mora el excelente italiano que, en aquel sitio pintoresco, cultiva el árbol de la morera y el gusano de seda.

El pueblo de Caracas llama a aquellos escombros San Lázaro nuevo, para distinguirlo de San Lázaro viejo, el primitivo hospital de Lázaros que estuvo en el remate de la calle Este 6, en el sitio llamado Hoyada de San Lázaro. En efecto, al pié del Avila, por los años de 1780 a 1781, estuvo el

hospital de San Lázaro nuevo, por haber sido transportado del lugar que ocupaba en la Hoyada desde 1753. Tornó de nuevo a este lugar desde 1795, quedando el viejo hospicio para casa de huérfanos, con el título de Real Asilo de Niños Huérfanos; título que heredó igualmente el nuevo edificio al ser desalojado. Mas, como ni en una ni en otra ocasión pudo realizarse el deseo del Monarca, San Lázaro nuevo, con el sobrenombre de Casa de Real Asilo, fue convertido en lugar de recreo y de parranda de los primeros mandatarios de la colonia venezolana. A los veinte y nueve años de haber sido destruido, en parte, el edificio, por el cataclismo de 1812, se establece en esta área de manera transitoria, el cultivo de la morera, el cual vuelve al mismo lugar cuarenta y un años más tarde. ¡Cosa singular! Regresaban la morera y su gusano a los seis años en que, por segunda vez, los pobres Lázaros dejaban su sitio predilecto de la Hoyada, para fijarse, no en el lugar de las ruinas, sino a poca distancia, en la dirección del Este.

Departamos acerca de la historia de estas ruinas, de este lazareto ambulante, que pasa de la Hoyada al pie del Avila, y vuelve a la Hoyada para tornar de nuevo al pie de la montaña. Departamos acerca de esta casa de Real Asilo, lugar de recreo y de orgía de los antiguos gobernadores españoles, asilo en dos ocasiones del árbol de la morera y de su rico gusano ¿Qué nos dicen esos muros sobre los cuales prosperan arbustos silvestres? Nos hablan de la grandeza y de la miseria de generaciones que reposan en la tumba, de revistas militares, de banquetes y festines, a los cuales asistieron sabios y viajeros, y la juventud ca-

raqueña, aquella que dió a la revolución redentora mártires, y a la victoria el triunfo de la idea.

Aquellas ruinas nos hablan de Bolívar, de Bello, de Ros de Olano, de Humboldt y Bonpland y también de Miranda. Departamos, que al recordar la grandeza caída y las vanidades humanas, si tropezamos por un lado con lo frágil y lo efímero, del otro nos encontraremos con la desgracia y el dolor, con los desheredados del mundo sostenidos por el amor de Dios.

Lastimosa, muy lastimosa, fue la suerte que cupo a los lázaros de Caracas en pasadas épocas. Sin pan, sin asilo, sin autoridades que los protegieran en el triste desamparo en que estaban, vivían a la ventura, sin más caridad que la que les proporcionaba la mano invisible de la Providencia.

Fugitivos, porque de todas partes los lanzaban como plaga maldita, dormían, cuando les sorprendía la noche, acá y allá, al pié de edificios arruinados, de alguna cabaña cerrada, bajo la sombra de árbol protector o a la puerta de algún templo. Retirados de todo poblado, vagaban, huyendo no de la suerte, sino de sus semejantes, que si con la una mano les daban triste mendrugo de pan que en algo podía mitigarles el hambre, con la otra, en ademán repelente e imperativo, los obligaban a solicitar sitios salvajes donde pudieran albergarse. Así corrían los días de estos recluidos de la sociedad humana, cuando el brigagadier Don Felipe Ricardos se encargó de la gobernación de Caracas en 1752. Si este mandatario fué tenaz y hasta perseguidor de los venezolanos, quienes con justas causas clamaron contra los abusos de la célebre Compañía guipuz-

coana, es cuestión que no trataremos en este lugar. Es un hecho que en casi todos los gobiernos de la tierra, el interés individual ahoga el interés general. Ricardos favoreció los intereses de la corte española y sus propios intereses: bien cabían en este caso las medidas extremas, la fuerza extrangulando la justicia. A pesar de la mala nota de que gozaba nuestro gobernador, es un hecho que se ocupó en el desarrollo material de la capital, y sobre todo, en el socorro oportuno de la porción desvalida de la sociedad caraqueña: los lázaros.

Propúsose crear un lazareto y lo llevó a remate en 1753, en el sitio llamado la Hoyada. Y para sostenerlo con decencia y de manera constante, le creó una renta segura, el derecho que proporcionaban el juego de gallos y la venta de la bebida llamada *guarapo*, de consumo popular. Ricardos, por lo tanto, a pesar de sus malos antecedentes, formó el primer lazareto de Caracas, el cual ha continuado y es hoy favorecido por la caridad pública. (1)

Muy satisfechos quedaron los caraqueños al ver que los desgraciados lázaros habían, al fin, encontrado protección, y generosos aparecieron,

---

(1) Cuando al comenzar la calle Este, se continúa al Este, a poco se tropieza con un edificio reconstruido, que lleva el nombre de "Escuela de Artes y Oficios". En la primera ventana del taller de carpintería que mira al Oeste, estuvo la puerta del templo de San Lázaro, y en el fondo de la sala figura todavía el arco del presbiterio. Aunque el antiguo lazareto ha sido reconstruido, todavía no se ha perdido el carácter del primitivo edificio. Frente a la extinguida puerta del templo, figura la plazuela de los lázaros, pequeña alameda donde van a figurar las estatuas de Girardot y de Ricaurte, estos célebres tenientes de Bolívar. La reconstrucción del primer lazareto de Caracas, data del año de 1875, época en que fué rematado, al Este de las ruinas de San Lázaro nuevo, el actual hospital de lázaros.

desde aquel entonces, en el ejercicio de la caridad; pero como la inconstancia es la enemiga más sutil que tiene la criatura, y la murmuración es desahogo de la lengua, sucedió que, a los pocos años, comenzaron los habitantes de Caracas a censurar cuanto se había hecho y a lamentarse de que existiera un lazareto a orillas de la ciudad. Y a tal extremo alcanzaron las quejas, que hubieron de llegar en repetidas peticiones al pie del trono. Quiso el Monarca complacer a sus humildes súbditos, y mandó que el lazareto fuera traslado al sitio que escogieran los caraqueños. Se deciden estos por el lugar donde figuran las ruinas, y el nuevo lazareto comenzado en los días de la Gobernación del célebre General Solano, en 1766, fue concluido por los años de 1766 a 1778 y al nuevo edificio, los lázaros, con beneplácito de la población, fueron traslados.

Ordenó el Rey que el primer lazareto fuese destinado con el título de Real Asilo, para niños huérfanos y expósitos, crianza y enseñanza de oficiales; noble disposición que no aceptaron los caraqueños.

La población celebró este nuevo triunfo, y todo el mundo se felicitaba de él, cuando la inconstancia, esta amiga veleidosa del corazón humano, y la censura, siempre armada de viperina lengua, volvieron a apoderarse de los pobladores de Caracas. Nuevas peticiones fueron dirigidas al Monarca. Decíase en ellas que estando bañada Caracas por el viento del Este, el caserío recibía las emanaciones de los lázaros, y por lo tanto, estaba expuesto a un aire viciado y enfermizo. Accedió el Rey, por segunda vez, al deseo de sus súbditos; mas en esta ocasión no los dejó en libertad

de elegir sitio para el tercer lazareto, sino que ordenó que regresasen los lázaros a su antiguo lugar de la Hoyada, y que el abandonado edificio quedara de Real Asilo de niños huérfanos y expósitos, crianza y educación de oficiales; disposición que por segunda vez rechazaron los caraqueños.

Desde el momento en que los lázaros abandonaron su mansión, al pié del Avila, el entusiasmo tornó al corazón de los caraqueños. Habían conseguido la realización de dos aspiraciones: emanciparse del viento del Este que juzgaban enfermizo, y poseer una casa de campo que con el elocuente nombre de Casa de Real Asilo, iba a servir de centro de diversiones. En efecto, el lazareto empezó al instante a recibir ensanche. Una prolongada calle compuesta de ciento diez y ocho árboles, desde la puerta del edificio hasta el camino de Quebrada-Honda, apareció a poco, al mismo tiempo que los cuadros de los espaciosos jardines se presentaron exornados de bellas rosas y variados arbustos. Surtidores de agua, bancos, kioscos y blancos cisnes en pequeños estanques, abrigados por la sombra de los árboles frutales, dieron al espacioso recinto nueva y graciosa fisonomía. Cuando estuvo en condiciones de ser visitado por las caraqueñas, el Mariscal Carbonell, Gobernador de Caracas, inauguró la Casa de Real Asilo, con todo el esplendor posible, por los años de 1794 a 1796. Esta fiesta fué el origen de los *pic-nics* caraqueños. En aquellos días de Carbonell había sido creado el Real Consulado, centro de reunión que adiestraba a los caraqueños en el ensanche y progreso material del país. Desgraciadamente Carbonell murió en 1799, pero le sucedió un hombre superior, el General Vasconcellos, quien supo dar impulso al adelanto de la so-

ciedad caraqueña. Vasconcellos fué no sólo un hábil mandatario sino también un espíritu altamente progresista. Unía a su talento y cultura social, el arte de agradar, tan necesario en el gobernador de una capital, como lo era Caracas en aquel entonces, centro de hombres notables y de mujeres tan bellas como agraciadas. Vasconcellos supo continuar el embellecimiento de la Casa de Real Asilo, y hubo de pasar en ésta ratos de amena tertulia. Así, en 1799 fueron obsequiados, en repetidas ocasiones, los célebres Humboldt y Bompland, que han dejado sus nombres con gloria por donde quiera que se habla el idioma de Castilla. Es 1804 fue igualmente obsequiado, con una parada militar, al pié del Avila, el Almirante Hillaret-Soyeuse, quien, agradecido a la sociedad caraqueña por las atenciones que de ella recibiera, obsequió a la Metropolitana con un cuadro original de Rubens (la resurrección de Cristo), cuadro que aún se conserva.

Con frecuencia bailaba en el Real Asilo la juventud de Caracas, y con frecuencia Terpsícore y Cupido tenían sus íntimas confidencias en los hermosos jardines o bajo la sombra de los ciento diez y ocho árboles que unían el camino de Quebrada-Honda con la portada del bello edificio. Desde la visita a Caracas del Conde de Segur y sus compañeros, en 1783, la sociedad de la capital se había acostumbrado a esa galantería francesa que encuentra en los pueblos de origen español más adeptos e imitadores que en los pueblos del Norte. Por otra parte, las repetidas visitas a Caracas de viajeros notables, tenían que ejercer, como en todas partes, cierta influencia en el desarrollo de una sociedad bien constituida.

Al concluir el siglo décimo octavo, figuraba, entre lo más distinguido de la capital, una señorita que unía a su educación y raza los atractivos de su belleza. Manuela Olano era uno de esos tipos escogidos de la mujer esbelta, bella y seductora, que sabe cautivar a cuantos la admiran, sin estudio y sin esfuerzos. Donde quiera que estuviera, Manuela se llevaba la palma por su belleza física, que sabía realzar con sus prendas sociales. En el templo, sobre todo, el Jueves de Corpus, el Jueves Santo, en las fiestas del Real Asilo, en el teatro, a pié o a caballo, que sabía conducir con garbo, Manuela atraía todas las miradas y recibía todos los aplausos, llegando a hacerse la mujer a la moda. Vivía más al Sud de la casa de los Gobernadores, en la avenida Sud, número 26, cerca de la esquina llamada de Camejo, donde aquella reina del hogar tranquilo sabía recibir a sus distinguidas amistades. Numeroso era el círculo de sus admiradores, entre los cuales se afilió el gobernador, desde buena hora. Esto motivó el que, al enterarse el público de que Vasconcellos visitaba a la bella caraqueña, con malicia o sin ella, le pusiera a ésta el sobrenombre de la *Capitana.* Así, cuando se hablaba de las fiestas rumbosas de Caracas, donde habían figurado las beldades de la capital, siempre se decía: "la Capitana fué la reina de la fiesta" aludiendo con esta frase al triunfo de Manuela Olano sobre sus competidores o rivales. Con el nombre de la *Capitana* continuó el público queriendo molestar a Manuela, pero ésta, más erguida que nunca, supo despreciar las hablillas del vulgo.

A ella le cuadraban aquellos bellos conceptos que puso el célebre poeta Quintana en boca de Isabel de Valois:

"Ay, infeliz de la que nace hermosa!
¿Que le valdrá que en su virtud confíe,
Si la envidia en su daño no reposa
Y la calumnia hiriéndola se ríe?"

Entre los oficiales civiles que tenía Vasconcellos en la Gobernación, figuraba uno de toda la confianza del Capitán General: era el comandante del batallón de pardos, Don Lorenzo Ros, hombre ya de edad provecta y apartado del mundo social por carácter, pues vivía retirado del poblado al fin de la avenida Este. Vasconcellos pertenecía a ese grupo de hombres públicos, que poseen la monomanía de los matrimonios, es decir, la de escoger esposas a sus empleados, tenientes, edecanes, etc.; manía en la cual descolló años más tarde, Napoleón el Grande. Sea que el comandante Ros, por una de tantas casualidades, se enamorara de la bella Manuela, o que Vasconcellos, juzgando a su subalterno de oficina digno de poseer a la nueva Elena, lo insinuara como buen esposo, es la verdad que en cierta mañana del año de 1801, circuló por Caracas la noticia de que Don Lorenzo Ros se casaba con Manuela Olano, y de que el Gobernador patrocinaba el enlace. Y no hubo ni tiempo para que los mordaces de profesión sacaran de la boca las lenguas de víbora, pues cuando nadie lo aguardaba, aparece el comandante Ros ofreciéndose a sus relaciones en su nuevo estado, en la casa número 26 de la Avenida Sur. Meses más tarde, en julio de 1802, el primer hijo de Ros fué bautizado en el templo de la extinguida

parroquia de San Pablo, siendo padrino del párvulo, por poder, el General Vasconcellos. [2]

En aquellos mismos días, Manuela, que siempre había sido caritativa y protectora de la desgracia, amparó bajo sus alas de madre a un parvulito que había perdido a sus buenos padres a los pocos meses de nacido. Dióle Manuela su patronímico, noble acción que realzó su esposo dándole el suyo. He aquí el origen de Antonio Ros de Olano, una de las más puras y brillantes celebridades españolas del siglo actual.

En los jardines del Real Asilo, en aquella planicie inclinada cubierta de yerbas, pasó Antonio su niñez. Lugar predilecto de sus padres, con frecuencia los acompañaba el niño que desde muy temprano comenzó con el auxilio de maestros particulares a desarrollar su espíritu. [3] Cuando Vasconcellos abrió, al entrar el siglo, desde 1802 a 1806, las veladas literarias en las cuales se hizo conocer Bello por sus inspiraciones poéticas, y más tarde Bolívar por sus críticas oportunas, el niño Antonio asistió a estos torneos del espíritu que abrían para Caracas nueva época, la que debía preceder a la revolución sangrienta que

---

(2) En uno de los libros parroquiales que pertenecieron al demolido templo de San Pablo, aparece que el 17 de julio fué bautizado un párvulo, nacido el 6 del mismo mes, quien recibió en la pila bautismal el nombre de Lorenzo Manuel José, hijo legítimo del comandante Don Lorenzo Ros y de Doña Manuela de Olano Fué su padrino Don Pedro Ponce, a nombre del Presidente y Gobernador, Capitán General Don Manuel de Guevara y Vasconcellos.

(3) Ignoramos si Lorenzo Manuel José Ros tuvo corta existencia: suponemos que fué así, pues en las crónicas de principios de siglo encontramos sólo a Antonio que juega con sus compañeros en los jardines y calles del Real Asilo.

trajo la emancipación política de la América española.

Así corrían, entre juegos y estudios, los infantiles años de Antonio Ros y Olano, cuando, casi de repente, muere el gobernador Vasconcellos en 1807.

Desapareció, después de haber triunfado de la expedición de Miranda en 1806, contra las costas de Venezuela y de haber contribuido al adelanto social e intelectual de Caracas. La desaparición de este mandatario y el nuevo orden de ideas que a poco preocuparon los ánimos de los hombres pensadores, contribuyeron a disminuir en mucho el entusiasmo con el cual asistía la juventud de Caracas a las frecuentes fiestas que tenían efecto en las salas del Real Asilo. Sin embargo, con el Gobernador Don Juan de Casas, y más tarde con el General Emparan, el edificio del ex-lazareto continuó llamando la atención de la sociedad caraqueña; y referían algunos de los hombres de aquel entonces que cansado el monarca español de los repetidos gastos que proporcionaba al erario el sostenimiento del famoso Real Asilo, llegó a decir que concedería un título de Castilla al que comprara a la Corona tan costosa finca. Ignoramos cuanto hubo sobre este particular.

Al llegar la revolución de 1810, el Real Asilo cambió de aspecto, no en lo social, pero sí en lo político. Los patricios de la República tuvieron también en las salas del extinguido lazareto sus reuniones y obsequios hasta 1812, en que Caracas vino al suelo en sus dos terceras partes.

La política española impera de nuevo en Venezuela desde fines de 1812, hasta fines de 1813.

Entre los servidores peninsulares que figuraron en el Gobierno de Monteverde, encontramos a Don Lorenzo Ros, como comandante del batallón de pardos.

Dos años más tarde, en 1814, en la lista que publica el historiador Díaz de los españoles que huían de Caracas por causa de la guerra a muerte, tropezamos con Don Lorenzo Ros y con su señora, Manuela Olano de Ros, que abandonaban la capital y emigraban a Curazao.

El no encontrar en esta lista a Antonio Ros y Olano, nos hace sospechar que este niño había dejado su patria años antes, y seguido a España. Nos inclinamos a creer que Antonio dejó a Caracas de edad de diez a once años, antes del terremoto de 1812. En las conversaciones de este hombre preclaro con los compatriotas que lo visitaron en Madrid, ahora treinta años, el distinguido General recordaba de Caracas cuanto se relacionaba con los diez primeros años de su vida. Hablaba con placer de los campos, de los ríos, de las flores, de la nativa patria, y aun de alguna que otra de las familias de aquellos días. El amor a su hogar y a su patria, se reflejó siempre en todas sus conversaciones. En el ocaso de la vida, al desaparecer el hombre físico el espíritu parece que evoca las impresiones de la cuna; la patria se refleja entonces en el horizonte del pensamiento cual plácida estrella que viene a derramar luz sobre el corazón, en sus horas postrimeras. [1]

Solitarias yacían las ruinas de San Lázaro nuevo después del terremoto de 1812, cuando en 1841 se presenta en Caracas un anciano de noble aspecto y de gloriosos servicios a la patria venezolana, con el proyecto de cultivar el árbol de la

morera y de beneficiar el gusano de seda. ¿Quién era el ilustre importador de la nueva industria? El general Gregorio Mac Gregor, aquel joven de buenos quilates que abraza los principios proclamados por la revolución de 1810, y entra desde luego en la lucha, con bríos, y con la noble esperanza de vencer. Mac-Gregor, con el espíritu que siempre anima a los aventureros de noble origen, que se lanzan con fe en todas las conquistas civilizadoras, comienza su carrera militar con Miranda en 1812, la continúa con Bolívar desde 1813, se hace conocer por sus virtudes y talento, llega a su gloriosa meta en 1816, en la internación de Ocumare, al lado de Soublette, vence en el Juncal, y desaparece de Venezuela. Nuevas aventuras le aguardaban más tarde, en Portobelo y otros lugares de la antigua Cundinamarca. Cansado de la guerra, regresa a su patria y desde sus costas felicita a sus compañeros de armas y saluda el nacimiento de Colombia. Al sentir sobre sus espaldas el peso de los años, torna a la patria adoptiva, con la idea de ser cultivador del gusano de seda.

Acójenle con cariño el Gobierno y el pueblo de Caracas, cédenle el terreno del Real Asilo, y el viejo prócer, con fe y esperanza, siembra centenares de árboles de morera, cosecha el gusano y saca las primeras madejas de seda, que regala a las familias. El entusiasmo por el cultivo del gusano de seda prende en Caracas y la prensa periódica anima al empresario. Fabrican algunas señoritas trenzas, bolsitas, tirantes, etc., con las sedas que ellas mismas cosechaban, pues en muchas casas se cultivaban los gusanos, cuando a poco el entusiasmo, a imitación de los fuegos fatuos se desvanece y nadie vuelve a hablar del ár-

bol de la morera. Lentamente van desapareciendo los plantíos que prosperaban, San Lázaro vuelvo a estar cubierto de maleza y de arbustos salvajes, y por remate de cuentas, el anciano del Juncal, Mac-Gregor, sucumbe en 1845.

Años después de la muerte de Mac-Gregor, el Gobierno de Venezuela quiere sacar los lázaros de su viejo sitio de la Hoyada, y con tal propósito hace construir un nuevo lazareto al Este de las actuales ruinas. En 1875, los lázaros se instalan por segunda vez al pie del Avila.

Regresaban a este sitio a los cien años de haberlo habitado. ¡Cómo se repiten los sucesos y las coincidencias! A los seis años del regreso de los lázaros, vuelve a instalarse la morera en el campo de ruinas. Nuevos plantíos llenan el terreno, el gusano prospera, el éxito sonríe, y la seda rica y bella logra pasar el atlántico, para brillar en la última exposición de París. [4] Y como complemento de estas coincidencias, en 1885 muere de avanzada edad aquel Antonio Ros y Olano, que pasó los bellos días de su niñez e infancia entre los poblados jardines del Real Asilo. Cargado de años y de gloria desapareció del mundo, después de dejar inmortal hoja de servicios, timbre de España y de América.

---

(4) Por segunda vez desaparece de los terrenos de San Lázaro nuevo el cultivo de la morera y del gusano de seda. Nueva casa se levanta en la sección derecha de las ruinas, y dentro de poco habrá desaparecido el último de los escombros. El cultivo del maíz invade la dilatada área, y de los centenares de arbustos de morera que la llenaban no quedará uno. El excelente italiano señor Redaelli, que con constancia admirable ha estado en este sitio al frente de una empresa que deseaba aclimatar en Caracas, ha dejado la capital al cesar la protección que recibía del Gobierno de Venezuela, hacia como ocho años.

Las ruinas del Real Asilo, la dilatada área del antiguo lazareto, hoy cubierta de arbustos de morera, el hilo de agua que se desprende de la montaña, todo, todo nos habla de Ros de Olano, y la memoria evoca, al visitar este sitio, el nombre del célebre militar, literato y hombre público que, durante sesenta años conquistó glorias y honores y dejó su nombre en páginas imperecederas. San Lázaro nuevo resume la infancia de Ros de Olano, así como las rientes orillas del Anauco la de Bello y las del manso Guaire las de Bolívar. A Miranda le tocó en suerte el sitio solitario y agreste de Catia, vecino del mar. La ola en cuyo vaivén quizá vió en su infancia aquella alma viril las vicisitudes de la vida, debía ser la única compañera de los postreros años del anciano girondino, cuando el hado le arrastró a orillas del gaditano mar.

Estas cuatro celebridades del suelo patrio han alcanzado ya las regiones de la historia de la poesía, de la pintura, de la estatuaria. El Néstor de ellos nos ha dejado su nombre en las páginas inmortales de la Revolución francesa, en las galerías de Versalles, en la bóveda del célebre *Arco de triunfo* de la nueva Lutecia. Su estatua figura en la ciudad natal; y su nombre lo llevan aldeas, Municipios y un Estado. Bolívar ha dado su nombre a una calle de París y a centenares de pueblos en el continente de Colón: y estatuas surgen en las capitales americanas a proporción que crece la fama de sus conquistas. La de Bello se yergue en Santiago de Chile, a orillas del grande Oceano, y pronto descollará en alguna plaza de Caracas. En Madrid se elevará la del inmortal Ros de Olano. El canto se ha encargado de celebrarlos a todos, pero solo uno de ellos, Ros de

Olano, nos ha dejado en sentidos versos, antes de morir, el recuerdo de sus dos patrias: aquella en que vió la luz y se deslizó su niñez: Caracas; y aquella que le proclama durante sesenta años como uno de sus grandes hijos y a la cual él ilustró con sus talentos y servicios: España. Para ambas tuvo el célebre patricio recuerdos y lágrimas, cuando escribió con el título de Caracas, el siguiente soneto:

¡Oh límite del suelo en que la vida
latió al ambiente del hogar nativo,
tras dilatada ausencia siento altivo
amor filial hacia la patria huida!

Si es madre al corazón en la advertida
memoria, en dulce canto es incentivo
su espléndida riqueza al fulgor vivo
del sol que esmalta la región querida.

Nací español en la ciudad riente,
rodó mi cuna entre perpetuas flores,
besé las aves de plumaje ardiente;

Trajéronme de niño mis mayores:
Hoy en mi patria histórica, la muerte (11)
las junta en un amor con dos amores.

LOS NIÑOS ADMIRABLES

—

SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE

—

En los días bíblicos el hombre a los veinte años era reputado como niño, así David, al derribar al famoso Goliat, gigante de los Filisteos, apareció ante la historia, como el niño Salvador del pueblo de Israel. De la misma edad debió ser en los tiempos antiguos de Grecia y Roma, aquel hijo de Creso, mudo de nacimiento, que recobra la palabra, al ver a su padre en peligro, próximo a ser víctima de un asesino, y que, sostenido e inspirado por el amor filial exclama: "soldado, no mates a Creso" frase admirable que salvó al padre e inmortalizó al hijo.

No hay región del globo, no hay pueblo, cualquiera que haya sido su origen, donde algún niño no se haya inmolado a nombre de la familia o de la patria. La causa de la libertad, como la del Cristianismo, tuvo siempre sus mártires jóvenes: ahí está la historia. No son solamente los adalides que surgen de cada revolución civilizadora que se lanzan al campo de batalla o que llenos de valor cívico, se inmolan en aras del deber, los úni-

cos que proclama la musa de la historia como heraldos del triunfo o mártires de toda conquista: también las madres han sabido inmolarse por sus hijos en toda época, y también los niños, poseídos de sublime entusiasmo, y armados de esa fuerza que guía al corazón infantil en sus aspiraciones ideales, han sabido armarse con los arreos de Marte, para batallar con la constancia de los espartanos y sufrir y caer con la fé de los misioneros del Evangelio.

En los anales de la revolución francesa figuran hechos admirables de niños célebres poseídos del fuego sagrado de la patria. Refiérese en las crónicas de aquellos días, que Alari, niño que apenas alcanzaba quince años, figuró con brillo en los ejércitos de la República, contra los realistas de la Vendee en 1793. Cuando el porta-estandarte de su regimiento cae herido, Alari recupera la bandera que había sido tomada por los realistas. De nuevo la pierde y por segunda vez la recupera. Años más tarde, inspirado por las desgracias del patrio suelo, resuelto, intrépido, vence las olas a nado, para llegar al campo patriota e imponer a los suyos de lo que pasaba en la lejana costa. A poco estaban salvos los trescientos marinos franceses que precipitados por una tempestad y perseguidos en las costas inglesas, no tenían por única perspectiva sino la muerte.

No menos admirable es José Viala, niño de cortos años, que después de salvar a los suyos en terrible trance en aguas del Durance, en 1793 cae herido al cantar victoria. Antes de morir, grita con entusiasmo: "¡muero contento, viva la libertad, viva la República!"

Grita "Viva el Rey", le dice al joven tambor José Barra, niño de doce años al servicio de la República francesa, en 1792, uno de los jefes que le rodean, cuando aquel es hecho prisionero. "Viva la República" contesta con todas sus fuerzas el valeroso tambor. Al instante rueda por tierra, derribada de un sablazo la cabeza del joven repúblico.

Entre las admirables creaciones de David (de Angers) figura la estatua de este imberbe gladiador. El amor a la patria le sublimó en la muerte: el arte lo ha inmortalizado.

Y ¿dónde están todos aquellos niños, descendientes de Pelayo, que acompañan a sus madres y se inmolan, desde 1808 a 1814, en los días de la magna lucha, cuando después de cruentos sacrificios que hacen surgir héroes, soldados, ingenieros, tácticos, eminencias del patrio suelo, la venganza, la noble venganza, apoderándose de un pueblo altivo, arroja más allá del suelo ibero a las huestes del nuevo Breno y sus galos?

En la prolongada guerra que ocasionó la independencia política de Venezuela, y la creación de algunas de las repúblicas sudamericanas, después de sacrificios sin cuento, jóvenes imberbes, de doce a catorce años, formaban las legiones de Miranda, de Ribas, de Bolívar. Una gran porción de la juventud estudiosa de Caracas, sacada de las aulas, es sacrificada en los campos de Ocumare y Aragua, en 1814. La flor de los tenientes de Bolívar que alcanzó la meta gloriosa del Cuzco, salió de las escuelas y del regazo de las familias; los niños entusiastas que celebraron a Miranda, cuando este patricio con la elocuencia de antiguas épocas, enardeció al Constituyente de

1811, se hicieron hombres en los campamentos, en las charcas de sangre de la guerra a muerte, en la dilatada pampa y en los riscos y despeñaderos de las montañas andinas.

Las escenas que vamos a narrar pertenecen a los días de la guerra a muerte, y son dignas de la pintura y de la estatuaria: tal es la admiración que inspiran. El amor, ennoblecido en medio de las borrascas sociales a orillas del sepulcro; este sublime consorcio de los padres y de los hijos, en la época luctuosa de Venezuela, trae a la memoria las más sublimes escenas de los mártires del cristianismo.

Cuando en 1813, Suazola sacia sus instintos de hiena, presenciando las carnicerías de Aragua de Maturín, entre los grupos de mártires que traen a presencia del monstruo, aparece un niño de pocos años.

—Señor, os ofrezco la vida por la de mi anciano padre que está preso y sentenciado a morir.

—Ambos morirán, contesta Suazola, con sonrisa.

—Mi excelente padre es la columna de mi querida mamá y de ocho hermanitos, muy niños todavía. Aceptad mi vida por la de mi padre: os lo suplico, señor.—Y el niño, lleno de angustia, se arrodilla a los pies de Suazola.

—Que conduzcan aquí al padre, manda Suazola a uno de sus seides.—Y aparece el padre, sereno y digno. El niño dobla sus súplicas y Suazola, después de entretenerlo con falsas esperanzas, manda a degollar al hijo en presencia del padre. Pocos instantes después el cadáver del padre yacía al lado del cuerpo mutilado del gallardo mancebo.

La musa poética de aquellos días, dedicó a este sacrificio los siguientes versos, cuyo autor ignoramos.

Corren luctuosos tiempos
para la patria amada,
aún en su alborada
se vé la libertad.
Suazola el león sediento
de sangre independiente
las tierras del oriente
desvasta sin piedad.
Con fuerte cuerda atado
se vé un viejo guerrero:
su porte es altanero,
terrible su mirar.
Morir por su bandera
como valiente jura:
tres años con bravura
le han visto batallar.
Suazola le contempla
con ira y le escarnece:
su cuerpo se estremece
de bárbaro furor,
al ver ante sus ojos
al viejo combatiente
que lleva en la ancha frente
los sellos del valor.
De pronto un tierno niño
de cándida mirada
de boca sonrosada
de cuerpo de mujer,
ante el terrible Jefe
detiénese jadeante,
que de lugar distante
llega en fugaz correr.

"Quién eres", indignado
le grita el tigre ibero.
"Señor, de aquel guerrero
el único hijo soy.
Perdido ya a estas horas
le cree mi pobre madre;
perdón para mi padre,
y yo la vida doy".
Del español los ojos
despiden llamas de ira
y al bravo niño mira
con su crueldad feroz.
"Maldita raza", grita
con ruda voz tonante:
soldados, al instante
matadlos a los dos.
Y a poco roja bala
el débil pecho hiere
y el bravo niño muere
sin exhalar un ay!
Y el padre con los ojos
en el cadáver fijos
"Oh patria! aún más hijos
que te defiendan hay";
exclama, y "fuego!—ruge
el bárbaro Suazola:—
que ni una bala sola
se pierda: disparad!"
Y con acento olímpico
al caer gritó el guerrero:
"América, yo muero
mas no tu libertad", [1]

(1) Debemos esta copia a la bondad de nuestro joven amigo Dn. Delfin A. Aguilera.

Otro joven se presenta a poco delante de Suazola, demanda a éste el perdón, y con súplicas lastimeras le pide la vida.

—Te la concedo,—responde el asesino,—si aceptas las condiciones que te imponga.

—Acepto por la vida el castigo que querais imponerme.

—Bien, te concedo la libertad, si no te mueves ni te quejas al cortarte las orejas.

—Lo prometo — contesta el joven con entereza.

Sufre el imberbe patriota la mutilación con estoico valor y constancia, como escribe el cronista: sostiene con Suazola larga conversación, teniendo en las manos las orejas, y cuando aquel espíritu admirable aguardaba el cumplimiento de la promesa dada, no recibe sino la muerte. (2)

El caso de Boves eriza los cabellos y pone de relieve la crueldad de este monstruo. Refinado de la maldad, escribe O'Leary, este malvado obligaba al padre a sacrificar a su hijo, y al hijo a servir de verdugo al autor de sus días, cuando la desdichada suerte los llevaba a su presencia. Un día le presentaron un anciano enfermo y descarnado, único habitante del pueblo de donde habían huido todos los demás, al saber su aproximación.

Después de algunas preguntas, a las que el anciano respondió siempre con dulzura y veracidad en lo que sabía, le mandó decapitar. Al instante salió de entre las filas un bello joven que rayaba en los catorce años, y postrándose de rodi-

---

(2) *Mariño.* "Manifiesto". *Gaceta de Caracas* de 1813.

llas ante el caballo que cabalgaba el jefe español: "os ruego", exclamó "por la Santísima Virgen, perdoneis a ese pobre hombre que es mi padre: salvadle y seré vuestro esclavo".

"Bien", dijo el monstruo, sonriéndose al oir las súplicas fervientes del joven: "para salvar su vida, ¿dejarás que te corten la nariz y las orejas sin un quejido?"—"Sí, sí", respondió generosamente el mancebo, "os doy mi vida; pero salvad la de mi padre".—El desdichado sufrió con admirable serenidad la horrible prueba: visto lo cual, el inhumano Boves mandó que le matasen juntamente con el padre; por ser este un insurgente, y aquél demasiado valiente para permitir que le sobreviviera y se convirtiera más tarde en otro tal. (3)

En presencia de este acto de tan bárbara insidia, el lector creerá que no puede haber más allá: pero nuevas emociones van a transparentarle nueva monstruosidad.

Cuando Rosete, aquel famoso Rosete de las carnicerías de Ocumare, en 1814, se extasiaba en presencia de centenares de cadáveres mutilados en las calles, plaza y templo de Ocumare, uno de sus compatriotas de Canarias, Bartolomé Trujillo, se le presenta, simulando iras; y le dice:

—Aquí traigo a mi hijo para que usted lo mande a fusilar por insurgente, por patriota. Era un joven de catorce años, pálido, enfermizo, abatido, el cual escuchó la sentencia del padre con estoica impasibilidad. Sospechaba quizá cuál iba

---

(3) Las relaciones que tenemos de este hecho no discrepan de lo que escribe O'Leary.—Según parece el suceso tuvo efecto en uno de los pueblos del alto llano.

a ser su suerte, y juzgó que con la serenidad la realzaba ante la presencia de su verdugo. Rosete, al escuchar aquellas frases terribles, se sobrecoge, e indicando al joven que entrara, evade la contestación.

¿Le sacrificó? Nó: el crimen tiene también su lógica inexorable. El muchacho, al hallarse como perdonado, trata de escaparse y alcanza los montes vecinos.

Cuando días más tarde el General Ribas toma a Ocumare, destruye a Rosete, quien huye dejando al vencedor sus efectos de guerra y las numerosas víctimas que llenaban las calles del pueblo. Un joven descarnado se presenta a los vencedores: era el hijo de Bartolomé Trujillo que buscaba amparo entre sus conmilitones. Uno de los testigos de este hecho lo describe de la siguiente manera:

"Un joven de catorce años, pálido, macilento y descarnado se presenta a mi vista.

—"¿Quién eres infeliz? le pregunté.

—"Yo he escapado del suplicio, me responde: he vivido de troncos de árboles, escondido en los montes. Mi padre me entregó a Rosete para que me diese muerte por ser adicto a la causa de la Patria. El monstruo se sobrecogió de espanto a tal demanda y me dió la vida: yo la he salvado en medio de los bosques". [4]

Cuando le presentaron al General Rivas al hijo de Trujillo, le dió colocación en el cuerpo de carabineros patriotas.

---

(4) *Gaceta de Caracas*, de 28 de febrero de 1814. Montenegro. "Historia de Venezuela".

En las tempestades de la naturaleza, tan necesarias al sostenimiento de la vida, tras la noche caliginosa vienen la luz y la sonrisa de los cielos. En las tempestades sociales no siempre impera la virtud. Comprendemos a Creso estrechando a su hijo contra su corazón, después que éste le salva la vida. Y comprendemos también al monstruo que entrega su hijo al sacrificio, en obedecimiento a odios políticos. El amor filial que se había exaltado en un caso, en presencia del peligro, recibía la luz del cielo y las bendiciones de Dios: en el otro, el amor paternal era dominado por el odio y rechazado por el mismo crimen.

LOS QUIJOTES DE LA LIBERTAD

A Don Manuel Fombona Palacio. (De la Academia Venezolana de la Lengua).

Quizá sea el vocablo español Quijote, nombre éste del héroe de Cervantes en la inmortal novela que se conoce con el título de *Don Quijote de la Mancha*, el único que, tanto en español como en otras lenguas modernas, haya proporcionado mayor número de derivados; y aunque el vocablo Quijote, corrupción de *Coxa*, era conocido en España antes de Cervantes, fue desde que éste publicó su célebre libro, cuando comenzaron a figurar en español, en francés, en inglés, en italiano, etc., los derivados de aquel nombre, como adquisiciones de los idiomas modernos. [1]

---

(1) Don Roque Barcia, en su "Diccionario etimológico de la lengua castellana", nos dice respecto de este nombre lo siguiente: "El origen de este vocablo, hoy apellido, es en latín *coxa*, y en bajo latín cossa, el anca, nalga, cadera o parte saliente superior del muslo. De *cox, cossa*, el italiano *coscio;* el francés *cuise;* el catalán *cuixa* o *cuxa;* y el castellano antiguo *cuya*, por lo cual tenemos hoy muslo. Y de *cuja* se formó *cujote:* Quijote que significa la armadura que cubre y defiende la *cuja*, el muslo. Lo que el catalán llama *cuxok* de las calzas o de los pantalones, son los quijotes.

"En los animales caballares, mulares y asnales la parte blanda que está encima de las nalgas y descansa sobre la extremidad posterior del hueso isquión".

Los derivados españoles del vocablo Quijote, a saber: *quijote, quijotería, quijotesco, quijotada, quijotescamente,* sintetizan un grupo de acepciones que resumimos así: el hombre serio y grave, enjuto de carnes, de triste apariencia, a semejanza del héroe de Cervantes: el hombre ridículo en sus aspiraciones personales o sociales: el defensor de causas ajenas, *desfacedor de agravios,* extravagante, quimérico, romántico: el hombre presuntuoso, engreído, exagerado en sus sentimientos caballerescos, el hombre puntilloso.

En el idioma español, por lo tanto, el vocablo *quijote* y sus derivados tienden siempre a la idea de lo ridículo. Así en España "el que no es Quijote es Sancho" dice un adagio vulgar; lo que indica cierta tendencia a las ideas románticas y quiméricas; y en muchos pueblos de la América española se dice que la cabeza de Don Quijote está sepultada en tal o cual localidad, como para significar que en ellas sobresalen los hombres ridículos y presuntuosos. En todos los países hispanoamericanos el vocablo quijote y sus derivados están siempre tomados en mala parte, y de ninguna manera sería aceptado como elogio el que de un espíritu esclarecido y civilizador se dijese que era "un ilustre o noble Don Quijote". Quizá haya influido en esta acepción de Quijote y sus derivados la terminación *ote, ota,* como padrote, monigote, zote, hotentote, tales voces carecen de gracia y de belleza.

No así en ciertas lenguas modernas, en las cuales el vocablo quijote y sus derivados, sin perder las acepciones que tienen en la lengua castellana, representan igualmente otras de carácter más elevado, como son: el defensor de un partido

político, de una causa: el que a todo trance defiende la virtud y las buenas costumbres: el poseedor de sentimientos y propósitos nobles, el que procura el benéfico desarrollo de la sociedad.

Hechos de quijotesca galantería.

Prescott.

Con un buen corazón, espíritu justo y alma ardiente
Se ha hecho el defensor del género humano. ***

Bescherelle.

Todo propósito noble, toda idea que se abre paso y triunfa, a pesar del tiempo y de los hombres, aparece en los primeros días como *quijotismo;* pero cuando el éxito corona la obra y todos los reveses se tornan en victorias, y surgen los grandes hombres, entonces el quijotismo es genio. Bolívar, por ejemplo, aparece en los primeros años de la magna lucha que trajo la emancipación de los pueblos esclavos, como un Don Quijote, como un desatentado que hacía frente a lo imposible; pero en el día del triunfo es cuando sus antagonistas le admiran y la historia le confirma el título que había conquistado: el de Libertador.

Ciertos lexicógrafos de la moderna España conceden hoy al vocablo quijote y sus derivados, acepciones en consonancia con las ideas que acabamos de expresar. Así leemos en Serrano: "La monomanía de Don Quijote es la de todo reformador mal recibido por su siglo: él es el más sabio y virtuoso de los hombres, pasando por loco en medio de una sociedad viciosa y corrompida: un hombre de bien a quien indigna la injusticia, y entusiasmado con la naturaleza impresionable del poeta, sueña, se compadece del débil, es el amparo del oprimido, el terror del opresor y del malvado".

Y hablando de la segunda parte de la obra de Cervantes, el mismo escritor dice: "En ésta es donde se deja ver más al descubierto el verdadero pensamiento del autor. No es una parodia de las novelas caballerescas, sino un libro de filosofía práctica, una colección de máximas presentadas, la más de las veces, en forma de parábolas: una dulce y juiciosa sátira de la humanidad". (2)

Ya veremos más adelante cómo juzgó Bolívar la obra de Cervantes, apellidándose, él mismo, uno de los Quijotes de la humanidad.

Un notable talento extranjero de nuestros días ha escrito con mucha propiedad: "En el Quijote, aunque escrito con intención satírica, predomina por completo el verdadero espíritu de la poesía. Con la universalidad que es timbre de los genios superiores, Cervantes supo unir cierto interés humano, universal, a la descripción de caracteres locales y pasajeros. No fue su intención ridiculizar a la antigua caballería errante española, que, como dice M. Ford, había muerto un siglo antes del nacimiento de Cervantes: su objeto fué más bien disipar los absurdos y afectados romances que eran entonces lectura a la moda, juzgados como pinturas verdaderas de la caballería. Otro objeto tuvo evidentemente en mira el autor del Quijote: el de mostrar que un carácter, cuanto más profundo, sincero y bondadoso, tanto más expuesto está en la vida práctica a ser víctima de la burla y del ridículo; pero al mismo tiempo nos enseña que un corazón sincero y un alma elevada, alcanzarán un triunfo que ni los reveses ni los errores pueden empañar; por-

(2) Serrano. Diccionario universal de la lengua.

que el buen *caballero*, siempre desinteresado, siempre generoso, siempre levantado y benéfico, "aunque las dulces campanas de su inteligencia estén rotas, según la expresión de Shakespeare, mantiene hasta lo último su sólida posesión en nuestro afecto y en nuestra estima. Carlos Samb ha dicho con mucha verdad, que los lectores que no ven en el Quijote sino un cuento burlesco, no tienen de esta obra sino una apreciación vana".

En un discurso que acerca del Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarlo, pronunció en la Real Academia española Don Juan Valera, ahora veinte y más años, este ilustre literato no está muy distante de coincidir en parte con las ideas que dejamos enunciadas. Aunque el orador no considera la novela del Quijote sino como una crítica de las obras de caballería, una parodia del espíritu caballeresco de aquella época, concede, sin embargo, a la obra de Cervantes, el triunfo de la poesía española, poesía naciente entonces, caballeresca también; pero que se opuso a la fanfástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios e ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Don Quijote es una gran figura, y su locura tiene más de sublime que de ridículo; su monomanía no sólo es discreta, elevada y moralmente hermosa, sino que es elocuente, porque sintetiza un noble espíritu, el ideal del caballero, es decir, las ideas caballerescas, el honor, la lealtad, la fideli-

dad, la gloria, la patria. Don Quijote es Cervantes, y el alma de éste es el alma de Don Quijote, exclama el ilustre académico. [3]

Al traer estas diversas apreciaciones de los críticos del Quijote, es nuestro ánimo probar que en puridad de verdad, no es un reproche y sí elocuente elogio apellidar a ciertos tipos de la historia con el título de Quijotes, queriendo sintetizar con este nombre los esfuerzos, las conquistas que alcanzaron, los desengaños y desgracias que los llevaron a la tumba. El recuerdo de un grande hombre, San Ignacio de Loyola, dos veces noble Quijote, en la historia de su agitada vida, confirma nuestro parecer. Escuchemos lo que respecto de esta grandeza nos dice el insigne historiador Macauley.

"En su juventud, San Ignacio de Loyola llegó a ser el prototipo del héroe de Cervantes, y tuvo por único estudio la lectura de los libros de caballería. Pasó su existencia cual sueño espléndido poblado de visiones que consistían en princesas redimidas y en infieles sometidos. De antemano había elegido a su Dulcinea, no condesa o duquesa (son sus palabras) sino mujer de más encumbrado linaje, y se lisonjeaba con la esperanza de poner a sus pies, en cierto día, las llaves de algún castillo morisco o el rico turbante de asiático monarca. Engolfado estaba en medio de estas visiones de gloria marcial y de amor afortunado, cuando una herida grave le postra en el lecho del dolor; y a poco ya sentida su naturaleza, queda inválido para siempre. Se le ha escapado la palma del vigor y de la gracia, de la destreza en los

(3) Véase el discurso de Valera, en las "Memorias de la Real Academia Española", vol. 5.

ejercicios caballerescos, y ve disiparse lentamente la esperanza que le animaba a derribar gigantescos sultanes o de hallar protección en los ojos de la hermosura. Pero nueva visión cruza por su mente y se confunde con sus antiguas ilusiones, fenómeno que solo pueden comprender los que conozcan la estrecha unión que entonces existía en España entre la religión y la caballería. Quiere ser aún soldado y caballero andante, pero soldado y caballero de la esposa de Cristo. Aplastará el Dragón rojo, será el campeón de la mujer vestida de sol y disipará el encantamiento bajo el cual falsos profetas tienen encadenado el espíritu humano. Su carácter inquieto le lleva a los desiertos de Siria, al templo del Santo Sepulcro. Regresa y asombra a los conventos de España y a las escuelas de Francia con sus vigilias y penitencias. La misma imaginación ferviente que había soñado con innúmeras batallas y con la belleza de fantásticas ruinas, poblaba ahora de ángeles y santos la soledad de su vida. La virgen desciende a conversarle, y ve al Salvador faz a faz con los ojos de la carne; palpa la transubstanciación, durante la misa, y estando en oración en la escalera de Santo Domingo, se le aparece la Trinidad y la Unidad, de tal manera, que llora de admiración y de alegría. Tal fué el célebre Ignacio de Loyola, aquel que en la grande reacción católica sostuvo la misma parte que Lutero en el gran *movimiento protestante*". [4]

He aquí uno de los más ilustres Quijotes del progreso universal. Déjase fascinar por una idea, quizá degenera en manía: obstáculos insuperables le detienen y nuevas ideas se apoderan de su

(4) Macauley.—Ensayo sobre la historia de los Papas.

espíritu, con las cuales lucha, y triunfa para descollar en una de las más brillantes etapas de la historia de la humanidad.

Carlos XII de Suecia fue llamado por sus coetáneos, a causa de su carácter temerario y aventurero, el *Quijote del Norte.* Bolívar se llamó el mismo, *uno de los Quijotes de la humanidad,* y Napoleón bautizó a Miranda con el título de *Quijote de la libertad.*

Tratemos de investigar las causas de estos títulos, al parecer ridículos, pero que sintetizan grandes virtudes.

¿Cuándo fue que Napoleón pudo sondar el alma ardiente y republicana de Miranda para colocarlo a la altura en que el historiador Macauley ha puesto a Ignacio de Loyola?

Napoleón y Miranda no llegaron a conocerse y tratarse sino después del 9 *thermidor,* cuando desaparecieron los días del terror, y la revolución francesa dejó la vía dolorosa para continuar con sus triunfos y conquistas; y aunque Napoleón tenía quince años menos que Miranda, podemos considerarlos como contemporáneos. (1) Miranda vivía entonces en la calle del Monte Blanco, en el hotel Mirabeau, donde se holgaba a sus anchas y con todas las comodidades de un soberano. No amaba Miranda el lujo exterior, siempre chocante, que tiene su séquito de aduladores y también de envidiosos y malquerientes, sino el lujo interior donde el hombre es más libre y menos codiciado. En sus salas, lujosamente amuebladas, sobresalían muchos objetos de arte, regalos unos de potentados y hombres célebres de la época, y otros de cuanto Miranda había podido adquirir en sus variados viajes por Europa. Con-

templado por lo más notable de la sociedad de París, no había sala, tertulia o círculo donde la simpática figura del ilustre y célebre girondino no representara importante papel. Bonaparte, (lugarteniente de Barras) no gozaba entonces de nombre, y sólo se le conocía por la defensa de Tolón. En cierta noche, ambos militares tropezaron por la primera vez, en la calzada de *Autin*, en la casa de una célebre cortesana, Julia Segur, mujer del conocido trágico Talma, condiscípulo y amigo de Bonaparte. Al saber éste que Miranda era el célebre general americano de quien había oído hablar, se hizo presentar a él y comenzaron a departir amigablemente acerca de multitud de temas de interés que entusiasmaron a Miranda, pero sin pasar nunca los límites de la etiqueta. Prolongada la tertulia después de la comida, ambos concluyeron por ofrecerse sus relaciones al despedirse de los esposos Talma.

En aquellos días, Miranda estaba lleno de desencantos. "Le parecían unos traidores todos aquellos que por cálculo o por temor, habían abandonado las banderas de Francia, causa ésta que le hizo afiliarse en el círculo de los patriotas más definidos; mas entre éstos, nuevas decepciones preocupaban su espíritu. Pero cuál fué la sorpresa del ilustre girondino, cuando tropieza, después del 9 *thermidor*, con hombres tenidos hasta entonces por probos, que abandonaban sus opiniones por temor a una muerte trágica que los hubiera hecho dignos de las antiguas épocas! Juzgando al vencedor en Tolón partidario, como lo era él mismo, de medidas enérgicas, únicas que podían salvar la Convención, y habiéndole visto por segunda vez y escuchado sus frases de odio contra Inglaterra, Miranda le invita a una comida

en su vivienda del hotel Mirabeau. "El día en que Bonaparte, refiere Miranda, vino a comer conmigo, noté que se había impresionado al ver el lujo de mis salas. Para esta comida había reunido algunos de los caracteres más enérgicos, entre los restos de la Montaña, los cuales nos expresamos como hombres de convicciones y de idénticos pareceres. Con sorpresa observé que Bonaparte receloso, pensativo, movía la cabeza y pronunciaba monosílabos contra las opiniones que todos habíamos emitido acerca de la necesidad de desplegar cierta energía suprema".

Era que para Napoleón estos heraldos de la libertad no eran sino idealistas soñadores que solicitaban resultados en armonía con la severidad de su doctrina: solicitaban libertad en el Gobierno, en el pueblo, mientras que él la acariciaba, no como deidad, sino como medio que debía poner en juego para alcanzar la corona de los Césares. En hombres del temple de Napoleón, el movimiento de cabeza y los monosílabos, como única contestación al raciocinio, revelan en la mayoría de los casos, grandes planes en gestación que necesitan para madurar, más de táctica, de disimulo y de previsión, que de los arranques de la pasión y de la elocuencia, virtudes de los espíritus esclarecidos que buscan la felicidad de los pueblos.

Poco después de concluida la comida, Bonaparte se despidió, y más tarde supo Miranda que de él había dicho: *Miranda no es un republicano sino un demagogo.* (5)

---

(5) Viars.—L'aide de Camps.—Souvenirs des Deux mondes.—Obra atribuida al General Servier, que comenzó su carrera militar en Venezuela, al lado Miranda, en 1812.

Cuando Napoleón con el trascurso del tiempo llegó a definirse, no como protector de la libertad de un gran pueblo, sino como conquistador de la Europa, no pudiendo ya contar con Miranda como uno de los conductores de su carro triunfal, emitió los siguientes conceptos acerca del girondino: "Este criollo ardoroso e inquebrantable es un Don Quijote que corre tras la quimera de la libertad universal, y en cuya alma arde inextinguiblemente un fuego sagrado". Al copiar estas frases un distinguido escritor chileno, agrega: "Aquel proscrito formidable personificaba en sí la Revolución hispanoamericana". (6)

Y cuando veinte y cinco años después de la muerte del mártir de la Carraca, un célebre historiador francés, Michelet, se encarga de defender a Miranda de los falsos cargos que le habían hecho Jomini y sus continuadores, ignorantes de la rica documentación en honra de Miranda, apellida a éste el *noble Don Quijote de la Libertad.* (7)

He aquí este noble Quijote de la libertad, tan consecuente consigo mismo, tan recto en sus procedimientos. Cuando, después de la muerte de Robespierre, el Gobierno francés le ofreció el mando de un ejército, Miranda contesta con arrogancia: "He combatido de todo corazón por la causa de la *libertad;* pero me repugna ir a pelear para hacer conquistas". Y cuando el Gobierno de Inglaterra le ofrece el mando en Jefe de los ejércitos destinados a España en 1808, contra los franceses, Miranda contesta igualmente con arro-

(6) Amunátegui.—Vida de Don Andrés Bello. 1882.

(7) Michelet.—Historia de la Revolución Francesa.

gancia: "He servido en los ejércitos franceses, y aunque Napoleón haya sido injusto respecto de mí, jamás usaré mi espada contra mis antiguos hermanos de armas: tampoco olvido que he sido oficial en el ejército de España. Yo he resuelto consagrar el resto de mi vida a un solo objeto: la emancipación de mi país natal. Es allá, únicamente allá, donde combatiré a los españoles".

No menos elocuente fué Bolívar, este Quijote máximo de los tiempos modernos, que alcanzó la cima histórica en las altas regiones del cóndor y de la tempestad, allá en el dorso del planeta, donde los volcanes andinos, coronados por el coloso Aconcagua, sirven de contrapeso, en la orilla opuesta del Grande Oceano, a los colosos del Dewalagiri coronados por el Everest. Cuánta elocuencia y cuánta amargura llenan los últimos días de este grande hombre! Cuando llega a la quinta de San Pedro Alejandrino, con el alma transida de dolor, la hospitalidad española le ofrece tranquilo y dulce asilo. Al entrar en la modesta vivienda que iba a sustituir a los palacios de Bogotá y de la Magdalena, se dirige a la pequeña biblioteca que ve en la sala.

—¿Qué obras tiene Ud. aquí, señor Mier? pregunta el Libertador a su protector.

—Mi biblioteca es muy pobre, mi general, contesta Mier.

Bolívar echa una hojeada a los anaqueles y exclama:

—¡Cómo! Aquí tiene Ud. la historia de la humanidad: aquí está Gil Blas, el hombre tal cual es: aquí tiene Ud. el Quijote, el hombre como debiera ser.

Y cuando, agobiado de pesar, bajo la sombra amiga del célebre tamarindo de San Pedro Alejandrino, aquella grandeza siente desmoronarse su parte física, exclama con dolor: *"Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo"*. [8] Poniendo de lado la involuntaria impiedad que sobresale en esta sentencia, hija de un corazón lacerado, comprendemos lo que quiso significar el Libertador. Esta frase sintetiza la obra que perdura, no la personalidad que se destruye: el espíritu universal en su lucha continuada de perfeccionamiento en sus ideales, en sus quimeras, en sus aspiraciones hacia la meta invisible que solicita, en armonía con las fuerzas misteriosas de la inteligencia. Jesucristo es la meta de luz por excelencia, la obra religiosa siempre en pie, en su constante batallar con los siglos. Bolívar es uno de los tipos del ideal político que, al coronar su obra, desciende al ocaso terrestre, arrastrado por el torbellino de las pasiones humanas. En este orden de cosas, está el ideal perfecto: Jesucristo; y el ideal humano, representado por Sócrates, Galileo, Colón, Miranda, Bolívar, etc. Los actores admirables desaparecen momentáneamente del drama de la humanidad, para surgir más tarde en el desarrollo de la obra. Esta es la historia del hombre, en todos los climas y en todos los tiempos. Entre estas sublimes figuras está Cervan-

---

(8) Samper.—El Libertador Bolívar. 1 cuaderno en 12º, 1878.

tes, el talento creador que ha sabido sintetizar en inmortales páginas la historia del hombre, no como es, sino como debiera ser, según la elocuente frase de Bolívar.

Para nosotros, estos apóstoles, en todos los estados de la vida humana: en el hogar, en la lucha social, política y religiosa, son los Quijotes de la humanidad.

RECUERDOS DE OLMEDO

—

Es un hecho bastante notable el surgimiento de Olmedo en los momentos en que la revolución americana, después de crear a Colombia, sigue de triunfo en triunfo hasta emancipar la colonia del Ecuador y anexar esta sección a la gran república victoriosa. Olmedo, que hasta entonces había sobresalido en su patria como espíritu altamente ilustrado; como talento de buenos quilates; que había brillado como diputado a Cortes en 1812; iba a ser admirado por toda la América española, desde 1822, época del movimiento de Guayaquil que trajo la emancipación política del Ecuador. Desde esta fecha, Olmedo se da a conocer no sólo como apóstol de la causa americana, hombre de Estado y diplomático, sino también como hombre de letras y poeta, que de pronto aparecía coronado en la cima del Parnaso. La creación de Colombia, los triunfos del ejército libertador, y la presencia de Bolívar en las campiñas del Guayas; todo parecía coincidir para servir de cortejo al eminente patricio de la ría guayaquileña; al eminente patricio, que surge cual astro hasta entonces desconocido en el cielo de la América española. Desde este momento, Olmedo y

Bolívar son inseparables en la historia del Nuevo Mundo: la musa del canto y la espada de Marte, el poeta y el Mecenas siguen juntos; y de tal manera, que hoy no puede nombrarse a BOLÍVAR sin que venga a la mente el "Canto a Junín"; y Junín es Bolívar sobre una de las planicies andinas; Bolívar que saluda al sol del Perú, y llama con su espada a la tumba de Manco-Cápac, de la cual surgen los héroes de la epopeya quichua a quien necesitaba el poeta para unir dos grandes civilizaciones y celebrar las glorias del Libertador y del ejército de Colombia.

Olmedo y Bello, contemporáneos e hijos de las Musas, se encuentran y fraternizan a orillas del Támesis en 1826. Si el uno sobresale como cantor de la epopeya que sintetiza Junín, el otro es el cantor de la Zona Tórrida: ambos sirvieron por otra parte, con sus luces y talento a la causa colombiana y al desarrollo de las bellas letras. Sábese que la interesante publicación española que lleva por título, EL REPERTORIO AMERICANO, y también el de MISCELÁNEA AMERICANA editada en Londres en 1826 y 1827, y a la que había precedido la BIBLIOTECA AMERICANA, en 1825, fué redactada por Bello, Olmedo, Salvá, García del Río, J. J. de Mora, Mendibil y algunos otros literatos españoles y sudamericanos. En tan interesante revista literaria comienza la hoja de servicios de los dos diplomáticos y poetas; hijos predilectos del Pindo americano, zapadores de la idea, que sembraban de ricas espigas la vía abierta por aquellos otros zapadores colombianos en su paseo triunfal de las orillas del Guaire a las del ameno Guayas; y desde las cumbres del Avila, atalaya del mar antillano, hasta las crestas nevadas del Potosí y las orillas del dilatado Titicaca.

Olmedo alcanzaba para los días en que se dió a conocer como poeta, los cuarenta y tres años; era por lo tanto, contemporáneo de Bello y de Bolívar, quienes habían visto la luz en la misma época: 1782 a 1783. Para llegar a la meta americana todos habían tenido una labor prolongada: laboriosa, pacífica, en el estudio del gabinete, la de Bello y de Olmedo: agitada, activa, llena de peligros, de reveses y de triunfos, la de Bolívar. La inspiración de los poetas tenía por lo tanto que sublimarse al contemplar los primeros rayos del sol, después de prolongada noche poblada de sombras y de ayes lastimeros.

Libróse la batalla de Junín el 6 de agosto de 1824. Las primeras cartas de Olmedo a Bolívar en las cuales le remite el poema y le explica el plan que había seguido, están fechadas en Guayaquil a 30 de abril y 11 de mayo de 1825. Estas cartas del poeta al Libertador publicadas en el tomo IV de la *Colección de O'Leary*, deben figurar en las páginas de LA AMÉRICA ILUSTRADA Y PINTORESCA. Bolívar contesta al poeta en dos cartas que versan sobre el trabajo literario que había recibido: ambas fechadas en Cuzco a 27 de junio y a 12 de julio de 1825. Ya hablaremos más adelante de esta correspondencia de Bolívar, tan llena de interés.

La primera edición del "Canto a Bolívar" por Olmedo, fué incorrecta y de ninguna belleza tipográfica; pero a poco, en 1826, vieron la luz pública dos nuevas ediciones, una en París, que no conocemos, y otra en Londres, publicada por la conocida casa editorial de Akermann & Cª. La edición inglesa en un volumen en 12º está ilustrada con el retrato del Libertador, con un facsímile de la hermosa medalla regalada a Bolívar

por el Congreso de Colombia en 1824, y con una alegoría que representa al Inca Manco-Cápac. El señor Akermann envió al Libertador un ejemplar del "Canto a Bolívar" en rica encuadernación, acompañado con una carta de 29 de julio de 1827, ofreciéndole, al mismo tiempo, un ejemplar de cada una de las obras editadas por aquél en idioma castellano. Bolívar aceptó el cortés ofrecimiento del editor inglés, en carta de 12 de diciembre del mismo año, fechada en Bogotá. Esta carta fué publicada por la primera vez en el volumen 21 de la Colección Yanes. (1)

La primera edición del "Canto a Bolívar", que suponemos fué impresa en Guayaquil, es incorrecta. Olmedo estaba ya en Londres como Ministro del Perú ante el Gobierno inglés, cuando salió la segunda edición de su poema. Ya el autor, en carta a Bolívar, fechada en Guayaquil, a 11 de mayo de 1825, le había dicho: "Deseo que U. me escriba sobre esto con alguna extensión, indicándome con toda franqueza las ideas que U. quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de U. porque en mi viaje pienso limar mucho este Canto y hacer en Londres una regular edición, y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de U."

Esta edición inglesa no fué conocida del público de Caracas sino por los años de 1837 a 1838.

No se hicieron aguardar en Londres los juicios críticos acerca del trabajo de Olmedo, y el primero que habló fué D. José Joaquín de Mora en *El Correo literario y político de Londres*, tomo I, al cual siguió D. Andrés Bello en *El Repertorio Americano*, tomo I.

No tenemos presente los nombres de los periódicos de Colombia que dieron a conocer en Hispano-América la obra de Olmedo; pero sí podemos asegurar que la primera edición patria que vió la luz pública en Venezuela fué la editada por nuestro hermano Teófilo en 1842, un volumen de 16°, acompañado del juicio crítico de Mora. Una publicación semejante hecha en aquellos días, podía considerarse como homenaje a la memoria de Bolívar. Los odios políticos desaparecían, surgían las musas del canto y de la historia, mientras que la figura del héroe descollaba en medio de los resplandores de la apoteosis. (II)

Pero no era esta la primera vez en la cual el ingenio de Olmedo era admirado de los caraqueños. Ya *La Oliva*, si mal no recordamos, había hecho conocer en 1835 ó 1836 la "Silva a Miñarica; (III) en tanto que los "Estudios sobre el hombre", de Pope, traducidos en verso castellano, habían salido en las columnas de *El Nacional* de 1834. Todavía más: en *El Venezolano* de 19 de abril de 1841, corre inserto un juicio crítico que escribió el joven Simón Camacho en aquella época, acerca del "Canto a Bolívar". Podemos considerar esta producción como el primer ensayo literario del distinguido escritor y diplomático, cuya memoria tan grata a sus amigos es honra de Venezuela.

Olmedo murió en 1847, a los 65 años de edad. Los escritores de Caracas que tanto le habían celebrado, no fueron indiferentes a la memoria del Cantor de Junín. En sentidas y elocuentes frases anunció a Venezuela *El Liberal* de 1° de mayo de 1847, el triste suceso, y dió a conocer el Decreto de honores fúnebres del Gobierno del Ecuador, al preclaro patricio. En *El Liberal* del 22 del mis-

mo mes aparece la meseniana a Olmedo escrita por el malogrado y fecundo escritor Francisco Aranda y Ponte; bello trabajo que no figura en el volumen comprensivo de los escritos de Aranda publicado en 1858 por el señor Amenodoro Urdaneta. Ultimamente en *La Prensa* de 30 de abril, del mismo año, el conocido literato Juan Vicente González, dedica a Olmedo una MESENIANA, obra de mérito sobresaliente.

La segunda edición caraqueña de la "Victoria de Junín, Canto a Bolívar", fué la editada por nosotros en 1872, 1 volumen en 12º acompañado de un "Apéndice" en el cual figuran cerca de treinta juicios históricos referentes a Bolívar, por escritores extranjeros y americanos. Ya para esta fecha varias hojas políticas habían publicado en repetidas ocasiones la obra de Olmedo con los juicios críticos de Mora y de Bello. (1)

Como complemento a estas manifestaciones que tendían a festejar la memoria de una de las lumbreras de Hispano-América, *El Mosaico*, Revista ilustrada que redactó Don Luis Correa, desde 1854 a 1857, engalanó sus columnas con las diversas obras poéticas del hijo predilecto de las Musas.

La última edición que conocemos de la "Victoria de Junín" es aquella que ofrendó a Bolívar, en los días de su centenario, 24 de julio de 1883, la Municipalidad de Guaquil. La constituye un hermoso volumen en 8º, de 72 páginas,

---

(1) En 1846, el General J. J. Flores editó en París, en la casa de Appert, un volumen pequeño que lleva el siguiente título: OCIOS POÉTICOS del General Flores, y una Oda en su obsequio por J. J. Olmedo. Esta Oda, es el "Canto a Miñarica".

bellamente impreso en París, en rico papel y acompañado de un perfil de Bolívar, admirablemente grabado por Follet. En la cara exterior de la encuadernación figura el Sello de armas de la República de Colombia.

En Caracas son muy poco conocidas las biografías de Olmedo, menos aún las ediciones de sus poesías. La biografía más antigua que recordamos es la escrita por Torres Caicedo, publicada en *El Correo de Ultramar* de 1853 a 1854, la cual incluyó el autor más tarde en sus "Ensayos Biográficos", 1863. En Chile salió en 1861 la biografía de Olmedo por los hermanos Amunátegui, en el libro de estos mismos, titulado: "Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos". Por cuanto se refiere a las poesías de Olmedo, el señor Juan María Gutiérrez publicó una edición completa de ellas, en Valparaíso, en 1848, la cual fué reimpresa en París en 1853. Mucho antes, en el interesante volumen LA AMÉRICA POÉTICA, publicado en Chile en 1846, figura una ligera noticia biográfica de Olmedo. Hoy ya el autor del "Canto a Bolívar" figura en todos los diccionarios biográficos. (IV)

Hablemos ahora de la correspondencia literaria, corta, pero expresiva, que medió entre Bolívar y Olmedo por los años de 1825 a 1826.

Hace diez años que en *La Opinión Nacional* de 4 de julio de 1879, al insertar las cartas de Bolívar a Olmedo, y una de éste al Libertador, y dar las gracias, al mismo tiempo a la familia del venerable patricio ecuatoriano, por habernos proporcionado copia de aquéllas, por la intervención de nuestro amigo Doctor Alcides Desturge, cónsul de Venezuela en Guayaquil, escribimos las siguientes líneas:

"En estas cartas aparece Bolívar bajo una nueva faz, la de crítico, en una materia que no conocía, como él dice; pero que le presenta vasto campo para lanzar chispas de su agudo ingenio, y asentar proposiciones en consonancia con su amor por toda obra clásica. En ellas el Mecenas se hace digno del poeta, y recoge éste la corona de gloria que, desde remotas playas, le tributa el genio de América. Durante cincuenta y cuatro años han permanecido ignoradas del público americano, piezas tan relevantes; pero ninguna época más propicia para darlas a conocer que esta en la cual han desaparecido los odios de partido y de nacionalidad, para juzgar a Bolívar con todo el entusiasmo de la admiración, pero con todos los fallos de la razón, basada en la justicia y en el criterio histórico".

Un año más tarde, en el vol. IV de la COLECCIÓN O'LEARY, vimos publicadas las dos mismas cartas cuyas copias habíamos recibido de Guayaquil. La del 27 de junio en Cuzco, está mutilada, e igual a la nuestra la de 12 de julio del mismo año. Mas, ¡cuál ha sido nuestra sorpresa al no ver en el vol. 3º de la "Correspondencia de Bolívar" publicada en 1888, la carta del 12 de julio! Tampoco figura en ninguno de los volúmenes de la citada COLECCIÓN el extracto de la carta de Olmedo a Bolívar, fechada en Londres a 19 de abril de 1826, que dió a conocer por primera vez Torres Caicedo en 1853 y que agregamos a nuestra noticia de 1879, publicada en *La Opinión Nacional.*

Estamos por lo tanto en el imprescindible deber de republicar las cartas que dimos a conocer del público de Venezuela, antes de que comenzara la publicación de los DOCUMENTOS DE O'LEA-

RY. Así podremos coronar estas noticias biográficas referentes al cantor de Junín.

He aquí la célebre correspondencia: [2]

CARTAS DE BOLÍVAR A OLMEDO

—

Señor José Joaquín Olmedo.

Cuzco, a 27 de junio de 1825.

Querido amigo: Hace mui pocos días que recibí en el camino dos cartas de U. y un poema; las cartas son de un político y de un poeta; pero el poema es de un Apolo. Todos los colores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho: todos los rayos del padre de Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. U. dispara fúlmines donde no se ha tirado un tiro: U. abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamas en Junin: U. se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter: de Sucre un Marte: de Lamar un Agamenon y un Menelao: de Córdova un Aquiles: de Necochea un Patroclo y un Ayax: de Miller un Diómedes, y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heróica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. U. nos hace a su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, U. nos eleva con su deidad mentirosa como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que

(2) Hemos dejado en estos documentos la ortografía de su origen.

le rompiese sus miembros rastreros. U. pues, nos ha sublimado tanto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo, U. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenon, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y U. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que U. había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no lo creo, U. es poeta y sabe bien tanto como Bonaparte, que de lo heróico a lo ridículo no hai más que un paso; y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres.

Un americano leerá el poema de U. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto del Facistol de Boileau.

Por todo doy a U. las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que U. llenará dignamente su comisión a Inglaterra: tanto lo he creído que habiendo echado la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese tan capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que U. Uní a U. un matemático, porque no fuese que llevado U. de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero para que no vea con su imaginación sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros y abra los oidos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y de los publicanos.

He llegado ayer al país clásico del Sol de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro. Los incas son los vireyes o prefectos. La fábula es la historia de Garcilaso: la historia, la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía. Todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos: mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas sin mezcla alguna de las obras extrañas: de los consejos agenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco-Capac, Adán de los indios, salió de su paraíso Tititaca y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada o profana, sin diluvio de Noé o de Deucalion, sin historiador de Moisés o de Herodoto. Dios lo hizo hombre: él hizo su reino y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vias grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no tenemos ni idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que, con más o menos poesía, acabo de decir a U.

Tenga la bondad de presentar esta carta al señor Paredes, y ofrezco a U. las sinceras expresiones de mi amistad.

BOLÍVAR.

Señor Don José Joaquín Olmedo.

Cuzco, 12 de julio de 1825.

Mi querido amigo: Ante ayer recibí una carta de U. de 15 de mayo que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque U. se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, U. se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que U. ha hecho su gasto y tomado su pena haré como aquel paisano a quien hicieron rei en una comedia, y decía, "ya que soy rei haré justicia". No se queje U., pues, de mis fallos, como no conozco el oficio daré palo de ciego por imitar al rei de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oido decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta mui severa en la que castigaba con dureza las composiciones métricas, y su imitador Mr. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda decidir y tronchar a cualquiera que hable mui mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panejíricos para el fin de la obra que, en mi opinión los merece bien, y prepárese U. para oir inmensas verdades, o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues U. sabe mui bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré mis maestros.

U. debía haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: o yo no tengo oido musical o son casos o son renglones oratorios. Páseme U. el atrevimiento; pero U. me ha

dado este poema y yo puedo hacer de él cera y pábilo. (V)

Después de esto, U. debía haber dejado este canto reposar como el vino su fermentación para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que U., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

U. ha trazado un cuadro mui pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El inca Huainacapac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio, que alabe indirectamente a la religión que le destruyó: y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su tronco, por dar preferencia a extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a U. nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá U. que le observe que este jenio inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel: y ya sabe U. que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y sin embargo, no escapó a la crítica.

La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra, a atro-

nar a los Andes que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Iliada. Promete poco y da mucho. Los valles y la sierra proclaman a la tierra: el sonsonete no es lindo: y los soldados proclaman al general, pues que los valles y la sierra son los mui humildes servidores de la tierra.

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo la culpa ¿para qué me ha hecho U. rei?

Citemos para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

"Que al Magdalena y al Rímac bullicioso"..... Y este otro 750:

"Del triunfo que prepara glorioso".... Y otros que no cito por no parecer rigoroso e ingrato con quien me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de U. y el caudaloso Támesis se convertirá en helicona; allí encontrará U. sus cantos llenos de *spleen*, y consultando las sombras de Milton, hará una bella aplicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, U. se hallará mejor inspirado que por el inca. que a la verdad no sabría cantar mas que yarabies. Pope, el poeta del culto de U. le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caidas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. U. me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticon se indignaba de que durmiese el autor de la Iliada, y U. sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida después de nueve años de estar enjendrando: así, amigo: lima y más lima, para

pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: terminó mi crítica, o mejor diré mis palos de ciego.

Confieso a U. humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un jenio lo arrebató a U. a los cielos. U. conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales: los pensamientos nobles y hermosos: el rayo que el héroe de U. presta a Sucre es superior a la cesión de las armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes: aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se vé, aunque de perfil, el momento ántes de acometerse Turno y Eneas. La parte que U. da a Sucre es generosa y grande. Y cuando habla de Lamar me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor, aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante: y por otra parte ¿no será Lamar un Mentor guerrero?

Permítame U. querido amigo, le pregunte: ¿y de donde sacó U. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y U. la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de U. al campo es pindárica, y a mí me ha gustado tanto que la llamaría divina.

Siga U., mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las Musas con la traducción de Pope y con el canto a Bolívar.

Perdon, perdon, amigo mio; la culpa es de U. que me metió a poeta.

Su amigo de corazon.

BOLÍVAR.

EXTRACTO DE CARTA DE OLMEDO A BOLÍVAR

"Londres, 19 de abril de 1826.

. . . . . .

"Todas las observaciones de U. sobre el canto de Junín tienen, poco más o menos, algún grado de justicia. U. habrá visto que en la fea impresión que remití a U. se han corregido algunas máculas que no me dejó limpiar en el manuscrito el deseo de enviar a U. cuanto antes una cantinela compuesta más con el corazón que con la imaginación. Después se ha corregido más y se han hecho adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Lejos de mi patria y familia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no, señor, no era la ocasión de templar la lira.

"El canto se está imprimiendo con gran lujo, y se publicará la semana que entra; lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia y una lámina que representa la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

"Una de las razones que he tenido a más de las indicadas para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar a paladares delicados y difíciles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una doble razón, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho, si él amase menos al héroe

y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores lo han hecho, y publicado análisis sobre esa composición; y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi Musa estaba con mi patria.

"Todos los capítulos de las cartas de U. merecerían una seria contestación: pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que U. me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, o para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desórden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de U.—Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caida, así como es vergonzosísima la derrota de un balandrón.—El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio.

"Quería U. también que yo buscase un modelo en el cantor de Enrique. ¿Qué tiene Enrique de común con U? Aquel triunfó de una faccion, y U ha libertado naciones. Bien conozco que las úl-

timas acciones merecían una epopeya; pero yo no soi mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad o lisonja, la menor ficcion por una mentira *mal trovata,* y al menor extravío me avergonzaría con la gaceta. Por esta razon, esas obras si han de tener algo de admirable, es preciso que su accion, su héroe y su escena estén siquiera a media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algun tiempo la fantasía de algun nieto mio!"

. . . . . .

J. J. OLMEDO.

Dos palabras para concluir. El estudio detenido que hemos hecho de la correspondencia epistolar de Bolívar, desde los comienzos de su juventud hasta días antes de su muerte, en 1830, nos pone en capacidad de escribir un juicio razonado acerca de tan importante materia. El carácter apócrifo de una que otra carta; la mutilación hecha a muchas; los errores de copia que han ido pasando de mano en mano; las versiones castellanas de versiones inglesas o francesas del español; la confusión de las épocas; la falta de toda noticia ilustrativa sobre épocas y personas; las correcciones ortográficas y de dicción; la ausencia completa de plan y de estudio histórico, han traído una confusión en las colecciones hasta hoy publicadas. No nos haremos aguardar.

APOTEOSIS DE SUCRE

A Mateo Guerra Marcano.

¿Hacia dónde se dirigen esos grupos de guerreros que en las alturas del Titicaca parece que van a encontrarse? ¿Quiénes son esos dos hombres que al frente de sus comitivas y después de largos años de combates, se pasean a orillas del Desaguadero como nuncios de paz después de la victoria? Hace poco que cada uno, al frente de sus legiones, disputaba el declive, el valle, la llanura, la altura inaccesible, y parecía el sultán del fuego en medio del incendio. ¿Son acaso los antiguos conquistadores del continente, los héroes de la leyenda castellana, invencibles y atrevidos, gigantes de la edad moderna, rivales de los viejos escaladores del Olimpo, que aparecen sobre el dorso de las montañas; o son, por ventura, los genios tutelares de América, quienes después de plantar sobre las torres de las ciudades indígenas el gorro frigio van en solicitud de la Pitonisa de los Andes, para colocar al pié de ésta los laureles segados en los campos de la victoria?

Nada se escucha, y tan sólo el ruido de las herraduras resuena sobre el suelo peñascoso, en tanto que las comitivas siguen en silencio la dirección de sus jefes. Brillan a la luz del día las

lanzas de los guías, del hombro de los cazadores pende el clarín de guerra, y guardadas están las espadas. Ya se apagaron las fogatas del extenso campo de batalla, y espirales de humo, acá y allá, son los restos de los pasados incendios. Atrás están los ejércitos acampados en las llanuras y en las ciudades, como caravanas que reposan después de prolongado viaje y se relatan las historias de la noche tempestuosa, cuando los remolinos del viento y las trombas del desierto, envolviendo jinetes y caballos, fueron testigos del terrible choque. Ni las campanas de los pueblos tocan a rebato, ni las montañas repercuten la tronada del cañón, ni se escuchan ya los ayes de los vencidos ni los gritos de los vencedores. Todo está en silencio, y sólo el ruido de los caballos anuncia el paso de los vencedores, en tanto que sobre las altas cimas flamea el pabellón tricolor.

Esto pasaba ayer, 1824, y han corrido sin embargo cincuenta años. Esto pasaba ayer, cuando las legiones de Venezuela, victoriosas en las llanuras y a orillas del mar, quisieron escalar montañas en solicitud de las ciudades andinas. Esto pasaba ayer, cuando los héroes de Esparta, galopando, subieron los declives, y enrojeciendo la nieve con sangre americana, treparon entre el fuego y la muerte, para arrancar de las elevadas almenas el estandarte de Pizarro. Fué necesario principiar, y Caracas lanzó en 1810 el primer grito de la magna revolución: fué necesario luchar, y a orillas del Orinoco tronó el primer cañón en 1811: fué necesario emanciparse, y el Congreso de Venezuela en el mismo año, fué el primero de América que lanzó el guante: fué necesario un genio, y apareció Bolívar: fué necesario batallar en las llanuras y en las ciudades, y a orillas de los ríos y de los lagos, y de los mares; luchar contra

España y contra el pueblo de Venezuela, y contra el hambre y la intemperie y la muerte, y las derrotas se convirtieron en victorias: fué necesario trasmontar el Ande, y el Ande recibió a los vencedores en Bonza, Vargas y Boyacá: fué necesario retroceder para cubrir la retaguardia, y el cañón de Carabobo resonó en las soledades del Atlántico: fué necesario seguir, y los volcanes del Ecuador se coronaron con la franja del iris al paso de los vencedores: fué necesario concluir, y Quito, Lima, El Callao, Potosí y El Cuzco abrieron sus puertas, y brilló la estrella de Junín, y la de Ayacucho, y fueron tomadas todas las ciudades; y siguiendo las legiones victoriosas las huellas de Pizarro y de Almagro, saludaron en el Templo del Sol al sol de la independencia americana.

Han pasado cincuenta años desde que terminó el drama, y ya todos los actores están en la tumba. Desaparecieron unos bajo la cuchilla española y otros al golpe del puñal americano. La suerte de la guerra dejó a muchos en el campo de batalla, mientras las miserias y el desengaño fueron para otros los arreos de la vejez. Para muchos, el naufragio, el ostracismo y la muerte en suelo extranjero. Los más: resignados y humildes en la noche del infortunio: los menos, indiferentes a la historia de lo pasado. Afortunados los primeros que entraron en la tumba, primogénitos de la gloria que no fueron testigos ni compañeros de los ancianos desvalidos en los días del desengaño. [1]

Pero ¿quiénes son estos dos guerreros que en la gran meseta de los Andes se solicitan? Ambos visten las galas del triunfo: el uno tiene pantalones de color grana y dormán azul, el otro viste de verde. El uno es de cuerpo pequeño, enjuto de carnes, frente espaciosa, mirada de águila: el otro

es de estatura regular, bien formado, rostro apacible y mirada expresiva, velada por unos párpados que se recogen como queriendo evitar el estímulo de la luz: ambos de nariz aguileña, rostro tostado por el calor de los trópicos y las fatigas de la guerra, pómulos pronunciados, palabra fácil, dón de mando.

De repente las dos comitivas se han divisado, y los jinetes, clavando sus espuelas sobre los ijares de sus caballos, corren a su encuentro. Los dos jefes se abrazan, permanecen mudos por largo rato, después se hablan, se felicitan y se victorean. ¿Qué se han dicho? La historia no nos ha trasmitido los pormenores íntimos de esta conferencia expansiva y sublime; pero nosotros conservamos las elocuentes frases del vencedor.

Esos dos hombres que se fundían en un ósculo y se enternecieron al abrazarse, eran el hombre de Junín y el hombre de Ayacucho: Bolívar y Sucre.

Cuando el Libertador, lleno de efusión fraternal, estrecha contra su pecho al vencedor en Ayacucho, y le felicita y le enaltece, parece que había hallado el complemento de su gloria, su gloria misma personificada en el más célebre de sus tenientes. ¿Qué contesta Sucre a los elogios del Libertador? Levantándose sobre los estribos, le victorea y le dice: "El Libertador no estuvo en Ayacucho, pero sí en el corazón de los que allí combatimos; y cuando la victoria parecía huir de nuestras filas, invocamos su nombre y ella coronó nuestros esfuerzos."

He aquí como se confunden dos hombres ilustres. Despojarse de una gloria que le pertenece para realzar con ella el brillo de su jefe; cambiar el laurel de los honores por la violeta de la modes-

tia, tal fué el pensamiento del generoso mancebo! Esta figura pertenece a los tiempos antiguos: tiene el perfil romano y la estética griega: es uno de los héroes de Plutarco.

Estos dos hombres en las alturas del Desaguadero, representaban la gloria americana en su más completa síntesis: ambos se servían de complemento. Habían llegado a la cima física de la cual no podían pasar y también a la altura histórica de la cual debían descender. Igual destino los aguardaba: ambos debían ser víctimas de las pasiones y del puñal fratricida. Más afortunado que Sucre, Bolívar escapa en dos ocasiones, en Jamaica y en los Toros, de la cuchilla española, y se salva igualmente en la noche del 25 de setiembre del puñal colombiano. Le aguardaban la agonía lenta, la tortura del cuerpo y del espíritu, la onda del huracán que iba a envolverlo y arrojarlo a la playa solitaria. Más desgraciado Sucre, se salva de la herida de Chuquisaca, causada por mano americana; pero fué porque le aguardaban los espectros de Berruecos en asechanza tras los ennegrecidos troncos de la montaña.

Ambos desaparecieron seis años después de la entrevista de que acabamos de hablar, en 1830.

Estos dos hombres que se habían levantado su apoteosis en vida, en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Bomboná, Junín, Ayacucho y Bolivia, debían descender a oscuras las gradas del sepulcro. Más allá de éste es donde se halla la luz de la justicia; por eso toda gloria que desaparece en el torbellino de las pasiones, la reivindica, la realza, la resucita la misma muerte, esta vengadora de todas las injusticias y rehabilitadora de todos los méritos.

A los doce años de silencio aparece Bolívar, en 1842. No se han cumplido todavía cincuenta

de su muerte y ya su estatua está a las orillas del Orinoco, del Atlántico, del Pacífico, y sobre los Andes. Entre tanto, Sucre ha dormido tranquilo el sueño del olvido. Ni un decreto, ni un recuerdo, ni una estatua en Colombia, en tan prolongado espacio de tiempo. Estaba escrito que, el que había sellado con su genio la paz del Continente, el que había llegado con sus fuerzas a la cumbre de los honores, y dejado su nombre ileso, debía desaparecer, no bajo el peso de las fatigas ni de la gloria que abruman a la naturaleza física, y sí bajo la bala fratricida que, en la noche del crimen, solicita a su víctima y la derriba. Pero también estaba escrito, que de esta noble figura, cuyos méritos llenan la historia del Continente, y que tan admirada ha sido por todas partes, no quedarían ni los restos mortales, que son para las naciones civilizadas el recuerdo perenne que guardan con orgullo. (II)

Para estos hombres que desaparecen por exceso de virtud no hay cruz que señale el lugar de su descanso, ni fosa que los guarde, ni inscripciones que los recuerden a las generaciones futuras. Todo enmudece ante el cuerpo de la víctima de una idea política o religiosa, de una venganza innoble o de una envidia fratricida. Y gracias al corazón caritativo que haya amortajado su cuerpo y lo esconda de las miradas humanas y lo entregue al tiempo.

Así había desaparecido Sucre de la memoria de los gobiernos y pueblos de América, y así han desaparecido sus restos mortales, confundidos, pulverizados, sin dejar una sola memoria, ni en los anales de la familia, ni en la historia de América. Los reclamó Venezuela, la primera en hacer justicia a los hombres de la revolución; quiso colocarlos al pié del túmulo que guarda los del gran

Bolívar; invitó a los pueblos a contribuir con su entusiasmo a la apoteosis del héroe y no encontró de éste ni el polvo! Habían ya entrado en la ley de la metamorfosis; se habían convertido en tierra; había desaparecido por completo el hombre físico, cuando era reclamado el hombre histórico. (III)

¿A quién culpar? ¿Y qué necesidad tenemos de culpar a nadie, si la censura no contribuye en nada a la gloria de la víctima? ¿Qué importan a la generación actual, los extravíos, la ingratitud y aún la condescencia criminal, si cada época tiene su carácter, sus tendencias y sus fines? ¿Para qué traer ante la justicia humana a gobiernos y a sociedades culpables que ya han desaparecido, y llevaron al sepulcro la reprobación de sus hechos? Lo pasado, que está todavía cubierto por las sombras del crimen, no debe entoldar con sus fantasmas las claridades del reconocimento.

La desaparición de las cenizas de Sucre, ignoradas, confundidas quizá con las de sus victimarios, está en armonía con la muerte que le cupo. ¿Para qué volver a la luz ese brazo fracturado por la bala de Chuquisaca? ¿Para qué presentar ese cráneo donde se albergó la bala de Berruecos? ¿Acaso Abel podría levantarse en presencia del instrumento de Caín? Esos restos están ya en la noche eterna: pertenecen, no a los pueblos, sino al tiempo y al espacio. Removerlos sería abrir de nuevo la herida mortal cicatrizada por la muerte. Podrían hablar, y brotar sangre, y lanzar gritos de maldición, contra América; podrían enardecerse, y arrojar llamas de venganza que irían, con la velocidad del rayo, a desmoronar tumbas ya cerradas y sobre las cuales han fallado Dios y la justicia humana. Sí: paz para esos sepulcros, y

perdón para los criminales que han desaparecido: fueron americanos y están juzgados.

No habrá para Sucre bajel que lo conduzca en triunfo de uno a otro mar, ni séquito que lo acompañe, ni playa que lo reciba, ni lo saludará el cañón, ni las banderas de América manifestarán a media asta el duelo nacional. No habrá para el vencedor ni oriflamas, ni pendones enlutados, ni tañidos de campanas, ni marchas fúnebres, ni panteón que lo reciba. Si la apoteosis del hombre consiste en conducir con pompa sus restos mortales al templo de la gloria, Sucre no tiene apoteosis. Sus restos los confundió el tiempo para sepultarlos en el océano del olvido; pero ahí están los Andes que le pertenecen: el pedestal de su estatua es el Pichincha.

Cuando Venezuela envió al señor Guerra Marcano a reclamar amistosamente del Ecuador las cenizas del vencedor en Ayacucho, las naciones limítrofes al saberlo, se prepararon a contribuir a una ceremonia que debía tener un carácter americano. Este propósito ha fracasado en la forma, pero no en la idea; el hombre histórico no ha muerto. Sucre al desaparecer como materia se ha agigantado en gloria. Su gran figura sobre las alturas del Titicaca está fija y radiante. Conquistó la altura, y la altura le pertenece. El lugar de la cuna no tiene privilegio cuando la gloria ha sido múltiple. Como Bolívar, Sucre, hijo también de Venezuela, pertenece a la América, y es deber y honra de América hacer su apoteosis.

¿Cómo? ¿De qué manera? Con el arte, el arte que cincela la estatua que resiste a las inju-

rias del tiempo, como el que con el buril del ingenio e inspirado por las musas del Canto y de la Historia inmortaliza a los hombres preclaros. LA APOTEOSIS DE SUCRE, así debe llamarse el libro a cuya elaboración contribuyan con sus historiadores y poetas, Venezuela, Colombia, El Ecuador, El Perú, Bolivia, Chile y la República Argentina. Esta obra americana, producción intelectual de nuestros hombres de letras, sería la más bella ofrenda que podría hacerse al varón insigne cuya memoria tiene que ser imperecedera. En esta obra deben atesorarse no solo las contribuciones de cada pueblo en honra del héroe, sino también todos los documentos oficiales, discursos, manifiestos, proclamas, correspondencia, etc., etc., del Mariscal Sucre. Esta obra sería única en su género y llevaría un carácter de justicia, que haría olvidar el silencio que por tantos años ha pesado sobre la tumba del predilecto de Bolívar.

Las musas de la Historia y del Canto, hermanadas en honra de Sucre, tal es el pensamiento que anima al gobierno y al pueblo de Venezuela. Tres o más escritores nombrados por cada gobierno bajo la iniciativa del de Venezuela formarían el cortejo que conduciría al hombre célebre al Panteón de la Historia, no con los arreos de la muerte sino con las galas del triunfo; no con las pompas de la materia, sino con las claridades del espíritu.

Tenemos tiempo; ahí está el 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho. Celebremos este día americano con las pompas de nuestro ingenio. Los grandes infortunados exigen reparación general;

y la gloria velada por la sombra del olvido reaparece imponente el día de la justicia. La lobreguez de Berruecos ha desaparecido desde el momento en que se sepultó en los antros de la montaña el último de los espectros. Ayacucho será siempre la síntesis de un libro inmortal.

Sucre va a entrar por la puerta del Panteón, sin heridas, sin sangre, sin odios, sin venganza, incorpóreo, justiciero, radiante. Los muertos no poseen la memoria del mal, sino de la virtud. Levantarse de la tumba para recibir la corona del triunfo, es resucitar a los días del deber cumplido. Sucre no ha muerto todavía, aguarda.

NOTAS DEL COMPILADOR

LA CASA DE HUMBOLDT EN CARACAS.

(I) Corresponde este trabajo a la serie de interesantes cuadros que bajo el nombre de *Humboldtianas* publicó don Arístides Rojas en homenaje de admiración y de agradecimiento hacia el ilustre autor de *Cosmos*, no sólo por ser éste una de las grandes figuras científicas del siglo XIX, sino por el amor con que estudió la América, y la cariñosa simpatía con que recordó siempre a Venezuela y a sus hijos. Las *Humboldtianas* se iniciaron con los *Recuerdos de Humboldt*, escritos en 1874 y siguieron con una serie de artículos que en su mayor parte aparecieron en las columnas de "La Opinión Nacional" de 1879 a 1880. Hoy se encuentran reunidas en un volumen bellamente impreso en la Tipografía Vargas, Caracas MCMXXIV, por el señor Eduardo Röhl.

(II) Cuando, en 1877, publicó Rojas este trabajo aún se encontraba en ruinas la casa que habitó Humboldt, y que fue posteriormente reedificada. El 14 de setiembre de 1921 el Excelentísimo Señor Doctor Paul S. Horts Falcke, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Alemania en Venezuela, hizo colocar en dicha finca una lápida conmemorativa con la siguiente inscripción:

Alejandro Von Humboldt vivió durante su estada en Caracas (Noviembre de 1799 a febrero de 1800) en la mansión que se levantaba en este sitio.

(III) La descripción de los Honores Fúnebres decretados al Libertador, con motivo de la traslación de sus restos a Caracas, fué hecha por don Fermín Toro, en cumplimiento de un Decreto Legislativo. No podremos resistir al deseo de trascribir en esta nota siquiera un fragmento de aquella brillante pieza literaria:

"Bolívar, hijo de la tempestad, impetuoso como ella, y como el hado inexorable, vió la sociedad conmoverse para buscar nuevos destinos. Atrájola con su prestigio, hablóla como profeta, y con potestad suprema la guió en las dos grandes obras de las revoluciones humanas: destruir y reedificar. Escenas de tremenda grandeza en que es inmenso el terror e inmensa la esperanza! Allí sonó el alarma que conmovió todo un mundo; allí se levantó cruento el altar de los sacrificios; allí recibió su misión el *Hombre Libertador;* y allí se vieron en pos de su carro vengador los instrumentos de ruina. ¿Quién es grande en estos días? ¿Quién es alto como el cedro y fuerte como la roca para resistir, dominar y serenar la tormenta? En esta confusión de elementos, en estos tumultos y combates, la justicia se hace fuerte, la fuerza triunfa y el triunfo es cruel. El pobre es rico en su sueño de venganza; el oprimido oprime, pidiendo desagravio, y el mérito y los servicios no reciben sino arrebatan su recompensa. El esclavo encadenado condena a su señor; tiembla el juez ante el reo que condenara, y la multitud beoda en su triunfo arrastra al matadero a sus antiguos tiranos....

¿Y quién fué el grande en medio de estas escenas? Bolívar: Bolívar que en los dias de terror sólo puede compararse a los Héroes bíblicos, que armados de la ira de Sabaoth rodaron su carro sangriento sobre ejércitos destruidos, pero que en los días de reparación fue semejante a los genios bienhechores que presiden a la creación de lo grande, al sentimiento de lo justo y a la concepción de lo bello"....

LOS PLATOS DE PARAGUACHI.

(I) Este trabajo forma parte de varios estudios publicados en *La Opinión Nacional* y en *El Siglo*, periódicos de Caracas, bajo el título genérico: *Historia de una colección de Cacharros.*

(II) Ya es demasiado conocida la figura de Lope de Aguirre, cuyos crímenes puntualizan muchos cronistas e historiadores de Indias, entre ellos Cieza de León, Garcilaso de la Vega, Fray Pedro Aguado, Simón, y Castellanos. Recientemente ha tratado de rehabilitar la memoria de aquel sonado personaje don Segundo de Ispizúa, quien, no obstante estar en cuenta de las fechorías del *Tirano* en el Perú y en Venezuela, trata de excusarlo con evidentes sofismas, como aquellos de que el tipo de Aguirre era el de los soldados de su tiempo; que no fue un monstruo ni un aborto; y que si se toman en cuenta las razones que invoca en su carta a Felipe II, bien puede colocársele entre los que iniciaron el movimiento se-

paratistas de las regiones descubiertas por Colón. Son estas las palabras del autor de *Los Vascos en América:* "Ni Bolívar, San Martín, Belgrano, Sucre.... alegaron mejores ni más sólidas razones para proclamar la independencia política de los países del Nuevo Mundo del dominio de España. Antes que todos éllos, como el primer mártir de los mismos ideales, debe ser colocado el calumniadísimo y desconocido Lope de Aguirre, quien vió ya, hace tres siglos y medio, lo que fatalmente debía acontecer: la emancipación de América de España". (Segundo de Ispizúa. *Los Vascos en América.* Tomo II, pág. 403).

HERALDICA Y NUMISMATICA GENERAL.

(I) La ley sobre Escudo, Sello, Bandera, e Himno Nacionales, es del 25 de mayo de 1894; pero en marzo de 1905 el Presidente Provisional de la República dictó un Decreto sobre esa materia. Entendemos que las inscripciones del escudo son: A la derecha: *19 de abril de 1810;* a la izquierda: *5 de julio de 1811;* en el centro: *Dios y Federación.*

EL NEGRO 1º

(I) Se publicó este artículo en el número 6.624 de "La Opinión Nacional" correspondiente al martes 27 de octubre de 1891; se reprodujo en un folleto en 16º con 32 páginas, y después en: *Siete Estudios de Arístides Rojas,* Caracas, Litografía del Comercio, 1924.

LA PRIMERA NODRIZA DE BOLIVAR.

(I) Es seguramente un *lapsus calami* el que aparezca la madre de Bolívar con los apellidos Sojo y Palacios, pues bien sabía el autor de estos trabajos que élla era Palacios y Blanco, hija del Capitán Don Feliciano Palacios y Gil de Arratia y de Doña Francisca de Blanco Herrera.

(II) La negra Matea no fue nunca nodriza de Bolívar, sino la negra Hipólita, a quien el Héroe recordó siempre con filial afecto. En carta a su hermana María Antonia, fechada en el Cuzco, a 10 de julio de 1825, le dice: "Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiera: para que hagas por ella como si fuera tu madre. Su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella"....

Según nota inserta en la página 76 de los *Papeles de Bolívar,* Hipólita era ágil y montaba bien a caballo. Quería entrañablemente a su amo y estuvo

con él en las batallas que se libraron en San Mateo. Cuando Bolívar entró en Caracas el 10 de enero de 1827, subió bajo palio por la calle comprendida entre Sociedad y las Gradillas; y como divisara a Hipólita entre la multitud abandonó su puésto y se arrojó en brazos de la negra, que lloraba de placer.

(III) Largos y buenos servicios prestó a su patria el Brigadier Don Ramón Correa, enlazado con una familia que gozó de las simpatías de la sociedad caraqueña, y de la cual aún quedan descendientes en Venezuela.

RENOVACION MILAGROSA DE UNA PINTURA.

(I) A estas advocaciones de Vírgenes americanas habría que agregar la de *Nuestra Señora de Coromoto, de Venezuela,* aparecida por primera vez, según la tradición, en una quebrada cerca del río Guanaguanare (hoy Guanare) hacia el año de 1651. En el Valle del Espíritu Santo, en la isla de Margarita, se venera de antiguo una imagen, *La Virgen del Valle,* a la cual los sencillos moradores de aquella región atribuyen innúmeros milagros; y en el pueblo de San Mateo, en el Estado Aragua, *La Virgen de Belén* tiene numerosos devotos.

(II) A las obras marianas de que habla el autor hay que agregar ahora: *La maravillosa historia de Nuestra Señora de Coromoto de Guanare (Venezuela) y Orígenes Portugueseños,* por el Hermano Nectario María, de las Escuelas Cristianas, Profesor del Instituto La Salle, de Barquisimeto. Este libro, publicado en 1924 como homenaje del autor a la memoria de Antonio José de Sucre, en el primer centenario de la Batalla de Ayacucho, contiene interesantes datos geográficos e históricos sobre varias regiones de Venezuela.

LA SANTA RELIQUIA DE MARACAIBO.

(I) Para comprender las declamaciones de Don Arístides Rojas contra *John Bull* conviene recordar que se escribieron cuando los venezolanos discutíamos con los ingleses los límites de Guayana. *La vieja Albión,* como todos los poderosos, no ha dejado de cometer atropellos cuando a sus intereses ha convenido; pero es innegable que el pueblo británico es de los que más han contribuido a la libertad y al progreso humanos, y que el mundo le debe el servicio inapreciable de haberse opuesto en momentos solemnes de la historia al ciego predominio de la fuerza.

EL PRIMER BUQUE DE VAPOR EN LAS COSTAS DE PARIA.

(I) Cuando apareció esta nave en aguas de Venezuela ya no existía Fulton, el primero que aplicó los descubrimientos de Papin, con respecto al vapor, a la navegación marítima. El nombre de este célebre norteamericano, hijo de su propio esfuerzo, es de los que deben proponerse como ejemplo y guía a la juventud, a la cual debe inculcársele que si es motivo de legítimo orgullo descender de noble prosapia, siempre será más satisfactorio para el natural orgullo de cada uno poder decir como el Mariscal francés de quien nos habla la historia: —*Yo soy un antepasado.*

DE COMO LOS FRANCESES HUYERON DE CARACAS SIN SAQUEARLA.

(I) Las tropas francesas que a petición de Guevara y Vasconcellos envió de la Guadalupe el General Ernouf, Gobernador de dicha Antilla, ascendían a doscientos hombres, mandados por el Jefe de Batallón Madier; permanecieron cerca de 16 meses en Caracas, y fueron reembarcados por el Capitán General D. Juan de Casas en 1808, poco después de la salida del capitán Beaver, comisionado inglés que había llegado a La Guaira en la fragata *Acasta.* La autoridad española en Caracas anunció al General Ernouf, con fecha 28 de marzo de 1808, la salida de esa fuerza en los términos que siguen:... "Ojalá el mar y la fortuna favorezcan a los bravos oficiales que, para obedecer las órdenes de V. E., van a Guadalupe, afrontando tan grandes peligros sobre el elemento tiranizado por nuestros enemigos. Espero que V. E. tendrá la bondad de darme parte de la feliz llegada de estos valientes, a fin de disipar la inquietud en que nos dejan".

LA PRIMERA TAZA DE CAFE EN EL VALLE DE CARACAS.

(I) Esta es una de las leyendas más hermosas entre las muchas que escribió Don Aristides: una página de Teócrito aplicada a nuestros campos. Por magia de la pluma, trasciende de *Blandín, San Felipe y La Floresta,* el aroma de los jazmines del cafeto; y de Mohedano, Sojo y Blandín, el de patriarcales virtudes. Se ama la vida pastoril al verla pintada así; se tributa un homenaje de respeto a aquellos hombres, laboriosos y buenos, que ponían el espíritu en Dios. la mano en la esteva y el pensamiento en el arte.

La guerra de Independencia, y las civiles que vinieron después, hicieron olvidar el nombre de aquellos civilizadores. Sin embargo, no quedó del todo obscurecido su recuerdo. En 1896 el *Club Agrícola,* de Caracas, acordó inaugurar un medallón de Mohedano en la sesión solemne con que habría de contribuir a la Apoteosis del Generalísimo Francisco de Miranda. Con este motivo el Dr. Francisco Izquierdo Martí dijo: "Estímulo, y un pequeño, es presentar orladas con nimbo de gloria las figuras de los que consumen su vida en servicio de la Patria... Por eso el Club Agrícola, de Caracas, inspirándose en su noble ambición de fomentar la agricultura en el país, quiere honrar al Illmo. Señor don José Antonio García Mohedano. Nada más justo, pues mucho se le debe por haber sido el primero que cultivara formalmente en Venezuela el precioso grano del café".

EL ULTIMO DE LOS EXPEDICIONARIOS.

(I) Recuérdese que este trabajo corresponde al siglo XIX, que el autor llama *actual* porque entonces vivió y escribió.

(II) Incuestionablemente hay abuelos en el genio como en la sangre, según la bella expresión de Lamartine. Entre los ascendientes de Cristóbal Royas y de Teresita Carreño muchos cultivaron la música y la pintura, aunque ninguno de ellos descollara como la célebre pianista y el doliente autor de *El Purgatorio.* En algunas familias esa herencia de talento y de pasión por el arte se trasmite sin interrupción de padres a hijos. Nosotros tuvimos los González, talladores y escultores; y los Monteros, que conservaron siempre encendido el fuego de la inspiración musical.

EL LORO DE LOS ATURES.

(1) La Patria lamenta hoy la enfermedad que impide al Dr. Lisandro Alvarado, autor de la *Historia de la Revolución Federal en Venezuela,* y de *Glosario de Voces* indígenas, continuar la asidua labor que venía realizando en pro de la cultura nacional.

UN LAZARETO AMBULANTE.

(I) De los tiempos en que se escribió este trabajo a la época presente han transcurrido casi cincuenta años, durante los cuales la población de Caracas se ha extendido en todas direcciones, y especialmente hacia el Este, donde se levantaban los dos edificios a que se refiere esta leyenda. En cuanto al Lazareto

de la esquina de *La Hoyada,* entendemos que nunca estuvo allí, sino donde hoy se encuentra la Escuela de Artes y Oficios, para Hombres, que por aquella circunstancia tomó y conserva el nombre de Esquina de San Lázaro.

(II) Ya en otra ocasión hicimos notar que el soneto de Ros de Olano *A Caracas,* apareció mal copiado desde el principio, y así se encuentra en la *Historia de la Poesía Hispano Americana,* por Marcelino Menéndez y Pelayo, y en el *Parnaso Venezolano,* por Julio Calcaño. El poeta escribió:

Hoy en mi patria histórica, la mente
Las junta en un amor con dos amores

pero alguien puso *muerte* en vez de mente, y así se ha seguido copiando sin discernimiento, y así quedará afeado por los siglos de los siglos.

LOS QUIJOTES DE LA LIBERTAD

(I) Entre la edad de Napoleón y la de Miranda habia 19 años de diferencia, puesto que el primero nació el 15 de agosto de 1769 y el segundo el 28 de mayo de 1750. Pero cuando escribió don Arístides no se conocía la partida de bautismo del Precursor, que se llamaba Sebastián Francisco y no Francisco Gabriel, hermano menor suyo, nacido el 9 de junio de 1756. La partida de bautismo de éste es la que venía copiándose por los historiadores, hasta hace poco que se encontró la que a aquél correspondia.

RECUERDOS DE OLMEDO.

(I) La carta del Libertador para Ackerman, editor del *Canto a Junín,* Londres 1826, se halla en la página 519, tomo 30 de la colección O'Leary. En cuanto a la edición de París, que don Arístides dice no conocer, se hizo en la Imprenta de Paul Renouard, calle Garencière, número 5, en un 12° con páginas 72 y 2 grabados: un busto de Bolívar con figuras alegóricas y la medalla que le decretó el Congreso de Colombia en MDCCCXXV.

(II) En la biblioteca particular del autor de esta compilación, se encuentran, además de las ediciones de París y de Londres, 1826, la edición venezolana de Teófilo E. Rojas, que lleva la siguiente portada: "La Victoria de Junín. Canto a Bolívar por J. Joaquín Olmedo. Nueva edición revista con esmero, ordenada bajo nuevo plan y aumentada con el examen crítico de la obra, publicado por Don José Joaquín de Mora en el "Correo Literario y Político de Londres", año de 1826.—Caracas. Imp. por George Corser, 1842".

(III) El canto a Miñarica no es una Silva sino una Oda, que dedicó el poeta al General Juan José Flores, vencedor en ese sangriento combate, el 18 de enero de 1835. Desde el punto de vista literario, dicha composición, según Marcelino Menéndez y Pelayo, "no cede en pompa, boato, sonoridad y nervio al *Canto de Junín*, y en madurez de estilo y buena distribución de partes seguramente le vence". Sin embargo, como se trataba de una guerra civil, los versos no alcanzaron el éxito que se esperaba; y la musa popular satirizó al viejo poeta con esta copla:

El cantor de Miñarica
Es como el cantor de antaño,
Que cantó al hambriento lobo
Que devoró su rebaño.

(IV) Los datos biográficos y bibliográficos sobre el *Cantor de Junín* se han aumentado considerablemente con los trabajos de Clemente Ballén, Pablo Hernández y Camilo Destruges. También merecen citarse: *Olmedo. Homme d'Etat et Poète Americain, Chantre de Bolívar.* Librairie Nelson, Paris, por Víctor M. Rendón; y, *Olmedo y sus Obras.* Estudio Histórico Crítico por Francisco Vascones, S. J., Director de "El Mensajero" y Profesor de Literatura en el Colegio de San Gabriel de la Compañía de Jesús en Quito.—Guayaquil, 1920.

(V) Olmedo corrigió muchos versos de su poema como puede verse en las sucesivas ediciones que de él se han hecho. Por otra parte es admirable la perspicacia y acierto con que el Libertador hace la crítica de aquella obra, de la cual es el protagonista. Para darse cuenta de ello basta comparar dicha crítica con las de Mora, García del Río y Bello, profesionales de la pluma.

APOTEOSIS DE SUCRE.

(I) Se publicó este trabajo en abril de 1876 y se reprodujo en el libro: *Documentos en honor del Gran Mariscal de Ayacucho, coordinados por la comisión que nombró de su seno la Academia Nacional de la Historia.* Caracas. Imprenta Bolivar, 1890.

(II) Cuando el autor escribió este trabajo, ni Venezuela ni las otras naciones de suramérica habían rendido la debida justicia al Abel de Colombia: ya hoy su nombre, escrito en las páginas de la historia universal, cantado en versos inmortales, magnificado en el bronce y en el mármol resuena glorioso por doquiera, proclamando la alteza moral del varón ínclito

en cuyo elogio caben con cabal justedad las frases del latino sobre Scipión Emiliano:—Nunca cometió una mala acción, ni pronunció palabra que no fuera digna de alabanza.

(III) Los restos de Sucre se encuentran en la Catedral de Quito, bajo suntuoso monumento en cuyo pedestal se lee la siguiente inscripción, compuesta por el Illmo. Señor doctor González Suárez, Arzobispo de aquella Diócesis y uno de los más distinguidos historiadores del Ecuador: INCLITI DUCIS ANTONII JOSEPHI SUCRE OSSA, IN FUTURÆ RESURECTIONIS SPE, SUB SANTÆ CRUCIS VEXILLO, HOC IN CINERARIO CONDITA QUIESCUNT.

INDICE

	PÁGS.
La Palabra final	III
La Casa de Humboldt	1
Los Platos de Paraguachí	10
Heráldica y Numismática General	15
Los Platos Parlantes de la Revolución Venezolana	29
La Rosa de Devon	44
El Negro I	53
La primera Nodriza de Bolivar	74
Aramendi	87
Renovación milagrosa de una pintura	97
La Santa Reliquia de Maracaibo	107
La leyenda del moriche	115
No la hagas y no la temas	123
El primer buque de vapor en las costas de Paria	133
Peor que el Olonés es el Inglés	142
De como los franceses huyeron de Caracas sin saquearla	154
La primera taza de café en el Valle de Caracas	163
Contra insurgente agua caliente	180
El Farol del Capuchino	191
El último de los expedicionarios	197
Bello Monte	211
El Loro de los Atures	226
Un Lazareto ambulante	233
Los Niños admirables	249
Los Quijotes de la libertad	259
Recuerdos de Olmedo	273
Apoteosis de Sucre	291
Notas del Compilador	301